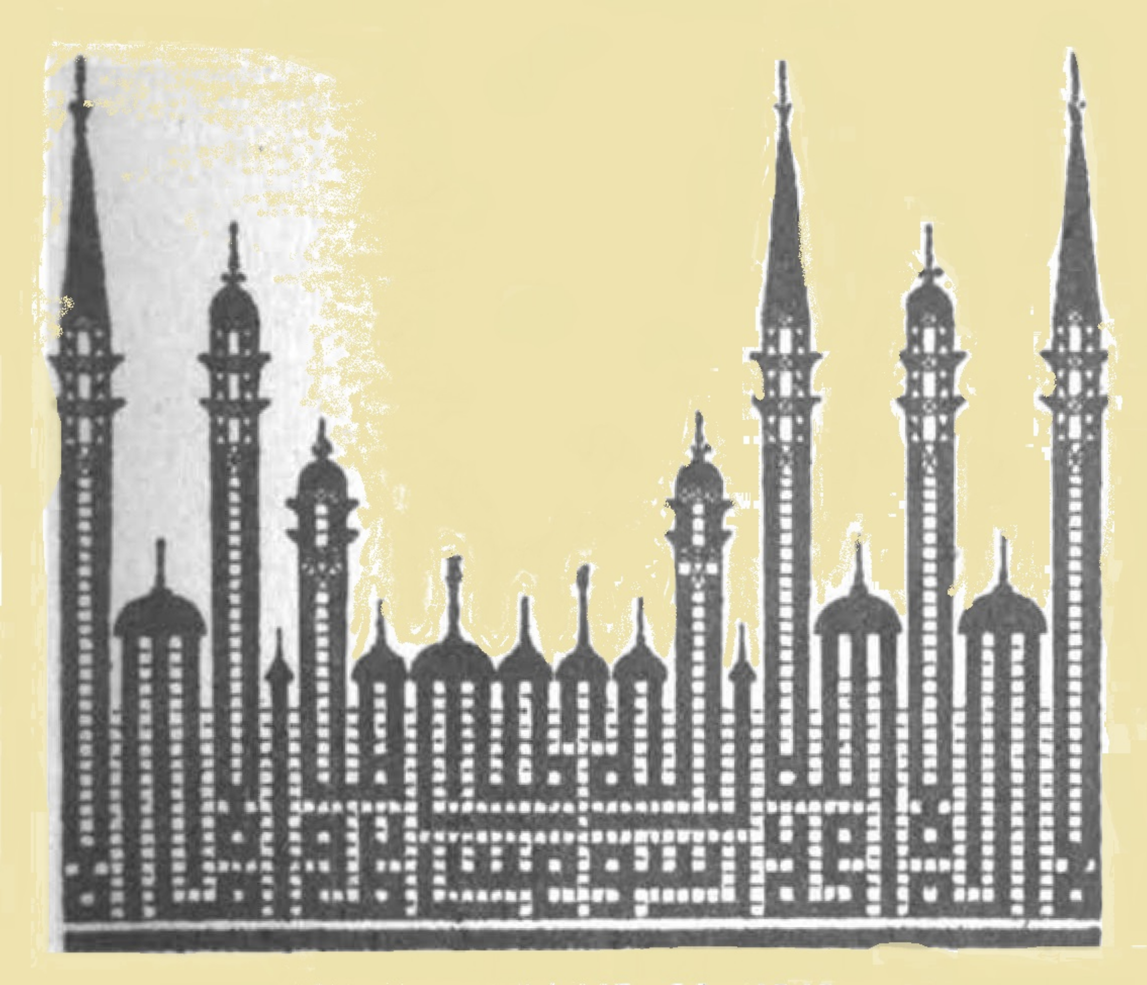
CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
PATRONATO MENÉNDEZ Y PELAYO — INSTITUTO «MIGUEL ASÍN»

VERSIONES CASTELLANAS DEL «SENDEBAR»

EDICIÓN Y PRÓLOGO DE

ANGEL GONZALEZ PALENCIA



MADRID - GRANADA, 1946

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
PATRONATO MENÉNDEZ Y PELAYO — INSTITUTO «MIGUEL ASÍN»

VERSIONES CASTELLANAS DEL «SENDEBAR»

EDICIÓN Y PRÓLOGO DE
ANGEL GONZALEZ PALENCIA



MADRID - GRANADA, 1946



IMPRESO EN ESPAÑA — PRINTED IN SPAIN

Imp. de la Viuda de E. Maestre. Norte, 25. Tel. 15620.—Madrid.

VERSIONES CASTELLANAS DEL «SENDEBAR»

EL «SENDEBAR» Y SU TRANSMISIÓN

El *Sindibad-Nameh (Syntipas* griego, *Sendebar,* nuestro) está citado ya por Maʿsūdi en sus *Praderas de oro* al lado de las *Mil y una noches*. La versión más antigua que se conserva es la española, mandada hacer por el infante don Fadrique, hermano de Alfonso el Sabio, en 1253, de un original árabe. Perdido el texto árabe, se supone que hubo una versión pehlevi y otra anterior sánscrita. Como la India posee cuentos semejantes, Benfey ha querido derivar el *Syntipas* de un prototipo indio, el *Siddhapati*, que no se conserva; pero la filiación india no está clara, y, por otra parte, según observa el barón Carra de Vaux, la moral de estos cuentos y la traza característica de la prueba del silencio lo relacionaría mejor con la tradición pitagórica [1].

Por dos caminos llegó a Europa esta colección de cuentos. Uno fué el del *Sendebar*, vertido del

[1] V. Chauvin, *Bibliographie des ouvrages arabes,* fasc. VIII. Liege, 1904. Carra de Vaux, art. en *Encyclopédie de l'islam*, IV, p. 454; Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la novela*, ed. Nacional, Madrid, 1943, I, pp. 42-46.

árabe al español, y del cual se encuentran también versiones siríaca, hebrea, persas y árabes más modernas (éstas bajo la forma de los *Siete Visires*). De la versión siríaca procede la griega; y de la persa deriva una turca. Véanse resumidas en el siguiente cuadro, junto con la indicación de sus ediciones [1]:

(Original sánscrito.) — (Versión pehlevi.) — (Versión árabe.)

Versión española: *Libro de los engannos...*, ed. Bonilla, Bib. Hispanica, vol. XIV.

Versión siríaca: *Sindban*, texto siríaco y alemán por Baethgen. Leipzig, 1879. Trad. francesa de Macler. París, 1903.
— **Versión griega:** *Syntipas*, ed. Boissonade. París, 1828, y ed. Eberhard. Leipzig, Teubner, 1872.

Versión hebrea: *Sindabar*, ed. Cassel. Berlín, 1891. Trad. alemana de Sengelmann. Halle, 1842, y francesa de Carmoly. París, 1849.

Touti-Nameh, ed. y trad. alemana de Brockhaus. Leipzig, 1845; trad. italiana de Teza (en Ancona, *Il libro dei sette Savi di Roma*, págs. 37-64.

Versión persa: *Sindibad-Nameh*, ed. Clouston. Glasgow, 1884.
— **Traducción turca**, edición Decourdemanche (en *Rev. des Trad. Populaires*, XIV, páginas 321, 405.

Siete Visires, trad. Scott, reproducida por Clouston en *The Book of Sindibad*. Glasgow, 1884. Incluída en varias ediciones de las *Mil y una noches*. Más antigua que la persa es la que traduce Gaudefroy-Demombynes. París, 1911.

[1] Los cuadros están hechos siguiendo las indicaciones de Chauvin, en su citado fascículo VIII de la *Bibliographie*.

Otro camino fué por medio de la historia de los *Diez Visires (Bahtyār-Nameh)*, de la cual hay versiones árabe, persa, turca, malaya y siríaca; se intercala en las *Mil y una noches*, y se reproduce en turco bajo la forma de los *Cuarenta Visires*.

Abundan las versiones occidentales de esta segunda forma. Además de la latina del *Liber de septem sapientibus*, pueden citarse ediciones francesa, italiana (entre ellas la *Historia del Príncipe Erasto)*, catalana, castellanas, inglesas, alemana, neerlandesa, sueca, húngara, gala, armenia, eslava, y el famoso libro *Dolophatos*.

He aquí el cuadro sinóptico de estas versiones:

LOS DIEZ VISIRES (AZADBAHT O BAKHTYAR)

VERSIONES ORIENTALES

Versión árabe, ed. Knös. Upsala, 1814-29. Trad. de R. Basset. París, 1883. (Incluído en las *Mil y una noches*, ed. Breslau, VI, p. 191; Beyrout, V, p. 21.)

Versión persa: *Bakhtiar-Nameh*, ed. texto. París, 1839 (autografiado por Kasimirski); trad. inglesa de Ouseley, ed. por Clouston. Glasgow, 1883.

Versión turca del *Bakhtiar-Nameh*, ed. fragmentaria, en Quatremère, Chrestomathie en turk oriental. París, 1841.

Versión malaya, ed. fragm. por Niemann, Maleisch Lesebock, St. Gravenhage. Nijhoff, 1870-71.

Versión siríaca: Manuscrita en Berlín, núms. 125, 126 y 127.

Sâh Baht: en las *Mil y una noches*. Trad. Habicht, XIV, p. 35.

Versión turca: *Los Cuarenta Visires*. Historia de la sultana de Persia y de los Visires, en los *Mil y un días*, ed. Loiseleur en Deslongschamps, y mejor la nueva traducción de Gautier las *Mil y una noches*, I, p. 83. Trad. inglesa de Gibb. London, 1886.

LOS DIEZ VISIRES (AZADBAHT O BAKHTYAR)

VERSIONES OCCIDENTALES

Dolopathos sive de Rege et septem sapientibus, por Juan de Alta Silva. Ed. Oesterley. Strassburg, 1873. La primera edición es de Ch. Brunet y A. de Montaiglon. París, 1856.

Versión latina: *Liber de septem sapientibus,* ed. Goedeke. *(Or. u Occident,* III, 356-423); ed. Mussafia, en *Sitzungsb. de l'Acad. de Vienne,* classe phil.-hist., LVII, pp. 37-118.

Versión francesa: ed. Gaston Paris, París, 1876.

Versión italiana, ed. A. Ancona. Pisa, 1864 (de un original francés); ed. Capelli. Bologne, 1865; ed. Pío Rajna, *Romania,* VII, pp. 22, 369; X, 1 (en verso), y otra edición del mismo. Bologne, 1880.

Erasto, ed. Luigi Carrer, Tre romanzetti di varii autori. Venezia, 1841. Traducción española de Hurtado de la Vera. Amberes, 1572; trad. francesa de Maylly. París, 1709.

Versión catalana, ed. Mussafia, en *Denkscriften der Kk. Akad. d. Wis.* Viena, 1876, XXV (en verso).

Versión castellana, de Diego de Cañizares (siglo XV), y de Marcos Pérez, 1530.

Versión alemana, ed. Keller. Tubinga, 1846.

Versión inglesa, reproducción de la ed. de Wynkyn de Worde, 1520, en 1885. Sobre las versiones medievales inglesas, vid. Kollis Campbell, *A Study of the Romance of the Seven Soges.* Baltimore, 1898.

Versión neerlandesa, ed. Stallaert, 1889, y Batermans. Harlem, 1898.

Versión sueca, ed. en Samlingar, 2º fasc., 1888.

Versión húngara, ed. Teza. Bologna, 1864.

Versión gala, ed. Loth, en *Rev. Celtique,* XXIII, p 349.

Versión armenia, ed. Lerch, *Or. und Occident,* II, p. 369, de un texto latino o francés. Hay otra sobre el texto siríaco,

Versión eslava, ed. Murko, en *Sitzungsb,* de la Acad. de Viena, 1890.

Conviene tener presente el cuadro general en el que se van incrustando los cuentos, ya que éstos varían en las diferentes colecciones y aquél se recuerda, más o menos fielmente, en todas ellas. Así la resume Chauvin [1]:

«Un rey de China no tiene hijos. Por un sueño de su mujer sabe que si tiene un hijo, éste será dichoso después de haber sido amenazado por una gran desgracia; que, si es hija, será la pérdida del imperio.

Le nace un hijo. Cuando tiene siete años, el rey se decide a entregarlo a aquel que designen diez sabios, escogidos por cincuenta a los que habrán elegido trescientos sesenta. Todos deciden nombrar a Sindbad.

Durante tres años el niño no hace otra cosa que jugar y no aprende nada. Sindbad se ofrece entonces a enseñarle todo en siete semanas, pero el rey debe prometerle no hacer a otro lo que no quiera que otro le haga; no decidir nada con precipitación y sin haber consultado a los sabios; perdonar siempre que le sea posible.

Sindbad le introduce en una sala donde, en los muros, se encuentran escritas enseñanzas condensadas; después le enseña a montar a caballo y a tirar flechas. En su prisa por anunciar su éxito al rey, tarda en hacer el horóscopo del príncipe y sabe que

[1] *Bibl.*, VIII, p. 34.

estará siete días en peligro de muerte. Le ordena no pronunciar ni una sola palabra en este plazo para escapar al peligro y él mismo se esconde para esperar.

Mudo, delante del rey, el príncipe es conducido a las mujeres. Una de ellas se enamora de él, lo tienta en vano, y habiéndose presentado al rey en desorden, lo acusa de haber querido seducirla. El rey lo condena a morir, pero sus visires obtienen día tras día aplazamiento de la ejecución contándole cuentos sobre la astucia de las mujeres; por su parte la acusadora le hace cambiar cada día de parecer narrándole otros cuentos y a veces amenazando con matarse.

Una vez que el plazo termina, el príncipe y Sindbad aparecen y explican el asunto. Para contestar al rey, que preguntaba quién habría sido la causa de su muerte, el príncipe cuenta la historia del envenenamiento (nº 25) y para demostrar que no es el sabio de la época, el de los pícaros (nº 26) y también el del niño de cinco años. A propósito de la cuestión del suplicio que había de imponérsele a la mujer, cuenta la anécdota del zorro (nº 29).

En contra del consejo de los ministros, el príncipe obtiene que se limiten a desterrar a la mujer. Su padre le entrega el poder y se dedica a la vida religiosa.

VERSIONES CASTELLANAS

La primitiva forma hispanoarábiga de esta colección es el *Libro de los engannos e los assayamientos de las mujeres*, conservada en un solo manuscrito, bastante incorrecto, que fué del Conde de Puñonrostro, hoy de la Real Academia Española.

Se trata de un manuscrito en papel, de 157 folios, de 255 × 198 mm., con escritura a dos columnas, de letra del siglo XV, con rúbricas y letras capitales en color. Los folios tienen tres numeraciones, por lo menos, de diferentes épocas. Le faltan los f^os 2, 3, 62, 116, 136, 144 y 145; se notan lagunas después del f° 87 y del 135 y, probablemente, después del 63. Está encuadernado en pergamino, y en el tejuelo dice: *El Conde Lucanor. Ms. Antig.* [1].

[1] El contenido del manuscrito, con arreglo a la foliación más antigua, es el siguiente:

Fos 1 *v* a 63 *r*: texto de *El Conde Lucanor*, reproducido por Krapf en 1902.

Fos 64 *r* a 80 *v*: texto del *Libro de los engannos e assayamientos de las mujeres.*

Fos 86 *r* a 86 *v*: Testamento «del maestre Alfonso de Cuenca»;

La letra de este manuscrito es clara. Tiene la copia primitiva algunas correcciones, hechas por un lector del siglo XVI, probablemente a la vista de otro manuscrito, hoy no conocido. Las modificaciones en unos casos modernizan las palabras, en otros corrigen el sentido del texto, de modo por lo general atinado.

Este texto del *Libro de los engannos* fué editado por don Adolfo Bonilla y San Martín (Barcelona, 1904), en el volumen XIV de la «Bibliotheca Hispanica» que dirigía R. Foulché-Delbosc, 1 vol. de 74 páginas, en 8°, con una lámina en fototipia, que reproduce, a su tamaño, el f° 73 *r*. Esta edición, como todas las patrocinadas por la *Revue Hispanique* y por *The Hispanic Society of America*, fué muy corta y es casi imposible encontrarla en el mercado hace ya mucho tiempo.

Además de esta versión, citaba ya Menéndez y Pelayo, en sus *Origenes de la novela*, la versión ca-

físigo del Rey.» (Cfr. A. G. Palencia y L. Contreras, estudio preliminar de la ed. del *Menor daño de Medicina*, por Alfonso Chirino, Madrid, 1944, en la Bib. Clás. de la Medicina Española, XIV, pp. 28-31.)

Fos 86 *v* a 87 *v*: Una epístola de San Bernardo «a don Ramón, señor del castillo de Santo Ambrosio», sobre el modo de regir la casa.

Fos 88 *v* a 164 *v*: Texto del *Lucidario*, atribuido a don Sancho IV el Bravo, hijo de don Alfonso X el Sabio. (Cfr. Amador de los Ríos, *Hist. de la Liter.*, IV, 30.

talana del *Dolophatos*, en versos de nueve sílabas, editada por A. Mussafia: *Die catalanische metrische Version der Sieben Weisen Meister*, artículo en «Denkschriften der Kk. Akad. d. Wiss.», Viena, 1876, y tirada aparte.

Bartsch había publicado ya un fragmento en *Gundriss zur Geschichte der prov. Literatur*, según dice *Liter. Centralblatt*, 1872, pp. 196-195.

Don Antonio Paz y Melia publicó en 1892, en el tomo XXIX de la Sociedad de Bibliófilos Españoles, con el título de *Opúsculos literarios de los siglos XIV a XVI*, una *Novella que Diego de Cañizares de latín en romance declaró y trasladó de un libro llamado «Scala Coeli»*. Ocupa las pp. 1 a 44 de este volumen, y está tomado el texto del manuscrito 6.052 (ant. Q. 224) de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Este manuscrito, de 149 f^os^, de 200 × 140 mm. de tamaño y de 180 × 120 mm. de caja, con 31 líneas a toda plana, en letra del siglo XV, con epígrafes, capitales y calderones en rojo, inserta la *Novella*, de Diego Cañizares, en los f^os^ 1-16, de la numeración moderna, que correspondían a los folios CXXIV a CXLIII de una numeración antigua, lo que indica quo es fragmento de otro manuscrito.

Los diferentes tratados que contiene están es-

critos en distintas clases de letra, algunos como la de la *Novella* [1].

Se trata de Juan Gobio, llamado vulgarmente

[1] A más de la *Novella*, contiene:

Fos 17-20 (CXLV-CXLVIII). «*Esta carta embió el licençiado y coronista Diego Enrríquez de Castillo a la... reyna de Castilla, doña Isabel... para satisfacer a su Alteza de algunas quexas y enojos que del tenía muy justamente.*»

Fos 21-23 (CLIII-CLV). «*Epístola de consolación embiada al Rdo señor Prothonotario de Siguença, con su respuesta, trasladadas de latyn en romance por Diego de Cañizares*», fº 24 (CLVI). En blanco.

Fos 25-53 (CLVII-CLXXXV). [Trad. de la *Iliada*, por Juan de Mena.] Cf. Menéndez y Pelayo, *Antología de poetas líricos castellanos*. Ed. Nacional, Madrid, 1944; II, 145. «*Muy alto y muy poderoso príncipe y muy humano señor don Johan el Segundo... vuestro muy humilde y natural siervo Joan de Mena, las rodillas en tierra, beso vuestras manos y me recomiendo en vuestra Alteza y señoría...*», 36 capítulos. Acaba: «*Duque tornado ligeras centellas e cenizas.*» (De letra más cursiva, cortesana.)

Fos 55 - 129 (CLXXXVII v-CCLXI). «*Aquí comiençan las Epístolas de Ouidio.*» [El *Bursario*.] Cf. Menéndez y Pelayo, *Antología de poetas líricos castellanos*. Ed. Nacional, Madrid, 1944, II, p. 218 y *Orígenes de la Novela*. Ed. Nacional, Madrid, 1943, II p. 22. (Letra como la de la *Novella*.)

Fos 129 v-149 (CCLXI-CCLXXIII). «Este es el primer título de *Siervo libre de Amor*, que hizo Johan Rodríguez de la Cámara, criado del señor don Pedro de Cervantes, cardenal de Sant Pedro, arçobispo de Sevilla. El siguiente tratado es departido en tres partes principales»... Cf. Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la Novela*, cit., II, p. 18-22.

Acaba el mss.: «*e yo eso mismo en remonta de aquellos*».

el Joven, para distinguirlo de otro, el Viejo. Era de la Orden Dominicana, y vivió hacia 1350, en el Sur de Francia. Su obra más conocida es la titulada *Scala coeli de diversis generibus exemplorum, Fratri Venerabili ac carissimo in Christo patri Hugoni Colubreriis sanctae Aquensis ecclesiae praeposito, F. Iohannes Gobii junnior, Ordinis Fratrum Praedicatorum, filius vester humilis*, etc.

De este libro había varios manuscritos y se conocen diferentes ediciones incunables [1], que no he logrado ver.

[1] He de agradecer a mi hija Angela, de la Biblioteca Nacional, los datos de esta nota y de la siguiente, en relación con la persona y la obra de Juan Gobio.

La lista de las ediciones de Gobio, es la que sigue:

Gobius, Junior, Johannes, *Scala coeli.* — Lubecae, s. typ. n. d. [Lucas Brandis], 1476'. — Incipit prologus Scala celi. [V]enerabili ac carissimo in Cristo patri hugoni de coluberiis, sancte aquensis ecclesie preposito... B. Nat. D. 1.875.

Gobius, Junior, Johannes, *Scala coeli.* — Ulmae, Johannes Zainer, 1480. — Incipit prologus Scala celi. [Ve]nerabili ac carissimo in xpo. patri Hugoni de coluberiis sancte aquesis ecclesie p̄posito. Frater Joh es | iunior ordinis frater | p̄dicatorum filius vester... B. Nat. D. 846.

Gobius, Junior, Johannes. *Scala coeli.* — Argentinae, Jacobus Eber, 1483. B. Nat. D. 847. Nancy, 48. S. Mihiel.

Gobius, Junior, Johannes, *Scala coeli.* — Lovanii, Johannes de Paderborn de Westphalia, 1485... B. Nat. D. 11.580. — Amiens, T. 4.944. — Bayeux, S. Omer, 255.

Gobius, Junior, Johannes, *De spiritu Guidonis.* — Delphis,

La obra consta de varias historias o relatos tomados de Vicente de Beauvais, del libro magno *de septem donis* y de otros varios, adaptadas para las costumbres, historias que las personas sencillas leerían con deleite y fruto, pero que los varones de criterio y de juicio agudo no tolerarían tan fácilmente [1].

Solamente cuatro cuentos, aparte del cuadro inicial, del *Sendebar* se hallan en esta colección, completada con otros procedentes de la tradición occidental, como el de la Matrona de Efeso, los de Virgilio e Hipócrates, el de Amicus et Amelius, etc.

Desde 1530, por lo menos, circuló impresa la colección titulada *Libro de los Siete Sabios de Roma*, en versión castellana. El texto venía leyéndose en latín desde la Edad Media, bajo el título *Libro de septem sapientibus;* las versiones francesas, italianas

s. typ. [Jacobus Jacobszoon van der Meer], 1486, in profesto. Sanctae Barbarae (4 octobris). B. Nat. D. 7.260. St. Omer 4 (*).

En *Pellechet, M. — Catalogue Général des Incunables des Bibliotèques publiques de France.* Tome III, pp. 594-595. Paris. Lib. Alphonse Picard et Fils., 1909.

En el *British Museum,* encuadernado con otros, el *Spiritus Guidonis...*

[1] Figuran estos datos en la clásica obra *Scriptores Ordinis Praedicatorum recensiti... Inchoavit R. P. F. Jacobus Quetif, S. T. P. absolvit R. P. F. Jacobus Echard...* Lutetie Parisiorum, apud J. B. Christophorum Ballard... et Nicolaum Simart ... MDCCXIX. Tomo I, p. 633.

y en otras lenguas, resumidas atrás en el cuadro sinóptico, suelen llamarlo *Libro de los Siete Sabios de Roma*.

La edición primera, por Juan de Junta, en Burgos, acabada en 11 de marzo de 1530, es en 4º, letra de Tortis, de 44 hojas, sin foliar. Portada grabada en madera, que representa a un rey sentado en su trono y rodeado de sus cortesanos; el autor, de rodillas, le presenta su libro [1].

Lo mismo que en Cañizares, en el *Libro de los Siete Sabios de Roma*, sólo se encuentran cuatro cuentos de origen oriental, coincidiendo en bastantes de los cuentos de tradición occidental.

[1] Gayangos, en *Biblioteca de Autores Españoles*, vol. XL, pp. 78 y 88, cita estas ediciones:

— Libro de los... en 4º, letra de Tortis, sin año ni lugar.

— Libro de los... Sevilla, 1538, en 4º, letra de Tortis, Bib. Imperial de Viena.)

— Libro de los siete... Barcelona. Véndese en Casa de Francisco Trinver y de Pedro Malo, 1583, en 4º, letra de Tortis. (Bib. Grenviliana, del Museo Británico.)

— Los siete... con el libro del Infante don Pedro de Portugal que anduvo las quatro partidas del Mundo. Barcelona, 1595, en 4º (Brunet).

— Historia de los siete... compuesta por Marcos Pérez. Barcelona, por Pablo Campins, impresor de la calle de Amargós, en 8º, sin año, hacia 1725. (Las ediciones del siglo XVI, no llevan nombre del autor.)

— Historia... Barcelona, por Rafael Figueró, impr., sin año, en 8º.

En italiano circuló una versión de estos cuentos con el título de *Li Compassionevoli Avvenimenti d'Erasto, opera dotta e morale di greco tradotta in volgare*, Venecia, 1542; otra edición se titula *Erasto dopo molti secoli ritornato al fine in luce*, Venecia, 1551; y en el siglo XIX fué reproducido por Luigi Carrer, en *Tre romanzetti di varii autori*, Venecia, 1841, y también en *Fior delle Grazie*, Torino, 1853. Siglos antes, había sido impresa la traducción castellana de Pedro Hurtado de la Vera, con el título de *Historia lastimera del Principe Erasto, hijo del Emperador Diocleciano*, Amberes, 1573 [1].

[1] Historia las- || timera, del Príncipe || Erasto, hijo del Emperador Diocleciano, en la || qual se contienen muchos exemplos no- || tables, y discursos no menos recrea- || tiuos, que prouechosos y necesa- || rios, traduzida de Italiano en Español, por Pe- || dro Hurtado de || la Vera.

(Escudo de Portugal, con la cruz de Santiago, del Mecenas.) En Anvers. || En casa de la Biuda y herederos || de Juan Stelsio, 1573. || Con privilegio. Un vol. en 8º prolongado, de 118 folios numerados.

Fº 1 *v:* Privilegio a la Biuda de Stelsio. Bruselas, a 20 de septiembre de 1572.

Fº 2: [Dedicatoria]: «Al muy illustrísimo señor don Fulgentio de Bergança, mi señor.»

Fº 2 *v:* «Al Lector. Benignísimo lector. Nascido Erasto italiano, para resuscitar de la ceniza hecho español, fué menester quemarse, como verás. No quiero de ti más premio del trabajo que atribuir lo que mejor te paresciere al primero auctor, lo otro a mí. Bien holgara de vello antes hablar francés, para gastar con él menos tiempo y menos leña y aprovecharme de sus primores;

pero confiésote que no lo supe ni lo vi, sino después. De otra buena voluntad y gratitud puede nascer en mí otra mayor, para empresas muy mayores: no me la niegues.»

(Chauvin, *ob. cit.*, VIII, p. 25, nota, cita sólo la traducción francesa de Mailly, *Histoire du Prince Erastus, fils de l'Empereur Diocletien*. A Paris, Chez Pierre Ribou, 1709.) En 12º, (20) + 480 pp.

Fº 3-118: Texto, en 28 capítulos.

[Al fin]: «Este libro en que se contiene la vida de los Siete Sabios, sacado de lengua italiana, no contiene cosa que pueda ofender la religión Cathólica Romana. Dada en Anvers, a 15 de Março, 1572. — B. Arias Montano.»

En Anvers. ‖ En casa de Daniel Vervliet. ‖ Año 1573. (Ej. de B. N. R. 7090.)

Sobre Pedro Hurtado de la Vera, seudónimo de Pedro Faria, véase Hurtado y Palencia, *Historia de la Literatura Española*, 5ª ed., Madrid, 1943, pp. 241, 350, 1.046.

CUADRO COMPARATIVO DE LOS CUENTOS

Véase el cuadro comparativo de los cuentos contenidos en estas colecciones. Le damos el título según las indicaciones de Chauvin, porque así el curioso lector podrá hallar con facilidad la bibliografía de cada cuento. En las colecciones de *Engaños*, *Cañizares* y *Siete Sabios*, los números de páginas remiten a esta nuestra edición; en la de *Erasto*, a la página de la edición original, Amberes, 1572: solamente hemos reproducido, como apéndice, cuatro cuentos de *Erasto*, que no figuran en ninguna de las otras colecciones.

ENGAÑOS	SYNTIPAS	CAÑIZARES	SIETE SABIOS	ERASTO
Cuadro. Pps. 3-16	Chauvin, nº 1	Cuadro. Pps. 69-73	Cuadro. Pps. 119-133	Cuadro. Fol. 8-16.
Nº 1 Pps. 16-18	Chauvin, nº 2 (*La huella del león.*)			
Nº 2 Pps. 18-20	Chauvin, nº 3 (*El papagayo.*)	Nº 10 Pps. 96-7	Nº 6 Pps. 158-162	
Nº 3 P. 20	Chauvin, nº 4 (*El curador de paños y su hijo.*)			

ENGAÑOS	SYNTIPAS	CAÑIZARES	SIETE SABIOS	ERASTO
Nº 4 Pps. 21-22	Chauvin, nº 6 (*El emplasto.*)			
Nº 5 Pps. 23-24	Chauvin, nº 7 (*La espada.*)			
Nº 6 Pps. 24-26	Chauvin, nº 8, B (*La diabla.*)			
Nº 7 Pps. 27-28	Chauvin, nº 9 (*La gota de miel.*)			
Nº 8 Pps. 28-30	Chauvin, nº 11 (*La fuente que transforma.*)			
Nº 9 Pps. 30-31	Chauvin, nº 12 (*El bañero.*)	Nº 7 Pps. 88-9	Nº 11 Pps. 198-201 Añade el nº 12 Pps. 201-3	
Nº 10 Pps. 31-34	Chauvin, nº 13 (*La perra que llora.*)			
Nº 11 Pps. 34-35	Chauvin, nº 30 (*El jabalí y la higuera*) y nº 223.	Nº 3 Pgs. 78-9	Nº 3 Pps. 142-3	Fol. 24 *v.* Fol. 25 *v.*
Nº 12 Pps. 26-37	Chauvin, nº 31 (*El perro y la serpiente.*)	Nº 2 Pps. 76-7	Nº 2 Pps. 138-41	Fol. 18
Nº 13 Pps. 37-40	Chauvin, nº 87 (*El turbante quemado*)			
Nº 14 Pps. 40-41	Chauvin, nº 32 (*El león asustado.*)			

ENGAÑOS	SYNTIPAS	CAÑIZARES	SIETE SABIOS	ERASTO
Nª 15 Pps. 42-43	Chauvin, no figura.			
Nº 16 P. 43	Chanvin, nº 33 (*El elefante.*)			
Nº 17 Pps. 44-46	Chauvin, nº 19 (*La noche de* qadr *o los deseos.*)			
Nº 18 Pps. 46-48	Chauvin, nº 84 (*El libro de las astucias [de las mujeres.*) Cf. nº 206.			
Nº 19 Pps. 53-55	Chauvin, nº 25 (*El envenenamiento.*)			
Nº 20 Pps. 55-56	Chauvin, nº 27 (*El niño de tres años*)			
Nº 21 Pps. 57-59	Chauvin, nº 28 (*El niño de cinco años.*) — *Restitución a los depositarios reunidos.*)			
Nº 22 Pps. 59-64	Chauvin, nº 26 (*Los pícaros. — El mercader de sándalo.*)			
Nº 23 Pps. 65-66	(No en Chauvin.)			
	Chauvin, nº 222 (*El árbol y el arbusto*)	Nº 1 Pps. 74	Nº 1 Pps. 133-5	Fol. 20

ENGAÑOS	SYNTIPAS	CAÑIZARES	SIETE SABIOS	ERASTO
	Chauvin, nº 229 (*Hipócrates y Galeno*)	Nº 4 Pps. 80-82	Nº 10 Pps. 192-198	Fos 21 *v*-24
	Chauvin, nº 225 (*El dueño ladrón.*)	Nº 5 Pps. 83-84	Nº 5 P. 152	Fos 54-57
	Chauvin, nº 224 (*El celoso puesto en la calle.*)	Nº 6 Pps. 85-87	Nº 8 Pps. 171-182	Fos 27-34 *v*
	Chauvin, nº 227 (*La paciencia del marido puesta a prueba.*)	Nº 8 Pps. 90-91	Nº 4 Pps. 145-150	
	Chauvin, nº 228 (*El mago Virgilio.*)	Nº 9 Pps. 92-95	Nº 9 Pps. 184-190	Fos 80 *v*-86
	Chauvin, nº 226 (*El emperador ciego*)	Nº 11 Pps. 97-101	Nº 7 Pps. 164-69	Fos 35 *v*-42 *v*
	Chauvin, nº 254 (*La matrona.*)	Nº 12 Pps. 103-5	Nº 15 Pps. 224-31	
	Chauvin, nº 237 (*La hija malvada.*)	Nº 13 Pps. 106-7		
	Chauvin, nº 231 (*La liberación de Roma.*)		Nº 12 Pps. 201-202. (Con *El Bañero*, nº 9.)	Fos 68 *v*-72
	Chauvin, nº 236 (*La madrastra.*)	Nº 14 P. 109		
	Chauvin, nº 234 y 35 (*La profecía cumplida* y *Amicus et Amelius.*)	Nº 15 Pps. 112-5	Nº 16 Pps. 237-273	Fos 104 *v*-108

NGAÑOS	SYNTIPAS	CAÑIZARES	SIETE SABIOS	ERASTO
	Chauvin, n.os 3 y 23 2 (*Los gibosos.*)		Nº 13 La mujer que hace matar a tres caballeros y tirarlos al mar (páginas 205-211).	
	Chauvin, n.os 233 y 67 (*El rapto* y *El batanero y el soldado.*)		Nº 14 El caballero que se llevó la reina, fabricando una mina al lado del castillo (pp. 213-221).	Fol. 59-67
	Chauvin, nº 241 (*Celoso ciego.*)			La criada traidora Fol. 45 v-52 (páginas 279-590 de esta nuestra edición).
	Chauvin, nº 242 (*El homicidio.*)			Amantes asesinos, descubiertos por un perro fiel. Folios 76-78 (páginas 291-296 de esta nuestra edición).
	Chauvin, n.os 125 y 243 (*El corazón enfermo, El médico Policleto.*)			El niño muerto por no comer cebolla. Fols. 88-90 (pp. 296-299 de esta nuestra edición).
	Chauvin, nº 243 *bis* (*El hijo adoptivo.*)			El hijastro perverso. Fols. 93 v-100 (pp. 300-30 de nuestra edición).

SUERTE DE ESTOS CUENTOS

Los cuentos del *Sandebar*, recitados por los *Siete Sabios* — dice Menéndez y Pelayo —, «tienen por único objeto mostrar los engaños, astucias y perversidades de la mujer, tal como la habían hecho la servidumbre del harem y la degradación de las costumbres orientales. Son, pues, extraordinariamente livianos en el fondo, ya que no en la forma, que es grave y doctrinal y nunca llega al cinismo grosero de los *Fabliaux* ni a la sugestiva y refinada lujuria de Boccaccio» [1].

De la divulgación de estos cuentos puede dar idea la suerte del que los folkloristas llamen *La huella del León*, y que en la redacción griega del *Sendebar* se titule *El anillo del Rey:* asuntos que pueden tener su remoto origen en el episodio bíblico de David con Betsabé, la mujer de Uria, se repite en

[1] *Orígenes de la Novela*. Ed. Nacional, Madrid, 1943, I, pp. 45-46.

Cháhiz, autor árabe del siglo IX al X, pasa a las *Mil y una noches*, lo refleja el *Conde Lucanor* de don Juan Manuel, figura en el *Milo*, de Mathieu de Vendôme, en las *Vies des dames galantes*, de Brantôme, en la literatura popular de Viterbo, de los Abruzzos y de Livorno; Almeida Garret, con los restos de una jácara portuguesa tradicional, lo incorpora al acerbo romántico en *El Chapín del Rey o Parras verdes*, traducida al castellano por Isidoro Gil en 1845; y, por último, restos de él se encuentran todavía en la literatura popular argentina [1].

Otro tanto podría decirse de casi todos los cuentos de estas colecciones, que se han difundido en versiones de lenguas tan diferentes como hemos visto atrás y han dejado su huella en el folklore de todo el mundo.

[1] Véase mi libro *Historias y leyendas*, Madrid, 1942, páginas 109-144.

NUESTRA EDICION

Contiene: 1º (P. 1-66): El *Libro de los engaños e los asayamientos de las mugeres*, según el manuscrito de Puñonrostro, de la Real Academia Española y la edición de A. Bonilla. (Véase atrás, p. XIII.)

2º (P. 67-115): La *Nouella que Diego de Cañizares de latín en romance declaró y trasladó de un libro llamado «Scala Coeli»*, según el manuscrito 6.052 (ant. Q. 224) de la Biblioteca Nacional de Madrid. (Véase atrás p. XV.)

3º (P. 117-276): La *Historia de los Siete Sabios de Roma*, según la edición de Burgos, 1530, conservada en nuestra Biblioteca Nacional, y que fué de don Pascual de Gayangos. (Véase atrás, p. XVIII.)

4º (P. 277-311): De la *Historia lastimera del Príncipe Erasto*, los cuatro cuentos que no figuran insertos en las demás colecciones, a modo de apéndice, y siguiendo la traducción de Pedro Hurtado de la Vera. (Véase atrás, p. XX.)

Con esta edición creemos facilitar a los estudiosos la lectura de estos interesantes textos, poco asequibles en las ediciones hasta ahora publicadas.

LIBRO DE LOS ENGAÑOS
E LOS ASAYAMIENTOS DE LAS MUGERES

(Fº 64 *r.*) El ynfante don Fadrique, fijo del muy auenturado[1] e muy noble rrey don Ferrando, [e] de la muy santa rreyna, conplida de todo bien, doña Beatris, por quanto nunca se perdiese el su buen nombre, oyendo las rrasones de los sabios, que quien bien fase nunca se le muere la fama[2], e sabyendo[3] que ninguna cosa ay mejor[4] para aver de la vida perdurable, sinon el bien obrar y el saber[5], pues tomo ella en su entençion [que sa] ber es vna nave muy segura para poder pasar sin peligro [la] vida, [junta] mente con el bien obrar para yr a la vida perdurable[6]: e commo el omme, porque es de poca vida, e la çiençia es fuerte e luenga, non pueden aprender nin saber mas de lo que a cada vno le es otor-

[1] *El original dice:* noble auenturado, *pero se halla tachado:* noble. — [2] La fama *se lee entre renglones.* — [3] *El original trae:* nunca se muere el saber, *las dos últimas palabras tachadas.* — [4] *Tachado:* non es. Ay mejor *se halla entre renglones.* — [5] *Tachado:* profeçia. — [6] *Desde entencion, hasta:* e como el omme, *se lee tachado en el original lo siguiente:* en fin de los saberes tomo vna naue enderesçada por la mar, en tal que non tomo peligro en pensar por la vida perdurable.

[gado] por la [1] gracia que le es dada e enbiada de suso, con [2] amor de aprovechar [3] e faser bien e merçed a los que la aman, plogo e touo por bien que aqueste libro fuese de arauigo en castellano trasladado, para aperçebir a los engaños [4] e los asayamientos [5] de las mugeres.

Este libro fué trasladado en nouenta e vn años.

[1] *Desde* nin saber mas, *hasta* gracia, *se lee tachado en el original lo siguiente:* cada vno aprende qual le es dada e enbiada por la. — [2] *T.:* de. — [3] *T.:* profeçia. — [4] *El original decía:* engañados. — [5] Arte, enredo, artificio, con el matiz de mala intención.

ENXENPLO DEL CONSEJO DE SU MUGER

Auia vn rrey en Judea que auia nombre Alcos; e este rrey era señor de gran poder, e amaua mucho a los ommes de su tierra e de su rregno, e mantenialos en justiçia, e este rrey auia nouenta mugeres. Estando con todas, según era ley, non podia aver de ninguna dellas fijo, e estando [1] vna noche en su cama con vna dellas, començo de cuydar que quien heredaria su rregno despues de su muerte, e desi cuydo tanto en esto, que fue muy triste, e començo de rreboluerse en la cama con muy gran [2] cuydado que auia; e a esto llego vna de sus mugeres, aquella quel mas queria, e era cuerda e entendida, e auiala el prouado en algunas cosas, e llegose a el porque le veye estar triste, e dixole que era onrrado e amado de los de su rregno e de los de su pueblo, e «¿por que te veo estar triste e cuydado?; si es por miedo, o si te fise algun pesar, fasmelo sa-

[1] *T.:* do jasia. — [2] *T.:* mal.

ber e auere dolor contigo; e si es otra cosa, non deues auer pesar tan grande, ca, gracias a Dios, amado eres de tus pueblos, e todos disen bien de ti por el gran amor que te an, e Dios nunca te faga aver pesar, e ayades la su bendiçion».

Estonçe (f° 64 *v*) dixo el rrey a su muger: «Piadosa, bienauenturada, nunca dexaste [1] de me conortar, e me quitar [2] todo cuydado quando lo auia; mas esto — dixo el rrey — yo, nin quanto poder he, nin quantos ay en mi rregno, non podrian poner cobro en esto que yo esto triste; yo querria dexar para quando muriese heredero para que heredase el rregno; por esto esto triste.» E la muger le dixo: «Yo te dare consejo bueno a esto: ruega a Dios quel, que de todos bienes es conplido, ca poderoso es de te faser e de te dar fijo, si le pluguiere, ca el nunca canso de faser merçed, e nunca le demandeste cosa que la non diese; e despues quel sopiere que tan de coraçon le rruegas, darte a fijo; mas tengo por bien, si tu quisieres, que nos leuantemos e rroguemos a Dios de todo coraçon, e que le pidamos merçed que nos de vn fijo con que folguemos e quede [3] heredero despues que nos, ca bien fio por la su merçed que, si ge lo rrogamos, que nos lo dara, e si nos lo diere, deuemosnos pagar e faser el su mandado, e ser pagado[s] del su juysio, e entender la su merçed, e

[1] *T.:* quesiste nin quedeste. — [2] *El original decía:* toller.
[3] *T.:* finque.

saber quel poder todo es de Dios e en su mano, e a quien quiere quitar, quita, e a quien dar, da; ¡todo es a su voluntad!» [1].

E despues que ouo dicho esto, pagose el dello, e sopo que lo que ella dixo que era verdat, e leuantaronse amos e fisieronlo asi; e tornaronse a su cama, e holgo [2] con ella el rrey e enpreñose luego. E despues que lo sopieron por verdat, loaron a Dios la merçed que les fisieran.

E quando fueron conplidos los nueue meses paryo la rreyna [3] vn fijo sano, e el rrey ouo gran goso e alegria, e [fue] mucho pagado del, e la muger loo a Dios por ende; desi enbio el rrey por quantos sabios auia en todo su rregno, que viniesen a el e que catasen la ora e el punto en que nasçiera su fijo; e despues que fueron llegados, plogole mucho con ellos, e mandoles entrar antel e dixoles: «¡Bien seays [4] venidos!»; e estudo con ellos vna gran pieça alegrandose e solasandose, e dixo: «Vosotros, sabios, fagovos saber que Dios, cuyo nonbre sea loado, me fiso merçed de vn fijo que me dio con que me esforçase mi braço, e con que aya alegria, e graçias sean dadas a el por siempre». E dixoles: «Catad su estrella del mi fijo, e vet [5] que verna su fasienda». E ellos

[1] *Las 12 palabras anteriores se leen superpuestas al renglón, y tachado:* toller, et a quien quier matar. — [2] *T.:* yasio. — [3] *Las 3 palabras anteriores se leen entre renglones, y tachado:* encaeçio de. — [4] *T.:* seades. — [5] *T.:* ved.

cataronle, e fisieronle saber que era de luenga vida e que (f° 65 *r*) seria de gran poder, mas a cabo de veynte años quel auia de conteçer con su padre vna cosa, por que seria el en peligro de muerte. Quando oyo desir esto quedo [1] muy espantado e ouo gran pesar, e tornosele en alegria, e dixo: «¡Todo es en poder de Dios; que faga lo quel touiere por bien!»

E el ynfante creçio e fisose grande e fermoso, e diole Dios muy buen entendimiento, e en su tiempo non fue omme nasçido tal como el fue. E despues que el llego a edat [2] de nueue años, pusole el rrey aprender, que le mostrasen escreuir, fasta que llego a hedat de quinse años, e non aprendie ninguna cosa; e quando el rrey lo oyo, ouo muy gran pesar, e demando por quantos sabios auia en su tierra, e vinieron todos a el, e dixoles: «¿Que vos semeja de la fasienda de mi [3] fijo? ¿Non ay alguno de vos que le pueda enseñar, e dalle he quanto el demandase, e aura siempre mi amor?» Estonçe se leuantaron quatro dellos que ay estauan, que eran nueueçientos ommes, e dixo vno dellos: — «Yo le enseñare de manera [4] que ninguno non sea mas sabidor quel.» E dixo el rrey entonçes a un sabio que le desian Çendubete: — «¿Por que non le mostraste tu?» Dixo Çendubete: — «Diga cada vno lo que sabe.» E desi fablaron en esto, e despues dixoles Çendubete:

[1] *T.:* finco. — [2] *T.:* edad (?). — [3] *T.:* mío. — [4] *T.:* guisa.

— «¿Sabeys [1] al sinon esto?, ca todo lo conosçere yo e non curo ende nada, ca ninguno non ay mas sabidor que yo; e yo le quiero mostrar.» E dixo al rrey: — «Dadme lo que yo pidiere, que yo le mostrare en seys meses, que ninguno non sea mas sabidor que el.»

E estonçe dixo vno de los quatro sabios: —« Atal es el que dise e non fase, como el rrelampago que non llueue; e pues ¿por que non le enseñaste tu ninguna cosa en estos años que estuuo contigo, fasiendote el rrey mucho bien?» El rrespondio: — «Por la gran piedat [2] que auia del non le pude enseñar, que auia gran lastima [3] del a lo apremiar, porque cuydaua buscar otro mas sabio que yo; pues que veo que ninguno non sabe mas que yo que le mostrase, [yo le mostrare].»

E estonçe se leuanto el segundo maestro, e dixo: «Quatro cosas son que ome entendido non deue loar fasta que vea el cabo dellas: lo primero el comer fasta que vea el cabo dello, que lo haya espendido el estómago; et el que va a lydiar, fasta que torne de la güeste [4]; la mies hasta que sea segada; e la muger fasta que sea preñada; por ende non te deuemos loar fasta que veamos por que, y mostrar tus manos (fº 65 *v*) faser algo, e de tu boca e desir algo, porque faras de su consejo e su ¿coraçon.» E dixo Çen-

[1] *T.:* sabedes. — [2] *T.:* piedad (?). — [3] *T.:* duelo. — [4] *T.:* hedat.

dubete que [el saber] a en poder las manos con los pies, e el oyr, e el veer, e todo el cuerpo; «tal es el saber con el coraçon, commo el almiscle [1] e el agua, que salle de buena olor; otrosi el saber, quando es en el coraçon, fase bueno todo el cuerpo.»

Dixo el terçero de los quatro sabios: — «La cosa que non desiste [2] el estomago, despues come con sus manos, y el que non aprende en niñes la sciençia [3]; e la muger, quando a su marido non a miedo nin teme, nunca puede seer buena; el que dise la rrason, si non la entiende nin la sabe [4], nunca tiene nin provecho [nin] seso al que la oye, nin la puede despues entender; e tú, Çendubete, pues que non podiste enseñar al niño en su niñes ¿como le puedes enseñar en su grandesa? Dixo Çendubete: — «Tu veras, si Dios quesiere e yo biuo, que le enseñare en seys meses lo que no le enseñaria otrie en setenta años.»

E dixo el quarto de los maestros: — «Sepays [5] que los maestros quando se juntan, conosçen los vnos a los otros, e despuntanse los vnos a los otros, e las sabidurias que an non conosçe[n] vno a otro lo que dise.» E dixo: — «¿Faras lo que tu dises? Quiero que me emuestres rrason commo puede seer que lo asi puedes faser.» Dixo Çendubete: — «Yo te lo mostrare.» Dixo: — «Mostrarle e en seys meses lo que non le emostrara otro en sesenta años, por guisa que

[1] *T:* musgano. — [2] *T.:* letuelle. — [3] 2. *T.:* saberes. — [4] *El texto añade:* que es. — [5] *T.:* sepades.

ninguno non sepa mas quel, e yo non lo tardare mas de una hora, ca me fisieron entender que en qualquier tierra quel rrey no fuere justiciero, ni tuviere quien jusgue a los hombres y por derecho los libre, nin aya consejo que enmiende lo que el rrey mal hiziere, y donde la riqueza que [a non se] posee ygualmente, y do el fisico fuere tan loçano, que con su loçania y locura no curare de los enfermos [1], si estas cosas fueren en la tierra, non deuemos ay morar; pues todo esto te he castigado yo [2], e te fise saber que los rreys tales son commo el fuego: si te llegares a el, quemarte as, e si te arredrares, esfriarte as. Quiero yo, señor, que si te yo mostrare tu fijo que me des lo que te yo demandare.» E el rrey dixo: — «Demanda lo que quisieres, que todo lo [3] que pydieres [4] faserlo he, que non a cosa peor que mentir, y [5] mas a los rreyes.» E [6] dixole: — «Dime que quieres.» E dixo Çendubete: — «Que tu non quieras faser a otrie lo que non queries que fisiesen a ti.» E el rrey

[1] 52 *T.:* rregno fuese derechero, quel que non judgue los ommes que los libre por derecho, ge lo faga entender, et non aya consejo que emiende a lo que el rrey fisiere, si lo prouare la rriquesa fue por vna egualdat, e el fisico fuere loçano con su fiesta, que non la emuestres a los enfermos bien commo tiene. *Esto resulta ininteligible, y el lector del siglo XVI, a la vista del otro texto, lo rectificó perfectamente.* — [2] *Después de* yo, *se lee tachado:* otrie. — [3] 4. *T.:* et si lo non. — [4] *T.:* pudieres. — [5] 2. *T.:* mas e, *entre* mentir e y. [6] *T.:* el rrey.

dixo: — «Yo te lo otorgo.» E fisieron carta (f° 66 *r*) del pleyto, e amos pusieron en qual mes e qual ora del día se auia de acabar, e metieron en la carta quanto auia menester [1].

Eran pasadas dos horas del dia, Çendubete tomo este dia el niño por la mano, e fuese con el para su posada, e fiso faser vn gran palaçio fermoso de muy gran guisa, e escriuió por las paredes todas las sçiençias [2] que le auia de mostrar e de aprender, todas las estrellas, e todas las figuras, e todas las cosas. Desi dixole: — «Esta es mi silla e esta es la tuya, fasta que aprendas todo [3] lo que yo aprendi en este palaçio, e no as de salyr de aqui; por eso, hijo, desembarga tu coraçon e abiua tu engeño, e tu oyr, e tu veer.» E asentose con el a mostralle, e trayanles ally que comiesen e que beuiesen, e ellos non salian fuera, e ninguno otro non les entraua allá; e el niño era de buen engeño e de buen entendymiento, de guisa que antes que llegase el plaso aprendio todas las sciençias [4] que Çendubete su maestro auia escripto del saber de los ommes. El rrey demando por el dos dias antes del plaso; quando llego el mensajero [5] del rrey, dixole: — «El rrey te llama [6] que vayas antel.» Dixole el rrey: — «Çendubete ¿que as fecho o que tienes?» E Çendubete le dixo: — «Se-

[1] *T.:* del dia. — [2] 2. *T.:* los saberes. — [3] *T.:* los saberes todos. — [4] 3. *T.:* todos los saberes. — [5] *T.:* mandadero. — [6] *T.:* quiere tanto.

ñor, tengo lo que te plasera, que tu fijo sera cras, dos horas pasadas del día, contigo.» E el rrey le dixo: — «Çendubete, nunca halle [1] tal omme como tu sy no faltas de lo que prometiste; pues vete onrrado, ca meresçes aver gualardon de nos.» E tornose Çendubete al niño, e dixole: — «Yo quiero catar tu estrella.» E catola, e vio quel niño seria en gran cueyta de muerte si fablase ante que pasasen los siete dias; e fue Çendubete en gran cueyta, e dixo al moço: — «Yo he muy gran pesar por el pleyto que con el rrey puse.» E el moço dixo: — «¿Por que as tu muy gran pesar?, ca si me mandas que nunca fable, nunca fablare, e mandame lo que tu quisieres, ca yo todo lo fare.» Dixo Çendubete: — «Yo fise pleyto a tu padre que te vayas cras a el, e yo non le he de faltar [2] del pleyto que puse con el; quando fueren pasadas dos horas del dia, vete para tu padre, mas non fables fasta que sean pasados los siete dias, e yo esconderme he en este comedio.»

E quando amanesçio otro dia, mando el rrey guisar de comer a todos (fº 66 *v*) los de su rregno, e fisoles faser estrados do estudiesen e menestryles que les tañyesen delante, e començo el niño a uenir fasta que llego a su padre, e el padre llegolo a si, e fablole, e el moço non le fablo, e el rrey touo por gran cosa, e dixo al niño: — «¿Do es tu maestro?» E el rrey mando buscar a Çendubete, e sallieron los

1 *T.:* fallesçio. — 2 *T.:* fallesçer.

mensajeros[1] por lo buscar e cataronlo a todas partes e non lo pudieron fallar, e dixo el rrey a los que estauan con el: — «Quiça por aventura ha de mi miedo e non osa fablar». E fablaronle los consejeros del rrey, e el niño non fablo, e el rrey dixo a los que estauan con el: — «¿Que vos semeja de fasienda de este moço?» E ellos dixieron: — «Semejanos que Çendubete su maestro le dio alguna cosa o alguna melesina por que aprendiese algun saber, e aquella melesina le fiso perder la fabla.» E el rrey lo touo por gran cosa, e pesole mucho de coraçon.

ENXENPLO DE LA MUGER EN COMO APARTO AL YNFANTE EN EL PALACIO E COMO, POR LO QUE ELLA LE DIXO, OLUIDO LO QUE LE CASTIGARA SU MAESTRO

El rrey auia vna muger, la qual mas amaua e onrraua[2] que a todas las otras mugeres quel auia; e quando le dixieran como le acaesçiera al niño, fuese para el rrey e dixo: — «Señor, dixieronme lo que auia acaesçido a tu fijo; por auentura, con gran verguença que de ti ouo, non te osa fablar; mas, si quesieses, dexame con el aparte, quiça el me dira su fazienda, que solia fablar sus poridades comigo, lo que non fasia con ninguna de las tus mugeres.»

[1] *T.:* mandaderos. — [2] *T.:* onrrauala.

E el rrey le dixo: — «Lieualo a tu palaçio e fabla con el.» E ella fixolo asi, mas el ynfante non le rrespondie ninguna cosa que le dixiese; e ella siguiolo mas, e dixole: — «Non te fagas neçio, ca yo bien se que non saldras de mi mandado: matemos a tu padre, e seras tu rrey, e sere yo tu muger, ca tu padre es ya de muy gran hedat e flaco, e tu eres mançebo e comiençase agora el tu bien; e tu deues auer esperança en todos bienes mas que el.» E quando ella ouo dicho, tomo el moço gran saña, e entonçes se oluido lo que le castigara su maestro e todo lo quel mandara, e dixo: — «¡Ay, enemiga de Dios!; ¡si fuesen pasados los siete dias, yo te responderia a esto que tu dises»; despues que esto ouo dicho (f° 67 *r*) entendio ella que seria en peligro de muerte, e dio boses e grytos [1], e començo de mesar sus cabellos; e el rrey, quando esto oyo, mandola llamar e preguntole que que ouiera, e ella dixo: — «Este que desides que non fabla, me quiso forçar de todo en todo, e yo non le tenía a el por tal.» E el rrey, quando esto oyo, creçiole gran saña por matar su fijo, e fue muy brauo e mandolo matar.

E este rrey auia siete pryuados mucho sus consejeros, de guisa que ninguna cosa non fasia menos de se consejar con ellos; despues que vieron quel rrey mandaua matar su fijo sin bos [2] de su consejo entendieron que lo fasia con saña, porque creyera

[1] *1.:* garpios. — [2] *2. T.:* a menos.

su muger, e dixieron los vnos a los otros: — «Si a su fijo mata, mucho le pesara, e despues non se tornara si non a nos todos, pues que tenemos alguna raçon atal por que este ynfante non muera; e estonçe rrespondio vno de los quatro maestros, e dixo: — «Yo vos escusare, si Dios quisiere, de fablar con el rrey.» Este priuado primero fuese para el rrey, e fynco los ynojos ante el, e dixo: — «Señor, non deue faser ninguna cosa el omme fasta que sea çierto della, e si lo ante fisieres, errallo as mal, e desirte he vn enxenplo de vn rrey e de vna su muger.»

1 E el rrey dixo: — «Pues di agora, e oyrtelo he.» El priuado dixo: — «Oy desir que vn rey que amaua mucho las mugeres e non auia otra mala manera sinon esta; e estava [1] el rrey vn dia ençima de vn soberado muy alto, e miro ayuso e vido vna muger muy fermosa, e pagose mucho della, e enbio a demandar su amor; e ella dixo que non lo podria faser seyendo su marido en la villa; e quando el rrey oyo esto, enbio a su marido a vna hueste, e la muger era muy casta e muy buena, e muy entendida, e dixo: — «Señor, tu eres mi señor e yo so tu sierua, e lo que tu quisieres, quierolo yo; mas yrme he a los vaños afeytar.» E quando torno, diole vn libro de su marido en que auia leyes e juysios de los rreyes, de commo escarmentauan a las mugeres que fasian adulterio, e [2] dixo: — «Señor, ley por ese libro

[1] *T.:* seye. — [2] *Repetido* el *e*.

fasta que me afeyte.» E el rrey abrió el libro e fallo en el primero (fº 67 *v*) capitulo como deuia el adulterio ser defendido, e ouo gran verguença e pesole mucho de lo quel quesiera faser, e puso el libro en tierra e sallyose por la puerta de la camara, e dexo los arcorcoles [1] so el lecho en que estaua asentado. En esto llego su marido de la hueste, e quando se asento el en su casa, sospecho que y durmiera el rrey con su muger, e ouo miedo e non oso desir nada por miedo del rrey, e non oso entrar do ella estaua. E duro esto gran sason, e la muger dixolo a sus parientes que su marido, que la auia dexado e non sabia por cual rrason; e ellos dixieronlo a su marido: — «¿Por que non te llegas a tu muger». E el dixo: — «Yo falle los arcolcoles [1] del rrey en mi casa, e he miedo, e por eso non me oso llegar a ella»; e ellos dixeron: — «Vayamos al rrey, e agora demosle enxenplo de aqueste fecho de la muger, e non le declaremos el fecho de la muger, e si el entendido fuere, luego lo entendera.» E estonçes entraron al rrey, e dixieronle: — «Señor, nos auiemos vna tierra, e dimosla a este omme bueno a labrar, que la labrase e la desfrutase del fruto della, e el fisolo asi un gran tienpo [2] e dexola una gran pieça por labrar.» E el rrey dixo: — «¿Qué dises tu a esto?» E el omme bueno rrespondio e dixo: — «Verdat disen

[1] Arcolcoles: zapato con suela de corcho, Eguílaz, *Glosario*, alcorque. — [2] 3. *T.*: vna gran sason.

que me dieron vna tierra assi como ellos disen, e quando fuy vn dia por la tierra, falle rrastro del leon, e oue miedo que me conbrie, por ende dexe la tierra por labrar.» E dixo el rrey: — «Verdat es que entro el leon en ella, mas non te fiso cosa que non te oviese de faser, nin te torno mal dello; por ende toma tu tierra y labrala.» E el omme bueno torno a su muger e preguntole por que fecho fuera aquello, e ella contogelo todo, e dixole la verdat como le conteçiera con el, e el creyola por las señales que le dixiera el rrey, e despues se fiaua en ella mas que non dante.

ENXENPLO DEL OMME, E DE LA MUGER, E DEL PAPAGAYO E DE SU MOÇA

2 Señor, oy desir que vn omme que era çeloso de su muger, e conpro vn papagayo e metiolo en vna jaula, e pusolo en su casa, e mandole que le dixiese todo quanto viese faser a su muger, e que non le (f° 68 *r*) encubriese ende nada, e despues fue su via a rrecabdar su mandado. E entro su amigo della en su casa do estaua, e el papagayo vio quanto ellos fisieron, e quando el omme bueno vino de su mandado, entrose [1] en su casa en guisa que non lo

[1] *T.:* asentose.

viese la muger, e mando traer el papagayo, e preguntole todo lo que viera, e el papagayo contogelo todo lo que viera faser a la muger con su amigo, e el ome bueno fue muy sañudo contra su muger, e non entro mas do ella estaua. E la muger cuydo verdaderamente que la moça la descubriera; llamola entonçes e dixo: — «Tu dexiste a mi marido todo quanto yo fize.» E la moça juro que non lo dixiera, «mas sabed que lo dixo el papagayo». E, quando vino la noche, fue la muger al papagayo, e desçendiolo a tierra, e començole a echar agua de suso como que era luuia e tomo vn espejo en la mane e parogelo sobre la javla [1], e en la otra mano vna candela, e parauagela de suso, e cuydo el papagayo que era rrelanpago; e la muger començo a mouer vna muela, e el papagayo cuydo que eran truenos: e ella estuuo asi toda la noche fasiendo asi fasta que amanesçio. E despues que fue la mañana vino el marido e pregunto al papagayo: — «¿Viste esta noche alguna cosa?» E el papagayo dixo: — «Non pude ver ninguna cosa con la gran lluuia e truenos e rrelanpagos que esta noche fiso.» E el omme dixo: — «Si en quanto me as dicho es verdat de mi muger asi commo esto, non a cosa mas mintrosa que tu, e mandarte e matar.» E enbio por su muger, e perdonola, e fisieron pas. E yo, señor, non te di este enxenplo sinon porque sepas el engaño de

[1] *T.:* gavla.

las mugeres, que son muy fuertes sus artes, e son muchos que non an cabo nin fin.

Mando el rrey que non matasen su fijo.

ENXENPLO DE COMMO VINO LA MUGER AL SEGUNDO DIA ANTE EL RREY LLORANDO, E DIXO QUE MATASE SU FIJO

3 E dixo [la muger]: — «Señor, non deues tu perdonar tu fijo, pues fiso cosa por que muera, e si tu non lo matas e lo dexas a uida, auiendo fecho tal trayçion [1], ca si tu non lo matas, non escarmentaria ninguna de faser otro tal; e yo, señor, contarte e el enxenplo del curador de los paños e de su fijo. Dixo el rrey: — «¿Como fue eso?» E ella dixo: — «Era (fº 68 *v*) vn curador de paños, e auia vn fijo pequeño; este curador, quando auia de curar sus paños, leuaua consigo su fijo, e el niño començaua a jugar con el agua, e el padre non ge lo quiso castigar, e vino vn dia quel niño se afogo; e el padre, por sacar el fijo, afogose el padre en el pielago, e afogoronse amos a dos. E, señor, si tu non te adelantas [2] a castigar tu fijo ante que mas injuryas [3] te faga, matarte a.»

E el rrey mando matar su fijo.

[1] *T.:* enemiga. — [2] *T.:* antuuias. — [3] *T.:* enemiga.

DE COMMO VINO EL SEGUNDO PRIUADO ANTE EL RREY POR ESCUSAR AL YNFANTE DE MUERTE

E vino el segundo priuado, e finco los ynojos 4
ante el rrey, e dixo: — «Señor, si tu ouieres fijos, non deuies querer mal a ninguno dellos, demas que non as mas de vno señero, e mandaslo matar apriesa ante que sepas la verdat, e despues que lo ouieres fecho arrepentirte as, e non lo podras cobrar, e sera el tu enxenplo tal como del mercador, e de la muger, e de la moça.» Dixo el rrey: — «¿Como fue eso?» — «Digote, señor, que era vn mercador muy rrico, e era esmerado [1] e apartado en su comer e en su beuer, e fue en su mercaduria, e leuo vn moço con él, e posaron en vna çibdad muy buena, e el mercador enbio su moço a mercar de comer, e fallo una moça en el mercado que tenie dos panes de adargama [2], e pagose del pan, e conprolo para su señor e leuolo; e pagose su señor de aquel pan, e dixo el mercador a su moço: — «Si te vala Dios, que me conpres de aquel pan cada dia si lo fallares.» E el moço yua cada dia a la moça e conprauale aquel pan, e leuaualo a su señor. E vn dia fallo a la moça que non tenia pan, e tornose a su señor e dixo que non fallaua de aquel pan; e dixo el mercador que

[1] *T.:* señerigo. — Harina de flor de trigo candeal, y pan de esta harina. Eguilaz, *Glosario,* p. 49.

demandase a la moça como lo fasia aquel pan; e el moço fue buscar a la moça e fallola, e dixo: — «Amiga, mi señor te quiere alguna cosa que quiere faser.» E ella fue e dixo: — «¿Que vos plase?». E el mercador le preguntó: — «Señora, ¿como faseys[1] aquel pan, e yo fare faser otro tal?» E ella dixo: — «Amigo señor: salieron vnas anpollas a mi padre en las espaldas, e el fysico[2] nos dixo que tomasemos farina de adargama, e que la amasasemos con manteca e con miel, e que ge la pusiesemos en aquellas anpollas, e quando uuiesemos lauado (f° 69 *r*) e enxugado toda la podre, que ge la tirasemos; e yo tomaua aquella masa en escuso e fasiala pan, e leuaualo aquel mercado a vender, e vendialo, e, loado nuestro señor, es ya sano, e dexamoslo de faser.» E el mercador dio grandes boses del gran asco que auia de aquel pan que auia comido, e quando vido que prouecho ninguno non tenia, dixo contra su moço: — «¡Mesquino! ¿Que fare? que busquemos con que lauemos nuestras manos, e nuestros pies, e nuestras bocas; e nuestros cuerpos, ¿commo los lauaremos?»

E, señor, si tu matas tu fijo, miedo he que te arrepentiras como el mercador, e, señor, non fagas cosa por que te arrepientas fasta que seas çierto della.

[1] *T.:* fasedes. — [2] *T.:* fesigo.

ENXENPLO DEL SEÑOR, E DEL OMME, E DE LA MUGER, E EL MARIDO DE LA MUGER COMMO SE AYUNTARON TODOS

«Señor, fisieronme entender de los engaños de las mugeres. Dise que era vna muger que auia vn amigo que era priuado del rrey, e el amigo enbio a vn su ome a casa de su amiga, que supiese si era ay su marido; e entro aquel ome e pagose del, e el della, porque era fermoso, e ella llamolo que holgase [1] con ella, e el fisolo asi; e vio que tardaua su señor el mançebo, e fue a casa del amiga [2], e llamo e dixo: — «¿Que fare, el mançebo, de mi?» E ella dixo: — «Ve e escondete aquel rrincon.» E el señor del entro a ella, e non quiso quel amigo entrase en el rryncon con el mançebo. E en esto vino el marido e llamo a la puerta, e dixo al amigo: — «Toma tu espada en la mano e parate a la puerta del palaçio e amenasame, e ve tu carrera e non fables ninguna cosa.» E el fisolo asi, e fue e abrio la puerta a su marido, e quando vio su marido estar el espada sacada al otro en la mano, fablo e dixo: — «¿Ques esto?» E el non respondio nada, e fue su carrera, e el marido entro al palaçio a su muger, e dixo: — «¡Ay maldita de ti!, ¿que ouo este ome contigo, que te salle denostando e amenasando?» E ella dixo: — «Vino ese ome fuyendo con gran miedo del,

[1] *T.:* jasiese. — [2] *T.:* entendedera.

e fallo la puerta abierta, e entro su señor en pos del por lo matar, e el, dando boses que le acorriese, e despues quel se arrimo a mi, pareme ante el, e apartelo del que non lo matase, e por esto va de aqui denostando e amenasandome; mas si me (fº 69 *v*) vala Dios, non me pena de su amenaza» [1]. El marido dixo: — «¿Do esta este mançebo?» «En aquel rriyncon esta.» E el marido salio a la puerta por ver si estaua el señor del mançebo o si era ydo, e quando vio que non estaua alli, llamo al mançebo e dixo: — «Sal aca, que tu señor ydo es su carrera.» E el marido se torno a ella bien pagado, e dixo: — «Fesiste a guisa de buena muger, e fesiste bien, e gradescotelo mucho.» «E, señor, non te di este enxenplo sinon que non mates tu fijo por dicho de vna muger, ca las mugeres ayuntadas en si han muchos engaños.» E mando el rrey que no matasen su fijo.

ENXENPLO DE COMMO VINO LA MUGER EL RREY EL TERÇERO DIA DISIENDOLE QUE MATASE SU FIJO

6 E vino la muger al terçero dia, e lloro e dio boses ante el rrey, e dixo: — «Señor, estos tus priuados son malos, e matarte an asi como mato vn pri-

[1] *T.:* ynchala.

uado a vn rrey vna ves.» E el rrey dixo: — «¿Como fue eso?» E ella dixo: — «Era vn rrey, e auia un fijo que amaua mucho caçar, e el priuado fiso en guisa que fuese a su padre e pidiese liçençia que les dexase yr a caça; e ellos ydos amos a dos, trauesso vn venado delante, e dixole el priuado al niño:— «Ve en pos de aquel venado fasta que lo alcançes e lo mates, e leuarlo as a tu padre.» E el niño fue en pos del venado, atanto que se perdio de su conpaña, e yendo asi, fallo vna senda, e ençima de la senda fallo vna moça que lloraua, e el niño dixo: — «¿Quien eres tu?» E la moça dixo: — «Yo so fija de vn rrey de tal [1] tierra, e venia cauallera en vn marfil con mis parientes, e tomome sueño e cay del, e mis parientes non me vieron: e yo desperte e non sope por do yr, e madrugando en pos dellos fasta que perdi las pisadas [2].» E el niño ouo duelo della, y leuola en pos de si; e ellos yendo asi, entraron en vn aldea despoblada, e dixo la moça: — «Desçendeme aqui, que lo he menester, e venirme he luego para ti.» E el niño fisolo asi, e ella entro en el casar e estuuo vna gran pieça; e quando vio el niño que tardaua, desçendio de su cauallo, e subio en vna pared e paro mientes, e vio que era diabla que estaua con sus parientes, e desiales: — «Vn moço me trayo en su cauallo, e felo aqui do lo traygo.» E ellos dixieron: — «Vete adelante (f° 70 *r*) con el a

1 *T.*: fulana. — 2 *T.*: los pies.

otro casar, fasta que te alcançemos.» E quando el moço esto oyo, ouo gran miedo, e deçendio de la pared e salto en su cauallo, e la moça vinose a el, e caualgola en pos del, e començo a tremer con el miedo della, e ella dixo: — «Que as que tremes?» E el le dixo: — «Espantome de mi conpañero, que he miedo que me verna del mal.» E ella dixo: — «¿Non lo puedes tu adobar con tu aver, que tu te alabaste que eras fijo de rrey e que tenia gran aver tu padre?» El le dixo: — «Non tiene aver.» «E mas te alabaste que eras rrey e gran prinçipe.» E el diablo le dixo: — «Rruega a Dios que te ayude contra el, e seras librado.» E dixo el: — «Verdat dises, e faserlo he.» E alço sus manos contra Dios, e dixo: — «¡Ay señor Dios!, ¡Rruegote e pidote por merçed que me libres deste diablo e de sus compañeros!, e cayo el diablo detras e començo enbarduñar en tierra, e queriese leuantar e non podie. E estonçe començó el moço a correr quanto podie, fasta que llego al padre muerto de sed, e era mucho espantado de lo que viera.

E, señor, non te di este enxenplo sinon que non te esfuerçes en tus malos pryuados. Si non me dieres derecho de quien mal me fiso, yo me matare con mis manos.

E el rrey mando matar su fijo.

ENXENPLO DEL TERÇERO PRIUADO, DEL CAÇADOR E DE LAS ALDEAS

E vino el terçero priuado ante el rrey, e finco 7
os ynojos antel, e dixo: «Señor, de las cosas, quando el ome non para mientes en ellas, viene ende grande daño, e es atal commo el enxenplo del caçador e de las aldeas.» E dixo el rrey: —«¿Cómo fue eso?» Dixo el: — «Oy desir que vn caçador que andaua caçando por el monte, e fallo en vn arbol vn enxanbre, e tomola e metiola en vn odre que tenia para traer su agua: e este caçador tenia vn perro, e trayalo consigo; e traxo la miel a vn mercador de vn aldea que era açerca de aquel monte para la vender. E quando el caçador abrio el odre para lo mostrar al tendero, e cayo del vna gota e posose en el vna abeja; e aquel tendero tenia vn gato, e dio vn salto en el abeja e matola; e el perro del caçador dio salto en el gato e matolo; e vino el dueño del gato e mato al perro; e estonçes leuantose el dueño del perro e mato al tendero porque le matara al perro (fº 70 *v*), e estonçes vinieron los del aldea del tendero e mataron al caçador [1] dueño del perro, e vinieron los del aldea del caçador a los del tendero, e tomaronse vnos con otros e mataronse todos,

[1] *El original añade, testado:* e al.

que non finco y ninguno; e asi se mataron vnos con otros por vna gota de miel.»

E, señor, non te di este enxenplo sinon que non mates tu fijo fasta que sepas la verdat, por que non te arrepientas.

ENXEMPLO DE COMMO VINO LA MUGER E DIXO QUE MATASE EL RREY A SU FIJO, E DIOLE ENXEMPLO DE VN FIJO DE VN RREY E DE VN SU PRIUADO COMMO LO ENGAÑO

8 E dixole la muger: «—Era vn rrey, e auia vn priuado e auia vn fijo, e casolo con fija de otro rrey. E el rrey, padre de la ynfante, enbio desir al otro rrey: —«Enbiame tu fijo e faremos bodas con mi fija, e despues enbiarte [he] mandado.»

E el rrey mando adereçar [1] su fijo muy bien, e que fuese faser sus bodas, e que estudiese con ella cuanto quisiese. E desi enbio el rrey aquel priuado con su fijo. E asi fablando vno con otro, alongaronse mucho de su conpaña, e fallaron vna fuente, e auia tal virtud que cualquier ome que beuiese della que luego se tornaua muger; e el priuado sabia la virtud que tenia la fuente, e non lo quiso desir al ynfante, e dixo: —«Esta aqui agora fasta que vaya

[1] *T.:* guisar.

a buscar carrera.» E fallo el la carrera andandola a buscar. E fuese por ella e fallo al padre del ynfante, e el rrey fué muy mal espantado, e dixo: —«¿Commo vienes asi sin mi fijo, o que fue del?» E el priuado dixo: — «Creo que lo comieron las bestias fieras.»

E quando vio el ynfante que tardaua el priuado e que non tornaua por el, desçendio a la fuente a lauar las manos e la cara, e beuio del agua e fisose muger, e estuuo en guisa que non sabia que faser ni que desir nin do yr. E a esto llego a el vn diablo, e dixole que quien era el, e el le dixo: «Fijo de vn rrey de tal [1] tierra.» E dixole el nombre derecho, e dixole [2] la falsedat que le fisiera el priuado de su padre. E el diablo ouo piedat del porque era tan fermoso, e dixole: « Tornarme he yo dueña commo tu eres, e a cabo de quatro meses tornarme he commo dantes era.» E el ynfante lo oyo, e fisieron pleyto e fue. Y el diablo otrosi vino en lugar de muger preñada, e dixo el diablo: — «Amigo, tornate commo dante (f° 71*r*) e yo tornarme he commo ante era.» E dixo el infante: — «¿Commo me tornare yo asi, que quando yo te fise pleyto e omenage yo era donçella e virgen, e tu eres agora muger preñada?» E entonçes se rrasono el ynfante con el diablo ante sus alcalles, e fallaron por derecho que vençiera el ynfante al diablo. Estonçes se torno el ynfante omme, e fuese para su muger, e leuola para casa de su pa-

[1] *T.:* fulana. — [2] *T.:* catol.

dre, e contogelo todo commo le acaesciera. E el rrey mando matar al pryuado porque dexara al ynfante en la fuente. E por ende yo he fiusa que me ayudara Dios contra sus malos priuados.»

E el rrey mando matar su fijo.

ENXENPLO DEL QUARTO PRIUADO, E DEL BAÑADOR, E DE SU MUGER

9 E vino el quarto priuado, e entro al rrey, e finco los ynojos ante el rrey e dixo: — «Señor, non deue faser omme en ninguna cosa fasta que sea bien çierto de la verdat, ca quien lo fase ante [1] que sepa la verdat, yerra e fase muy mal, commo acaesçio a vn bañador que se arrepyntio quando non le touo pro.» El rrey le pregunto: — «¿Commo fue eso?» Dixo: — «Señor, fue vn ynfante vn dia por entrar en el baño; e era mançebo, e era tan grueso que non podia ver sus mienbros por do era; e quando se descubrio, violo el vañador e començó a llorar, e dixole el ynfante: — «¿Por que lloras? E dixo: — «Por tu ser fijo de rrey, como lo eres, e non auiendo otro fijo sinon a ti, e non ser señor de tus mienbros, así como son otros varones, ca yo bien creo que non puedes holgar [2] con muger.» E el ynfante dixo: — «¿Que fare yo, que

[1] *Repetido* ante *en el texto*. — [2] *T.:* jaser.

mi padrė me quiere casar? Non se si podre holgar y yazer con muger.» Y el ynfante dixo: — «Toma agora dies tantos e veme a buscar vna mujer fermosa.» E el vañador dixo en su coraçon: — «Terne estos dies marauedis, e entre mi muger con el, ca bien se que non podra dormir con ella.» E estonçes fue por ella, e el ynfante durmio con ella. Y el vañador començo de dar bozes y dezirle [2] commo yasia con su muger; y el ynfante rriose, e el vañador fallose ende mal, e dixo: — «¡Yo mesmo me lo fise! E estonçes llamo su muger e dixo: —«Vete para casa.» E ella dixo: — «¿Commo yre, ca le fise pleyto que (fº 71 *v*) dormiria con el toda esta noche?» E quando el esto oyo, con cueyta e con pesar fuese a enforcar, e asi se mato. E señor, non te di este enxenplo sinon que non mates tu fijo.

ENXENPLO DEL OMME E DE LA MUGER, E DE LA VIEJA E DE LA PERRILLA

«Señor, oy desir que vn omme e su muger fisieron pleyto e omenaje que se touiesen fieldat; e el marido puso plaso a que viniese, e non vino a el. E estonçes salio a la carrera, e estando asi vino vn omme de su carrera e viola, e pagose della, e de-

T.: fasimiento. — [2] 4. *T.:* atalear

mandole su amor; e ella dixo que en ninguna manera lo harya [1]. Estonçes fue a vna vieja que moraua çerca della, e contogelo todo commo le conteçiera con aquella muger, e rrogole que ge la fisiese aver é que le daria quanto quesiese. E la vieja dixo que le plasie e que ge la faria aver. E la vieja fuese a su casa, e tomo miel, e masa, e pymienta, e amasola toda en vno, e fiso della panes. Estonçes fuese para su casa de aquella muger, e llamo vna perrilla que tenie, e echole de aquel pan en guisa que non lo viese la muger. E despues que la perrilla lo comio, enpeço de yr tras la vieja, falagandosele que le diese mas, e llorandole los ojos con la pimienta que auie en el pan. E quando la muger la vio asi, marauillose, e dixo a la vieja: —«Amiga, ¿viestes llorar asi a otras perras asi commo a esta?» Dixo la vieja: —«Fase derecho, que esta perra fue muger e muy fermosa, e moraua aqui cabo mi, e enamorose vn omme della e ella non se pago del; e estonçes maldixola aquel omme que la amaua, e tornose luego perra, e agora quando me vio, menbrosele della e començose de llorar.» E estonces dixo la muger: « —¡Ay mesquina! ¿Que fare yo, que el otro dia me vio vn omme en la carrera e demandome mi amor, e yo non quise? E agora he miedo que me tornare perra si me maldixe; e agora ve e rruegale por mi, que le dare quanto el quesiere.» Estonçes dixo la

[1] 3. *T.:* guisa que lo non faria.

vieja: — «Yo te lo traere.» E estonçes se leuanto la vieja fue por el omme, e leuantose la muger e afeytose. E estonçes se asomo a casa de la vieja a si auia fallado aquel omme que fuera a buscar, e la vieja dixo: — «Non lo puedo fallar.» E estonçes dixo la muger: —«Pues ¿que fare yo?» Estonçes fue la vieja, e fallo al omme e (f° 72*r*) dixo: —«Anda aca, que ya fara la muger todo, todo quanto yo quisiere.» E era el omme su marido, e non lo conosçia la vieja que venia entonçes de su camino. E la vieja dixo: —«¿Que daras a quien buena posada te diere, e muger moça e fermosa, e buen comer e buen beuer, si quieres tu?» E el dixo: — «¡Par Dios, si querria!» E fuese ella delante e el en pos della, e vio que lo leuaua a su casa, e sospecho que lo leuaua a su casa e para su muger mesma, e sospecho que lo fasia asi toda via desde quando el saliera de su casa. E la vieja mala entro en su casa e dixo: — «Entrad.» Despues quel omme entro, dixo: — «Asentadvos aquí.» E catola al rrostro, e quando ella vio que su marido era, non sopo al que faser sinon dar salto en sus cabellos, e dixo: — «¡Ay don putero malo! ¿Esto es lo que yo e vos pusiemos e el pleyto e omenaje que fisiemos? Agora veo que guardays [1] las malas mugeres e las malas alcauetas.» E el dixo: — «¡Ay de ti! ¿Que oviste comigo?» E dixo su muger: — «Dixieronme agora que vinies e afeyteme, e

[1] *T.:* guardades.

dixe a esta vieja que saliese a ti, por tal que te prouase si vsauas las malas mugeres, e veo que ayna seguiste la alcaueteria; mas jamas nunca nos ayuntaremos nin llegaras mas a mi.» E dixo el: — «Asi me de Dios su gracia e aya la tuya commo non cuyde que me traya a otra casa sinon la tuya e mia, que en otra manera [1] non fuera con ella, e avn pesome mucho quando me metio en tu casa, que cuyde que esto mesmo hazias [2] con los otros.» E quando ouo dicho, rrascose en su rrostro e rronpiolo todo con sus manos, e dixo: — «¡Bien se que esto cuydaries tu de mi!» E ensañose contra el, e quando vio que era sañosa, començola de falagar e de rrogar que le perdonase, e ella non lo quiso perdonar fasta que le diese gran algo, e el mandole en arras vn aldea que auia. E, señor, non te di este enxenplo sinon a quel engaño de las mugeres que non an cabo nin fin.» E mando el rrey que non matasen su fijo.»

ENXENPLO DE COMMO VINO AL QUINTO DIA LA MUGER, E DIO ENXEMPLO DEL PUERCO E DEL XIMIO

11 E vino la muger al quinto dia, e dixo al rrey: — «Si me non das derecho de aquel ynfante, e veras que pro te ternan estos tus malos priuados (f° 72 *v*);

[1] 4. *T.:* si. — [2] *T.:* faras.

despues que yo sea muerta, veremos que faras con estos tus consejeros, e quando ante Dios fueres, ¿que diras, fasiendo atan gran tuerto en dexar a tu fijo a vida e non querer faser del justiçia, e commo lo dexas a vida por tus malos consejeros e por tus malos priuados, e dexas de faser lo que tiene pro en este siglo?; mas yo se que te sera demandado ante Dios, e desirte [he] lo que acaesçio a vn puerco vna ves.» Dixo el rrey: —«¿Commo fue eso?» —«Digote, señor, que era un puerco, e yasia sienpre so vna figuera, e comia sienpre de aquellos figos que cayen della; e vino vn dia a comer e fallo ençima a vn ximio comiendo figos; e el ximio, quando vido estar al puerco en fondon de la figuera, echole un figo, e comiolo e sopole mejor que los quel fallaua en tierra, e alçaua la cabeça a ver si le echaria mas; e el puerco e el estando asi atendiendo al ximio, fasta que se le secaron las venas del pescueço e murió de aquello.»

E quando esto ouo dicho, ouo miedo el rrey que se mataria con el cuchillo[1] que tenia en la mano, e mando matar su fijo.

[1] *T.:* tosigo.

ENXENPLO DEL QUINTO PRYUADO, E DEL PERRO, E DE LA CULEBRA, E DEL NIÑO

12 E vino el quinto priuado ante el rrey e dixo: — «Loado sea Dios: tu eres entendido e mesurado, e tu sabes que ninguna cosa apresuradamente ante que se sepa la verdat es bien hecha, e si alguno lo fisiere, fara locura, e quando lo quisiere emendar, non podrá; e conteçerle a asi commo a vn dueño de vn perro vna ves. E dixo el rrey: — «¿Commo fue eso?» E el dixo: —«Señor, oy desir que vn omme que era criado de vn rrey, e aquel omme auia vn perro de caça muy bueno e mucho entendido, e nunca le mandaua faser cosa que la non fisiese, e vino vn dia que su muger [1] fue a veer sus parientes, e fue con ella toda su conpaña, e dixo ella a su marido: —«Sey con tu fijo, que yase durmiendo en la cama, ca non tardare alla, ca luego sere aqui.» El omme asentose cabo su fijo; el seyendo alli, llego vn omme de casa del rrey que le mandaua llamar a gran priesa. E el omme bueno dixo al perro: — «Guarda bien este niño, e non te partas del fasta que yo venga.» E el omme cerro su puerta, e fuese para el rrey. E el (f° 73 *r*) perro yasiendo çerca del niño, vino a el vna culebra muy grande, e quisolo matar por el olor de la leche de la madre; e quando la vio el perro, dio

1 *T.*: que

salto en ella e despedaçola toda. E el omme torno ayna por amor de su fijo que dexaua solo, e quando abrio la puerta, abriendola salio el perro a falagarse a su señor por lo que auia fecho, e traya la boca e los pechos sangrientos. E quando lo vio tal, cuydose que auia muerto [1] su fijo, e metio mano a vn espada e dio vn gran golpe al perro e matolo, e fue mas adelante a la cama e fallo su fijo durmiendo, e la culebra despedaçada a sus pies. E quando esto vio, dio palmadas en su rrostro e rrompioselo, e non pudo al faser. E touose por mal andante que lo hauia errado. E, señor, non te contesa atal en tus fechos, ca despues non te podras arrepentir; non mates tu fijo, que los engaños de las mugeres non an cabo nin fin.»

ENXENPLO DE LA MUGER E DEL ALCAUETA, DEL OMME, E DEL MERCADER, E DE LA MUGER QUE VENDIO EL PAÑO

Señor, oy desir que auia vn omme que quando 13
oya fablar de mugeres que se perdia por ellas con cueyta de las aver, e oyo desir de vna muger fermosa, e fuela buscar, e fallo el lugar donde era. E entonçes fue a vn alcaueta e dixole que moria por aque-

[1] *T.:* matado.

lla muger. E dixo la vieja alcaueta: — «Non fisiestes nada en venir aca, que es buena muger, e non ayas fiusa [1] ninguna en ella, si te vala Dios.» E el le dixo: —«Fas en guisa que la aya, e yo te dare quanto tu quisieres.» E la vieja dixo que lo faria, si pudiese, «mas — dixo — ve a su marido, que es mercador, si le puedes comprar de vn paño que trae cubierto.» E el fue al mercador, e rogogelo que ge lo vendiese, e ouogelo mucho a duro de vender, e truxolo [2] a la vieja, e tomo el paño e quemolo en tres lugares, e dixo: «Estate aqui agora en esta mi casa, que non te vea aqui ninguno.» E ella tomo el paño, e doblolo e metiolo so si, e fue alli do seye la muger del mercador, e fablando con ella, metio el paño so el cabeçal e fuese. E quando vino el mercador, tomo (f° 73 *v*) el cabeçal para se asentar e fallo el paño, e tomolo, e cuydo que el que lo mercara que era amigo de su muger e que se le oluidara alli el paño. E leuantose el mercador e firio a su muger muy mal, e non le dixo por que nin por que non, e leuo el paño en su mano. E cubrio su cabeça la muger e fue para casa de sus parientes. E sopolo la vieja alcaueta, e fuela ver, e dixo: — «¿Por que te firio tu marido de balde?» E dixo la buena muger: —«Non se, a buena fe.» Dixo la vieja: — «Algunos fechisos te dieron malos; mas amiga, ¿quieres que te diga verdat?, darte e buen consejo: en mi casa ay vn ome de los sa-

[1] Por *fiucia, fiducia*, confianza. — [2] *T.*: aduxolo.

bios del mundo, e si quesieredes yr a ora de biesperas comigo a el, el te dara consejo.» E la buena muger dixo que le plasia. E venida fue ora de biesperas, e vino la vieja por ella, e leuola consigo para su casa, e metiola en la camara adonde estaua aquel omme, e leuantose a ella e yasio con ella; e la muger, con miedo e con verguença, e callose; e despues quel omme yasio con ella, fuese para sus parientes, e el omme dixo a la vieja: — «Gradescotelo mucho, e dar te e algo.» E dixo ella: — «Non ayas tu cuydado, que lo que tu fesiste yo lo trabaje [1] a bien, mas ve tu via e faste pasadiso por su casa do esta su marido, e quando el te viere, llamarte a e preguntarte a por el paño, que que lo fesiste, e tu dile que te poseste cabo el fuego e que se te quemo en tres lugares, e que lo diste a vna vieja que lo leuase a sorsir, e que lo non viste mas nin sabes del; e faserme e yo pasadisa por ay, e di tu: — «Aquella di yo el paño», e llamame, ca yo te escusare de todo. E entonçes fue e fallo al mercador, e dixo: — «¿Qué fesiste el paño que te yo vendi?» E dixo el: — «Asenteme al fuego e non pare mientes, e quemoseme en tres lugares, e dilo a vna vieja mi vesina que lo leuase a sorsir, e non lo vi despues.» E ellos estando en esto, llego la vieja e llamola, e dixo al mercador: — «Esta es la vieja a quien yo di el paño.» E llamola, e dixo que que fisiera el paño, e dixo ella: — «A buena fe, si me vala

[1] *T.:* adure.

Dios, este mançebo me dio vn paño a sorsir, e entre con ello so mi manto en tu casa e en verdat non se si se me cayo en tu casa e por la carrera.» E dixo: — «Yo lo falle; toma tu paño e vete en buena ventura.» Entonçes fue el mercador a su casa, e enbio por (fº 74 *r*) su muger a casa de sus parientes, e rrogola que le perdonase, e ella fisolo asi.

E, señor, non te di este exenplo sinon que sepas quel engaño de las mugeres ques muy grande e sin fin.

E el rrey mando que non matasen su fijo.

ENXENPLO DE COMMO VINO LA MUGER AL SESENO DIA, E DIOL ENXENPLO DEL LADRON, E DEL LEON EN COMMO CAUALGO EN EL

14 E vino la muger al seseno dia e dixo al rrey: — «Yo fio en Dios que me amparara de tus malos priuados commo anparo vna ves vn omme de vn leon.» E el rrey dixo: — «¿Commo fue eso?» E ella dixo: — «Pasaua vn gran rrecuero por cabo de vn aldea e entro en ella vn gran ladron e muy mal fechor; e ellos yendo así, tomoles la noche e llouio sobre ellos muy gran luuya, e dixo el rrecuero: — «Paremos mientes en nuestras cosas, non nos faga algund mal el ladron.» E a esto vino vn ladron e entro entre las bestias, e ellos non lo vieron con la gran

escuredat, e començo de apalpar qual era la mas gruesa para leuarla, e puso la mano sobre vn leon e non fallo ninguna mas gruesa, nin de mas gordo pescueço que el. E caualgo en el, e dixo el leon: —«Esta es la tenpestad, que disen los ommes.» E corrio con el toda la noche fasta la mañana, e quando se conoçieron el vno al otro auianse miedo; e el leon llego a vn arbol muy cansado, e el ladron trauose a vna rrama e subiose al arbol con gran miedo del leon e el leon fuese muy espantado; e fallose con un ximio, e dixole: — «¿Que as, leon, o commo vienes asi?» E el leon dixo: — «Esta noche me tomo la tenpestad e caualgo en mi, fasta en la mañana nunca canso de me correr.» El ximio le dixo: — «¿Do es aquella tenpestad?» E el leon le mostro el omme ençima del arbol, e el ximio subio ençima del arbol, e el leon atendio por oyr e veer que faria. E el ximio vio que era omme, e fiso señal al leon que viniese, e el leon vino corriendo, e entonçes abaxose vn poco el omme, e echole mano de los miembros [1] del ximio e apretogelos tanto fasta que lo mato, e echolo al leon. E desi quando el leon esto vido, echo a foyr, e dixo: — «¡Loado sea Dios que me escapo desta tenpestad!» E dixo la muger: — «Fio por Dios que me ayudara contra tus malos priuados, asi como ayudo al ladron contra el ximio.»

El rrey mando (fº 74 *v*) matar su fijo.

[1] *T.:* cojones.

ENXENPLO DEL SETENO PRIUADO, DEL PALOMO, E DE LA PALOMA QUE AYUNTARON EN VNO EL TRIGO EN SU NIDO

15 E vino el seteno priuado, e finco los ynojos ante el rrey e dixo: —«Si fijo non ouieses, deuies rogar a Dios que te lo diese. Pues ¿commo puedes matar este fijo que Dios te dio e non auiendo mas deste? Ca, si lo matas, fallarte as ende mal, commo se fallo vna ves vn palomo. Dixo el rrey: — «¿Commo fué eso?» Dixo: — «Señor, era vn palomo e vna paloma, en vn monte, e auian y su nido; e en el tiempo del Agosto, cogieron su trigo e guardaronlo en su nido; e fuese el palomo en su mandado e dixo a la paloma e morauan que non comiese del trigo grano mientra que durase el verano, «mas — dixole — vete a esos canpos e come de eso que fallares, e, quando viniere el yuierno, comeras del trigo e folgaras.» E despues vinieron las grandes calores, e secaronse los granos, e encogieronse, e pegaronse, e quando vino el palomo, dixo: — «¿Non te dixe que non comieses grano, que lo guardases para el yuierno?» E ella jurole que non comiera grano, nin lo començara poco nin mucho; e el palomo non lo quiso creer, e començola de picar, e de ferirla de los onbros e de las alas atanto que la mato. E paro mientes el palomo al trigo, e vio que creçia con el rrelente e que non auia menos nin mas, e el fallose mal, porque mato a la paloma.

»E, señor, he miedo que te fallaras ende mal, asi como se fallo este palomo, si matas tu fijo, que el engaño de las mugeres es la mayor cosa del mundo.»

ENXENPLO DEL MARIDO E DEL SEGADOR, E DE LA MUGER, E DE LOS LADRONES QUE LA TOMARON A TRAYÇION

— «Señor, oy desir vn enxenplo de vn omme e 16
de vna muger; e morauan en vn aldea, e el omme fue arar, e la muger fisole de comer de paniso vn pan, e leuogelo a do araua, e yendo por ge lo dar, dieron salto en ella los ladrones e tomaronle el paniso, e vno de los ladrones fiso vna ymagen de marfil por escarnio, e metiola en la çesta, e ella non lo vio; e dexaronla yr, e fuese para su marido; e quando abrió el marido la çesta vio aquello dixo: — «¿Que es esto que aqui traes?» E ella cato e vio que los ladrones lo auian (f° 75 *r*) fecho, e ella dixo: — «Ensoñaua esta noche entre sueños que estauas ante vn alfayate e que te pesaua muy mal, e estonçe fui a vnos omes que me lo ensoluiesen este ensueño, e ellos me dixieron que fisiese vna ymagen de paniso e que la comieses, e que serias librado de quanto te podria venir.» E este ensueño dixo el marido que podria ser verdat. E tal es el engaño e las artes de las mugeres, que non han cabo nin fin.

E el rrey mando que non matasen su fijo.

ENXENPLO DE COMMO VINO LA MUGER AL SETENO DIA ANTEL RREY, E DIXO QUE SE QUERIA QUEMAR, E EL RREY MANDO MATAR SU FIJO APRIESA ANTES QUELLA SE QUEMASE

E quando vino al seteno dia, dixo: — «Si este mançebo oy non es muerto, oy sere descubierta.» E esto dixo la muger: — «Non ay sinon la muerte.» Todo quanto aver pudo diolo por Dios a pobres, e mando traer mucha leña, e asentose sobre ella, e mando dar fuego en derredor, e desir que se queria quemar ella. E el rrey, cuando esto oyo, ante que se quemase, mando matar al moço. Llego el seteno priuado, e metiose delante del moço e de aquel que le queria matar, e omillosele al rrey, e dixo: — «Señor, non mates tu fijo por dicho de vna muger, que non sabes si miente o si dise verdat, e tu auias atanta cobdiçia de aver fijo como tu sabes, e pues que te fiso Dios plaser, non le fagas tu pesar.»

DEL ENXENPLO DE LA DIABLESA, E DEL OMME, E DE LA MUGER, E DE CMMOO EL OMME DEMANDO LOS TRES DONES

17 «E, señor, oy desir que era vn omme que nunca se partia de vna diablesa e ouo della un fijo; e fue asi vn dia, que ella que se queria yr, e dixo:

— «Miedo he que nunca me vere contigo, mas ante quiero que sepas tres oraçiones de mi, que quando pidieres a Dios tres cosas, averlas as.» E mostrole las oraciones e fuese la diablesa; e el fuese muy triste porque se le fue la diablesa, e fuese para su muger, e dixole: — «Sepas que la diablesa que me tenia que se me fue, e peşome ende mucho del bien que sabia por ella, e mostrome tres oraçiones con que demandase tres cosas a Dios que las aueria, e agora consejame que pida a Dios, e averlo he.» E la muger le dixo: — «Bien sabes verdaderamente que puramente amays los ommes a las mugeres e paganse mucho de su solas; por ende rruega a Dios que te otorgue muchas dellas.» E quando se vido cargado dellas, dixo a la muger: — «Confondate Dios, que esto por el tu consejo se fiso.» E dixo ella: — «¿Aun non te quedan dos oraçiones? E agora rruega a Dios que te las quyte [1], pues tanto pasas con ellas.» E el fiso oraçion e fueronse [2] luego todas, e non finco y ninguna (f° 75 *v*). E el, quando esto vio, començo de desir mal a su muger, e dixo ella: — «Non me maldigas, que avn tienes vna oraçión e rruega a Dios que te torne commo de primero.» E rrogo a Dios que lo tornase de primero, e tornole commo de primero, e asi se perdieron las oraçiones todas.

Por ende te do por consejo que non mates tu fijo,

[1] *T.:* tuelga. — [2] *T.:* tollieron.

que las maldades de las mugeres non an cabo nin fin, e desto darte e vn enxenplo. E dixo el rrey: — «¿Commo fue eso?»

ENXENPLO DEL MANÇEBO QUE NON QUERIA CASAR FASTA QUE SOPIESE LAS MALDADES DE LAS MUGERES

18 E, señor, dixieronme que vn omme que non queria casar fasta que sopiese e aprendiese las maldades de las mugeres e los sus engaños; e anduuo tanto fasta que llego a vn aldea, e dixieronle que auie buenos sabios del engaño de las mugeres, e costole mucho aprender las artes. Dixole aquel que era mas sabidor: — «¿Quieres que te diga?, jamas nunca sabras nin aprenderas acabadamente los engaños de las mugeres, fasta que te asientes tres dias sobre la çenisa, e non comas sinon vn poco de pan de ordio e sal, e aprenderas.» E el le dixo que le plasia, e fisolo asi. Entonçes posose sobre la çenisa, e fiso muchos libros de las artes de las mugeres; e despues que esto ouo fecho, dixo que se queria tornar para su tierra, e poso en casa de vn ome bueno; e el huesped le pregunto de todo aquello que leuaua, e el le dixo donde era, e como se auia asentado sobre la çenisa de mientra trasladara aquellos libros, e como comiera el pan de ordio, e como pasara mucha cueyta e mucha laseria, e traslado aquellas ar-

tes; e despues questo le ouo contado, tomolo el huesped por la mano, e leuolo a su muger e dixole: — «Vn omme bueno e fallado, que viene cansado de su camino.» E contole toda su fasienda, e rrogole que le fisiese algo fasta que se fuese esforçando, [ca] estonçes era flaco. E despues questo ouo dicho, fuese a su mandado, e la muger fiso bien lo que le castigara. Estonçes començo ella de preguntalle, que omme era o commo andaua, e el contogelo todo; e ella, quando lo vio, touolo por omme de poco seso e de poco rrecabdo, porque entendio que nunca podia acabar aquello que començara, e dixo: —«Bien creo verdaderamente que nunca muger del mundo te pueda engañar, e mas [1] con aquestos libros que as adobado.» E dixo ella en su coraçon: «Sea agora quam sabidor quesiere, que yo (f° 76 *r*) le fare conosçer el su poco seso, en que anda engañado; ¡yo so aquella que lo sabre faser!» Estonçes lo llamo e dixo: — «Amigo, yo so muger mançeba e fermosa, e en buena sason, e mi marido es muy viejo e cansado, e de muy gran tiempo pasado que non tuuo que hazer [2] comigo; por ende, si tu quesieses, e holgases [3] comigo, que eres omme cuerdo e entendido, e non lo digas a nadie.» E quando ella ouo dicho, cuydo que le desia verdat, leuantose e quiso trauar della, e dixo: — «Espera un poco e desnudemonos.» E el desnudo-

[1] 2. *T.:* nin es a enparejar. — [2] *T.:* yasio. — [3] *T.:* ya sieses.

se, e ella dio grandes boses e grytos [1], e'rrecudieron luego los vesinos, e ella dixo ante que ellos entrasen: — «¡Tiendete en tierra, si non muerto eres!» E fisolo asi, e ella metiole un gran bocado de pan en la boca. E quando los ommes entraron, pescudaron que que oviera; ella dixo: — «Este omme es nuestro huesped, e quiso afogar con vn bocado de pan, e boluiensele los ojos.» Estonçes descubriolo e echole del agua por que acordase; el non acordaua en todo esto, echandole agua fria e alynpiandole el rrostro con vn paño blanco. Estonçes salyeronse los ommes e fueronse su carrera, e ella dixo: — «Amigo, ¿en tus libros ay alguna tal arte como esta?» E dixo el: — «¡En buena fe nunca la vi, nin la falle tal commo esta!» E dixo ella: —«Tu gastaste tu tiempo y pasaste mucha fatiga y malos [dias, e non] esperes nunca [ende al] [2]; que esto que tu demandas nunca lo acabaras tu nin ome de quantos son nasçidos.» E el, quando esto vio, tomo todos sus libros e metiolos en el fuego, e dixo que de mas auia despendido sus dias.

E yo, señor, non te di este enxenplo sinon que non mates tu fijo por palabras de vna muger.

E el rrey mando que non matasen su fijo.

[1] *T.:* garpios. — [2] 10. *T.:* y mucha laseria et mucho mal dia, et nunca esperes ende al.

DE COMMO AL OTAUO DIA FABLO EL YNFANTE E FUE ANTEL RREY

E quando vino el otauo dia, en la mañana, ante que saliese el sol, llamo el ynfante a la muger que lo seruia en aquellos dias que non fablaua, e dixo: —«Ve e llama a fulano, ques mas priuado del rrey, e dile que venga quanto mas presto pudiere. E la muger, en que vido que fablaua el ynfante, fue muy corriendo e llamo al priuado; e el leuantose e vino muy ayna al ynfante; e el lloro con el, e contole por que non fablara aquellos dias, e todo quanto le conteçiera con (fº 76 *v*) su madrastra: — «E non guaresçi de muerte sinon por Dios e por ti, e por tus conpañeros que trabajaron [1] de me ayudar bien e lealmente a derecho. Dios vos de buen gualardon por ello, e yo vos lo dare, si biuo e veo lo que cobdiçio. E quiero que vayas corriendo a mi padre, e que le digas mis nueuas ante que llegue la puta falsa de mi madrastra, ca yo se que madrugara.»

El priuado fue muy rresio corriendo desque lo vido asi fablar, e fue al rrey, e dixo: — «Señor, dame albryçias por el bien e merçed que te a Dios fecho, que non quiso que matases tu fijo, ca ya fabla, e el me enbio a ti.» E non le dixo todo lo quel ynfante le dixiera, e dixo el rrey: — «Ve muy ayna

[1] *T.:* me curaron.

e dile que se venga para mi el ynfante.» E el vino e omillosele, e dixo el rrey: — «¿Que fue que estos dias non fablaste, que viste tu muerte a ojo?» E dixo el ynfante: — «Yo vos lo dire.» E contole todo como le acaesçiera, e como le defendiera su maestro Çendubete que non fablase siete días: «Mas de la muger te digo de quando me aparto que me queria castigar, e yo dixole que yo non podia rresponder fasta que fuesen pasados los siete días; e quando esto oyo, non sopo otro consejo sinon que me fisiesedes matar ante que yo fablase. Enpero, señor, pidovos por merced, si vos quesieredes e lo touieredes por bien, que mandasedes ayuntar todos los sabios de vuestro regno e de vuestros pueblos, ca querria desir mi rrason entre ellos.»

E quando el ynfante esto dixo, el rrey fue muy alegre, e dixo: — «Loado sea Dios por quanto bien me fiso, que me non dexo faser tan gran yerro que matase mi fijo. E el rrey mando llegar su gente e su corte; e despues que fueron llegados, llego Çendubete e entro al rrey, e dixo: — «Omillome, señor.» E dixo el rrey: — «¿Que fue de ti, mal Çendubete, estos dias? Ca poco finco que non mate mi fijo por lo que le tu castigaste.» E dixo Çendubete: — «Tanto te dio Dios de merçed e de entendimiento e de enseñamiento, porque tu deues faser la cosa quando sopieres la verdat, y no antes [1], y mas los rreyes se-

[1] 3. *T.:* mas que

ñaladamente por derecho deueys [1] seer ciertos [2] de la verdat (f° 77 r) e [avn mas que non] los otros; e el non dexo de faser lo que le yo castigue; e tu, señor, non deuieras mandar matar tu fijo por dicho de vna muger.» E dixo el rrey: — «Loado sea Dios que non mate mi fijo, que perdiera este siglo e el otro; e vosotros, sabios, si matara mi fijo, ¿cuya se ria la culpa? ¿Si seria mia, o de mi fijo, o de mi muger, o del maestro?»

Leuantaronse quatro sabios, e dixo el uno: — «Quando Çendubete vido el estrella del moço en como auia de ser su fasienda, non se deuiera esconder.» E dixo otro: — «Non es asi como tu dises, que Çendubete non auia ay culpa, que tenia puesto tal pleyto con el rrey que non auia de fallesçer; deuiera ser la culpa del rey, que mandaua matar su fijo por dicho de vna muger, e non sabiendo si era verdat o si era mentira.» Dixo el terçero sabio: —«Non es asi como vosotros desides, que el rrey non auia ay culpa, que non ay en el mundo palo [3] mas frio que el sandalo, nin cosa mas fria que la carofoja [4], e quando los bueluen vno con otro anse de escalentar tanto que salle dellos fuego; e si el rrey fuese firme en su seso, non se boluerie por seso de vna muger; mas

[1] *T.:* deuedes. — [2] *T.:* seguro. — [3] *T.:* fuste. — [4] ¿Será «carafulla», que en Aragón significa la vaina seca de ciertas legumbres (judía), o las hojas que rodean a la piña del panizo? ¿*Caryfolium*, árbol del clavo?

pues era muger quel rrey amaua, non podie estar que non la oyese. Mas la culpa era de la muger, porque con sus palabras lo engañaua e fasia desir que matasen su fijo.»

E el cuarto dixo que la culpa non era de la muger, mas que era del ynfante, que non quiso guardar lo quel mandara su maestro; que la muger, quando vido al niño tan fermoso e apuesto, ouo sabor del [1], mas quando se aparto con el e ella quando entendio que fablaua el ynfante, entendio que seria descubierta a cabo de los siete dias de lo quel ynfante desia e ouo miedo que la mataria, por ello curo de lo faser matar ante que fablase.» E Çendubete dixo: — «Non es asi como vos desides, quel mayor saber que en el mundo ay es desir.» E el ynfante dixo: — «Fablare, si me vos mandaredes.» E el rrey le dixo que disiese lo que quisiese; el ynfante se leuanto e dixo: — «O Dios, tu seas, señor [2], loado, que me fesiste ver este dia e esta ora, que me dexeste mostrar mi fasienda e mi rrason. Menester es de entender la mi rrason, que quiero desir el mi saber e yo quierovos desir el enxenplo desto.»

[1] *T.:* mas que. — [2] *T.:* a ti.

ENXENPLO DEL OMME E DE LOS QUE CONVIDO, E DE LA MANÇEBA QUE ENBIO POR LA LECHE, E DE LA CULEBRA QUE CAYO LA PONÇOÑA

E los maestros le dixieron que dixiese, e el dixo: 19
— «Disen que vn omme que aparejo [1] su yantar e conbido sus huespedes (fº 77 *v*) e sus amigos e enbio su moça al mercado por leche que comiesen; e ella conprola e leuola sobre la cabeça e paso vn milano por sobre ella, e leuaua entre sus manos vna culebra, e apretola tanto de rresio con las manos, que salyo el venino della e cayo en la leche, e comieronla e murieron todos con ella. E agora me desid cuya fue la culpa por que murieron todos aquellos ommes.»

E dixo vno de los quatro sabios: — «La culpa fue en aquel que los conbido, que non cato la leche que les daua a comer.» E el otro maestro dixo: — «Non es asi commo vos desis [2], quel que los huespedes conbida non puede todo catar, nin gostar de quanto les daua a comer, mas la culpa fue en el milano, que apreto tanto la culebra con las manos que ouo de caer aquella ponçoña.» El otro respondio: — «Non es asi commo vosotros desis [3], ca el milano non auia ay culpa, porque comia lo que solia comer, de mas non fasiendo a su nesçesidad; mas la culebra ha la

[1] *T.:* adobo. — [2] *T.:* desides. — [3] *T.:* desides.

culpa, que echo de si la ponçoña.» E el quarto dixo: — «Non es asi commo vosotros desis [1], que la culebra non a culpa, mas auia la culpa la moça, que non cubrio la leche quando la traxo del mercado.»

Dixo Çeñdubete: — «Non es asi commo vosotros desides, que la moça non auia ay culpa, ca non le mandaron cobrir la leche; nin el milano non auia y culpa, ca comia lo que auia de comer; nin la culebra non auia y culpa, que yua en poder ageno, nin el huesped non ouo ay culpa, quel omme non puede gostar tantos manjares [2] quantos manda guisar.» Estonçes dixo el rrey a su fijo: — «Todos estos disen nada, mas dime tu cuya es la culpa.» El ynfante dixo: —«Ninguno destos non ouo culpa, mas açertosele[s] la ora en qve auien a morir todos.» E quando el rrey oyó esto dixo: — «Loado sea Dios, que me non dexo matar mi fijo.» Estonçes dixo a Çendubete el rrey: — «Tu has fecho mucho bien, e nos as obligado [3] para faserte mucha merçed, pero tu sabes si a el moço mas de aprender: emuestragelo e avras buen gualardon.» Estonçes dixo Çendubete: «Señor, yo non se cosa en el mundo que yo non le mostre, e bien creo que non la ay en el mundo, e non ay mas sabio que el.» Estonçes dixo el rrey a los sabios que estauan en derredor: — «¿Es verdat lo que disen, Çendubete?» Estonçes dixieron que non deuia omme desir mal de lo que bien paresçe. E dixo el ynfante:

[1] *T.*: desides. — [2] *T.*: comeres. — [3] *T.*: fecho.

— «El que bien fase, buen gualardon meresçe.» El ynfante dixo: — «Yo te dire quien (f° 78 *r*) sabe mas que yo.» Dixo el rrey: — «¿Quien?»

ENXENPLO DE LOS DOS NIÑOS SABIOS, E DE SU MADRE, E DEL MANÇEBO

— «Señor, disen que dos moços, el vno de quatro 20
años e el otro de çinco años, çiegos e contrechos, e todos disen que eran mas sabios que yo.» E dixo su padre: — «¿Commo fueron estos mas sabios que tu?» — «Oy desir que vn omme que nunca oye desir de muger fermosa que non se perdia por ella e oyo desir de vna muger fermosa [1], e enbio su omme a desir que la queria muy gran bien; e aquella muger auia vn fijo de quatro años; e despues quel mensajero [2] se tornó con la rrespuesta que queria faser lo quel touiese por bien, e fuese para ella el señor, e dixo ella: — «Espera vn poco, e fare a mi fijo que coma, e luego me verne para ti.» — «Mas — dixo el omme — fas lo que yo quesiere, e despues que yo fuere ydo, dalle as a comer.» E dixo la muger: — «Si tu sopieses quan sabio es, non diries eso.» E leuantose ella, e puso vna caldera sobre el fuego, e metio

[1] *Añade, testado, el original:* que non se perdía por ella. — [2] *T.:* mandadero.

arros e cosiolo [1], e tomo vn poco en la cuchara e pusogelo delante. E lloro e dixo: — «Dame mas, que esto poco es.» E ella dixo: —¿Mas quieres? E dixole: — «Mas.» E dixo que le echase aseyte del alcuça. E lloro mas, e por todo esto non callaua, e dixo a el moço: — «Ay de ti, que tanto lloras.» E dixo el moço [2]: — «Nunca vi mas loco que tu nin de poco seso.» Dixo el omme: — «¿En que te semejo loco e de poco seso?» E dixo el moço: — «Yo non lloro sinon por mi pro, ¿que te duelen mis lagrymas de mis ojos? e [es] sana mi cabeça e mas mandome mi padre por el mi llorar arros que coma quanto quisiere; mas qual es loco e de poco seso e de mal entendimiento el que salle de su tierra, e dexa sus fijos, e su aver, e sus parientes, por fornicar por las tierras, buscando de lo que fase daño, e enflaqueçiendo su cuerpo, e cayendo en yra de Dios.» E quando esto ouo dicho el moço, entendiendo que era mas cuerdo quel viejo, e el llegose a el, e abraçole e falagole, e dixo: — «Por buena fe, verdat dises; non cuyde que tan sesudo eras e tan sabidor eras, e so mucho marauillado de quanto as dicho.» E arrepintiose e fiso penitençia.

E, señor, dixo el ynfante, esta es la estoria del niño de los quatro años.

[1] *T.:* coxolo. — [2] *Añade, tachado, el original:* Guy de ti.

ENXENPLO DEL NIÑO DE LOS ÇINCO AÑOS, E DE LOS CONPAÑEROS QUEL DIERON EL AVER A LA VIEJA

(Fº 78 *v*). — «E, señor, desirte e del niño de los 21
çinco años.» Dixo el rrey: — «Pues di.»

Dixo: — «Oy desir que eran tres conpañeros en vna mercaduria, e salieron con gran aver, e todos tres anduuieron en el camino. E acaesçio que posaron con vna vieja, e dieronle sus aueres a guardar, e dixieron: — «Non lo dedes a ninguno en su cabo fasta que seamos todos ayuntados en vno.» E dixoles ella: — «Plaseme.» E desi entraron ellos en vna huerta de la vieja por bañarse en vna aluerca que auia, e dixieron los dos al vno: — «Ve a la vieja e dile que te de vn peyne con que nos peynemos.» E el fisolo asi, e fuese para la vieja e dixo: — «Mandaronme mis conpañeros que me diesedes el aver, que lo queremos contar.» Dixo: — «Non te lo dare fasta que todos vos ayuntedes en vno, asi como lo pusiestes comigo.» Dixo el: — «Llegate fasta la puerta.» E dixo: — «Catad la vieja, que dise si me lo mandades vos.» E dixieron ellos: — «Buscad e datgelo.» E ella fue e diole el auer, e el tomolo e fue su carrera, e desta guisa engaño a sus conpañeros. E quando ellos vieron que tardaua, fueron a la vieja e dixieron: — «¿Por que fases de tardar a nuestro conpañero?» E dixo ella: — «Dado le he el auer que

me mandastes.» Dixieron ellos: — «Guay de ti, que nos non te mandamos dar el auer, sinon vn peyne.« E ella dixo: — «Leuado a el aver que me diestes.» E pusieronla [1] delante el alcalle, e fueron antel e ouieron sus rrasones, e juzgo el alcalle que pagase el auer la vieja, pues que asi lo conosçiera. E la vieja llorando, encontro con el niño de los çinco años e dixo el niño: — «¿Por que lloras?» E dixo ella: — «Lloro por mi mala ventura e por mi gran mal que me vino, e, por Dios, dexame estar.» E fue el niño en pos della fasta que le dixo por que llorava, e dixo: — «Yo te dare consejo a esta cuyta que as, si me dieres vn dinero con que conpre datiles.» E dixo el niño: — «Tornate al alcalle, e di que el auer tu lo tienes, e di: — *«Alcalle, mandat que trayan su conpañero, e, si non, non les dare nada fasta que se ayunten todos tres en vno, como pusieron comigo.»* E ella tornose para el alcalle e dixole lo que le aconsejara el niño, e entendio el alcalle que otrie ge lo auia aconsejado, e dixo el alcalle: — «Rruegote por Dios, vieja, que me digas quien fue aquel que te consejo.» E dixo ella: — «Vn niño que me falle en la carrera.» E enbio el alcalle a buscar al niño, e truxeronle [2] ante el (f° 79 *r*) alcalle, e dixole: — «¿Tu consejeste a esta vieja?» E dixo el niño: — «Yo ge lo mostre.» E el alcalle fue y muy paga-

[1] *Añade, tachado, el original:* señal. — [2] *T.:* dixieronle.

do del niño, e tomolo para si, e guardole mucho para su consejo.»

E fue pagado el rrey de su estoria del niño de los çinco años.

ENXENPLO DEL MERCADOR DEL SANDALO, E DEL OTRO MERCADOR

E dixo el rrey: — «¿Commo fue eso?» — «Señor, 22
disen de la estoria del viejo: Oy desir vna ves [1] que era vn mercador muy rrico que mercaua sandalo, e pregunto en aquella tierra do era el sandalo mas caro, e fuese para ella, e cargo sus bestias de sandalo para aquella tierra, e paso por çerca de vna çibdat muy buena, e dixo entre su coraçon: — «Non entrare en esta çibdad fasta que amanesca.» E el seyendo en aquel lugar, paso vna moça [2] que traye su ganado de paçer; e quando ella vio la rrecua pregunto que que traye o donde era. E fue la moça [3] para su señor, e dixo como estauan mercadores a la puerta de la villa que trayen sandalo mucho. E fue aquel ome, e lo que tenia echolo en el fuego; e el mercador sintiolo que era fumo de sandalo, e ouo gran miedo, e dixo a sus ommes: — «Catad vuestras cargas que non lleguen fuego a ellas, ca yo huelo

[1] *T.:* vegada. — [2] *T.:* mançeba. — [3] *T.:* mançeba.

fumo de sandalo.» E ellos cataron las cargas e non fallaron nada. E leuantose el mercador, e fue a los pastores a uer si eran leuantados; e aquel que quemaua el sandalo vino al mercador e dixo: — «¿Quien soys [1] o como andays [2] et que mercaduria traes?» E dixo el: — «Somos mercadores que traemos sandalo.» E dixo el omme: — «Ay, buen omme, esta tierra non quemamos al sinon sandalo.» Dixo el mercador: — «¿Commo puede ser, que yo pregunte e dixieronme que non auia tierra mas cara que esta, nin que tanto valiese el sandalo?» Dixo el omme: — «Quien te lo dixo, engañarte quiso.» E començo el mercador de quexarse e de maldesirse; fiso gran duelo, e dixo el omme: — «¡Por buena fe, yo he gran duelo de ti! Mas — dixo — ya que asi es, conprartelo he, e darte e lo que quisieres, e levantate [3] e otorgamelo.» E otorgogelo el mercador, e tomo el omme el sandalo, e leuolo a su casa, e, quando amanesçio, entro el mercador a la villa, e poso en casa de vna muger vieja, e preguntole como valia el sandalo en esta çibdad. Dixo ella: — «Vale (fº 79 *v*) a peso de oro.» E arrepintiose el mercador mucho quando lo oyo, e dixo la vieja: — «Ya [4], omme bueno, los de esta villa son engañadores, e malos baratadores, e nunca viene omme estraño que ellos non lo escarnesçan; e guardatvos dellos.»

[1] *T.:* sodes. — [2] *T.:* andades. — [3] *T.:* lieuate. — [4] Arabismo: ¡oh!

E fuese el mercador fasta el mercado, e fallo vnos que jugauan los dados, e parose alli, e mirolos. E dixo el vno: — «¿Sabes jugar este juego?» Dixo el: — «Si se.» Dixo: — «Pues posate, mas — dixo — cata que sea tal condiçion quel que ganare, quel otro sea tenudo de faser lo quel otro quesiere e mandare.» Dixo el: — «Si otorgo.» Desi asentose el e perdio el mercador, e dixo aquel que gano: — «Tu as de faser lo que yo te mandare.» Dixole el: — «Otorgo que es verdat.» Dixo: — «Pues mandote que beuas toda el agua de la mar, e non dexes cosa ninguna, nin gota [1].» E dixo el mercador: — «Plaseme.» Dixo el: — «Dame fiadores que lo fagas.»

E fuese el mercador por la calle, e fallose con vn omme que non auia sinon vn ojo, e trauo del mercador e dixo: — «Tu me furteste mi ojo; anda aca comigo ante el alcalle. E dixo su huespeda la vieja: — «Yo so su fiador del, e yo os le trayre mañana ante vos [2].» E leuolo consigo a su posada, e dixole la vieja: — «¿Non te dixe e te castigue que los ommes desta villa que eran ommes malos e de mala manera? [3] Mas pues non me quesiste creer en lo primero que te yo defendi, non seas tu agora torpe de lo que te agora dire.» E dixo el mercador: — «A buena fe, nunca te saldre de mandado de lo que tu mandares e me aconsejares.» Dixo la vieja: — «Se-

[1] *T.:* destello. — [2] *T.:* de la fas quel trayga cras ante. — [3] *T.:* rrepuelta.

pas que ellos an por maestro vn viejo çiego, e es muy sabidor; e ayuntanse con el todos cada noche, e dise cada vno quanto a fecho de dia. Mas si tu pudieses entrar con ellos a bueltas e asentarte con ellos, e diran lo que fisieron a ti cada vno dellos, e oyras lo que les dise el viejo por lo que a ti fisieron, ca non puede seer que ellos non lo digan todo al viejo.» E desi fue el ome para alla, e entro a bueltas dellos, e posose, e oyo quanto desian al viejo. E dixo el prymero que auia conprado el sandalo al mercador, de que guisa lo conprara, e que le daria quanto el quisiese. E dixo el viejo: — «Mal fesiste, a guisa de omme torpe: ¿Que te semeja si el te demanda pulgas, las medias (fº 80 *r*) fenbras, e los medios machos, e las vnas çiegas, e las otras coxas, e las otras verdes, e las otras cardenas, e las otras bermejas e blancas, e que non aya mas de vna sana? ¿Cuydas si lo podras esto conplir?» Dixo el omme: — «Non se le menbrara a el deso, que non demandara sinon dineros.» E leuantose aquel que jugara a los dados con el mercador, e dixo: — «Yo jugue con ese mercador, e dixe asi: — «Que si yo ganase a los dados, que fisiese lo que le yo mandase faser, e yo mandele que beuiese toda el agua de la mar.» E dixo el viejo: — «Tan mal has fecho como el otro. ¿Que te semeja si el otro dise: *yo te fis pleyto de beuer toda el agua de la mar, mas vieda tu que non entre en ella rrio nin fuente que non cayga en la mar; estonçes la beuere?* ¡Cata si lo podras tu faser todo esto!»

Leuantose el del ojo e dixo: — «Yo me encontre con ese mesmo mercador, e vi que auia los ojos tales como yo, e dixele: — «*Tu que me furtaste mi ojo, non te partas de mi fasta que me des mi ojo o lo que vale.*» E dixo el viejo: — «Non fuiste maestro, nin sopiste que te fesiste. ¿Que te semeja si te dixiera: *Saca el tuyo que te finco e sacare yo el mio, e veremos si se semejan, e pesemoslos, e si fueren eguales es tuyo, e si non, non?* E si tu esto fisieres, seras çiego, e el otro fincara con vn ojo, e tu non con ninguno, e farias mayor perdida que non el.»

E quando el mercador oyo esto, plogole mucho e aprendiolo todo, e fuese para la posada, e dixole todo lo que le conteçiera, e touose por bien aconsejado della; e folgo esa noche en su casa. E quando amanesçio vio aquel que le conprara el sandalo, e dixo: — «Dame mi sandalo, o dame lo que posiste comigo.» E dixo: — «Escoge lo que quisieres.» E dixo el mercador: — «Dame vna fanega de pulgas llena, la meytad fenbras, e la meytad machos, e la meytad bermejas, e la meytad verdes, e la meytad cardenas, e la meytad amarillas, e la meytad blancas.» E dixo el omme: — «Darte e dineros.» Dixo el mercador: — «Non quiero sinon las pulgas.» Enplaso el mercador al omme, e fueron antel alcalle, e mando el alcalle que le diese las pulgas. E dixo el omme que to (f° 80 *v*) mase su sandalo. E asi cobro el mercador su sandalo por consejo del viejo.

E vino el otro que auia jugado a los dados, e

dixo: — «Cunple el pleyto que posiste comigo, que beuas toda el agua de la mar.» E dixo el: — «Plaseme, con condiçion que tu que viedes todas las fuentes e rrios que entran en la mar.» E dixo: — «Vayamos antel alcalle.» E dixo el alcalle: — «¿Es asi esto?» E dixieron ellos que si. E dixo: — «Pues vieda tu que non entre mas agua, e dise que la beuera.» Dixo el: — Non puede ser.» E el alcalle mando dar por quito al mercador.

E luego vino el del ojo, e dixo: — «Dame mi ojo.» E dixo el: — «Plaseme; saca tu ese tuyo e sacare yo este mio, e veremos si se semejan, e pesemoslos, e si fueren eguales es tuyo; e si non es tuyo, pagame lo que manda el derecho.» E dixo el alcalle: — «¿Que dises tu?» Dixo: — «¿Como sacare yo el mi ojo, que luego non terne ninguno?» Dixo el alcalle: — «Pues derecho te pide.» E dixo el omme que lo non queria sacar, e dio al mercador por quito. E asi acaesçio al mercador con los ommes de aquel lugar.

E dixo el ynfante: — «Señor, non te di este enxemplo sinon porque sepas las artes del mundo.»

ENXENPLO DE LA MUGER, E DEL CLERIGO, E DEL FRAYLE

E dixo el rrey: — «¿Commo fue eso?» E dixo el ynfante: — «Oy desir de vna muger, e fue su marido fuera a lybrar su fasienda, e ella enbio al abad a desir quel marido non era en la villa, e que viniese para la noche a su posada. El abad vino e entro en casa, e quando vino fasya la media noche. Vino el marido e llamo a la puerta. E dixo el: — «¿Que sera?» E dixo ella: — «Vete e escondete en aquel palaçio fasta de dia.» 23

Entro el marido e echose en su cama, e quando vino el dia, leuantose la muger, e fue a vn frayle su amigo, e dixole todo commo le acaeçiera, e rrogole que leuase vn abito que sacase al abad questaua en su casa. E fue el frayle e dixo: — «¿Ques de fulano?» E dixo ella: — «Non es leuantado.» Entro, e preguntole por nueuas onde venia, e estouo alli fasta que fue vestido. E dixo el frayle: — «Perdoname, que me quiero acoger.» Dixo el: — «Vayades en ora buena.» E en egualando con el palaçio, salio el abad vestido commo frayle, e fuese con el fasta su orden, e fuese.

E, señor, non te di este enxenplo sinon que non creas a las mugeres que son malas, que dise el sabio que, avnque se tornase la tierra papel, e la mar

tinta, e los peçes della pendolas, que non podrian escreuir las maldades de las mugeres.

E el rrey mandola quemar en vna caldera en seco.



NOUELLA QUE DIEGO DE CAÑIZARES DE LATYN EN ROMANCE DECLARÓ Y TRASLADÓ DE UN LIBRO LLAMADO «SCALA ÇELI»

Léese [fº 129] en un libro llamado *Scala çeli* que en Roma fué un Emperador, por nombre Diocleçiano, el qual, en habiendo un hijo, él quedó viudo, e luego los Sabios de Roma le consejaron que como fuese de edat de siete años, luego lo diese a aprender las artes liberales; y el Emperador ouolo por bien, y luego mandó elegir siete Sabios, los más sçientíssimos que en Roma hobiese. Y porque el ingenio en las cosas mundanales mucho se impide, y el sentido extendido en muchas cosas es menor en qualquiera de ellas, fué acordado una real posada se hiciese, en la qual fuesen siete cámaras para los siete Sabios, y en medio dellas un honrado palacio para el Ynfante, en que fuesen pintadas las siete Artes.

Las quales cosas todas complidas, luego los siete Sabios al Ynfante levaron y con maravilloso studio lo enseñaban.

Entretanto, el Emperador, con otra doncella noble y hermosa se casó; y después que las bodas fueron consumidas, la Emperatrix, al Emperador, preguntó dónde estaba su hijo, y así como madras-

tra, llena de engañosas palabras, como que con grande amor por él preguntaba. Y el Emperador, queriendo satisfacer a sus ruegos, y como ya veinte años pasados fuesen que no había visto a su hijo, mas continuamente estaba con los maestros, en ese punto con vestiduras muy ricas, y con cauallos y caualleros por él envió, porque de la madrastra fuese visto. Los Sabios, visto el mandamiento del Emperador y avido su acuerdo, acordaron que ante que partiesen, el Ynfante fuese examinado en la más sotil sçientia. Esto, por dos razones: lo uno, por ver qué es lo que habían trabajado con él; lo otro, porque si preguntado fuese de algún letrado, no quedase en vergüença.

Así fué arismética por ellos escogida; en la qual el Ynfante por tal experimento fué examinado, que escondidamente debaxo de los cuatro pies de la cama del Infante cuatro hojas de yedra pusieron; y cuando al otro día el Ynfante se leuantó, preguntáronle por la medida de aquella posada, y si estaba alguna cosa mal puesta o demasiada en lo alto o en lo baxo. El Ynfante, vista la pregunta, consideró bien lo largo y lo corto, lo alto y lo bajo de la casa, y dixo: «— O el suelo han alzado, o el techo han abaxado, o el lecho han mouido de su logar.» Y los maestros, mirando la grande agudeza y sotilidat del Ynfante en la respuesta del examen, encomençaron a disponerse al camino; y ante que partiesen, el Ynfante, como ovo comido, se acostó a dormir, y

dormiendo, tal uisión se le mostró, que le pareçie que quatro uides uerdes salían debaxo su cama y echaban de si siete ramos, y en medio de estos ramos estaua una sierpe que por la boca echaua venino y peçoña y mataua al que en la cama estaua.

El Ynfante, muy espantado, despertó y llamó a sus maestros y contóles todo lo que había ensoñado; y los Sabios luego ocurrieron a la ynterpretaçión y declaraçión del sueño al curso de las estrellas y hallaron que las quatro uides son quatro elementos, conuiene a saber: tierra, agua, aire y fuego. Y la sierpe es la madrastra, y los siete ramos son siete dias siguientes, en los quales, si el Ynfante hablase, serie muerto.

Y porque era neçesario la partida y al no podían hacer, ordenaron que cada uno dellos escusase un día la muerte [f° 130] del Infante. Y entrados en el camino, como llegaron a la çibdat, el Emperador, con grand gozo y deseo que había de ver a su hijo, y con grande alegría llorando él, le preguntó algunas cosas de su estado.

El Infante ninguna cosa le respondió. Entonçes el Emperador a los Sabios preguntó la causa por que su hijo no hablaua, y ellos respondieron que era hecho mudo. El qual, con grand dolor, sin alguna salutaçión del hijo, se tornó e a su muger todo lo contó.

Entonçes la Emperatrix le prometió ella le haríe hablar. Y de ay fué donde el Infante estaua, y con

muy grand cortesía y reposo ella lo saludó, y el Infante ninguna cosa le respondió; mas ella, no curándose mucho de ello, tomólo por la mano, y rogándole amos a dos solos entrasen en una cámara, porque le quería declarar un secreto; los quales, después de entrados, la Emperatrix su sermón fizo de esta manera:

«— O hijo muy dulçe y muy amado: Dios, por su clemencia, me quiso dar este bien yo ouiese tal hijo como tú eres; y sin dubda, no como madrastra, mas como madre que te ouiese traydo en mi vientre, no menos te abré y estaré a tu querer. Y tú, hijo mío, tómame por madre y de tu coraçón sálgame ahora palabra de consolaçión.»

Y a todo esto el Infante responderle no quiso; mas ella no se curó y tornó a decirle así:

«— O caríssimo hijo mío: entiende agora y mira a mi hermosura y a la afecçión tan grande que contigo tengo, que después de tener contento el amor de tu padre, a ti amaré y a ti seruiré y para ti guardaré mi virginidat. Y pues que asy es, hijo mío, aya yo agora de ti respuesta, que quieras conçeder a mi ruego, y con grand deleite amos a dos muchos plazeres tomaremos.»

El Infante, por todo esto, respuesta no le quiso dar.

Entonçes ella quiso asir dél, y el Infante comenzó a huir por la cámara, y la Emperatrix entonçes, como madrastra y así como sirpiente, començo de

infundir y derramar su peçoña, rasgando sus vestiduras, tirando de sus cabellos y rascando su cara, sus cabellos derramados y caída en tierra, muy grandes bozes comenzó a dar.

Entonçes las puertas quebrantadas, el Emperador prestamente entró y la causa de tan grand llanto demandó, y la Emperatrix, con lágrimas llorando, respondió:

«— Este tu hijo entró en mi cámara y por su misma boca palabras muy injuriosas me dixo; y como no me pudiese atraer a su mala intención, con muy grand fuerza quiso corromper y ensuziar tu muy alta corona.»

El Emperador entonçes, con muy grand saña, a su hijo en muy duras cárçeles mandó poner, y tomó a la Emperatrix por la mano y amos se van para un palaçio; y como el Emperador se pagaba mucho de oír parábolas, semejanças y estorias, la Emperatrix quiso traer al Infante a muerte diziéndole una semejança; y estando el Emperador con grande enojo echado en su regazo, díxole así: «— Señor, yo creo que os acaesçerá a vos con vuestro hijo lo que acaesçió a un burgalés con un huerto suyo desta manera:

DICTUM IMPERATRICIS

1 «— Fué un burgalés que tenía un huerto, en el qual estaba un pino que muy buen fruto antes daua, y secóse y diólo a labrar, y estándolo cauando por ver la causa por que se había secado, vido que de su raíz salie otro pino pequeño que estaba ya más creçido que el otro; y preguntada la causa por que estaua seco y no daua así los frutos como de antes, el hortelano dixo que porque el pinillo atrae a sí las humores todas del otro. Entonçes el señor del huerto mandólo cortar por aver del pinillo el fruto que del mayor pino antes había. ¿Y qué es lo que aqui se seguió? Que el pino mayor fué derraigado y muerto, porque el menor para sí tomaua toda la vida y humor del mayor.

[F° 131] Señor Emperador, este huerto es la dignidat imperial vuestra, en la qual vos sois el pino y vuestro hijo es el pinillo; y este vuestro hijo ya vuestro humor, conuiene a saber, vuestra honra os quitó queriéndome corromper y deshonrrar, y verdaderamente visto es querer destruir y cortar vuestros (sic), queriéndome por fuerça forçar. Y dende el pueblo romano, mirando esto todo quedar sin pena, leuantarse ha contra vos, y lançaros han de vuestra imperial honra, y esto, por el fauor que

dais a vuestro hijo. Por ende, Señor Emperador, vuestro hijo castigado, más verdaderamente vuestro imperio hos será guardado, y vos seréis más temido.»

Entonçes el Emperador, mouido a la muerte de su hijo, llamada toda la compaña de Roma por el malefiçio al Infante contrapuesto, jusgóle a muerte.

Entonçes el primer Sabio se levantó y dixo asi: « — ¡O Emperador en quien todas las gentes acatan! ¡La justiçia del qual en todo el mundo es diuulgada! Entiende y piensa muy con diligençia esto que quieres hacer, y mira que no te acaesca como acaesçió a un cauallero con un muy bueno y fiel lebrel suyo.»

El Emperador entonces, cobdiçioso de oir aquesta semejança, aunque a penas de malenconía podía hablar a los Sabios, que tenía y creía ellos haber cohondido a su hijo, preguntó la declaración de ella.

Entonçes el Sabio dixo: « — Plázeme de decir; mas suplico a tu Alteza que hoy tu hijo sea seguro de morir.» Y como el Emperador concediese a su ruego, el Sabio primero dijo así:

PRIMUS SAPIENS AIT

2 « — Un cauallero fué en mi tierra que tenía un lebrel muy prouechoso y fiel para qualquier cosa, y este cauallero moraua en una casa fuera de la villa, en unos prados solos, que otro alguno ende no moraua, y donde había unos adarues viejos derribados muy antigos; y como se fiziesen fuera en aquellos prados y campos unos torneos y juegos de cañas, este cauallero con su mujer y toda su compaña salieron a ver aquellos juegos al campo, y dexáronse en casa un hijo que tenían en la cuna, y tres amas que lo criauan estauan en la fuente lauando los paños del niño. En tanto, començaron el torneo y los juegos, y las amas, por cobdiçia de ir a mirallos, dejaron al niño en casa solo con el lebrel, y fuéronse a mirar el torneo; y mientra todos en el campo estauan mirando aquellos juegos, de unas peñas que estauan ay çerca del adarue derribado salió una sierpe terrible, y fuese a entrar derecha a la cámara do estaba el niño, y encomiença a sobir a la cuna del niño por comérselo.

Entonçes el lebrel que la miraba, levantóse contra la sierpe, y estando lidiando y peleando el lebrel y la sierpe, con las vueltas que se daban el uno al otro, y el otro al otro, y con la grand trisca de amos, derribaron la cuna del niño y bolcáronla boca

ayuso; y el niño, sin daño ni lisión alguna, debaxo la cuna quedó sano. Así fué que la sierpe quedó muerta del lebrel, y hecha tres pedaços, y todo el suelo de la cámara cubierto de sangre.

Y como las amas viniesen a dar leche al niño, y en la cámara entrasen, vieron la cuna del niño trastornada y la cámara llena de sangre, y el lebrel echado cerca de la cuna, creyendo verdaderamente que el lebrel se ouiese comido el niño, y salieron dando gritos y llorando fuera de casa; y como el cauallero y su compaña viniesen luego, entraron en la cámara, y el cauallero eso mismo creyó que las amas, y con su espada, sin más mirar, el lebrel mató.

Y en tanto alçaron la cuna, y al niño sano y salvo hallaron, y miraron al rincón de la cámara y vieron la sierpe muerta y hecha tres partes.

Entonçes el caballero, con grande lástima llorando, dijo: «— ¡O cuitado de mí, que he matado la salut y defendimiento y guarda de mí y de mi casa!»

Entonces la compaña de los romanos [fº 132], de consuno con el Emperador, dijeron al Sabio que dijese lo que significaba todo lo que había dicho; y el Sabio dixo al Emperador: « — Tú, Señor, eres así como infante criado de tres amas, conviene a saber: de misericordia y sapiençia y justiçia, y la sierpe que quiere tragar al infante, honrra y amparo de los romanos, es esta Emperatrix, que quiere poner

mácula en tu corona; y el lebrel es el hijo del Emperador, que pelea con la sierpe porque no mate el pueblo romano. Y pues que así es, tú, Emperador, quieres matar el lebrel, conuiene a saber, al Infante, que es nuestra guarda, y defendimiento, y salut y amparo de ti y de todo tu imperio.»

Entonces la Emperatrix en muy grand saña buelta, en la noche, al tiempo que el Emperador y ella se retraxieron. començó fuertemente a llorar. A la qual el Emperador, habiendo compasión, amansándola, en començó a consolar; y porque más gozosa y alegre fuese, prometió a su hijo otro día de mañana mandarie matar.

Entonçes la Emperatrix dijo: «—Señor, ¿por qué piensas que cobdiçio yo la muerte de tu hijo? No ciertamente por mí, mas por lo que a ti y a la honrra y sosiego de tu Imperio cumple. E si así no lo hazes, segund las cosas que ayer aquel falso Sabio dijo, creo que te acaeçerá lo que acaeçió a un pastor con un puerco montés, desta manera:

DICTUM IMPERATRICIS

3 «—Fué un puerco montés tan valentísimo en una montaña, que ninguna persona ni alimaña otra en toda aquella montaña asomar, ni comer, ni holgar en sombra alguna no osaua, saluo él solo. Y vino

así que un pastor fué a cojer villotas a aquel monte, y el puerco vídolo y corrió contra él, y el pastor, de miedo, subióse a un quexigo alto, y el puerco estaba al pie del árbol, aguardándolo; y como el pastor lo viese, no sabiendo qué se hazer, començó de coger de las bellotas desde arriba y de echalle muchas dellas, y como el puerco fuese harto, acerca del árbor se echó a dormir; mas el pastor, como lo viese que durmíe, desçendió del árbol y cortóle la cabeça.

Así, Señor, será de vos, en tal guisa que vos serés el puerco, y el quexigo es la grande imperial dignidat vuestra, que ningund hombre del mundo fué osado de ir contra ella, saluo este maldito hijo vuestro. ¿Y qué hizo? Porque os vido muy turbado por la grand traiçión por él cometida, començó de coger villotas, conuiene a saber, las maliçias y peruersidades y contradicçiones falsas destos Sabios, que, sin ningund temor vuestro, contradizen y embargan vuestra justiçia; y mientra que durmieredes descuidado, disimulando tan grande mal como éste. él os matará.»

A esto el Emperador respondió: «— Çierto; no será así; mas antes de gran mañana morrá el traidor.»

Otro día, muy de mañana, el Emperador se leuantó, y llamados los Príncipes y grandes Seniores de Roma, mandó sacar a su hijo de la cárçel, y traído, mandó leer la sentençia, jusgándolo a muerte.

Entonces levantóse el segundo Sabio, y dixo así:

«— ¡O como el sol pierde su lumbre, y la fuente muy abastada se seca, y esto en la injusta sentençia deste moço, en el qual la justiçia es escureçida y el derecho perdido! Y verdaderamente conosco, y los Prínçipes de Roma, si me entienden y esto consienten, lo verán, que si tú, emperador, esta sencia dieres y esecutares contra tu hijo, Dios dará contra ti otra mayor sentençia; así como la dió contra Ypocras.

Lo qual el Emperador cobdiçioso de oir, el Sabio: «— En ninguna manera, dixo, no lo diré hasta que el Emperador prometa de guardar hoy en este dia al Infante de la muerte.»

Aquesto el Emperador luego otorgó, y el Infante fué tornado a la cárçel, y el Sabio comenzó a decir así:

SECUNDUS SAPIENS LOQUITUR

4 «— ¡O Emperador y Prínçipes de Roma! Ypocras fué un sabio de los mayores del mundo en física, y tuvo un sobrino muy más sabio y más sotil en la física que no él. E Ypocras tanto cuanto podía se excusaba delante dél hazer tus experiençias de curar. Vino a ser que acaesçió [fº 133] enfermar su hijo de un cauallero, e Ypocras entonçes, como fuese llamado con otras ocupaçiones, él no pudo ir, y en-

vió a su sobrino. El qual, considerando y pensando la qualidat de la enfermedat y la complisión del enfermo, y cató más las propiedades de sus padres; y visto todo esto, halló y conoçió por su saber no ser hijo del marido de su madre, y secretamente mandó llamar a la madre, y díxole así: «— En ningund caso vuestro hijo curar no se puede sin ver y conoçer claramente la qualidat y complisión de su proprio padre.» Entonçes la madre, mouida por amor de la salut del hijo, declaróle cómo era de adulterio conçebido, y mostróle quién era su padre. Así que, la condiçión y qualidat del verdadero padre conoçida, y la melezina hecha, enteramente el mozo fué curado y sano. Y tornóse a su tío Ypocras con muy grande haber de dinero, y contóle todo lo que le auía acaeçido. Mas Ypocras, con grande embidia que dél ouo, por conocer del ser más sotil en el ofiçio que no él, buscó manera de matallo y llevó consigo un día a un huerto y preguntóle si conocie ciertas yeruas que eran menester. El qual, como dixese que sí conoçía, díxole Ypocras: «— Pues cógeme desta tal yerba.» Y como se inclinase a cogerla, Ypocras a su sobrino mató.

Y después de muchos días pasados, un mal accidente de fluxo de vientre Ypocras padecía, de la qual enfermedat él muy çierto tenía su sobrino, seyendo biuo, mejor que todos los biuientes lo sanara. Y como Ypocras tomase un grand vaxillo de tierra, horadado de muchos agujeros, y, lleno de agua y

con melezinas, y con el grand saber suyo, sin çerrar los agujeros, lo restriñía que gota de agua por algund cabo no saliese, dijo así: «— ¡Ay, ay, pecador de mi! ¡Que las cosas insensibles sin sentido restringo, y a mí mesmo restriñir, aprovechar ni valerme no puedo! ¡O cuán justo el juizio de Dios, que yo, con cuanto sé de aqueste fluxo no pueda ser curado! ¡Y esto todo me viene porque maté al que sobre todas las gentes en esto y en todo florecía.»

Así, Señor Emperador, tu hijo sobre todos los romanos es en saber y en valer. E por ende, si tú por aquesta gran maldat así contrapuesta lo mandas matar, después de su muerte, por la grand falta que tu hijo te hará, serás muerto de aquesta tu muger, y entonçes dirás: «— ¡O cuitado del mí, maldito! ¿Por qué maté aquel por el qual avía agora de ser defendido y amparado?»

Entonces la Emperatrix, estas cosas oídas, al Emperador muy mal semblante de cara le mostró; y desque en la noche fueron retraídos, díxole así:

«— ¡O mesquina! ¡O cuitada de mí! ¡O cómo soy perdida y muerta! Penséme que la palabra del Emperador era firme; mas agora lo veo que vuestro prometimiento no tiene verdat, ni aun entiendo que farés justicia de vuestro hijo, hasta que os acaesca lo que acaesçió a un cauallero que fué descabeçado por la mano de su hijo.»

Y el Emperador le dize: «— Yo te ruego, Señora, que con mucha paçençia me cuentes eso cómo fué, y luego mañana se cumplirá lo que pides.»

Y ella dixo así:

DICTUM IMPERATRICIS

«— En mi tierra fué un cauallero, el qual fué puesto por alcaide en un castillo en el qual se guardaban los thesoros del Rey; y como la embidia y maldat de contino reina en los propósitos de los hombres, levantáronse contra él dos hombres malos, y con embidia ordenaron que el cauallero fuese echado del castillo, y le quitasen el oficio que avía XX años que lo tenía, en tal manera que el cauallero quedó de ahí muy pobre. Y a cabo de días, como estuuiese en mengua y grand menester, llamó a un hijo que tenía, y ambos a dos pensaron en el desagradecimiento del [fº 134] Rey, y cómo injustamente e sin ninguna razón verdadera lo avían desposeído de todo lo suyo, y de ahí pensaron en qué manera encubiertamente una torre de aquel castillo donde estaua el tesoro quebrantarían, y dello tomasen lo que menester y necesario ouiesen para en que biuiesen y pasasen su vida. Y esto acordado y puesto por obra, muchas vezes sacaban de aquel tesoro y repartíanlo entré sí. Y como ninguna cosa

oculta aya que no se sepa, ni encubierta que no se descubra, el alcaide que guardaba el tesoro vido y echó menos mucha quantía dello, y açerca del agujero por donde entrauan a furtar, hizo poner una grande caldera llena de agua y con mucha lumbre debaxo, porque al tiempo que viniese el ladrón hiruiese y cayese dentro. En tal manera, que el cauallero, como acostumbraua otras veces, él y su hijo fueron, y entró primero el padre en la torre y cayó en el lazo; y porque el hijo también no cayese, que quedaba fuera, díxole que no entrase, y el hijo, cuando vido al padre en tal logar donde no podía sallir, fué y cortóle la cabeza, porque no conoçiesen quién ni de qué linaje fuese, y él quedase saluo e libre; y fuése y enterró la cabeça.

Así, Señor, hará vuestro hijo, que os trayrá y os porná en robos y en cosas no conuenibles; y quando os viere en el mayor peligro, y entremetido en muchos males, desampararaos ha y denegará ser vuestro hijo.»

Otro día de mañana, a la hora de terçia, levantóse el Emperador; y llamados los caualleros y Grandes de Roma, y sacado el Infante de la cárçel, mandó luego fuese muerto.

Entonçes el terçero Sabio se levantó y dixo así:

«— ¡O cómo se pierde la nobleza de Roma! Entendet agora, Señores, y mirad una marauilla tan grande que agora en Roma conteçe, que el padre

sea injusto matador de su hijo, y en las entrañas del padre contra el hijo la misericordia y la karidad es muerta y perdida. Mas soy çierto que al Emperador le acaesçerá lo que a un cauallero de mi tierra con su mujer moça conteçió.»

Y como el Emperador le preguntase qué cosa fuese, respondió el Sabió: «— ¿En qué manera podré hablar, que veo a mi muy amado discípulo a la muerte? Mas yo te ruego, Señor, que le mandes alargar hoy la vida, y declararé aquesto, que te aprouechará mucho.»

Así que la petición fué concedida, y el Infante tornado a la cárcel, dixo así:

TERTIUS SAPIENS PREDICAT

«— Un cauallero fué en mi tierra en edad pues- 6
to, el qual con una mujer de poca hedat fué casado,
y ella, con poco temor de Dios y con gran menos-
precio del marido, deseaua y amaua mucho un ena-
morado; y como no supiese en qué manera lo hazer,
fué a tomar consejo con su madre, y declaróle todo
su propósito y voluntat. A la qual la madre dixo:
«— Fija, aún no conoçes tú quanta es la maldat y
falsedat de tu marido. Cata que como es viejo, pare-
çe al diablo, que por antigüeza sabe mucho, y sería
mejor que primero lo prueues, porque si después

que ayas hecho el adulterio y él lo supiere, podrás hallar dél perdón.» Y la hija dijo: «— ¿En qué manera lo prouaré?» Y la madre dijo: «— Yo sé hija, que tu marido se deleita mucho en un árbol que está en tu huerto en tal cabo, y lo preçia mucho. Córtalo y ponlo al fuego; y si después que él lo sepa, lo disisimulare, señal es que te perdonará.» Lo qual la hija luego puso por obra. Y como viese la disimulaçión del marido, fué muy alegre por cumplir la voluntat que tenía.

Entonçes la madre dixo: «— Fija, aún es menester que lo pruebes en otra manera. Tú tienes muy buenas vestiduras y briales y mantos de estado, en los quales tu marido ha grandísimo plazer en vértelas vestidas. Así mesmo tienes un muy graçioso gato. Las vestiduras córtalas y quémalas, y el gato mátalo; y si, esto [fº 135] hecho, tu marido no se ensaña ni cura dello, señal es que saldrás con lo que quisieres hazer.»

Y la hija, todo lo que la madre dixo, luego puso por obra, y vió cómo su marido, aunque lo supo, lo disimuló. Y ella entonçes de todo, en todo, quiso hazer traición a su marido, y la madre le tornó a dezir: «— Hija, yo te ruego que de otra manera lo prueues, y luego harás lo que cobdiçias, y mira bien lo que digo. Tu marido ha de hazer un combite tal día. En aquel día, secretamente, tomarás todos los manteles e paños de mesa, y ponlo todo en tu arca debaxo tu llave; y cuando vieres que toda la vianda

que han de comer es guisada y aparejada, en llamándote que vayas a hazer poner mesas que vienen los huéspedes, toma muy presto todo cuanto ouiere guisado y por guisar y échalo en un muladar, donde provecho ninguno dello non pueda aver. Entonçes, si vieres que tu marido enteramente lo disimula, harás todo lo que quieres a tu guisa y sin miedo.»

Y la hija, todo quanto por la madre le fué dicho, y aún más, hizo. Y el marido, como viese la grand mengua y deshonra que su muger le habíe hecho y mirando lo que antes hiziera, mandó llamar un barbero y hizo tender a su mujer, desnuda y cruçificada, y con una navaja todos sus miembros le hizo abrir por las venas; y tanta sangre le hizo sacar, hasta que vió que no podía escapar de morir.

Entonçes la madre vino a ver a su hija, y la hija le dijo así: «— Agora çiertamente, madre, acabaré de probar mi marido y de regirme por vuestro consejo.»

Así que, Señor Emperador, tú eres ya viejo y tu muger te hace creer tan grand traiçión; y si por su consejo tu hijo muere, en ese punto, otra mayor maldat acometerá contra ti mesmo.»

Entonçes la Emperatrix, muy turbada de lo que el Sabio había dicho, quando el Emperador aquella noche fué retraído a su cámara, ella se dexa caer a los pies del Emperador y díxole así:

«— Yo te ruego, Señor, que tú me quieras ma-

tar, que muy mejor me será morir, que por mano de tu hijo y destos falsos Sabios venir en tan grande infamia. Y creo que piensas hazer de mí lo que hizo un Senescal de su muger.»

Y el Emperador, cobdiçioso de oír aquesto, rogóle que le dixese en qué manera acaeçió. Y ella dijo así:

DICTUM IMPERATRICIS

7 «—Fué un Rey que se llamó el Rey Grueso. El qual era ocupado de una graue enfermedat. Y este Rey aborreçía mucho el aceso de las mugeres, y fué consejado que para el remedio de su enfermedat era neçesario que tomase una mujer y ouiese açeso a ella. Y luego este Rey mandó llamar al Senescal o Mayordomo suyo y díxole que toviese manera como le allegase y le buscase una muger, porque le así era consejado.

Entonces el Senescal dixo: «—Señor, si la tal muger algo quisiere ante que quiera venir acá, ¿qué le será dado?»

El Rey dixo: «—Toma tú la llave de mi tesoro y darle has aquello que tú quisieres.»

Entonçes el Senescal, con la cobdiçia del dinero mouido, a su propia muger de noche al Rey truxo; y quando amaneció, el Rey vido en su cama la

más hermosa y más bella muger que en toda aquella tierra avía; y tanto della se contentó, que en ninguna manera de ahí adelante la quiso dexar tornar a su marido; mas antes movido contra el Sefescal y por amor de la muger, luego lo mandó enhorcar.

Así que, Señor, tornando al propósito, estos tus falsos Sabios, mouidos a cobdiçia, quisiéronme amenguar con tu hijo; mas yo, acatando e mirando a tu honra, menospreciélos y defendíme de su dañado propósito y mala intención que contra tu honrra y mía tenien pensada; y paréçeme agora, Señor, que me ouiera seido mejor avellos creído.»

Entonçes el Emperador le prometió que otro día de mañana mandarie matar a su hijo.

Y como otro día amaneçió, llamada toda la corte de Roma, al Infante, las manos atadas, a la plaça [fº 136] sacan a degollar.

Y el quarto Sabio, mirando todo esto, leuantóse y dixo así:

«— ¡O discreçión de los romanos! ¿Adónde estás agora? ¡O clemençia, o piedat del Emperador!, ¿por qué caíste en tan grand çeguedat? Atienda agora y mire la imperial dignidat a esto que quiero dezir, que soy cierto que le ha de acaeçer lo que conteçió a un cauallero que mucho amaua a su mujer.»

Y como el Emperador desease oír este cuento, el

Sabio no quería encomençar hasta que aquel día el Emperador reseruase a su hijo de muerte, lo qual el Emperador luego otorgó, y el Sabio dize así:

QUARTUS SAPIENS REFERT

8 «— Señor, es una çibdat vuestra en este Imperio, en la qual hay tal constitución que, a todos quantos después de anochecido hallan en algund logar por las calles, otro día los enforcan. Y en aquella cibdat había un cauallero que demasiado amaba a su muger, y de grandes çelos que le avía, de fuera de la çiudad, en una fuerte torre, sola, la guardaua; mas ella leuantábase las más noches después que el marido dormía y salía fuera de la torre e iba a dormir con otro, porque entendía ella más sin peligro podía a tal hora sallir de la torre e ir donde él estaua, que el enamorado aver de venir do ella. Y avino así, que una noche el marido la sintió leuantar y leuantóse en pos della; y ella, en saliendo por la puerta, él cerró tras ella sus puertas, y subió presto y paróse a una ventana por ver dónde iba; y como hazía oscuro, no pudo saber ni ver dónde. Y a poco rato ella tornó como acostumbraba otras noches y halló su puerta çerrada, y alçó la cabeça y vido a su marido a la ventana, y con su poca vergüença le rogaua que le abriese, porque no passase la Justiçia y otro día la matasen.

El marido no quiso abrille, y ella dijo: «— Pues que así es, mejor será que yo mesma me mate; y cuando aquí me hallen muerta, sospecharán que tú me abrás matado.» Y mirando que abrirle no quería, tomó un grand canto, y en un pozo que ay çerca estaua echólo recio, y fingió que ella era misma que se auíe lançado en aquel pozo. Y en echando el canto, ascondidamente se boluió y pasóse detrás de la torre. Y el marido, quando esto oyó, que con la escuridad pensó que así como había dicho ella era, de miedo que su muerte no le fuese impuesta, deçendió presto con una soga por sacalla del pozo antes que se ahogase; y él, en saliendo de la torre, ella, que estaba detrás de la puerta, entróse luego y çerró su puerta, y subióse a la ventana donde el marido antes estaba e díxole: «— Agora, don traidor ribaldo, no puedes decir que no te he tomado en adulterio. ¿Adónde ivas a tal hora?»

Y el marido, rogándole mucho que le abriese y que él la perdonaba, ella le dixo que se fuese donde las otras noches iva; y estando en esto, pasó la Justicia rondando y halláronlo en la calle como ascondido y lleváronlo preso, y luego otro día lo enforcaron.

Así que, Señor, a propósito hablando, tu muger fingió que te tenía grande amor cuando aquesta traiçión contra el Infante puso, porque sus maldades no se descubriesen; mas sey cierto que si la

crees, y por su consejo te riges y matas a tu hijo, que después se trabajará en quanto pudiere de traerte a la muerte o de echarte de tu Imperio.»

El Emperador luego a la cámara de la Emperatrix se entró. Al qual la Emperatrix, muy turbada y llena de postema, le dixo así: «—¡Ay de mí, mesquina! ¡Cómo soy vendida y perdida, y cómo veo que estos Sabios con sus acuçias y maldades me quieren matar! Y tú, Emperador, que les ayudas a todo su mal propósito. Mas agora, Señor, acaeçerá a vos lo que acaesçió a un Rey de mi tierra, en esta guisa:

DICTUM EMPERATRICIS

9 «—En el tiempo de Virgilio fué un Rey que tenía una çibdat muy poderosa, en la qual Virgilio hizo dos miraglos. El uno fué que en la una parte de la [fº 137] çibdat hizo sallir un fuego muy ardiente que sin materia ni otra cosa ardía de contino. Y deste fuego solamente los pobres que no tenían leña ni donde calentarse reçibían acorro y grande prouecho. Y cerca del estaua un cauallero llamado Eneus, armado y con un arco tendido en la mano, y tenía un cartel en el ombro, la letra del qual decía: «El que me hiriere matará el fuego.»

Y el otro miraglo fué que en otra parte de la çibdat, en la casa del Conçejo donde se ayuntaban

los regidores de aquella çibdat a consejo, puso en una coluna alta un espejo, en el qual se representauan todos los aparejos, garniçiones y ayuntamientos de gentes que contra aquella çibdad en cualquier parte del mundo se ordenasen, en tal manera que en la misma hora que algo se ordenaba contra ella, luego era representado y mostrado en aquel espejo. Y como el Rey de Çiçilia touiese guerra con esta çibdat, y no se pudiese preualeçer ni valer por causa de la representaçión del espejo, embió çinco clérigos a la dicha çibdat para que viesen en qué manera se podría tomar, y los clérigos vinieron a la çibdat y vieron cómo era verdat lo del fuego y del espejo: y como supiesen que el Rey de aquella çibdat era muy avariento y cobdiçioso de dinero, para la destruiçión del espejo en tal manera ordenaron que se tornaron al Rey de Çiçilia y pidiéronle çinco cofines de oro, y que ellos harían de manera quel espejo fuese quebrado y el fuego amatado. Los quales cinco cofines de oro el Rey les dió luego. Y estos clérigos viniéronse con su oro a la çibdat del espejo, y en çinco puertas de la çibdat de noche çinco hoyos hizieron muy hondos, y cada hoyo cada uno destos clérigos puso su cofín de oro, y pasados algunos días, vinieron al Rey todos çinco y presentáronse a su serviçio, que querían beuir con él y seruirle. Y el Rey les dixo que de quáles cosas le podían seruir; y ellos respondieron que de hallar thesoro, y que si la meytat de lo que hallasen les diese, que ellos lo

enriqueçerían sobre todos los reyes del mundo. Y el Rey de grado les prometió todo lo que pidieron. Y después de quatro días pasados, el primer clérigo fué al Rey y dixole: «—Señor, sepas cómo anoche, usando de mi çiençia, conocí por verdat que en tal puerta de esta çibdat está escondido grand thesoro.»

Y luego fueron embiados mensajeros çiertos a aquel logar, los quales hallaron el thesoro. Y el Rey en el amor de los clérigos mucho más se afirmó. Y así como este clérigo hizo, hizierom los otros, que cada uno sacó su thesoro.

Así que el Rey, afirmado en esta opinión, todos çinco clérigos juntamente vinieron un día e dixeron al Rey de muy çierto que debajo de la coluna del espejo estaba infinito thesoro. Y porque el Rey no temiese que el espejo se quebrase, dixéronle que con grandes aparejos de cuertos de madera la colupna y el espejo podríen estar en su ser sin peligro, y sin haberse de quitar, y el tesoro limpiamente se podríe sacar. Y el Rey, mouido a cobdiçia del thesoro, a todo quanto le dixeron consintió, y con mucha gente cauaron debaxo la colupna sin derriballa, que de fuertes cuertos era tenida. Y finalmente, estos clérigos a media noche fueron al cauallero Eneus, que çerca del fuego estaua, e hiriéronlo, y el fuego que estaua en acorro de los pobres fué amatado, y luego tomaron fuego de otro cabo y pusiéronlo en los cuertos que sostenían la colupna, con el espejo, y ellos fuyeron luego a su çibdat, do su Señor, el Rey de

Çiçilia, estaba, y en tanto la colupna fué caída, y el espejo quebrado. E luego, otro día, como los de la çibdat viesen que por cobdiçia de dinero tan grand bien de la çibdat era perdido, y quemada gran parte della, levantáronse todos contra el Rey, y prendiéronlo, y atadas las manos, todas las coyunturas de su cuerpo abiertas, de oro retido lo hinchieron.

Agora, Emperador, entiende bien y mira al propósito que lo digo. Tú traes batalla con tu hijo, y en tu Imperio son dos cosas, conuiene a saber: la tu justicia que es el fuego, y el espejo so yo, que veo y conosco bien todas las perdiçiones a ti y a tu Imperio aparejadas; y luego viene el traidor de tu hijo así como el Rey de Çiçilia contra aquella çibdat, que embió los çinco clérigos para que destruyesen el espejo, y envía estos malos Sabios contra mí para me destruir. Por ende, si eres muy cobdiçioso de oír las palabras de aquéllos, serás sin dubda así destruído.»

Finalmente, el Emperador se levantó de mañana, y manda luego matar a su hijo.

Entonçes el quinto Sabio se levantó e [fº 138] dixo así al Emperador:

«— Señor, no tan súbitamente mandes matar a tu hijo; mas yo te ruego que me digas si viste tú que tu hijo quiso forçar a tu mujer.»

Y el Emperador dixo: «— Ciertamente, yo no lo vi.»

Entonçes dijo el Sabio: «— Agora veo, Señor, que te acaeçerá a ti así como a un burgalés con una picaraça suya.»

Lo qual el Emperador deseando mucho saber, el Sabio demandó merçed al Emperador que tan solamente su hijo aquel día no muriese; y la merced otorgada, el Sabio dice así:

QUINTUS SAPIENS FATUR

«— Un mercader fué en Burgos que tenía una picaça que todas las cosas que en casa se hazían contaua a su señor quando venía; y como su mujer touiese un enamorado, y un día la picaça lo viese entrar en casa, a su Señor en viniendo lo dixo; y la Señora, airada contra la picaça, después que el marido fué ido, usó de tal traiçión: tomó la picaça y púsola alta cerca del techo y embió una moça que sobre el tejado, con un martillo, diese grandes golpes como que trono daua, y con fuego y agua falsos relámpagos hazía, que pareçía que llouía; en tal manera que quando el Señor vino, halló a la picaça turbada de la tempestad que avíe sentido, que ningún solaz le hazía de los que antes solía; y tomóla y alhagóla y calentóla, y ella comenzó a dezir así: «— Truenos y relámpagos y lluuia han hecho aquí.»

Entonçes el Señor preguntó si era verdat, y la

Señora respondió que no, y fué preguntar a los vezinos si era verdat lo que la picaça dizía, y halló que no. Entonces dixo la mujer: «— Agora podés entender qué cosa es creer lo que las aves dizen, por que mientras esta picaça viviere nunca ternemos paz.

Entonçes el Señor, queriendo complazer a su muger, mató la picaça, que era guarda dél y de su casa.

Así que, Emperador, esta picaça es tu hijo, que declara las maldades de tu muger, y por eso se esfuerça contra él con sus engaños por lo matar.»

Y como el Emperador aquella noche fuese a la cámara de la Emperatrix, ella comiença a rasgar sus paños de su cabeça y a mesarse sus lindos cabellos, diziendo desear ser muerta, porque el Emperador no avía cumplido la palabra que antes le diera de la muerte de su hijo, y dixo así: «— Agora, Señor, manifiestamente conosco que estos falsos Sabios ciegan a ti y a tu justicia, así como çegaron otros siete Sabios a Herodes, Rey, desta guisa.»

IMPERATRIX

«—Un Rey, Herodes por nombre, fué, y este Rey 11
se allegó a siete Sabios, los quales le consejaron que hiziese pregones, y mandar por todo su reino

que todos los que alguna cosa ensoñasen, viniesen a ellos por la exposiçión u declaraçión del sueño, y que cada uno que asi viniese, les truxese un dinero de oro. Así que dende en poco tiempo ellos quedaron más ricos de dinero que el Rey, y con aqueste dinero que alcanzaron acordaron tal traiçión que por obra de encantamiento hicieron que quando quiera que el Rey salie de la çibdat, o quería entrar, çerca de las puertas se le quitaua la vista de sus ojos; mas en tornando a su posada, luego la cobraua; y esto hazían, porque en otra manera no podían matalle, y cuando él fuese muerto, todo el reino entre ellos repartirían. En tal manera, que este Rey Herodes por diez años estuvo que no osaua sallir de la çibdat. E acaesçió que un día estando con ellos en solaz, díxoles así: «— A todos los pueblos y naçiones denunciais y declaráis sus pensamientos y las cosas por venir; pues que así es, yo os mando, so pena de muerte, me digáis qué es la causa por que yo cuando me açerco a las puertas de la çibdat pierdo la vista. Y ellos respondieron y pidieron término para responder; y tomado el plazo que les fué dado, ya el que hizo el encantamiento era muerto; y como no hallasen recabdo de la causa de la ceguedat del Rey, fueron a un hombre llamado Merlín que a la sazón en aquella çibdat estaua, el qual de madre sin padre era naçido. Y éste revelaua y declaraua qualquier secreto que demandado le fuese, y diéronle y prometiéronle gran quantía de dinero porque esta

causa de la ceguedat del Rey les dixese. Y como Merlín les çertificase él muy bien saber la causa dello, mas díxoles que en ninguna manera lo reuelaría a otra persona, saluo a la persona del Rey. Y luego Merlin fué lleuado ante el Rey, el qual luego le [f° 139] preguntó la causa de su enfermedat. Entonces Merlín respondió: «— Salgan todos quantos en tu palaçio son, y tú y yo solos entremos en tu cámara, donde duermes, y ahí claramente te diré el fecho.»

E como luego todo lo que Merlín dixo fuese fecho, mandó quitar Merlín una cama que dentro estaua, donde dormía el Rey, y ambos a dos solos alçaron una grand piedra debaxo de la qual estaua una hornilla pequeña de tierra llena de fuego, y sobre el fuego una olla con agua hiruiendo, y al derredor deste fuego estavan siete sopladores soplando con fuelles, acçendiendo fuertemente aquel fuego.

Entonces Merlín dixo a Herodes: «— En tanto que esta olla hiruiendo estouiere sobre este fuego, tú no podrás sallir nin entrar en la çibdat con vista; y si esta olla quitases sin primero quitar estos sopladores con sus fuelles, luego aquí tú y yo seriemos muertos.» Y como el Rey le preguntase en qué manera todo sin peligro se quitarie, respondió Merlín: «— Mira, estos siete sopladores, son siete diablos aquí puestos por ruego de aquellos siete Sabios tuyos; y pues que así es, si uno de aquellos siete Sabios matares, luego uno de aquestos sopladores que

aquí están fuirá de aquí; y si a todos matares, todos se irán y botarán luego de aquí. Y luego yo quitaré la olla hiruiendo, y serás curado y sano de todo tu mal. Y porque conoscas dellos el engano manifiesto, salgamos un poco aquí fuera, y verlo has.» Y luego en saliendo, hallaron a la puerta de la calle un cauallero que buscaba a los siete Sabios para que le reuelasen un sueño, y Merlín sabía bien la demanda que traía, y llamólo y díxole, antes que el cauallero le hablase alguna cosa, el sueño que abía ensoñado y la declaraçión dél. «— Y porque me creas — dixo Merlín —, lo que ensoñaste fué esto: Pareçíate que tú estauas en una peña çerca de una fuente; y como tú mirases la claridat de la fuente, entraste dentro della, y por el espejo del agua te parecía que veías correr por debaxo de la fuente ríos de oro. Esta peña que te digo, cierto está en tu tierra asentada çerca de tal río, debaxo de la qual está un arca de piedra llena de thesoro; en la qual, si cauares, hallarás y conoçerás palpablemente con tu mano de tu sueño la verdat. Y pues que así es, ve y pruébalo, y después ve a los Sabios, y mira bien lo que te dirán de tu sueño, porque luego lo vengas a contar al Rey y a mí, porque conosca la gran maliçia dellos.»

Y como este cauallero tornase a su tierra y hallase el thesoro y toda la verdat como Merlín había dicho, tornó a los siete Sabios y contóles otra vez su sueño, por ver qué le dirían; e como no le respondiesen la verdat de la declaraçión del sueño, este

caualllero se torna donde está el Rey, y la relaçión de lo que con los Sabios había pasado le cuenta.

Entonçes dixo Merlin: «— Pues que así es, Señor, faz luego lo que ante ti dixe.» E luego el Rey secretamente al más antiguo de los Sabios mandó matar, y luego un soplador de aquellos evaneçió; y de ahí fueron muertos los otros seis Sabios que quedaban. E luego todos los sopladores evaneçieron y fuyeron de allí. Y así matado el fuego, y la olla quitada, Herodes luego sallir y entrar pudo en la çibdat sin perdiçión de la vista.

Así, Señor, hablando al propósito, estos Sabios te hicieron ciego, que no pudieses ir ni venir a vengar tan grande injuria como del traidor de tu hijo reçebí. Por ende, primeramente haz justicia dellos, y entonces claramente verás quán justo es este tu hijo porque tanto lo has querido guardar de muerte.»

Entonces el Emperador dijo: «— Çierto, Señora, muy bien has hablado, y desde aquí prometo a Dios y a ti, que después de muerto mi hijo hoy, luego otro día ellos morrán.»

Y luego el Emperador de gran mañana se levantó ante del día claro, y mandó que su hijo fuese sacado a la plaça y fuese muerto, y que por palabra alguna ni por otra cosa escapase de muerte.

Entonçes el sexto Sabio de grand priesa subió en un cauallo y salió a la plaça do tenían al Infan-

te, y sacó [fº 140] un anillo muy preciado de su dedo y diólo al que lo tenía porque lo guardase hasta que con el Emperador ouiese hablado.

El qual al Emperador muy aquexosamente fué, y delante dél y de toda la noblez de Roma se dejó caer del caballo, y començó con grand furia y a grandes bozes diciendo así contra el çielo:

« — ¡O cómo, e por qué los elementos no se desatan sobre tanta traiçión, porque así este mozo sin culpa e sin razón muere por una palabra falsa de una mujer tan maliçiosa, no probando lo que dize, ni guardando por orden la justiçia! ¡Mas agora manifiestamente conosco que a ti, Señor Emperador, acaeçerá así como a un cauallero mancebo que mucho amaba a su mujer.»

Y como el Emperador cobdiçiase oír aquesto, el Sabio dijo: «—¿Cómo podré yo hablar, que tan buen moço como aqueste, y mi disçípulo, sea traído a la muerte? Pues que así es, Señor, manda que sea tornado a la cárcel, y por hoy sea excusada su muerte, y contarte he un maravilloso exemplo.» Lo qual concedido, el Sabio dijo así:

SEXTUS SAPIENS LOQUITUR

« —En mi tierra, Señor, era una çibdat en la qual 12
estaua ordenado que qualquier aguazil que fuese, por todas las noches ouiese de guardar los que enforcasen, porque después de colgados, parientes o amigos no los hurtasen, y si demientra los guardaba, por qualquier caso o manera entrase en la çibdat, que muriese por ello. Y en esta çibdat era un cauallero mancebo, el qual con una muy hermosa muger casó, y en tanto grado amos se amauan, que el amor de entrellos no se podía imaginar. Y finalmente, después de un año este cauallero murió, y tan grand dolor a la muger atormentó, que desde que lo fué a enterrar, puesta sobre su sepulcro, nunca de allí jamás la pudieron hazer quitar por necesidat alguna, ni por cosas o consuelos que le dixesen. Por lo qual sus parientes y debdos, vista su voluntad, adereçáronle allí sobre el sepulcro de su marido, donde ella mientras biuiese deliberaua estar, un asiento de madera, y ropa para en que morase, y ahí la siruían de todas las cosas neçesarias a su vida. Y como pasado ya un mes sobre ella, muy fuerte tempestat de tiempo hiciese, acaeçió así que una noche, estando el aguazil de aquella çibdat fuera guardando unos hombres que el día de antes hauían colgado, no los hurtasen sus parientes, con

la tempestat grande que hacía de vientos y luuvias, no pudo sofrirse que no buscase donde meterse y ampararse aquella noche, y andando buscando donde se fuese, no pudiendo entrar en la çibdad, lo uno porque caía en pena de muerte si entrase estando guardando sus enforcados, lo otro porque ya las puertas de la çibdat eran cerradas; y andando así medio perdido de frío y sed que le aquexaba, vido lumbre en aquella hermita donde aquella señora sobre el sepulcro de su marido estava, y entró allá rogándole mandase dar del agua que beuiese, y dende la comensó a consolar y atraerla con sus palabras de la tristeza en que estaba a plazeres y deleites. Y acatando en la hermosura y graçioso hablar desta señora, su coraçón luego fué ocupado de grande amor; y por semejante ella fué muy pagada del, y con alegre semblante de cara començó a preguntarle si era casado. El le dixo: «—Señora, no. Caballero hijodalgo soy, aguazil desta çibdat, y verdaderamente, dixo, señora, no biue en este mundo muger con quien yo de mejor voluntat casase que con vos.»

Entonces ella dixo: « —Amigo, id vos agora con Dios, que se açerca el día, y mañana llamarés a mis parientes, y negociá con ellos que de aquesta morada me saquen, y pasado algund tiempo, yo seré vuestra esposa.

Y como el cauallero se fuese, y tornase a su guarda de sus enforcados, halló que uno habían

hurtado mientra él con la señora estaba hablando, y aquel la puniçión del qual el Rey quería que más fuese mostrada. Y luego el cauallero se boluió a la hermita donde su señora estaua, y liçençia para hoir de allí le pidió, por cuanto había puesto mal recabdo en su guarda. Y la señora le dixo entonces [fº 141]: «— No hagáis tal cosa, mas antes id y traed un legon, y sacaremos a mi marido que aquí yaze enterrado y ponerlo hemos en el logar del que hurtaron. Y así [que] desenterrado por mano de su propia mujer y del cauallero, y de fuera del sepulcro lo touiesen, dixo el cauallero: «— Ninguna cosa avemos hecho, porque el otro que hurtaron tenía una quchillada en la cabeça, y éste no la tiene, por lo qual temo este engaño no sea conoçido.»

A lo qual la señora respondió: «— Saca tu puñal y dale otra tal herida en la cabeça.» Y como él çesase y aborreçiese esta crueza, ella tomó el puñal, y habida la información de la herida del otro, muy cruelmente una grand cuchillada en la cabeza le dió; y ella con el cauallero solos lo llevaron a poner en la horca.

Entonces el cauallero, mirando la grand maliçia y crueldat della, y lo que había hecho, aborreçióla, y menospreçió de casar con ella.

Así, Señor Emperador, al propósito tornando, después que tu hijo fuere muerto, y tú hayas pagado esta mesma debda de morir, esta muy perversa

de tu mujer casará luego con otro, y no se acordará de tí más que de un perro.»

Entonces el Emperador dijo: «—Cierto, grande es el engaño de la mujer.»

Entonces la Emperatrix hizo ayuntar todos los Príncipes y parientes suyos que tenía, y un día delante todos ellos y delante el Emperador, salió en cabello, y con grandes lágrimas encomiença a dezir: «—Pues que así es que el Emperador da logar a las maldades destos sabios, mis enemigos, ellos estén y valgan y manden en su Imperio quanto él quisiere, y a mí mande liçençia de salir dél y de toda su tierra.»

Entonçes el Emperador le prometió que otro día de mañana su hijo sería muerto.

Entonçes la Emperatrix dixo: «—Muchas veces, Señor, esto me has prometido, y bien sé que ninguna cosa harás que mal esté a tu hijo, ni a estos que defienden su malefiçio, hasta que te acaesca lo que a un cauallero de mi tierra con una hija suya; conteçió desta manera:

IMPERATRIX INQUIT

13 «—Fué un cauallero que tuvo una hija muy querida, el qual en su niñez y juventud menospreçió castigarla y corregirla, y finalmente ésta su

hija, estando preñada de un escudero, y el padre como fuese pobre no pudiese vengar la injuria de su hija, fuerte y cruelmente la castigó; y esta hija, después de curada del grande castigo de su padre, huyó de aquella çibdat en otra muy luenga tierra; y como el padre en pos della fuese, y la siguiese hasta hallarla en otro Imperio en casa de un Prínçipe, y la hija, como supiese que allí en aquella çibdat estaba su padre, que venía en su búsqueda, fué luego al Príncipe con quien ella vivía, y díxole de su padre que en tal posada estaua, cómo era un gran ribaldo y ladrón, y cómo la avía seguido en su tierra hasta que la corrompió su virginidat. Entonçes el mesquino del padre fué preso y, vençido por tormentos, luego fué enforcado.

Entonçes esta mala hija, como su padre fué muerto, a su propria tierra se tornó, y en sus suziedades viles con su primero corrompedor tornó a perseuerar.

Así creo, Emperador, será de ti, si permites y dejas que tu hijo escape mañana de muerte.»

E como el séptimo Sabio esa noche entendió y supo que su amado discípulo antes del día avía de morir, delante las puertas por donde avían de sacar a su disçiplo toda esa noche veló; y como fuese çerca del día, y sacasen al Infante de la cárçel a degollar, este Sabio grand cuantía de moneda dió al verdugo por que en su ofiçio fuese perezoso, has-

ta que con el Emperador hablase, y dízele así: «—¡O Emperador! Este es el día de gozo y de grande alegría para ti, y desde aquí me pongo en pena de muerte si no te dixere tales nuevas y razones tan alegres que en toda tu vida semejantes no las oiste; y para que muy mejor [fº 142] yo las pueda decir, suplico a tu real Corona me quiera conceder y otorgar primero dos dones.»

Y como el Emperador preguntase qué es lo que quería, respondió el Sabio: «—Lo primero es, Señor, que hoy no muera el mi muy amado disciplo, tu hijo. Lo segundo es que desde agora hasta mañana a esta hora no veas ni oigas ni hables con tu mujer.»

Y como el Emperador esto otorgase, dixo el Sabio: «—Señor mío, Emperador: vos tenés un hijo santo y prudentísimo, al qual nuestro Señor quiso prouar en esta manera: que si por estos siete días pasados hablase, que luego serie muerto. Y pues ya estos siete días son complidos, yo quiero que tu Alteza me mande matar y luego ser puesto en la cárcel donde tu hijo está, si mañana él no hablare mejor y más sabiamente que el mayor Sabio que sea en todo el mundo.

Y luego el moço fué tornado a la cárcel; y como lo tornasen por delante su padre, el Emperador, con el gran gozo que hobo, lloró cuando lo vido, y el séptimo Sabio comenzó así a decir:

SEPTIMUS SAPIENS DICIT

«— Señor, en mi tierra fué un mercader que te- 14
nía un hijo muy querido de la primera muger, al qual la madrastra, con grande embidia, para buscalle mal y daño, hurtó un vaso de plata de la vaxilla que él tenía encargo de guardar, y fué y púsolo en la cabeçera de la cama del moço, donde él solo dormía. Y después de algunos días pasados, este moço echó menos su vaso de plata; y andándolo buscando a un cabo y a otro y como hallar no lo pudiese, la madrastra, como que andaba buscando el vaso, fué, sacólo de la cabeçera del moço, donde ella lo avía puesto, y hallado el vaso y afirmado por la madrastra diziendo él lo guardaba y él mismo lo hurtó; así por esto, como por otras falsedades y maliçias contrapuestas por ella, al moço enforcaron por mandado del padre. E como los parientes del mozo esto supiesen, fueron y mataron a la madrastra; y los parientes de la madrastra, como lo supiesen, fueron y mataron al marido y a muchos de los que fueron en la muerte della. Y así el padre y el hijo, y la madrastra y muy muchos otros, fueron muertos.

Así que, Señor, si tú mandas matar a tu hijo, sus parientes matarán a la Emperatrix, y los parien-

tes della matarán a ti, porque chico yerro en el prinçipio, muy mayor en el fin se demuestra. Pues que así es, Señor, fuye y guarda la promesa que heziste y no la oigas en ninguna manera, porque tantos males sean excusados por ti.»

Y el Emperador entonçes subió en un caballo, y muchos caballeros consigo, y fuese a caça de monte; y por quanto esa noche no vino, la Emperatrix, de muy grand mañana, se leuantó y quiso ir donde el Emperador andaba a caça, por aquexalle y porfialle de la muerte de su hijo... *[Blanco, que indica una interrupción en el texto.]*

... de la Emperatrix, porque el carçelero que en cargo tenía al Infante, a grandes voces esa mañana e començó a llamar, diziendo que el hijo del Emperador çiertamente hablava. Y luego van mensajeros al Emperador. El, como lo supo, muy aquexosamente vino; y su hijo, sacado de la cárcel, las rodillas hincadas delante el padre, començó a dezir así: «— ¡O padre mío, perdónete Dios los agrauios a mí hechos a sin razón; y agora demando juisio y justiçia delante de tu muy alto Consejo de todo ello, porque entiendas quánta sea la maldat de tu muger y cuánta la inoçençia mía!»

Entonçes, el Emperador, la voz muy dulçe de su muy amado hijo oyó, y besándolo, y fuertemente llorando, sobre su cuello acostó sus brazos, y mandó luego fuese arreado y vestido de vestiduras imperiales. E llamado el Consejo del Emperador, él

le preguntó el caso [que] le avía [fº 143] aconteçido con la Emperatrix; y el Infante le contó, en presencia de todos y de su madrastra, todas las cosas que ella le ouiera dicho; y como con la gran ira que tomó por no seguir su voluntat, le levantó y contrapuso tan gran pecado como suso habéis oído, y por ende demanda justiçia contra ella.

Y la Emperatrix todo esto negava; mas antes afirmaua quanto ella dizía ser verdat.

Por la cual cosa dos caualleros, uno de parte de la Emperatrix, otro de parte del Infante fueron dados, que batallasen sobre el caso. Y fué así que venció el cauallero de la parte del Infante; y luego la Emperatrix fué presa y sentençiada que fuese quemada. Y como otro día la lleuasen al fuego, ella complidamente confesó del hecho la verdat como había todo pasado, y dixo:

«— Agora verdaderamente hallo la verdat de un sueño que ensoñé desta manera: Parecíame que una sierpe sallía de mi boca y que venían siete aves siguiendo a esta sierpe por la matar; y venía un águila en ayuda destas siete aves y arrebataban a la sierpe y a mí con ella y en un fuego ardiente nos echauan. Y védeslo agora todo este mi sueño aquí complido y assuelto por mi mal, que aquesta sierpe es mi falsedat; y las siete aves son los siete Sabios, y el águila es el Infante, que dessizo mi falsedat y me ha traído a esto que vedes.»

E finalmente, como la Emperatrix fuese quema-

da y todos con grand gozo se tornasen a las posadas, demientra que aparejauan de comer, el Emperador rogó a su hijo alguna hermosa habla les propusiese y contase. Entonces el Infante dijo que le placía, y comiença así:

DICTUM INFANTIS

«— Fué un caualiero, Señor de un castillo, que tuvo un hijo de tan gran subtilidat de saber, que las voces de las aves así las entendía como las de los hombres; y como aqueste castillo fuese ribera de mar y un día todos fuesen al castillo por holgar en él algunos días, muchas aves, por el camino, los seguían cantando de diversas maneras de vozes. Entonçes este cauallero dixo a su muger y a su hijo: «— ¡O quán maravillosa virtut sería entender lo que aquestas aves dizen!» Entonçes el hijo dixo: «— Çiertamente, padre, yo las entiendo muy bien.» Y el padre dixo: «— ¡O, hijo mío, ruégote que tú me declares lo que estas aves dizen y este seguimiento que nos tienen desde que partimos!» Y el hijo dixo: «— ¡O padre mío, no lo hayáis por enojo, pues que querés que os declare, ciertamente dizen que vos, con mi madre, habéis de venir a tan grand pobreza y menester, que un pan no ternés para comer, ni vestiduras que vistáis; y dizen que yo tengo

de venir a tan noble y grande estado, que vosotros me habéis de dar agua a manos!»

Entonçes el padre, airado contra el hijo por lo que avía dicho, tomó y lanzólo en la mar; y por la graçia de Dios él fué librado, que despues de la tempestat de la mar, de los marineros de Çerdenia fué tomado y sacado y, finalmente, después fué vendido a un cauallero de Çiçilia. Y tornando el cauallero, padre del moço, por el pecado que hizo contra su hijo, de sus criados mismos y escuderos fué desposeído y desheredado del castillo y de lo que tenía; y él, con su mujer, fueron desterrados, y fuyendo, aportaron cerca de Çiçilia, donde el hijo estaua. Y entonçes acaeçió un miraglo desta manera: Que tres cuervos seguían al Rey de Çiçilia por donde quiera que iua, y por espaçio de çinco años tuvo esta pena, que ni de día ni de noche nunca le dejaban holgar. Y aqueste Rey mandó pregonar por todo su reino que, qualquiera que verdaderamente le declarase el adevinança destos tres cuervos y la causa de su seguimiento, él le daría su hija con la meitat de su reino. Entonçes [f° 144] este mozo, oyeendo aqueste pregón, fué a su Señor diçiéndole cómo él sabía la significaçión de los cuervos. Entonçes el cauallero, muy gozoso, presentó su criado al Rey, rogándole mucho, quando se viese en aquel estado y honra, se acordase dél.

Finalmente, el Rey, quando lo vido, luego preguntó la causa del seguimiento de los cueruos. Y el

mozo le demandó la confirmaçión de lo que prometiera al que la dijese. Lo qual luego le fué asegurado, y el moço dixo así:

«— Aquí están dos cueruos y una cuerua, y de los dos el uno es viejo y el otro nuevo; y el cueruo viejo dejó a la cuerua y fuése a buscar otros deleites mayores a otras tierras con otros cueruos más mozos. Y como se estoviese grand tiempo este cueruo viejo que no tornase a su mujer, este cueruo nuevo tomó a esta cuerua desamparada del otro en su garda y crióla y defendióla hasta agora. Y como este cueruo viejo fuese aborreçido de sus compañeros por quanto ellos eran moços y él viejo, a los çinco años que tornó quiso cobrar su muger, que antes de su grado auia dexado, y tomársela a éste que hasta agora así la defendió, hallándose sola y desamparada como la halló. Y porque este cueruo nueuo no la quiere dexar, síguente tanto tiempo ha y buscan tu juizio, porque te hallaron el más justo Rey del mundo, que así lo anduuieron buscar por mar y por tierra y no hallaron otro mejor juez que a ti, que juzgues entre ellos de quién debe ser esta cuerua.

Entonçes el Rey, auido su Consejo, llamados los cueruos a juicio, en presençia dellos dió la sentençia: que del cueruo más nuevo fuese la cuerua. Entonçes el cueruo antiguo fuese solo, y el nueuo, con la cuerua, quedaron de consuno.

Y luego la hija del Rey fué dada al mozo, y fue-

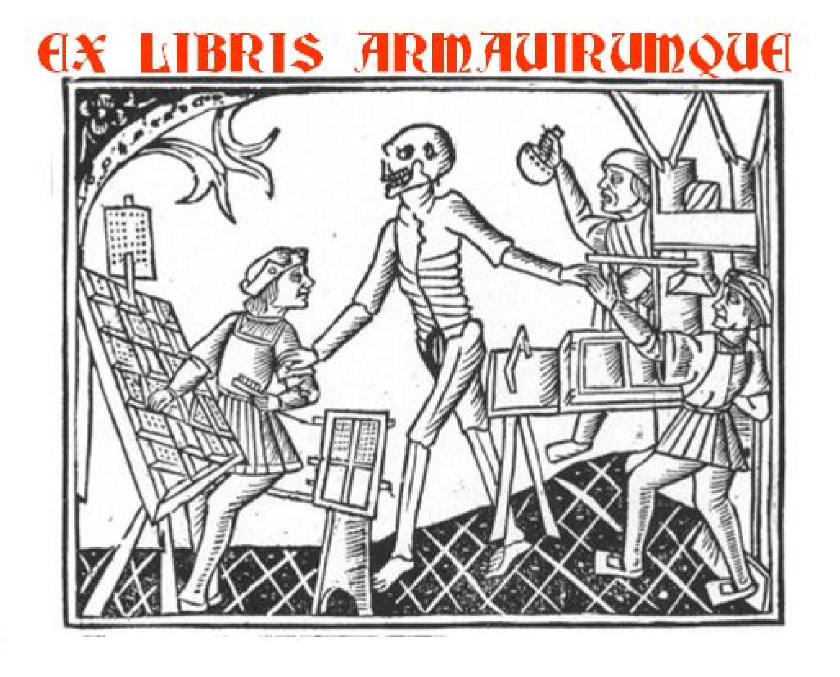
ron casados, y a su Señor que antes tenía, el mayor de toda su casa constituyó.

E así, ensalçado este moço en tanta honra, yendo un día caualgando por la çibdat, vido a su padre y a su madre asentados a la puerta de un mesón, y él conosçiólos, y disimuladamente desçendió de su caballo e hizo adereçar allí en aquella posada de sus padres grandes aparejos de viandas y manjares porque allí quería çenar. Y como fuese adereçado y se posasen a las mesas, y su padre y madre, como a pobres, hízolos asentar cabo sí; y como trujesen agua manos y el maestresala se oluidase el mantil, el padre tomó el jarro y la madre el plato, y así recibió el hijo agua manos dellos. E como estoviesen posados a la mesa, començó a dezir el hijo a su padre: «— ¿De qué pena es digno el padre que tal hijo como yo mató?»

El padre respondió: «— Cierto, no puede ser pensada la pena contra la enormidat de tan grande pecado.» Y el hijo dijo: «— Vos sois aquel que a mí lanzastes en la mar por la declaración de las bozes de las aues que a vos y a mi madre y a mí siguieron hasta el castillo; y pues que así es, no os tengo yo de dar mal por mal. Y por traeros a este conoçimiento hize aquí este combite.

Esto todo os digo, porque si me ouiérades matado, grand mal os ouiérades procurado; mas la piedat de Dios quiso gardar a vos y a mí de tanto mal.»

COMIENÇA LA HYSTORIA DE LOS SIETE SABIOS DE ROMA



CAPITULO I

COMO EL EMPERADOR PONCIANO ENCOMENDO A SU HIJO A LOS SIETE SABIOS QUE LE ENSEÑASSEN Y DE LA EXPERIENCIA QUE DEL HIZIERON

REYNANDO e imperando la monarchia romana, el emperador Ponciano, hombre sabio e muy prudente, tomo por muger la hija de vn rey, la qual era en demasia hermosa e graciosa, la qual mucho por cabo amo e pario del vn hijo que ouo nonbre Diocleciano. El qual fue de todos muy querido. Y auiendo siete años, la reyna, su madre, adoleció muy grauemente, y viendo que escapar no podía, enbio vn mensajero al emperador que viniesse a mas andar ala ver, e como fue venido, ella dixo:

— Señor, yo se que tengo de morir desta dolencia, e porende, antes que muera os quiero pedir por merced solo vna cosa.

Y el respondiole:

— Demanda qualquier cosa que todo lo otorgare.

Entonce dixo ella:

— Yo creo que despues de mi fin, segun veo ser

vos espediente, tomareis otra mujer, e por tanto vos pido por merced que ella ningun mando sobre mi hijo tenga: mas hazed lo criar muy lexos della: e aprenda alguna buena criança.

Respondio el emperador:

— Señora, yo vos prometo de conplir vuestra demanda.

E dicho esto, boluiose la emperatriz e dio el espiritu a Dios. Y el emperador lloro muchos dias su muger; y despues de ella sepultada, muchos tiempos estuuo triste e no quiso casarse. E assi, estando vn dia holgando en su cámara, penso muy afincadamente en su hijo, diziendo entre si: «Yo tengo vn solo hijo que sera mi heredero, por ende bien sera que mientras es moço aprenda alguna buena doctrina con que despues de mi muerte pueda regir el imperio.» E assi, luego de mañana, como se ouo leuantado, llamo los principes de su consejo para que en esto le aconsejassen, y ellos dixeron:

— Señor, en Roma ay siete sabios que mas que todos los otros maestros y letrados saben. Mandalos llamar e dales a criar tu hijo.

Oydo esto, el emperador embio las cartas, señaladas con su sello, que sin mas tardar viniessen, y vinieron luego. E como fueron delante del emperador, dixoles:

— Amigos mios, ¿sabeys por que he por vosotros embiado?

Y respondieron ellos:

— Señor, no; mas declaranos tu voluntad y obedecer te hemos.

Entonce dixoles el emperador:

— Yo tengo vn solo hijo, el qual vos quiero dar para que le crieys y le mostreys, porque pueda con vuestra doctrina, despues de mis dias, con gran seso gouernar el imperio.

E dixo el primero maestro, que auia nombre Pantilla:

— Damele a mi y en siete años yo le mostrare quanto yo e mis compañeros sabemos.

E dixo el segundo maestro llamado Lentulo:

— Señor, de mucho tiempo aca vos he servido e avn no he de vos recibido alguna merced; e no quiero, saluo que me deys a vuestro fijo para que le muestre; e yo le hare saber en seys años tanto como yo e todos mis compañeros.

E dixo el tercero, llamado Craton:

— Señor, yo he estado en grande peligro de perder la vida, passando muchas veces con vos la mar, e nunca me aueys hecho merced alguna; e por ende, si en lugar de remuneracion, yo recabare con vuestra señoria que me deys vuestro hijo, en cinco años, si tuuiere ingenio, yo le enseñare quanto yo e mis compañeros sabemos.

Leuantose el quarto maestro, al qual dezian Malquidra el flaco, e dixo:

— Señor, plega vos de traer a memoria como yo, e todos los mios, siruieron alos emperadores e nin-

gun galardon rescibieron, e por la qual cosa al no pido, saluo que me encomendeys vuestro hijo para le enseñar, e yo le hare saber en quatro años quanto yo e mis compañeros sabemos.

E leuantose el quinto maestro, llamado Josepho, e dixo:

— Señor, yo soy viejo e hartas vezes he sido llamado a vuestro consejo, e que vos ayan mis consejos aprouechado sabeys vos muy bien; e por ello, ningun beneficio he hasta oy alcançado; no vos pido en galardon, saluo que me deys vuestro hijo, e yo me dare tanto a mostrarle, que en tres años aprouechara tanto como yo e mis compañeros.

Vino el sexto, llamado Cleofas, el qual prometio de le enseñar qualquier sciencia en dos años. E leuantose el postrimero, llamado Joachin, el qual por semejante, demando el niño, prometiendole mostrar en vn año quanto ellos todos sabian. Acabado esto, dixoles el emperador:

— Amados e fieles mios: yo vos fago gracias que cada qual de vosotros ha demandado a mi hijo para criar y enseñar. E si agora yo le encomendasse a vno e denegasse a los otros, auria discordia; por ende, a todos caramente le encomiendo que le crieys y enseñeys.

Oyendo esto los maestros, recibieron le e besaron la mano al emperador por ello, e lleuaron le a la corte de Roma; y en el camino dixo Craton a sus conpañeros:

— Oyd mi parecer: si nosotros mostramos a este moço en Roma, tanto sera el concurso del pueblo, que estoruaran al moço en su fantasia; mas yo se vn vergel que esta a tres leguas de la ciudad, muy deleytable y de gran passatienpo; hagamosle ende una camara de cal y canto quadrada y pongamosle en medio: e pintemos por las paredes della las siete artes liberales, de manera que pueda ver el moço cada rato, como en el libro, su enseñança.

Y plugo a todos este consejo e hizieronlo assi. E assi ellos, con diligencia cada dia, enseñaron al moço siete años. Los quales acabados, dixeron los maestros:

— Bien sera que examinemos nuestro discipulo por saber como ha en las sciencias aprouechado.

E dixo Pantillas:

— ¿Como le podemos prouar?

Respondio Craton:

— Quando estuuiere dormiendo, pongamosle cada qual, avn canton de la cama, vna hoja de yedra, e preguntemosle, despues de despierto, si siente algo.

Y fue fecho assi. Y el, despertando, marauillose mucho e alço los ojos ala cubierta de la camara, y viendo esto los maestros dixeron:

— Señor, ¿por que alçays assi los ojos?

Y el respondió:

— No es maravilla, ca dormiendo yo, la cumbre de la camara ha se abaxado a tierra o se ha, debaxo de mi, leuantado.

Lo qual oydo, dixeron los maestros entre si:

— Por cierto, si este moço viuiere, alguna cosa grande sera.

CAPITULO II

COMO EL EMPERADOR PONCIANO CASO OTRA VEZ, E COMO, A RUEGO DE SU MUGER, EMBIO POR SU HIJO

En esto vinieron los del consejo al emperador y dixieronle:

— Señor, vos teneys vn solo hijo, e posible seria le conteciesse morir; y por ende, bien seria que tomasedes muger, porque no conteciesse quedar el imperio sin heredero; esso mesmo soys tan poderoso que puesto que ouiessedes muchos hijos, todos los podriades facer grandes señores.

E dixo el emperador:

— Pues vuestro consejo es que yo me deuria casar, buscame una graciosa y fermosa donzella e de gran linaje, e yo sere bien contento.

Y ellos anduuieron muchos reynos e tierras, y en fin desposaronle con la hija del rey de Polonia, que era muy fermosa; e como el emperador la viesse, luego se enamoro della tanto, que luego se le paso el dolor e manzilla de la primera muger y estuuieron mucho tiempo sin fijos. Y viendo la emperatriz que concebir no podia, estaua triste. E oyendo que

el emperador tenia dado vn hijo a criar a siete sabios, el qual era heredero del imperio, pensaua consigo, diziendo:

— Pluguiesse a dios que fuesse aquel muerto e tuuiesse yo vn hijo que fuesse heredero del imperio; y dende aquella hora estaua pensando como lo pudiese matar. E acaecio vna noche que, yaziendo el emperador en la cama, dixo a la emperatriz:

— Señora mia, muy amada: yo te quiero, dende agora adelante, descobrir los secretos de mi coraçon, ca deues saber que no ay persona debaxo el cielo que yo mas ame que a ti; confia, pues, en mi amor.

Respondio ella:

— Señor, pues asi es, yo te quiero pedir vna pequeña cosa.

Y el dixo:

— Demanda lo que quisieres, que yo hare lo que possible me sea.

E dixo la emperatriz:

— Cierta cosa es que yo no he concebido, de que tengo gran dolor; mas pues vos teneys vn hijo a enseñar con los siete sabios, al qual yo estimo assi como si de mis entrañas saliera, ruegote que embies por él, porque pues Dios no quiere darme tal fruto, a lo menos con el me consuele.

Respondio el emperador:

— Diez e seys años ha que jamás lo he visto empero cunplase tu desseo.

Y luego en esse punto, embio cartas a los siete maestros que, so pena de perder la vida, le truxessen para la pascua del Espiritu y Santo a su hijo; e como los maestros las cartas leyeron, en anocheciendo, miraron las estrellas por ver si les era espediente el yr con el moço como el emperador mandaua, e conocieron claramente en las estrellas si ellos truxessen al moço al plazo por el emperador puesto, en la primera palabra que el moço fablasse, moriria mala muerte. Y en viendo esto los maestros estauan tristes, e mirando afincadamente vna estrella conocieron que si en el tienpo por el emperador puesto no lleuauan el moço, perderian todos la vida. Entonces dixo vno de ellos:

—De dos males, el mejor deue el hombre escoger: mejor es que a todos cueste la vida que el moço muera; por ende, no vamos por saluar la vida deste moço, e como estuuiessen assí, tristes, decendio el moço de la camara, e vido sus maestros tristes, e preguntoles la causa por que estauan tristes.

Ellos dixieronle:

—Señor, cartas auemos de vuestro padre recebido, que so pena de la cabeça os lleuemos alla para la fiesta de Pentecostes. E sobre esto auemos sacado juycio de astrologia, do auemos claramente conocido que si en el plazo a nos dado os lleuamos a vuestro padre, en la primera palabra que hablardes, morireys desonradamente.

E dixo el moço:

— Yo quiero tambien sacar juyzio por las estrellas; e faziendolo, vio en vna pequeña estrella, que si estaua siete dias sin fablar, escaparia la vida, y que cada dia destos le auian de lleuar a la horca; y esto visto, llamo sus maestros y mostroles las estrellas e dixoles:

— Mis amigos, claramente en la estrella veo que si estuuiere sin hablar siete dias, saluare mi vida; agora vosotros, los mas sabios maestros del mundo, poco vos costara que responda cada qual vn dia por mi, e que salue, con su discreta respuesta, aquel dia mi vida; e yo al octauo dia hablare por mi e saluare a vosotros comigo.

E como los maestros vieron la estrella, conocieron todos que dezia verdat, e dixieron:

— Sea Dios bendito, pues nuestro discipulo sabe mas que nosotros.

E dixo Pantillas:

— Señor, yo os libraré de la muerte el primer dia.

Dixo otro:

— E yo el dia II.

E assi todos, por consiguiente, le prometieron cada qual de saluallе un dia la vida; e dicho esto, vistieron al moço de escarlata e caualgaron en sus cauallos, e con la gente que conuenia, partieron.

CAPITULO III

DEL RECEBIMIENTO QUE HIZO EL ENPERADOR A SU HIJO, Y DE COMO LA EMPERATRIZ, SU MADRASTRA, LE REQUIRIO DE ILLICITOS AMORES

Como supo el emperador que era su hijo en camino, saliole a recebir; e como los maestros supieron que el emperador ya se acercaua, dezian al moço:

—Nosotros adelantar nos hemos, e procuraremos, como cada qual de nos saluar vos pueda.

E dixo:

— Plazeme; empero, recordaos de mi en el tiempo de la necessidad.

Y ellos se despidieron del, e adelantaronse a la ciudad; y venia el moço buen rato lexos muy acompañado. E como se le acerco el emperador, abraçole e besole e dixole:

— Hijo, ¿que tal estas?; mucho ha que no te he visto.

Y el humillosele, e ninguna cosa le respondio, de lo qual se marauillo el padre, mas pensaua entre si que los maestros le ouiessen dicho que no hablase yendo a cauallo; e como fueron llegados a Palacio y ouieron descaualgado, tomo el padre al hijo por la mano y subio con el a la sala e asentole cabe si, e mirole y dixole:

— Hijo, dime agora como te as con tus maestros fallado e como te han enseñado, ca muchos años ha que no te he visto.

Y el moço, abaxada cabeça, ninguna cosa le respondia.

E dixole entonces el padre:

— ¿Que as que no me hablas?

E como oyo la emperatriz ser el moço venido, gozose que no hablaua, e dixo:

— Yo quiero yr a verle.

E vistiose ricamente e fuese con sus damas a verle. El emperador hizola assentar cabe su fijo, e dixo ella:

— Señor, ¿es este vuestro fijo con siete sabios criado?

Respondió él:

— Este es, mas no fabla.

Entonces dixo ella:

— Dexadmele, que si en algún tiempo habló, yo le hare hablar.

Dixo el emperador:

— Leuantate e vete con ella.

Y el moço se leuanto e fizo reuerencia de rodillas al emperador, como quien dize presto soy a fazer lo que mandardes. Estonce la emperatriz lleuole consigo a la camara e mando salir a todos, y puso el moço cabe si hazia la cama, e dixole:

— Amigo mio Diocleciano: mucho he oydo de tu hermosura e alegrome pues veo con los propios ojos

a quien tanto amo, ca tu deues saber que yo he sido causa que tu padre embiasse por ti porque me consolasse contigo. E certificote que por tu amor he guardado mi virginidad para que tu della gozases; hablame e dormiremos juntos.

El moço ninguna cosa le respondió, y ella, viendo esto dixo:

— O Diocleciano, en cuyas manos mi vida esta puesta, ¿por que no me hablas o alguna señal de amor me muestras? ¿Que haré?; dimelo, que presta soy de complir tu voluntad.

Dicho esto, abraçole y queriale besar; y el boluio el rostro e no gelo quiso consentir. E dixo ella:

— Hijo, ¿por que hazes esto conmigo, pues ninguno ver nos puede? Durmamos juntos y conoceras como he para ti guardado mi virginidad.

Y el apartole el rostro e no se quiso boluer hazia ella. E viendose por el desdeñada mostrole los pechos e las tetas e dixole:

— Cata aquí, hijo, mi persona que esta a tu mandar; cumple mi desseo, ca en otra manera yo peligrare.

— Y el moço ningun amor le mostro, mas quanto podia trabajaua en apartarse della. E como ella viese esto, dixo:

— O dulce fijo mio, sino quieres tomar plazer conmigo, ni aun hablarme quiça por algun buen respecto, esta aqui papel e tinta, si por la boca ha-

blar no quieres, escriue si quiera tu voluntad si deuo jamas en tu amor tener confiança o no.

Y el moço tomo el papel y escriuio esto:

— Guardeme Dios, señora, que yo quebrante el vergel de mi padre; ca en lo hazer, no se que fruto ganasse; esto se que ante Dios pecaria grauemente e caeria en la maldicion de mi padre; por ende, no me conbideys de aqui adelante a cosa tan vil.

CAPITULO IV

COMO DIOCLECIANO, POR NO QUERER CONSENTIR EN EL DESEO DE LA EMPERATRIZ, FUÉ POR EL EMPERADOR, SU PADRE, SENTENCIADO PARA SER ENFORCADO

Como la emperatriz ouo leydo la cedula, con los dientes e con las vñas se despedaço los vestidos hasta el ombligo y el rostro hasta que salio sangre; y destocose y dio muy grandes gritos diziendo: —Ayuda, ayuda antes que este vellaco me desonrre.

Estando el emperador en la sala, oyo los gritos y entro corriendo en la camara y pregunto que es lo que auia, e siguieronle muchos caualleros. Estonce dixo la emperatriz:

— Señor, aued de mi conpassion, ca este no es vuestro hijo, mas algun rufian descreydo. Ca yo, como sabeys, le puse aca dentro comigo, por le ro-

gar que hablasse, en lo qual he hecho quanto he podido; y encomençandole de hablar, acometio de me desonrar: porque no gelo quise consentir queria me forçar. E yo resistile quanto pude por esquiuar tamaño escandalo, tanto que todo el rostro me ha con las uñas dessollado hasta derramar sangre y me ha destocado como veys; e si a mis gritos luego no acudierades, el ouiera comigo complido su mal desseo. Y el emperador viendola tan sagrienta, e los vestidos e arreos todos rasgados, y su querella, ensañose muy mucho y mando lo prender a los de la guarda; e assentado en su rica silla mando que lo ahorcassen. E oyendo esto los del consejo dixeron:

— No teneys saluo vn hijo, no es bien assi ligeramente matarlo; la ley esta puesta para los que la traspassan. E por ende, si por la ley morir deue, muera porque no se diga catad aqui el emperador que sin justicia ha muerto con yra su hijo.

Y el oyendo esto, mandolo echar preso hasta que le viesse por justicia. E como la emperatriz oyo esto que no era avn muerto el moço, lloro mucho e no queria consolar se. E como fue de noche entro el emperador en la camara e hallo a la emperatriz llorando, a la cual dixo:

— Señora ¿por que te atormentas?

Ella le dixo:

— No teneys en nada por cierto que vuestro hijo me ha cometido tan gran desonra e offensa; e me dexistes que lo mandariades ahorcar e no aueys

complido la palabra que me distes e yo quedo con mi verguença.

A la qual respondió el emperador:

— Mañana morira por justicia, ca en otra manera la honra de nuestro estado se desdeñaria.

E dixo ella entonce:

— O, señor ¿tanto ha de viuir? Por cierto a vos contecera con el como acaecio vna vez a vn romano antiguo con un pino pequeño.

Dixo el emperador:

— Ruegote que me digas esse exemplo; e contogelo.

CAPITULO V

COMO LA EMPERATRIZ POR ENXEMPLO DE VN PINO INDUZIA AL EMPERADOR QUE MATASSE SU HIJO

— Auia en la ciudad de Roma vn ciudadano que 1
tenia vn fermoso huerto do estaua vn pino muy lindo que hazia cada año vn fruto de tanta virtud, que qualquier que del comia, si estaua doliente e leproso, cobraua a salud y era limpio. Acaecio vn dia que aquel ciudadano entro en el huerto e fue a ver el arbol, e vio debaxo del arbol otro pino pequeño muy hermoso que crecia, e llamo al ortelano, e dixo:

— Amigo, haz de manera que deste pinito ten-

gas grande cuydado, ca yo espero del plantar mejor arbol que no de este grande.

Al qual dixo el ortelano:

— Señor, plazeme.

E fue otra vez el ciudadano a ver el pino, e pareciole que no crescia tanto la verga como deuria, e dixo al ortelano.

— ¿Qué es que no crece el pino como deuría?

Dixo el ortelano:

— Señor, no es marauilla, porque este arbol grande deciende tanto para abaxo, e tiene tan anchos los ramos que le quita la humidad y el sol e no dexa crecer.

E dixo el entonces:

— E cortale los ramos e dele el sol y el ayre.

Hizolo assi el ortelano. E vino el ciudadano otra vez a ver el arbol, e no le parecia que medrado ouiesse. E dixo al ortelano:

— Avn esta verguilla no aprouecha, e no puedo ver que es lo que le empece.

Respondio el ortelano:

— Yo creo que la altura deste otro más viejo le quita la lluuia e por ende no medra.

E dixo el ciudadano:

— Pues que assi es, cortarle del todo, ca yo espero que esta verguilla saldrá mucho mejor.

Oyendo esto el ortelano, hizo lo que su amo le mando e corto el arbol del todo. Lo cual hecho, la planta de la verga se murio. E assi ningun fruto

della alcanço; mas siguiose gran daño; y sintiendo esto los pobres e dolientes maldixeron a quantos consejaron que el arbol se cortasse mediante el qual ellos sanauan. Entonces dixo la emperatriz:

— Señor ¿aueysme entendido?

Y el respondio:

— Si.

Dixo ella:

— Con todo yo os quiero declarar lo que he dicho. Este arbol es vuestra noble persona, por quien muchos pobres y mezquinos son ayudados. Y el arbol pequeño es vuestro hijo maldito, que ya comiença por su enseñança crecer e trabaja como pueda los ramos de vuestra potencia cortar e conquistar la humana gloria y estudia en destruyr vuestra persona porque pueda reynar; mas ¿que lo que entonce contecio? Los pobres e basos maldeziran a los que pudieran echar a perder a vuestro hijo e no lo hizieron. Yo vos consejo que, mientra esteys en vuestro poder y estays sano, que le destruyais porque no vos eche la gente maldiciones.

Dixo el emperador:

— Buen consejo me as dado; yo te certifico que mañana yo le condenare.

CAPITULO VI

COMO LEUARON AL HIJO DEL EMPERADOR A ENFORCAR E COMO EL EMPERADOR REUOCO LA SENTENCIA

Quando vino el dia que auia de dar la sentencia, estaua assentado el emperador en su silla e mando a los de la guarda que leuassen a su hijo a la horca con trompetas; y leuandolo assi ved aqui vna boz del pueblo que dezia:

— Cata que lieuan vn hijo que mas no tiene el emperador ala horca.

E leuandole assi, el primer maestro, llamado Pantillas, estaua caualgando y encontrose con la gente; e como vido el moço al maestro, saludole enclinando la cabeça, como quien dize recordad vos de mi quando fueredes delante mi padre, ca bien vedes que me lieuan ala horca. Entonce dixo el maestro alos alguaciles:

— No vos deys priessa: ca yo espero que, por la gracia de Dios, le librare oy dela muerte.

E todo el pueblo respondio:

— Maestro, yd a mas andar a palacio e saluad a vuestro discipulo.

E dio delas espuelas a su cauallo, y, en llegando a palacio, hincose de rodillas ante el emperador, al qual dixo el emperador:

— Nunca Dios te de vida.

Y el respondio:

— Otro recibimiento merecia auer de vuestra Magestad.

Dixole el emperador:

— Tu mientes, ca yo di mi hijo a ti e a tus compañeros que hablaua bien y era de muy buenas costumbres, e agora es mudo e lo peor que a cometido de desonrar a mi muger; porende el morira oy e vosotros moryreys desonradamente.

Dixo el maestro:

— Señor, quanto a lo que dezis del moço que no habla, sabe Dios que en nuestra compañia bien hablaua; empero agora, porque no habla, Dios lo sabe, e no es sin alguna razon, lo qual vos sabreys; e alo que dezis que quiso forçar a vuestra muger la emperatriz, respondemos que XVI años ha estado con nosotros, que nunca del podimos conocer tal cosa y por tanto, Señor, yo os digo una cosa: que si matays a vuestro hijo por la palabra de vuestra muger, peor os contecera que aquel cauallero que por lo que su muger le dixo mato un muy auentajado lebrel, el qual libro a su hijo de la muerte.

Dixo el emperador:

— Dime esse exenplo.

Y el respondio:

— Señor, no vos lo dire; e la razon es porque ante que mi razonamiento acabasse podria ser vuestro hijo ahorcado, y entonce en vano lo auria contado. Mas si plaze a vuestra Alteza oyr mi exenplo tan

noble, mande tardar la execucion de vuestro hijo hasta mañana, e quando ouiere acabado, cumplase vuestra voluntad de lo que mandardes.

El emperador, oyendo esto, reuoca la sentencia e mando que le tornassen a la prision hasta que el maestro acabase de dezir su exemplo. Y entonce el maestro començo a dezir assi.

CAPITULO VII

COMO POR EXEMPLO DE VN CAUALLERO E VN LEBREL SUYO, LIBRO EL PRIMER SABIO AL HIJO DEL EMPERADOR EL PRIMERO DIA DE MUERTE

2 —Era un esforzado cauallero que no tenia mas de un hijo, como vos, Señor, y era niño, e tanto lo amaba que por su guarda le puso tres amas para que vna lo criasse, la otra le lauasse los vestidos e para las ropillas e halagar al niño; e ala tercera que le adormeciesse quando llorasse; e despues deste niño tuuo el cauallero dos cosas que amo en demasia, es a saber: un lebrel e vn falcon. Ca este lebrel, quando corria tras alguna caça, tomauala, e hasta que su señor viniesse no la mataua. Y quando su señor se ponia a punto y se armaua para yr a pelear, sino le era conueniente, luego quando el señor caualgaua, el lebrel tenia al cauallo por la cola e daua

grandes ladridos, e por estas señales el cauallero sabia quando era partido yr a la pelea o quando no. Esso mesmo amo al falcon, porque nunca deffallecio quando volo para alguna aue, y el cauallero deleytauase, cosa de marauilla, en torneos e justas. E assi, vna vez hizo pregonar en su castillo vn torneo, al qual muchos vinieron. Y el cauallero entro en aquel torneo; e su muger, con sus donzellas, fueron a mirar el torneo. E las amas de su hijo, quando ninguno estaua en casa, fueron también a mirar, y dexaron al niño solo en vna cuna en donde yazia; y el lebrel cabe la puerta y estaua el falcon en la percha. E auia vna culebra escondida en vn agujero del castillo que ninguno sabia della; e como sintió la culebra que ninguno estaua ende, saco su cabeça fuera e a ninguno viendo, saluo el niño que yazia, salio para matar al niño. Y viendo esto el falcon, miro al lebrel, e como le vio dormir, fizo gran ruydo con las alas para despertar al lebrel porque guardasse al niño, y desperto al lebrel e vido la serpiente cabe al niño y fuese para ella y pelearon ambos a dos muy fuertemente, hasta que la serpiente hizo mucho mal e dio grandes bocados al lebrel y le sacó tanta sangre fasta que toda la tierra en derredor estaua llena, y entonce el lebrel arremetio con furia contra la serpiente, tanto que la cuna se trastorno entre ellos; empero el niño no cayo. En fin, el lebrel mato la sierpe, y despues pusose cabe la puerta lamiendo se de sus feridas. Y des-

pues desto, acabado el torneo, vinieron las amas y entraron en la sala; e como vieron la cuna desbaratada y trastornada e la tierra en derredor sangrienta y el lebrel muy mal tratado y ensangrentado, creyeron que el lebrel ouiesse muerto el niño, e no fueron tan comedidas ni tan discretas que mirassen la cuna y acatassen que era del niño. Mas dixeron: «Huyamos, porque el señor no nos de culpa e quiça con la saña no nos mate.» E huyendo, topo la señora con ellas e dixoles:

«— ¿Por que llorays e fuys?»

Y ellas respondieron:

«— O señora, guay de nos y de vos. El lebrel, que nuestro señor ama tanto, se ha comido a vuestro hijo y esta cabe la puerta todo sangriento».

Oydo esto, la señora cayo en el suelo como loca, llorando e dando bozes diziendo:

— Guay de mi, ¿que hare? Agora he perdido mi vnico hijo.

Y estando en esto, vino el señor del torneo, e viendo como su muger lloraua, pregunto luego que cosa era.

— Señor, vuestro lebrel, que tanto amays, ha muerto a vuestro hijo, y ende yace cabe la puerta harto de la sangre del niño.

Y el cauallero, mouido de ira, entró en la sala, y el lebrel, como acostumbraua, allegose al señor como halagandole. Y el cauallero, luego en esse punto, sin más pensar, arranco el espada e cortole

la cabeça. Y fecho esto, fuese a la cuna e hallo viuo el niño e cabe la cuna la serpiente muerta; y en ciertas señales conocio que, por la pelea del lebrel con la serpiente auia escapado su hijo. Y entonces, con grandes bozes e lagrymas, descabellando se y messando se dixo:

— Guay de mi, que por la palabra de mi muger he muerto al lebrel tan bueno que la vida de mi hijo saluo e mato la serpiente; e dicho esto, quebró la lança del torneo, de melancolia, e fuese a la Tierra Santa, y ende lloro toda su vida.

Entonces, dixo el maestro al emperador con vn muy gran reposo y sossiego:

— Señor, ¿aueysme entendido?

El respondio:

— Por cierto, si..

Y el dixo entonce:

— Certifico vos que si vuestro hijo, por los dichos de vuestra muger, matardes, peor vos contecera que a aquel de su lebrel.

Dixo el emperador entonce:

— Por cierto, muy buen exemplo me as dicho, e por tanto, yo te doy palabra que sin duda no morirá en este día mi hijo.

Y el maestro respondio:

— Si assi lo hazierdes hareys como discreto; empero, yo os hago infinitas gracias que le aueys oy perdonado.

CAPITULO VIII

COMO POR ENXEMPLO DE VN PUERCO MONTES Y DE VN PASTOR, PERSUADIO LA EMPERATRIZ AL EMPERADOR QUE MATASSE A SU HIJO

Quando la emperatriz oyo que no era avn muerto el moço, començo de llorar agramente: e sento se sobre ceniza, de tristura; e no queria alçar la cabeça. E como lo supo el emperador, entro en la camara e dixo:

— Señora, ¿por que vos afligis tanto?

Y ella respondio:

— Por que me dezis estas cosas?, ¿no sabeys que vuestro hijo ha hecho y me prometistes que moriria y avn es viuo? E yo creo que vos acaecera como en dias passados, de vn puerco montes y vn pastor.

Dixo el emperador:

— Ruego te que me digas esse exemplo, por mi consuelo.

Al qual dixo ella:

— Ayer te dixe otro e ninguna cosa aprouecho, ¿que aprouecha avn que te cuente este?; empero, con todo, te lo dire e si paras bien mientes, auras gran prouecho. Y ella començo desta manera:

3 — Era un emperador que tenia vna selua grande, donde auia vn muy grande puerco que a quantos passauan mataua; y el emperador, queriendo

prouecr en esto, fizo pregonar por todo el imperio que, si alguno este puerco matasse, después de sus dias le daria a su hija, que no tenia mas, con todo su imperio. Hecho el pregon no se hallo ninguno que a esto se dispusiesse. Entonces, auia vn pastor de ouejas que pensaua entresi: «Por cierto, si yo matasse este puerco, no solamente aprouecharia a mi, mas a todos los mios ensalçaría.» Y tomo su cayado y entro con el en la selua; y quando el puerco lo vio boluio para el, y el pastor subiose en vn arbol; y el puerco royo el tronco del arbol tanto que parecia al pastor que estaua el arbol para dar en el suelo; y auia en el arbol mucha fruta y el pastor cogió de la fruta y echole al puerco tanta que el puerco se hartó e se echo a dormir. Viendo esto el pastor, decendio poco a a poco, e con la vna mano frego al puerco e con la otra teniase al arbol; y viendo que reciamente dormia, saco su cuchillo y matole; e tomo por muger la hija del emperador. E despues de su muerte, alçaronle por rey. Y entonces dixo la emperatriz:

— Señor, ¿aueys me entendido?

Respondio el:

— Por cierto, si, muy bien.

Y ella, declarandole, dixo:

— Este puerco tan fuerte significa vuestra persona, contra quien ninguno resistir puede, y el pastor con el cayado es la persona de vuestro hijo maldito, que comiença con el baston de su sciencia de

os engañar como el pastor que rascaua al puerco y le hizo adormir, e despues le mato. Dessa manera mesma, los maestros de vuestro hijo vos detienen con falsos exemplos, hasta que vuestro hijo vos mate, porque reynar pueda.

E dixo el emperador:

— Guardeme Dios que hagan a mi como al puerco. Y por ende, ten por cierto que mi hijo sera oy ahorcado.

E dixo ella:

— Si assi lo hizierdes, hareys sabiamente.

CAPITULO IX

COMO EL SEGUNDO SABIO, POR VN EXENPLO DE COMO UNA MALA MUGER ENGAÑO A SU MARIDO E LE HIZO PONER EN VNA PICOTA, LIBRO AL HIJO DEL EMPERADOR EL SEGUNDO DIA DE LA HORCA

Entonces, el emperador mando que le traxessen a su hijo para hazer justicia del, y el segundo maestro fuese al emperador e hinco las rodillas e hizo como el primero, e dixo al emperador:

— Señor, si a vuestro hijo dieredes la muerte por las palabras de vuestra muger, peor vos contecera que aquel cauallero, que por engaño de su muger, fue puesto a sin razon en vna picota.

E dixo el emperador:

— O buen maestro, dime como acontecio esso.

Y el otro dixo:

— Señor, no lo dire, sino que deys plazo a vuestro hijo de la muerte hasta que yo os haya contado el exemplo; e si no vos reuocare de vuestro proposito, entonce sea vuestra voluntad conplida.

Y el emperador otorgogelo y començo de dezir este exemplo segun se sigue:

— En vna ciudad fue vn cauallero viejo que 4
tomo por muger vna mochacha como vos señor teneys, la qual mucho amo, tanto, que cada noche cerraua el mesmo las puertas de su casa e ponia las llaues debaxo de su almohada donde dormia. E auia en aquella ciudad esta costumbre, que de noche tañian vna campana, de manera que, si despues de auerla tañido se hallaua alguno en las plaças y por las calles, los que rondauan la ciudad lo tomauan y le ponian en prision toda la noche, y en la mañana en la picota porque todo el mundo le viesse. Acaecio que este cauallero, por ser viejo, no contentaua a su muger en el acto carnal, y por esto la muger amaua a otro; y cada noche tomaua las llaves dormiendo su marido y se yua a su enamorado y despues, mansamente, se tornaua a la cama del marido. E haziendolo muchas veces, acaecio vna noche que desperto el marido y hallola menos. E buscando las llaves debaxo de su almohada no las hallo, y leuantose luego e fue a la puerta e hallola abierta e

cerrola por de dentro muy bien. E fecho esto subiose a los corredores altos de la casa, e por vna ventana miro hazia la plaça, e como fuesse acerca del tercero canto el gallo, vino su muger de casa de su amigo; e como hallo la puerta cerrada estaua triste: empero con fiuzia toco a la puerta e respondiole el cauallero:

— Mala muger, ¿piensas que no te he provado muchas noches e se que te vas y eres aleuosa? Certificote que ende te quedaras fasta que vengan los que la ciudad velan e suene la canpana.

E dixo ella:

— Señor, ¿por que me leuantas esta fama? Que en verdad yo soy estado llamada por vna esclaua de mi madre; e viendo que de tan buena gana dormiades, no vos desperte; e assi tome las llaves e fue a mi madre que yaze tan doliente que yo creo que mañana le auremos de dar el olio santo, e porque no me lo tomassedes a mal, dime priessa de venir a vos y hela dexado en gran afrenta; e por ende, vos ruego que, por amor de Dios, me abrays ante que la canpana tangan.

Y el respondio:

— Por cierto, no entraras fasta que sea tañida la campana e los veladores te prendan.

E dixo ella:

— Esto a ti e a mi e a todos los parientes nuestros seria gran mengua; por tanto, por vn solo Dios te ruego que me dexes entrar.

Y el respondio:

— Recuerdate quantas vezes has dexado mi lecho e as cometido aleuosia; ca mejor es que pagues aqui tus pecados que en el infierno.

Y ella replico:

— Señor, por amor del que en la Cruz puso las espaldas, te ruego aue merced de mi.

Respondio el cauallero:

— En vano trabajas, que no entraras hasta que la campaña suene.

Ella, oyendo esto, dixo:

— Señor, tu sabes que aqui cabe la puerta esta un pozo e si no me abres, yo me echare en el antes que la verguença comporte.

Y el dixo:

— Plugiesse a Dios que ya te ouiesses echado en el e que nunca te conociera.

E hablando, fue a reposar la luna e dixo ella:

— Señor, pues assi lo quereys, yo me quiero lançar en el pozo; mas primero quiero ordenar mi testamento e antes todas cosas, encomiendo mi anima a la gloriosa Virgen Maria e a todos los Santos; e quiero que mi cuerpo sea sepultado en la yglesia de Sant Pedro: las otras cosas haganse como vos ordenardes.

E dicho esto llegose al pozo e lanço dentro una gran piedra que ende estaua y escondiose cabe la puerta. Y el cauallero, como oyo el golpe de la piedra, dixo llorando:

— Guay de mi, que mi muger se ha ahogado.

Y decendio luego y corrio al pozo; y ella, estando escondida, como vido la puerta abierta, luego entro en casa e cerro la puerta e subiose a las varandas mas altas e pusose a la ventana; entre tanto estuuo el cauallero cabe el pozo llorando e diziendo:

— O desuenturado que he perdido mi tan querida e amada muger; maldita sea la hora en que cerre la puerta.

E oyendo ella esto e burlando, le dixo:

— O viejo maldito, ¿como estas ay a tal hora? no te basta mi cuerpo?, ¿por que vas cada noche de puta en puta e dexas mi cama?

E como el oyo la boz de su muger gozose mucho e dixo:

— Bendito sea Dios que aun no eres muerta; mas dime, señora, ¿por que dizes estas cosas?, ca yo te quise castigar e por ello cerre la puerta e no paraua mientes a tu peligro; e por eso, quando oy el ruydo pense que te auias echado en el pozo; e por ello, descendi presto por te ayudar.

E dixo ella:

— Mientes, nunca tal cometi; bien parece por cierto verdad aquel dicho vulgar: el que de algun crimen es ensuziado siempre trabaja de poner a los otros en el; e por ello me dizes tu lo que hazer acostumbras; yo te juro que tu estaras ende hasta que la campana sea tañida e las guardas compliran en ti su ley.

E dixo el cauallero:

— ¿Por que me leuantas esto, que yo viejo soy e toda mi vida he estado en esta ciudad, de manera que nunca desto fui diffamado? Por tanto, ruegote que me abras e no hagas verguença a ti e a mi.

Y ella respondio:

— Cierto, en vano hablas; mejor es que hagas aquí penitencia que en el infierno. Mira lo que dize el sabio: que al pobre soberuio e al rico mentiroso e al viejo loco, aborrece Dios. Tu eres mentiroso aunque rico. ¿Que necessidad tuuiste de levantar tan grande mentira? Despues que as tenido a tu plazer la flor de mi mocedad, te has tornado loco, e aun mas, que te vas a ver tus mancebas, e por ende muestra Dios milagro que seas aqui punido, para que no perezcas para siempre, e por ende, suffre con paciencia la pena de tus pecados.

E dixo él:

— Señora, Dios es misericordioso, e no demanda al pecador, saluo contricion y emienda; dexadme agora entrar e de grado me quiero emendar.

E dixo ella:

— ¿Qual diablo te ha fecho tan buen predicador? Por cierto, no entraras.

E hablando assi la campana sono. Oyendo esto el cauallero, dixo:

— Señora, ya tocan la campana: dexame entrar, porque no sea auergonzado.

Y ella respondio:

— Este tocar pertenece a la salud de tu anima, porque suffras con paciencia la pena.

Dicho esto, las escuchas yuan por toda la ciudad e hallaron al cauallero en la plaça e dixeronle:

— Amigo, no parece bien que a esta hora esteys aquí.

E quando ella les oyo, dixoles:

— Señores, vengadme deste viejo maldito enuellacado, ca vosotros sabeys bien quien e cuya hija soy; ca este maldito cada noche dexa mi cama e va a sus mancebas; e yo, esperando siempre que se emendaria no lo queria dezir a mis parientes e ninguna cosa ha aprouechado. E por tanto, vos pido por merced que le prendays e cumplays en ello lo que manda la ley.

Y entonces las guardas prendieronle e castigaronle toda la noche en la prisión. E despues, en la mañana, pusieronle con mucha verguenza en la picota.

Y entonce dixo el maestro al emperador:

— Señor, ¿aueysme entendido?

Y le dixo:

— Sí.

— Y el maestro dixo entonce:

— Señor, si por las palabras de vuestra muger matardes a vuestro hijo, peor vos contecera que aquel cauallero.

Dixo el emperador:

— Aquella fué una maldita muger, que assi echo

a su marido a perder, e yo te prometo que, por amor deste exemplo no morirá oy mi hijo.

Al cual respondió el maestro:

— Si asi lo hizieredes, hareys muy discretamente. E después vos alegrareys dello: y encomiendo vos a Dios e beso las manos de vuestra alteza por hauerme oydo con tanta paciencia e por el perdon que aueys dado por oy a vuestro hijo; e assi, fuese.

CAPITULO X

COMO LA EMPERATRIZ, POR EL EXEMPLO DE UN HIJO QUE CORTO LA CABEZA A SU PADRE, CONMOUIO AL EMPERADOR A QUE MANDASSE ENFORCAR A SU HIJO

Como oyo la emperatriz que el mozo no era muerto, lloro agramente y entro en una camara secreta e messose e dio una grande boz e dixo:

— Guay de mi quando naci, que una hija de un tan gran rey sea puesta en tamaña confusion. E no puedo alcanzar desto emienda.

Y el fuese luego a ella e consolola diziendo:

— No lloreys dessa manera.

Y ella dixo:

— Señor, el amor que vos tengo me haze doler mas que del menosprecio hecho; ca el amor entrañal que vos tengo me ha hasta aquí defendido que

no soy yda ami padre, porque temo, si lo hiziesse, vos acaecerian mil males, porque mi padre, conel poder que tiene, basta a enriquecerme e vengar mi desonra.

Y el dixo:

— Guardete Dios, no dubdes que mientra que viuiere nunca te fallecere.

Y ella respondio:

— Plega a Dios, señor, que luengos tiempos viuir podays; mas yo temo que vos acaecera como a un cauallero con su hijo, que la cabeza de su padre no queria sepultar en el cimenterio, auiendo muerto a su padre por se saluar.

Dixo el emperador:

— Señora, dime esse exemplo como fue que no quiso sepultar la cabeza de su padre auiendo muerto por el.

Y ella respondio:

5 — Plazeme. Auia en Roma un cauallero que tenia dos hijas y un hijo, y hazia aquel cauallero muchas veces justas e torneos, tanto que quanto tenia gastaua en las tales cosas. En aquel tiempo auia un emperador llamado Octauiano, que de plata e oro tenia mas que todos los reyes; tanto, que tenia una torre llena de oro e un cauallero que la guardaua. Y el cauallero que tanto los torneos amaua vino a tanta pobreza, que delibero de vender su fazienda; e llamo a su fijo e dixole:

— Fijo, aconsejanos como haremos: forzado por

necessidad conuiene vender la heredad o fallar otro camino por donde podamos viuir; ca si la heredad vendemos tu e tus hermanas morireys de hambre. Respondio el hijo:

— Padre, si otra cosa pensar pudiessemos sin vender la heredad, yo vos querria ayudar. Dixo el padre:

— Yo he pensado una buena cosa: el emperador tiene una torre llena de oro; vamos de noche con aparejos, muy secretamente, a minar la torre e tomaremos del oro para nuestra necessidad. Respondio el hijo:

— Padre, si; buen consejo me parece; ca mejor es tomar del oro del emperador e suplir con ello nuestro defecto, teniendo el tanta abundancia, que vender nuestra heredad. Y leuantaronse, pues, de noche ambos a dos con sus aparejos e fueron a la torre e minaronla e tomaron del oro quanto ambos a dos pudieron leuar. Y el cauallero hizo sus justas e torneos acostumbrados e gastolo todo. Y eneste medio, la guardia entro en la torre y vio el robo e la mina grande y espantose, y fuese al emperador e contogelo, e dixole el emperador:

— ¿Porque me dizes tales cosas? ¿No te encomende yo mi tesoro? Dame cuenta del y no cures de al.

El, oyendo esto, entro luego en la torre e puso delante del agujero por donde auian entrado a robar, una tina llena de pez, mezclada con betumen.

E pusola tan discretamente que ninguno entrar podia que en ella no cayesse. No luengo tiempo despues, el cauallero gasto todo el oro que auia sacado e fueron otra vez el e su hijo a la torre a robar del thesoro. E luego, entrando el padre primero, cayo en la tina llena de pez e betun hasta el cuello. E como se vio engañado, dixo al hijo:

— No te acerques, ca si lo hizieres, escapar no podras. Respondio el hijo:

— Guardeme Dios que no te ouiesse de ayudar; ca si ende te fallassen todos moririamos. E si por mi ayuda no te pudiere sacar, yo buscare como pregvntandoselo a otros; y dixo el padre:

— No hay mejor consejo, saluo que me cortes la cabeza, ca hallando el cuerpo sin cabeza ninguno me podra conocer; e assi, tu e mis fijas sereys delibrados.

Respondio el hijo:

— Padre, bien aueys dicho; ca si vos conociessen ninguno de nosotros escaparia. Y en esse punto saco su espada e corto la cabeza a su padre, y echola a un pozo, y dixolo a sus hermanas, las quales muchos dias lloraron en escondido la muerte de su padre. E despues desto, la guarda de la torre entro e hallo el cuerpo sin cabeza e marauillole, e denunciolo al emperador; e dixo el:

— Atad esse cuerpo a la cola de un cauallo e arrastraldo por todas las calles y plazas, e parad mientes donde oyerdes grandes llantos; entrareys

alla e prendereys a quantos enla casa hallardes, y lleuareylos ala horca. E hizieronlo assi los seruidores; e como traxessen el cuerpo por delante de su casa, viendo las hijas arrastrar el cuerpo de su padre, alzaron gran llanto, y el hermano como oyo las bozes dellas, hiriose el mesmo en el muslo e sacose mucha sangre. E como los alguaziles oyeron el llanto entraron enla casa y preguntaron la causa porque llorauan; e dixo el hijo:

— No se como he caydo e me he descalabrado; e como han visto mis hermanas que me salia tanta sangre, dieron bozes como veys, y ellos creyeron lo que les dixo; y estuuo mucho tiempo en la horca; e su hijo no quiso trabajar en que quitassen el cuerpo de la forca ni sepultar la cabeza de su padre.

Entonces dixo la Emperatriz:

— Señor, ¿aueysme entendido?

Dixo él:

— Si.

Y ella dixo:

— Yo temo que asi sera de vuestro hijo y de vos. Este cauallero, por amor de su hijo, vino en pobreza, e primero cometio furto e mino la torre, y despues hizose cortar la cabeza porque el hijo no fuesse auergonzado; e despues el hijo echo la cabeza del padre en un pozo e, ni en la yglesia, ni en el cimenterio, la sepulto; y dexo el cuerpo colgar en la horca; a lo menos, de noche, lo pudiera muy bien hazer. Por esta misma manera, vos, de día e de noche,

trabajays por honrar a vuestro hijo y dexarle rico; mas sin duda, el trabaja en toda confusion vuestra por poder reynar en lugar vuestro. Por ende yo vos consejo que le mateys antes que suffrays por el daño alguno.

Respondio el emperador:

— Yo creo que así hará propiamente mi hijo, como aquel de aquel exemplo que me has contado; e, por tanto, te certifico que mañana morirá.

CAPITULO XI

COMO POR UN EXEMPLO QUE ACONTECIO A UN CAUALLERO CON SU MUGER E UNA PICAZA QUE EL MUCHO AMAUA, LIBRO EL TERCERO SABIO AL HIJO DEL EMPERADOR

Llegada la mañana del tercero dia, mando el emperador a los alguaziles que lleuassen a su fijo a la forca, lo qual luego ellos pusieron por obra. Y lleuaronle por la plaza; leuantose un gran apellido de todo el pueblo diziendo:

— ¿Como es eso que el primogenito del emperador lieuan a la horca?

Y luego, oyendo esto, leuantose el tercero maestro, llamado Craton, e topo con el, e como el príncipe le uido, saludole como quien dize: «recuerdate de mi»; y el pueblo dixole:

— Maestro, aquexad el cauallo a saluad a vuestro discipulo. El daua de las espuelas a su cauallo e corria al palacio. E quando llego al emperador, hinco las rodillas delante del. E dixo el emperador:

— Mal seas venido.

— Respondiole el maestro, e dixo:

— Yo, por cierto, señor, me tenía por muy dichoso e que en mi venida que hariades algunos fauores y honras e mercedes, e que no me recebiriades con saña.

E dixo el emperador:

— Yo hablo lo que tu mereces.

E dixo el maestro:

— ¿Oue es lo que he merecido?

Respondió el emperador:

— Muerte abiltada ca el mi hijo hablaua bien e vos le di para que de buenas costumbres me le criassedes; e aueismelo tornado mudo y vellaco; e por ende, uos certifico que hoy morira e vosotros padecereys mala muerte.

E dixo el maestro:

— Señor, a lo que dezis que es mudo vuestro hijo, esto dexo yo a Dios, que haze hablar a los mudos e oyr a los sordos. Quanto a lo que decis que el quiso desonrar a vuestra muger, yo querría saber si alguno lo vio, porque no ay maldad sobre las maldades de las mugeres, según que por exemplo yo querria prouarlo, ca las mugeres son mentirosas e vos quereys, por palabras de vuestra muger, matar

a vuestro hijo; e si lo hizierdes, contecer vos ha como a un noble hombre con su muger e una picaza que mucho amaua.

Y entonces dixo el emperador:

— Por amor de mi, que me cuentes como son las mugeres llenas de mentiras e malicias.

Y el dixo:

— Señor, no lo haré sino que por oy, a lo menos, renoqueys la sentencia de vuestro hijo, y entonces yo vos dire un exemplo que vos plazera.

Y el emperador mandó que cessassen de la execucion e boluieron a su hijo a la prision.

Entonces, el maestro dixo su exemplo desta manera:

6 — Fue un ciudadano rico que tenia una picaza, a la qual amaua tanto, que cada dia le mostraua latin y hebrayco. Y siendo muy bien enseñada, qualquier cosa que veya e oya, dezia a su señor. E aquel ciudadano tenia una muger moza y hermosa, a la qual mucho amaua; mas ella, por otra parte, no lo amaua, porque a sus apetitos carnales no le satisfazia; y por ende, ella amaua a un gracioso mancebo. E quando su marido salía de la ciudad, ella embiaua por su amigo. Viendo esto la picaza, quando venia el señor contauaselo todo; tanto, que por toda la ciudad volaua la infamia de su adulterio y el marido castigauala muchas vezes, y ella respondía:

— ¿Tú crees a esa picaza? Sepas que mientras ella viuiere aura entre nos siempre discordia.

El respondio:

— La picaza no sabe mentir, mas como lo ve y oye assi lo cuenta, e por tanto, creo mas a ella que no a ti.

E acaescio que una vez este ciudadano fue por sus mercaderías a unas tierras lexos, e la muger embio luego por su enamorado; y el dilato la venida hasta que anocheciesse por no ser visto, e como vino toco a la puerta e abriole e dixole:

— Entrad, seguramente que ninguno os ha visto; e dixole el assi:

— Esta picaza nos descubrira, ca por ella somos por toda esta ciudad diffamados.

E respondio ella:

— No te cures questa noche me vengare de la pizaza.

E como entro por la sala donde estaua la picaza, oyole ella que dezía:

— Señora, mucho temo este picaza.

Oyendo esto ella, dixó:

— Calla, necio, que a escuras no te puede ver.

Entonces, la picaza, oyendo esto, dixo:

— Aunque yo no te veo oyote muy bien, e se que haces maldad a mi amo, e quando el viniere yo se lo dire.

Y el, oyendo esto, dixo:

— ¿No te dixe yo que esta picaza nos ha de traer en gran confusión?

Y ella dixo:

— No tengas miedo, que esta noche nos vengaremos de la picaza; y entraron en la camara e holgaron los dos. E como fue entre gallo e gallo, antes del dia, leuantose ella, e a una criada suya, dixole:

— Trae la escalera e arrimala al techo de la casa para que de la picaza vengarme pueda.

E la criada puso la escalera e subieron en el techo e hizieron un agujero en derecho de la picaza e lanzaronle encima arena e piedra e agua, tanta, que poco menos muriera la picaza. E al alua salio el enamorado por el postigo; e como el señor, segun acostumbraua, fue luego a visitar su picaza e dixole:

— O picaza e auecilla muy amada: dime como te ha ydo en mi ausencia; e respondio la picaza:

— Señor, yo te dire lo que he oydo. Tu muger, luego que tu partiste de noche, puso un hombre en casa; e yo la reprehendia e le dezia que vos lo diria quando tornassedes e vos lo descubriria todo. Empero, no embargante esto, le puso en su camara e durmio con el, e quanto a lo que dezis como me he hallado en tu ausencia, auisote que nunca peor me fue, que aquella noche me dexaron por muerta. Ca el granizo e nieve e lluvia cayeron toda la noche sobre mi, tanto, que estaua ya medio muerta.

E como la señora oyo esto, dixo:

— Señor, ya crees a tu picaza e no paras mientes que aquella noche no granizo ni neuo ni llouio. Digote que en todo este año no ha hecho la noche

mas serena; por tanto no creas a la picaza. Y fuese el marido a los vezinos y preguntoles si auia aquella noche hecho gran tormenta de granizo e lluvia. Y ellos respondieron que algunos velaron aquella noche; que en todo el año no estuuo tan claro ni tan estrellado el cielo; y el boluio a su casa e dixo a su mujer:

— Yo te hallado en la verdad que aquella noche fue muy serena assi como dexiste, segun que los vecinos me an dicho; e dixo la muger:

— Señor, assaz claramente puedes conocer que es mentirosa la picaza; e por sus mentiras dias ha que ha puesto entre nos grande discordia, e con esto me ha por toda la ciudad diffamado.

Entonces fue el ciudadano a la picaza e dixole:

— ¿No te daua yo cada dia de comer de mi mano? E tu has, entre mi e mi muger, puesto con tus mentiras discordia tanta, que por toda la ciudad está diffamada.

Respondió la picaza:

— Sabe Dios que no se mentir, mas lo que eydo e visto te he contado.

E dixo el ciudadano:

— Tu mientes: ¿no me dexiste que aquella noche granizo, neuo e llouio tanto que tu poco menos pereciste?, lo que ha sido mentira. Yo te aseguro que de aqui adelante no sembraras tales discordias entre mi e mi muger. E assi, tomo la picaza y tor-

ciole el cuello, e como vido esto la muger, alegrose e dixo:

— Señor, bien aueys hecho: de aqui adelante podremos vivir en paz; e quando ouo muerto la picaza leuanto los ojos para arriba e vio enlo mas alto de la casa la escalera e un vaso de agua e las piedras e la arena; e como lo vio conocio el engaño de la muger, e dio un grito muy grande diziendo:

— Guay de mi, qũe por las palabras de mi muger he perdido mi picaza e todo mi plazer, y he muerto la que en todas las cosas verdad me dezia; e luego de dolor quebro una lanza que tenia e se fue a Hierusalen e nunca boluio a su muger.

Entonces, dixo el maestro al emperador:

— Señor, ¿aueisme entendido?

Respondio el emperador:

— Muy bien.

E dixo el maestro:

— ¿No fue maldita la muger que assi con mentiras procuro la muerte de la picaza?

Dixo el emperador:

— Uerdaderamente, vellaca fue, e gran compassion he de la picaza que assi, por la verdad, perdio la vida. Certificote que me as contado muy buen exemplo, e mi hijo no morira oy.

E dixo el maestro:

— Señor, si assi lo hizierdes, discretamente lo hareys, e yo vos hago gracias que a vuestro hijo por mi aueys perdonado.

CAPITULO XII

COMO POR UN EXEMPLO DE UN EMPERADOR E DE SIETE SABIOS SUYOS, PORFIO LA EMPERATRIZ DE ACONSEJAR A SU MARIDO QUE MATASSE A SU HIJO

Visto esto, la emperatriz hizo grandes llantos que por todo el palacio se oyan, e dezia:

— Guay de mi, quando emperatriz me hizieron. Pluguiera a Dios que muriera quando aca me traxeron.

Y el emperador, como sintio los lloros, entro en la camara e consolo la quanto pudo.

E dixo ella:

— Señor, nunca estuue tan triste despues que soy vuestra muger; ca vos me vistes sangrienta y desgreñada e me prometiste de matar a vuestro fijo, e veo que aun viue; e dixo el emperador:

— De buen grado te quiero complacer e facer justicia; mas en dilatar lo ayer me mouio un exemplo de un maestro; y ella dixo:

— O, señor, vos dezis que por una palabra aueis dilatado la sentencia, digo vos en verdad que por todo el mundo no deuriades dexar de facer justicia; e yo temo que vos contecera con vuestros maestros como acontecio un tiempo a un emperador con siete letrados suyos

E dixo el emperador.

— Ruego te que me cuentes esse exemplo.

E dixo ella:

— ¿Para que tengo de trabajar en vano, que ayer vos conte muy buen exemplo e ninguna cosa ha aprouechado, porque qualquier cosa que por vuestro prouecho vos cuento, los maestros de vuestro hijo trastornan a vuestro mal? Y esto os mostrare claramente con un exemplo. E dixo el emperador:

— Señora mia, muy amada, dime esse exemplo por que pueda mejor guardarme e parar mientes por mi; ca puesto que aya dilatado la sentencia, ya por esso no he hecho gracia de la vida, ca lo que se dilata no se quita.

Y la emperatriz dixo:

7 — Señor, de buen grado vos lo contare por vuestro provecho e porque mejor os guardeys: Siete sabios estauan en tiempo passado en Roma, por cuyo consejo todo el imperio se regia; e, no embargante esto, en aquel tiempo el emperador ninguna cosa hizo ni tento de hazer sin consejo dellos, e viendo ellos que el emperador ninguna cosa hacia sin consejo dellos, hizieron con cierta arte que el emperador, estando en su palacio, veya bien; mas como salia tornauase ciego; y esto hizieron porque mas sin empacho pudiessen, de cuantas cosas el emperador tocaua, entremeter se por hazer se grandes: e despues que lo ouieron hecho, no lo pudieron mudar; e assi el emperador quedo ciego muchos años, y estos siete sabios ordenaron que si alguno soñasse

algo que viniessen a ellos con un marco de plata e que le dirian lo que el sueño significaua; e por esta manera alcanzaron mucho mas del pueblo que del emperador. Y estando el emperador un dia cabe la emperatriz en la mesa, comenzo de sospirar e turbar; e viendo esto la emperatriz pregunto la causa de la tristeza con diligencia; e dixo el emperador:

— ¿No es cosa graue que dias ha que estando fuera del palacio estoy ciego, e desto no puede auer remedio?

Respondio la emperatriz:

— Señor, oyd mi consejo e nunca vos arrepentireys: siete sabios hay en vuestra corte por los quales todo el reyno se gouierna; si agora parays bien mientes hallareys que todos son causa de vuestra ceguedad, e si assi es, ellos son dignos de muy uergonzosa muerte, por donde vos consejo que embyeis por ellos y les digays vuestra dolencia, e amenazaldos so pena de vida, que pongan remedio en ello, o en otra manera, que vos los mandareys degollar.

Este consejo plugo mucho al emperador, y luego en esse punto embio por los letrados, e como fueron venidos, luego el emperador les dixo su ceguedad, e que, so pena de la vida, le diessen remedio. Y dixeron ellos:

— Señor, vos mandays cosa muy dificil, mas pues assi lo mandays dad nos plazo de diez dias, e con el ayuda de Dios responderemos.

E fue el emperador contento. Entonce los siete sabios tratauan entre si como le trastornarian esto, e no podian hallar como pudiessen dar remedio en esta ceguedad; y estando tristes dixeron entre si: «Por cierto, si no damos remedio al emperador, muertos somos; e assi iban por el imperio por ver si les conteceria acaso alguna prosperidad o ventura de hallar algún remedio. E acaecio que passaron por una ciudad, y en medio de la ciudad hallaron jugando unos niños, e vinoles un hombre por detras diziendo:

— Tomad un marco de plata, ca yo he soñado esta noche un sueño cuya significacion quiero que me digays.

E como uno de los niños que estaua jugando oyó esto, dixole:

— No des a ellos el marco de plata, que yo te lo dire.

Y entonces el contó este sueño: Yo veya, en medio de un mançanar mio, que salia una fuente de la qual salian tantos rios que todo mi mançanar regauan.

Dixo entonces el niño:

— Busca una azada e caua donde te parecia que salia la fuente y ende hallaras tanto thesoro que tu e todos los tuyos sereys ricos.

E hizolo assi e hallo como el niño lo dixo. E boluio luego al niño e diole el marco de plata y el no lo quiso tomar; mas requiriole que rogasse a Dios

por él, e como los sabios vieron quan discretamente el niño interpretava, dixeronle:

— O niño, ¿cómo te llamas?

El respondio:

— Merlin.

Dixeron ellos:

— Amigo, nosotros vemos en ti gran sabiduría. Una cosa te queremos proponer, e desto querriamos por ti ser informados.

Dixo el niño:

— Decid.

Y ellos, ontonces, dixeron:

— El emperador, nuestro señor, quando esta en el palacio ve muy bien sin empacho; mas luego como sale fuera tornase ciego que ninguna cosa ve; si tu de aquesto nos puedes dar la razón e darnos remedio, tu recibiras del emperador grandes honras.

E dixo el niño:

— Se yo esto muy bien, e vos dire la causa.

Y ellos dixeronle:

— Pues ven con nosotros para que le ayudes e ayas digno galardon.

Dixo el niño:

— Pronto soy.

Uiniendo, pues, con el niño los sabios al emperador, dixéronle:

— Señor, catad aquí que vos auemos traydo este niño que satisfara vuestro deseo.

A los quales respondio el emperador:

— ¿Tomareys a vuestro cargo qualquier cosa que este fara conmigo?

Respondieronle ellos:

— Señor, si; ca nos auemos experimentado su saber.

Y el emperador boluiose al niño, e dixo:

— ¿Sabrasme tu dezir la causa de mi ceguedad e darme remedio a ella?

Al qual respondio el niño:

— Señor, ponedme en vuestra camara, cabe vuestra cama, e yo ende vos mostrare lo que hazer vos conuiene.

E como fue dentro, dixo a los pajes:

— Mozos, dessazed las camas e los atajos de la camara, e luego vereys marauillas.

Y luego hizieronlo assi, e vieron una fuente que tenía siete caños, e salia la agua como vaporeando. E viendo esto el emperador, maravillose mucho en demassia; e dixo el niño:

— Señor, ¿vedes esta fuente?, sabed que si no se seca, nunca cobrareis la vista.

Y dixo el emperador:

— Pues amigo, ¿como la secaremos?

Dixo el niño:

— Señor, nunca se secara saluo de una manera.

E dixo el emperador:

— Pues dinoslo; e si possible me fuera yo lo complire por cobrar la vista de fuera del palacio.

Al qual respondio el niño:

—Señor, los siete caños desta fuente, son los siete sabios que a ti e a tu reyno con traycion an regido, y estos vos an cegado: porque ellos pudiesen mejor cohechar, no viendolo vos, e agora no saben dar vos remedio. Señor, oid agora mi consejo e secarse ha esta fuente. Haced cortar la cabeza al primer maestro y luego secarse ha el primer caño; e assi por orden hasta que todos sean descabezados; y luego fueran los caños de la fuente todos secos e cobrareys la vista.

Quando el emperador esto oyo, mando cortar las cabezas a todos los letrados; lo qual hecho secose la fuente y desaparecio, e cobro el emperador la vista. Desta manera misma entienden vuestros sabios de hacer con vos porque vuestro hijo reyne: ca esta fuente es vuestro hijo del cual salen VII caños, conuiene saber, los VII sabios; e nunca podreys remediaros hasta que todos los VII letrados sean muertos; y esto hecho, esta fuente sera seca, es a saber, vuestro hijo, con todas sus astucias, perecera. Mas porque sus maestros no le ayuden, ahorcadle primero e después a los siete maestros con el.

CAPITULO XIII

COMO EL CUARTO SABIO, POR EXEMPLO DE UNA MUGER DE UN CAUALLERO QUE QUERIA AMAR A UN CLERIGO, ESCAPO AL HIJO DEL EMPERADOR

El emperador, oydo el esemplo que le dixo la emperatriz, dixole:

— Por cierto, bien has fablado, e por cierto mañana morira mi hijo.

E luego por la mañana mando que su hijo fuesse enforcado; e leuandole los verdugos, leuantose gran ruydo en el pueblo, el qual vino luego a las orejas de Malquidra, el quarto maestro, el cual caualga muy apriessa e fue luego al emperador e topo con el mozo; y el mozo le fizo reuerencia y encomendosele; e como llego el maestro beso las manos al emperador, e dixo el emperador:

— Nunca Dios te de salud, viejo malo; tanto, que mi hijo hablaua bien e me lo haueys tornado mudo y vellaco; tanto que a mi muger quería forzar; e por tanto, yo quiero que el muera e vosotros con el.

Dixo el maestro:

— Señor, nunca tal vos mereci: Dios sabe por que vuestro hijo no habla; mas en breue hablará e sabreys otras cosas; mas no es venido el tiempo, e a lo que dezis que el quiso deshonrar a vuestra mu-

ger, la emperatriz, no son tales palabras de creer, ni por dicho de uno deueys sentenciar a vuestro hijo; y si agora, por la palabra de vuestra muger, condenays a muerte vuestro fijo, peor os contecerá que a un viejo con su muger, lo qual yo provare.

E dixo el emperador al maestro:

— ¿Quieres tu hacer conmigo como hizieron los siete sabios al emperador?

Y el respondió:

— Señor, el pecado de uno e de veynte no deue redundar en mal de los otros; de cada estado hay buenos e malos; mas os digo una cosa, por cierto que vos contecera mal si oy a vuestro hijo matardes por las palabras de vuestra muger, lo qual querría yo mostrar por exemplo muy señalado.

Al qual dixo el emperador:

— Maestro, ruego vos que nos lo digays por nuestro bien.

Respondio el maestro:

— Contento soy si oy librays a vuestro hijo de la muerte, e no en otra manera.

Y el emperador otorgo gelo. Y entonces comenzo por esta manera:

— Auía un cauallero viejo, muy buen hombre, 8
que estuuo mucho tiempo sin muger e hijos; en fin vinieron sus amigos a le aconsejar que tomase muger, y el cauallero, assi consejado, e por tantas vezes importunado por sus amigos, otorgolo; y ellos le casaron con una fija de un romano rico, muy hermo-

sa, el qual, como la vido, cegado por amores della, comenzo la de amar en demasia. E como ouiessen estado mucho tiempo en uno, e no ouiesse del concebido la muger, acaecio una mañana que ella yua a la yglesia e topo la madre con la hija; y ella saludo a la hija muy graziosamente, diziendole:

— Hija, ¿como te contentas de tu marido?

Respondio la hija:

— Madre, mucho mal, ca aueysme dado un viejo podrido que me desplaze mucho, y quisiera que en aquel tiempo me sepultarades antes viua; ca tanto querria comer e yazer con un puerco como por el. E por donde yo no puedo sufrirlo mas, a otro quiero tomar por amigo.

Dixo la madre:

— Guardete Dios, fija; para mientes, que yo estuue tanto tiempo con tu padre, e nunca tal me passo por la ymaginacion.

Respondio la fija:

— Madre, no fue marauilla: ca vosotros erades mozos e de una edad y el uno tomo plazer con el otro; e yo ningun deleyte corporal del recebir puedo, ca frio esta e no mueue en la cama conmigo.

Dixo la madre:

— Si quieres amar, dime a quien.

Respondio ella:

— A un clerigo quiero amar.

Dixo la madre:

— Mejor seria, e menos pecado, tomar por amigo un hombre darmas que un clerigo.

Respondio la fija:

— Esso niego yo, e la razon es esta: Si yo un cauallero o hombre darmas amasse luego se hartaria de mi, e despues me desecharia, lo que el clerigo no hara, que mi honra como la suya es tenido de guardar; e aun los clerigos mejor se an con sus amigas que los seglares.

Dixo la madre:

— Oye mi consejo: los viejos son muy crudos; tientale primero, e si te librares sin pena, entonces ama al clerigo.

Respondio ella:

— No puedo tanto esperar.

Dixo entonces la madre:

— Ruegote que esperes fasta que le hayas prouado.

Respondio la fija:

— Por tu amor sera necessario esperar hasta auerle prouado, mas dime como lo prouare.

Dixo la madre:

— El tiene un árbol en su huerta que estima mucho; cortalo mientras el va a cazar, faz le fuego del, e si te lo perdonare, entonces puedes seguramente amar al clerigo.

La qual, oydo el consejo de su madre, torno a su casa e dixo el marido:

—¿Dónde as estado tanto?

Respondio ella:

— En la yglesia, donde tope a mi madre con la qual hable un poco.

E assi dissimulo graciosamente, e despues de comer, a una hora conueniente, fue el señor a caza. Entonces dixo la señora al ortelano:

— Corta este árbol nueuamente plantado, ca haze gran viento, e mi señor verna de la caza muerto de frio, e yo quiero que halle buen fuego para que se caliente.

Respondio el ortelano:

— Señora, por cierto no fare yo esto: ca el señor mas ama este árbol que a todos los otros; empero, bien os ayudare a cortar leña que alimpiando lo podremos aver, porque el señor no se enoje; mas no le cortare.

La señora, oyendo esto, arrebato el seguron de las manos del ortelano e corto el arbol e hizolo llevar a casa, e quando vino el señor a la noche, frío de la caza, hizo hacer la señora un gran fuego e saliole a recebir, e puso una silla en donde se assentasse al fuego. Y como se ouo un poquito esealentado e sintio el olor del fuego, llamo al ortelano e dixole:

— Segun el olor, pareceme que el arbol nueuo es este que arde.

Respondio el ortelano:

— Señor, assi es, ca la señora ha cortado el arbol.

Dixo el caualiero:

— Valeme Dios que el mi arbol sea cortado.

Respondio luego la señora:

— Ante, señor, yo lo he hecho viendo que era el tiempo frio y que verniades aterido; e por ende, yo mande que por amor vuestro le cortase.

Y el caualiero, oyendo esto, e mirandola con sobrecejo, dixo:

— O, maldita, como osaste, el arbol que tanto me agradaua, cortar.

Y ella, oyendo esto, dixo qurandose:

— O, señor mio, por gran bien e prouecho vuestro lo he fecho, e aueyslo a mal; e llorando, dixo:

— Guay de mi, cuando naci.

Y el caualiero, luego que vio las lágrimas de la muger, e oyo las quexas, fue mouido a compassion, e dixole:

— No llores e acuerdate de aqui adelante que no me enojes en cosa que yo ame.

Y despues de amanecido, yendo a la yglesia, otra vez topo su madre con ella e saludaronse. Entonce dixo la hija a la madre:

— Sepas, señora, que de aquí adelante yo quiero que sea mi amigo el clerigo, ca yo he prouado a mi señor como tu me aconsejaste, e con pocas lágrimas luego me pordono.

Respondio la madre:

— Hija, aunque los viejos una vez dissimulen,

empero despues doblan la pena, por ende, te aconsejo que aun le prueues otra vez.

E dixo la hija:

— No puedo mas esperar, que tanto esto enamorada del clerigo que no es cosa de poderlo dezir, e por esto, de mi deurias auer compassion e no me aconsejes ya mas en dilacion de tiempo.

Respondio la madre:

— Hija mia, yo te ruego que, por el amor que me tienes, le tornes otra vez a prouar; e si entonces te dexare sin castigo, faz tu lo que quisieres.

Respondio la hija:

— Grave cosa me es a mi esperar tanto; empero, por te complazer, aun le prouare. Dime como.

E dixo la madre:

— Yo se que tiene un perrillo, al qual mucho ama, porque ladra bien e le guarda la cama; echale delante a la pared muy reziamente, tanto, que muera el perrillo, e si ninguna cosa te dixere, entonce en buen ora ama al clerigo.

Respondio la hija:

— Yo lo hare todo a tu consejo.

E con esto despidiose de su madre e tornose a casa; e aquel dia suffria con grande importunidad hasta la noche; e como anochecio, aparejo un lecho con una cubierta de grana e sauanas muy delgadas; y el cauallero estaua assentado cabe el fuego: y el perrillo como acostumbraua subio a la cama; y ella tomole por los pies e dio con el un baque a la pared

tan fuerte que le saltaron los sesos. E viendo esto el caualllero ensañose mucho contra su muger, diziendo:

—¡Oh mala, cruel sobre todas las mugeres! ¿Como has podido un perrillo tan delicado e que yo tanto amaba matar?

Ella luego llorando deziale:

—¡Señor! ¿No aueys visto nuestra cama tan preciosa e como el perrillo vino con sus pies llenos de lodo e la ensuzió?

Respondió el caualllero:

—Bien sabeys que yo quería más al perrillo que a la cama.

Y ella, oyendo esto, lloraua mas, diziendo:

—¡Guay de mi, que todo quanto bien hago, me es tomado a mal!

Y el caualllero, viendo las lagrimas e quexas della, no lo podia soffrir por quanto mucho la amaua; e dixole:

—No llores, que yo te perdono. Guárdate de aqui adelante.

E con esto fueronse acostar. Y ella leuantose mucho de mañana e fuese a la yglesia, donde hallo a su madre, e saludola e dixole:

—Madre, sabete que yo quiero por amigo al clerigo, ca yo he prouado otra vez mi marido, como tu me aconsejaste, e todo lo ha comportado.

E dixo ella:

—Hija, no ay en el mundo crueza sobre la de

los viejos. Consejote por tanto que le prueues otra vez.

Respondio la fija:

— Madre, en vano trabajas. Si tu supiesses que e quanto suffro por amor del clerigo, tu me ayudarias.

Dixo la madre:

— Oyeme esta vez sola e nunca más te empeçeré. Ten ante los ojos la leche que de mis tetas mamaste e los dolores grandes que por ti pase en el parto. Por estas passiones te amonesto que no me deniegues esto, e yo te prometo que después ningun empacho auras de mi.

Respondio la hija:

— Aunque es muy graue cosa poder soffrir tanto el amor que yo tengo, empero siquiera por las tan crudas amonestaciones, e aun pues que as votado de no mas empacharme, dime como le prouare; e yo prouarle he aun otra vez.

E dixo la madre:

— El domingo que viene ha deliberado de conbidar a mi e a tu padre e a todos nuestros amigos, e a los nobles de toda la ciudad. E assi, quando fueres en la mesa e sean puestas ende las viandas, hinca una aguja gruessa en los manteles, e que se tenga en ti. Entonces finje que te has oluidado tu cuchillo e diras: «— O quan flaca memoria tengo, que he dexado mi cuchillo en la cámara.» E leuantarte as con furia, por que eches en tierra los manteles

e quanto ouiere en la mesa. E si librares sin pena, yo te juro que nunca jamás te empachare.»

Respondió la hija:

— Yo soy contenta e me plaze.

E assi saludaronse. E vino el dia del conbite, en el cual todos, como dixo la madre, se ayuntaron. Y los seruidores ordenaron la mesa e sentaronse todos, e hizieron assentar la hija e señora de casa delante sobre una silla. Y estando assi en la mesa, e la mesa segun que conuenia, dixo la señora de la casa:

— O, como tengo poca memoria: que yo he dexado el cuchillo en la cámara y helo menester.

Y en esto leuantose a priessa e sin tiento, e los manteles con todo quanto estaua en la mesa puesto se levo empos de si e lanço en el suelo, y estauan todos los platos y vasos de oro e de la plata por tierra, e las viandas e potajes tambien por tierra. Y el cauallero estaua muy sañoso en su coraçon contra su muger; mas de verguença dissimulo delante sus huespedes e hizo traer otros manteles muy limpios e otras viandas e con gozo y alegria dixo a sus huespedes que comiesen, tanto que por el fueron todos contentos. Acabado el combite todos los caualleros hizieron gracias al señor de la casa e cada qual se boluio a su casa. Y en la mañana leuantose el cauallero e fuese a la yglesia e oyo missa; e despues fuese a un barbero e dixole:

— ¿Maestro, aueys probado de sacar sangre de qualquier vena que vos dixeren?

Respondio el:

— Señor, si.

Entonces dixo el cauallero:

— Pues veni comigo.

E vino a casa y entro en la cámara donde yazia su muger e dixole:

— Leuantate presto.

Respondio ella:

— ¿Para que? Aun no es hora.

Y el dixo:

— Leuantarte conuiene, que yo quiero fazerte sangrar de ambos los braços.

Respondio ella:

—Señor, nunca me sangraron; ¿como agora me sangrare?

E dixo el:

— Asi lo creo yo, e desta causa has perdido el seso. ¿No te acuerdas de lo que me has hecho? Primero me cortaste el arbol; e despues mataste el perrillo; e ayer en el combite me enuergonçaste claramente delante mis combidados. E si yo te comportasse la quarta, tu me echarías en gran confusion. E por ende creo yo que esto procede mucho de tener la sangre podrida, e yo quiero te la sacar, porque de aqui adelante ni a mi ni a ti eches en falta.

E hizo fazer un gran fuego. Y ella leuantose llorando e alço las manos al cielo e dixo:

— Señor, aue merced de mi.

Respondio el cauallero:

— No cures de pedir perdón, que si no estiendes luego el braço, luego te sacaré la sangre del coraçon. E recuerdate de los males y enojos que me as fecho.

Y ella estendió el braço. E dixo el señor al barbero:

— Punçale fuerte la vena, si no yo ferire a ti.

Y entonces el barbero firiola fuertemente, tanto que le salió mucha sangre. E no la dexo atar ni que se estanchase la sangre hasta que se le mudo el color del rostro. Y fecho esto, dixo el cauallero:

— Atale esse braço e hierele el otro.

Y ella dio una gran boz e dixo:

— Señor, aued compassion de mi, que muero.

Respondio el señor:

— Esto deuieras auer pensado antes que me fizieras estos tres atreuimientos.

Entonces ella estendió el braço izquierdo y el barbero firiola. E quanto estuuo sin mudar el color del rostro nunca quiso que ge lo ligase; e despues ligarongelo. E quando fué atado, dixo el cauallero:

— Ve agora a tu cama e trabaja de aqui en adelante en emendarte, ca si no lo hazes, yo te quitare la vida.

Y fecho esto, el señor galardono al barbero, e salio fuera de la casa, y ella fue lleuada por mano de una siruienta a la cama, ya medio muerta. E dixo a la esclaua:

— Ruegote que vayas a mas andar a mi madre antes que muera para que venga a mi.

E quando esto vido la madre alegrose de la correccion de su hija, e aquexadamente vino a ella. E quando la hija vido a la madre dixole:

— O dulce madre, yo he tanta sangre perdido que no tengo esperança de escapar.

Dixo la madre:

— ¿No te dixe yo que los viejos son muy crueles? Dime: ¿quieres agora por amigo al clerigo?

Respondio la hija:

— Lieuelo el diablo, que nunca amare de aqui adelante saluo a mi marido.

Entonces dixo el maestro:

— Señor, ¿aueysme entendido?

Respondió el Emperador:

Si, muy bien. Y entre quantas cosas he oydo, este exemplo me ha muy bien parecido, ca ella cometio tres cosas contra su marido, e no dubdo que si la quarta cometiera, ella ouiera traydo en gran confusion a su marido.

Dixo el maestro:

— Señor, yo os aconsejo que vos guardeys de vuestra muger porque peor no vos acaezca; ca si por sus palabras matardes a vuestro hijo, sereys engañado e arrepentir vos heys.

Dixo el Emperador:

— Yo te certifico que mi hijo no morira oy.

Dixo el maestro:

— Tengo vos lo en merced.

CAPITULO XIIII

COMO LA EMPERATRIZ, POR EXEMPLO DE COMO ACONTECIO AL EMPERADOR OCTAUIANO POR SU CODICIA CON LA TORRE DE LAS YMAGINES, PROUOCO AL EMPERADOR QUE MANDASSE AHORCAR A SU HIJO

La emperatriz, oyendo esto, vistiose de los mejores vestidos que tenia, e hizo aparejar un carro, fingendo que ella queria yr a ver a su padre, pues le auian tan gran injuria hecho e ninguna enmienda podia auer dello. E fueron algunos que dixeron al emperador como la emperatriz se queria yr a su tierra; e como lo supo el emperador, entro a ella diciendo:

— Señora, ¿do vas? Yo pensaua que me amauas tanto que no hauia en el mundo con quien tu tanto deleyte recibiesses.

Dixo ella:

— Assi es la verdad, e por ello me vo; que mas quiero oyr tu muerte que verla, ca, segun veo, tanto te place oyr aquellos tus maestros, que assi te contecera como al emperador Octauiano que era tan codicioso que los nobles del imperio lo sepultaron viuo e le hinchieron la boca de bocados de oro derritido.

Dixo el emperador:

— Señora, no hagas esto, ca yendo te algunos daran la culpa a ti, e otros a mi.

Respondio la emperatriz:

— Por cierto, verdad es que la culpa es vuestra. ¿No me prometistes muchas veces que moriria vuestro hijo, e ninguna cosa aueys hecho? No os quiero mas creer.

E dixo entonces el emperador:

— Agora dezime: ¿no conuiene al emperador primero mirar bien la causa, en demas a su hijo, que fazer las cosas sin pensar? Por tanto, ruegote que me digas algo por donde gouernar me pueda, ca no ay mayor verguenza en un rey que indiscretamente juzgar.

E dixo la emperatriz:

9 — Yo soy contenta en dezir vos un noble exemplo, porque desde adelante no seays tan ganoso de oyr letrados: Cesar Octauiano, reynando en Roma, era muy rico e muy codicioso; e sobre todo, amaua en demasia el oro. E los ciudadanos de Roma, en su tiempo, hicieron muchos males a otras naciones, tanto, que muchos reynos se leuantaron contra los romanos; y en aquel tiempo estaua en Roma maestre Virgilio, que a todos los maestros en la arte de dezir, en poesia, e nigromancia e otras sciencias sobrepujaua. E rogaron los ciudadanos de Roma que alguna cosa con su arte conpusiesse, por la qual fuessen de los enemigos guardados; y el hizo con su arte una torre, y en la cumbre della tantas

ymagines quantas auia en el mundo prouincias; y en medio hizo una que tenia una manzana de oro en la mano, e cada ymagen de las otras, en su mano, una campanilla y estaua mirando a su prouincia; conuiene saber a la que le era significada, e quando alguna prouincia se queria rebelar contra los romanos, luego aquella ymagen se boluia e sonaua la campana e por consiguiente las ymagines todas tocauan las campanas; e luego los romanos, oyendo esto, armauan se e yuan con todas sus fuerzas a conquistar aquella prouincia; assi no hauia prouincia que se rebelase, que luego los romanos dello no fuessen auisados. E despues desto, maestre Virgilio, por el solaz de los pobres, hizo en la misma ciudad un fuego que ardia de contino, e cabe el, dos fuentes, la una caliente, donde los pobres se bañauan, e otra fria, de que se recreasen. Y entre el fuego e las fuentes, hizo una imagen que estaua derecha e tenia escripto en la frente: «El que me ferira, luego aura la venganza.» Y estuuo assi esta ymagen muchos años, y en fin vino un clerigo, el qual, despues que ouo leydo la escritura, pensaua entre si que tal venganza podia alguno recebir e dezia: Ante creo que si alguno te diesse un golpe que caerias e fallaria ende tesoro; e porque ninguno te toque e no caygas, esta escripto; assi el clerigo alzo la mano e dio le un gran golpe, de guisa que la ymagen dio en el suelo e luego se mato la lumbre e las fuentes desaparecieron e ningun teso-

ro hallo. E los pobres, conociendo esto, enojaronse diciendo: «Maldito sea quien por su cobdicia derribo la ymagen e nos ha tan gran plazer quitado»; e despues desto, ayuntaron se tres reyes que por los romanos eran muy apretados, e ouieron consejo como de los romanos se podrian vengar. A los quales respondieron algunos de su consejo:

— En vano trabajamos; ca tanto quanto estuuiere ende la torre de las ymagines ninguna cosa podemos hacer contra ellos. Al qual consejo se leuantaron quatro caualleros, e dixeron a los reyes:

— Nosotros auemos pensado como destruyremos la torre con las ymagines; e nosotros nos ponemos a la muerte solamente que vosotros fagais la costa.

E dixeron los reyes:

— ¿Que tanta costa sera menester?

Respondieron ellos:

— Conuiene auer quatro cubas llenas de oro.

A los quales dixeron los reyes:

— Tomad el oro, complid la promessa.

Los caualleros recibieron el oro e fueron se a Roma; e de noche, fuera de la primera puerta, en lugar especial, pusieron la una cuba de oro debaxo de tierra e otra debaxo de la segunda e assi de las otras, y hecho esto otro dia de mañana entraron en la ciudad e a una hora conueniente, quando el emperador yua por el mercado, toparonle, e fizieronle reuerencia. E viendo los el emperador, dixoles:

— ¿De donde soys, o que officio e arte tenys?

Respondieron ellos:

— Señor, de tierra muy lexos; e somos adeuinos tan perfectos que no hay cosa tan ascondida en parte alguna que no abastemos a soñar la. Auemos oydo de vuestra virtud, e por ende, auemos venido a vos si aueys menester nuestro seruicio.

Respondio el emperador:

— Yo os prouare, e si vos hallare verdaderos, recibireys de mi buen galardon.

Respondieron ellos:

— Ninguna cosa pedimos de galardon, saluo la meytad de quanto hallaremos.

E dixo el emperador que le plazia; e como fue de noche, yendose el emperador a acostar, dixeronle:

— Señor, si te plaze, el mas anciano de nosotros soñara esta noche, e al tercero dia te mostraremos el sueño.

Respondio el emperador:

— Yd con la bendicion de Dios. E fueron se e passaron toda la noche en risa e alegria e con muy cierta esperanza de alcanzar su proposito. E al tercer dia, de mañana, vinieron al emperador, e dixo el primero:

— Señor, si os plaze yr con nosotros fuera la puerta de la ciudad e luego os mostraremos una cuba llena de oro escondida.

E dixo el emperador:

— Yo ire con vosotros e vere si es verdad lo que dezis.

E como vinieron al lugar, sacaron la cuba que ende pusieran; e como el emperador vio esto, alegrose mucho, e dio les parte dello; y entonces, dixo el segundo:

— Señor, yo soñare esta noche.

Y respondio el emperador:

— Dios te de buen sueño que sea prouechoso para todos.

E despues que amanecio, aquel saco la segunda cuba, e mostro la al emperador e recibio su parte; e por semejante, el tercero y el quarto, de que-el emperador fue muy alegre, e dixo:

— Nunca tan esperimentados ni tan verdaderos adeuinos se han visto jamas.

Entonce dixeron estos quatro:

— Señor, hasta aqui uno empos del otro ha visto el sueño, las quales cosas, como visto aueys, son prouadas; mas si vos plaze, esta noche soñaremos juntos, y esperamos que vos descubriremos mucho oro.

E respondio el emperador:

— Dios vos de buen sueño, que a vosotros e a mi sea prouechoso.

Y despues de amanecido, vinieron al emperador con el rostro muy alegre e dixeron:

— Señor, nosotros vos contaremos buenas nueuas: que esta noche, en sueño, se nos ha descubier-

to un tal e tan gran thesoro, que si vos lo dexays buscar vos enriquecereys tanto que en el mundo no aura principe que yguale con vos.

Dixo el emperador:

— ¿E donde hallareys este thesoro?

Respondieron ellos:

— Debaxo el fundamento de la torre de las ymagines.

Dixo el emperador:

— Guarde me Dios que yo derriue la torre de las ymagines por el oro, mediante la cual yo soy defendido de los enemigos.

Respondieron los adeuinos:

— Señor, ¿no aueys hallado por verdad lo que dicho auemos?

Dixo el emperador:

— Si, por cierto.

Entonce dixeron ellos:

— Nosotros, con nuestras propias manos, sin derribar la torre, sacaremos el oro; e conuiene que de noche lo fagamos e secretamente, por nosotros mismos, porque no seamos del pueblo sentidos que no se lleuasen quiza el oro.

Respondio el emperador:

— Sea mucho en ora buena; fazed como sabeys, e de mañana yo verne a vosotros.

E assi fueron todos alegres, e a quella noche enentraron en la torre, e muy apriessa, cauaron la torre; e de mañana, caualgaron en sus caballos e

fueron se a su tierra con muy gran gozo e gloria. E antes que saliessen de la tierra de los romanos, cayo la torre, e despues de amanecido, como los senadores lo supieron, ouieron gran dolor, e ouo gran llanto por toda la ciudad, e vinieron los del consejo al emperador, e dıxeronle:

— Señor, ¿como ha caydo nuestra torre conque eramos defendidos de nuestros enemigos?

Respondio el emperador:

— Quatro engañadores vinieron a engañar me: que dezian ser adeuinos e hallar thesoro escondido, que dixeron que sacarian, sin derribar la torre, gran suma de oro, e assi me engañaron.

Dixeron los senadores:

— Tanto aueys cobdiciado el oro que, por vuestra cobdicia, somos destruydos. Mas todo esto verna sobre vuestra cabeza.

E luego prendieronle e leuaronle al Capitolio e derritieron el oro y vertieron gelo por las espaldas, e pusieron gelo por la boca, diziendo:

— Pues ouiste sed de oro, beue oro; e despues, sepultaron le. No mucho despues vinieron los enemigos a los romanos e destruyeron los. Entonce, dixo la emperatriz:

— Señor, ¿aueys me entendido?

Respondio el:

— Si, muy bien, e dixo:

— Pues sabed que las torres con las ymagines es vuestro cuerpo con los cinco sentidos; quando

vos estays en pie, ninguno osa enojar vuestro pueblo; e viendo esto vuestro hijo con sus maestros, ha hallado como pueda echaros por el suelo con falsos exemplos; y esto por quanto vos les days orejas, y en tanto cauara los cimientos de vuestras torres, inclinando vos a ellos, e corrompera vuestros sentidos; e quando vos veran enloquecido, vos destruyran e mataran: vuestro hijo reinara.

E dixo el emperador:

— Muy buen exemplo me as contado; certifico te que no hara comigo como con la torre, mas mi hijo morira mañana.

E dixo la emperatriz:

— Si assi lo hizierdes, viuireys.

CAPITULO XV

COMO EL QUINTO SABIO, LLAMADO JOSEPH, POR EXEMPLO DE LO QUE ACONTECIO A YPOCRAS CON SU SOBRINO GALIENO, ESCAPO EL HIJO DEL EMPERADOR EL QUINTO DIA DE LA MUERTE

Al siguiente, mando el emperador leuar el mozo a enforcar, e topo el otro maestro conel; e viendo que le leuauan, fuese al emperador, e quando lo vio, hinco se de rodillas y el emperador amenazo le de muerte. E dixo el maestro:

— Yo, señor, no lo tengo merecido; e que vos

me desecheys no es honra vuestra; e vos conocereys en breue que vuestro hijo no ha sido por nosotros mal criado; e, porque no habla, es gran sabiduría suya, ca bien sabemos que el sabe muy bien hablar quando es menester, y esso mesmo callar. E a lo que dezis que a vuestra muger la emperatriz quiso desonrar, no creo yo que hombre tan discreto a tan gran escandalo acometiesse; e si por las palabras de vuestra muger le matardes, no vos yreys sin venganza, assi como Ypocras, quando mato a Galieno, su sobrino.

E dixo el emperador:

— De grado oyria esse exemplo.

Respondió el maestro:

— Por cierto no lo dire, ca no se que aprouecharia el contar la hystoria si entre tanto muriese vuestro hijo; por ende, reuocad la muerte suya, e yo lo contare.

El emperador fizo lo assi, y entonces el maestro dixo este exemplo:

10 — Auia un famoso phisico, llamado Ypocras, muy sotil, e que a todos los otros sobrepujaua; e tenia un sobrino llamado Galieno, al qual mucho amaua. E Galieno era de excelente ingenio, e por todas sus fuerzas trabajaua en aprender la arte de medicina de su tio. E sintiendo esto Ypocras, encubrio le quanto la sciencia, temiendo que le sobrepujaria con la sotileza del ingenio si aquella arte aprendia; e Galieno, pensando enesto, daua se al

exercicio tanto que, en muy breue tiempo, fue perfecto medico. Uiendo esto Ypocras, tenia le muy gran embidia. E acaecio que el rey de Ungria embio mensajeros a Ypocras que fuesse a el e curasse a su hijo; e Ypocras escuso se; mas sabiendo que su sobrino era un valiente fisico, enviole con sus cartas al rey; e Galieno, como fue venido delante el rey, fue muy honradamente recebido; mas empero marauillo se mucho el rey porque no auia venido Ypocras; y el escuso se diziendo que por muy grandes negocios no auia podido venir, mas que auia embiado a el en lugar suyo e que, Dios mediante, el sanaria el mozo. Y desto plugo mucho al rey. Assi Galieno visito el mozo, e como le vio el pulso e la orina, dixo a la reina:

— Señora, suffrid con paciencia mis palabras, e dezid quien es padre deste niño.

Respondió la reyna:

— ¿Que ha de ser, saluo mi señor, el rey?

Dixo el phisico:

— Por cierto, no es.

Respondia ella:

— Si vos esto de verdad lo dixessedes, yo vos haria cortar la cabeza.

Dixo el:

— Yo os torno a dezir que este rey no es su padre, mas yo no he venido aca para que me corteys la cabeza, e tal galardon no me deys. E, por tanto, Dios vos mantenga.

La reyna, oyendo esto, dixo:

— Maestro, si vos lo guardays muy secreto que yo no reciba escandalo alguno, yo vos quiero descubrir mi secreto.

Dixo el:

— Guarde me Dios que tal cosa dixese a hombre del mundo; porende, vos me lo podeys seguramente descubrir, que yo os lo terne secreto e sanare a vuestro hijo.

Respondio ella:

— Si esto hizieredes, de mi aureys buen galardon. Sabed que vino a caso un rey de Borgoña con mi señor e platico amores comigo tanto que yo oue del este hijo.

Dixo el medico:

— Señora, no temays, que sabia la verdad.

E luego, enesse punto, dio a comer al niño carne de vaca e a beuer agua; e luego fue sano, e como supo el rey que su hijo era sano, pago le muy bien, e la reyna llamo le a parte e diole muchos dones; e Galieno boluio se a su maestro, e como llego a Ypocras, su maestro, pregunto le:

— ¿As sanado al niño?

Dixo Galieno:

— Si.

Pregunto le Ypocras:

— ¿Que le heziste?

Respondio le Galieno:

— Yo le di a comer carne de vaca e a beuer agua.

Entonce dixo Ypocras:

— Pues la madre deste niño mala muger es.

Respondió Galieno:

— Sí.

E luego, enesse punto, Ypocras, por embidia, penso entre si: Por cierto, si yo no mato a este, ninguna cosa sera mi saber estimado; e assi, pensando en le matar un dia, llamole que fuesse conel aun huerto a buscar e coger ciertas yeruas; e fueron e, como llegaron al huerto, dixo Ypocras:

— Yo se que esta yerua tiene gran virtud: abaxate e cogela; e hizo lo Galieno assi. E passando mas adelante dixo:

— Yo siento enel olor una yerua que vale más que oro; e, porende, echate en tierra e arranca la de rayz, ca a muchas cosas es apropiada.

Y Galieno se abaxo ala coger e Ypocras saco su cuchillo e hirio a Galieno e matolo. E despues acaecio que Ypocras estuuo doliente e comenzaron le faltar las fuerzas del cuerpo; e sus discipulos yuan lo a ver, e quanto podian fazer porque sanasse, hazian, e ninguna cosa aprouechaua. E como Ypocras esto conocio, dixo a sus criados:

— Aued una gran cuba y henchilda de agua e fazed enella ciento agujeros.

E hicieron lo assi, e no salio gota de agua. Dixo entonces Ypocras:

— Mirad agora, hermanos, como ha caydo sobre mi la venganza de Dios, segun veys claramente: cient agujeros ay en la cuba e sola una gota de agua no sale della, y esto lo hace la virtud de una yerua, e quanto vosotros me hazeys ninguna cosa aprouecha para restaurar me la vida; mas por cierto, si Galieno, mi sobrino, uiuiesse, el me auria perfectamente sanado, al qual yo mate, e arrepiento me de lo auer hecho; e desta causa siento yo la venganza de Dios.

E dicho esto, dio el espiritu. Dixo entonce el maestro:

— Señor, ¿aueys me entendido bien lo que he dicho?

Dixo el emperador:

— Si, muy bien.

Entonces dixo el maestro:

— Yo os digo que, si por el dezir de vuestra muger, priuaredes a vuestro hijo de la vida, en el tiempo de la necessidad no terneys quien vos socorra, ca en vuestra mano esta cobrar muchas mugeres despues de fallecida una, e no un hijo para que vos salue de peligro.

Dixo entonces el emperador:

— Por cierto, no morira mi hijo por este dia.

Respondio el maestro:

— Discretamente mirareys e beso vos las manos par ello.

E dixo el emperador:

— Ya comienzo de conocer que las mugeres son engañosas: e assi, por lo que tu me dizes, e mas porlo que a mi cumple, lo entiendo guardar.

CAPITULO XVI

COMO POR EXEMPLO DE UN REY E SU SENESCAL, ENDUZIA LA EMPERATRIZ A SU MARIDO A QUE HIZIESSE MATAR A SU HIJO PRESTAMENTE.

Como supo esto la emperatriz, tornada loca, mostro su poca paciencia, de que se maravillaron todos quantos la oyan e veyan, e dixeronlo al emperador, y el entro luego a ella, e dixole:

—¿Porque te atormentas e muestras tan poca paciencia?

Respondio ella:

— Señor, ¿como puedo yo tener suffrimiento siendo yo unica hija de tan gran rey e muger vuestra, e aya recebido tan gran verguenza, de la qual me prometeys decontino enmienda, y nunca days fin enello?

Respondio el emperador:

— Por cierto, no se que me faga: tu trabajas de dia en dia que mate a mi hijo, e sus maestros, por otra parte, trabajan en saluarle; e pensando de todo, uengo a considerar que es mi hijo, e no se en que esta la verdad.

Respondio la emperatriz:

— Esso es lo que yo me quexo, que vos creyes mas a los maestros que a mi. E porende, vos contecera como a un rey con su gran senescal.

E dixo el emperador:

— Dime esse exemplo, assi gozes, que podra ser que me mouera a matarle mas presto.

Y respondio la emperatriz:

11 — Plaze me, y yo os ruego que pareys muy bien mientes a lo que yo dire: Era un rey muy hinchado e muy disforme; tanto, que las mugeres le aborrecian, y el entendia de yr a Roma a matar a los romanos, e leuarse de Roma los cuerpos de sant Pedro e sant Pablo; estando en esta deliberacion, llamo aun senescal suyo, e dixole:

— Busca me una fermosa muger que duerma conmigo esta noche.

E respondio el senescal:

— Señor, vos sabeys vuestra dolencia, e yo creo que ninguna querra venir, sino que le den mucha riqueza.

E dixo el rey:

— ¿No tengo harto oro e harta plata? ¿Crees tu que por esso dexare de la auer? Aun que una me pidiesse mil florines.

Y el senescal, oyendo esto, de pura cobdicia del dinero, fue a su mesma muger, que era muy hermosa, e muy casta e honesta, e dixole:

— Señora, el rey mi señor dessea dormir con

una muger hermosa e dispuesta, aun que le supiesse costar mil florines, e ha me demandado que le busque una, porende oy os consejo que ganeys vos este dinero.

E respondio la muger:

— Aun que no estuuiesse hinchado aborreceria la tan gran offensa contra Dios.

E dixo el senescal:

— Yo lo consiento, e mando que lo fagays: e yo os prometo que si no lo hizierdes nunca aureys un buen dia conmigo.

Y ella, oyendo esto, temio mucho, tanto, que de miedo consintió; e concertado esto, vino el senescal e dixo al rey:

— Señor, yo he hallado una muger muy hermosa, e de linaje, que no quiere menos de mil florines, e verna en anochecido, e como amaneciere, quiere yr porque ninguno la vea.

Respondio el rey, e dixo:

— Plazeme.

E como fue de noche, el senescal puso la muger en la camara del rey e cerro la puerta de la camara e fuese; e vino el senescal al canto del gallo al rey e dixo le:

— Señor, luego sera de dia, bien sera que tengays la promessa, e que la muger se vaya.

Respondio el rey, e dixo:

— Certifico te que tanto me plaze esta muger que no se yra tan presto de mi.

Y el senescal, oydo esto, partio se triste y estuuo un poco; e torno al rey otra vez, e dixole:

— Señor, ya es el alua, dexad la muger yr porque no la vean, que assi gelo he prometido.

Dixo el rey:

— Por cierto, no saldra aun; e por tanto, sal e cierra la puerta.

Y el senescal fuese muy triste, e anduuo por aca e por alla muy triste en su corazon hasta que fue el sol salido; y entonce entro en la camara e dixo:

— Señor, ya es de dia claro, e la muger sera diffamada: dexad la yr.

Respondio el rey, e dixo:

— Por cierto, no se leuantara, que su compañia mucho me agrada. Oyendo esto el senescal no pudo esperar mas e dixo:

— Señor, dexalda yr, que mi muger es.

Oyendo esto el rey, dixole:

— Abre me la ventana.

E como abrio parecio le dia claro, e vio la hermosura della, e viendo que era muger del senescal, dixo:

— O, vellaco suzio, ¿porque as auergonzado tu muger buena e honesta por tan poco dinero? Uete pues de mi reyno, e no vengas mas delante de mi, ca donde quiera que delante mi parecieres, moriras mala muerte.

Oyendo esto el senescal, dio prestamente a fuyr, e nunca oso mas parecer en su reyno; y el rey, tan-

to quanto viuio, la tuuo con mucha abundancia e le hizo mucha honra; e despues de auer echado el al senescal, recogio su hueste e cerco a Roma con gran poderio; e tanto estuuo ende, fasta que los romanos le ouieron de dar los cuerpos de los apostoles Sant Pedro e Sant Pablo porque se fuesse. Auia entonces en aquella ciudad siete sabios, como vos teneys, por cuyo consejo toda la ciudad era regida, e vinieron los ciudadanos a los siete sabios e dixeron les:

— ¿Que haremos, que forzado nos es dar la ciu- 12
dad o los cuerpos de los apostoles?

Y el primero maestro dixo:

— Yo, mediante mi sabiduria, defendere la ciudad e los cuerpos de los apostoles en este dia.

E assi dixeron todos los otros, como prometieron los maestros de tu hijo. Y el rey comenzo de dar a la ciudad muy grandes combates. Y entonce, comenzo el primer sabio de alegar por la paz; e hablaua tan discretamente, que al rey conuencio. Y assi cada dia uno empos de otro, hasta que llego el postrimero, al qual vinieron los ciudadanos e le dixeron:

— Maestro, cata que el rey ha jurado que aura mañana la ciudad e que todos moriremos: guarda nos como tus compañeros han hecho.

Respondio el:

— No temays, que mañana yo fare una cosa que el rey dara a fuyr con toda su hueste.

Y en dia siguiente, el rey combatio mucho la ciudad; y entonce el maestro vistio se una marauillosa ropa, e puso en ella plumas de pauos e un esclauel e otras plumas de diuersas colores de otras aues. E puestos dos grandes cuchillos, subio en la mas alta torre de la ciudad, hazia la hueste, do todos ver le podian, e comenzo se de mouer de una parte e de otra, e tenia los dos cuchillos en la boca muy luengos e muy lucientes; e los de la hueste, viendo esto, dixeron al rey:

— Señor, ¿vedes al cabo de la torre una gran marauilla?

Respondio el:

— Por cierto, cosa es de marauillar; empero no se que cosa es.

Dixeron ellos:

— El Dios de los christianos que ha decendido de los cielos, e nos matara con aquellos dos cuchillos si mucho aqui estuuieremos.

Y el rey, oyendo esto, ouo miedo e dixo:

— ¿Que faremos? No tenemos otro remedio, saluo que nos vamos de aqui porque su Dios no se vengue en nosotros.

Assi el rey, con toda su hueste, dio a huyr, no siendo necessario; mas fueron burlados por el maestro. Los romanos viendo esto, armados fueron empos dellos con todas sus fuerzas, y seguian al rey, e mataron a el e a todos sus caualleros. Assi, por la cautela del sabio, fue vencido el rey con su hueste.

Entonce dixo la emperatriz al emperador:

— Señor, ¿aueys me entendido lo que he dicho?

Respondio el emperador:

— Si, muy bien.

Dixo ella entonces:

— ¿No aueys oido primero como el senescal, en quien el rey tanto confiaua, fue por el rey del reyno desterrado? Por semejante, vuestro hijo, por la cobdicia que tiene del imperio, entiende de destruyros y enuergonzaros; mas pues teneys el cetro, hazed conel como el rey con su senescal: sino le quereys matar, desterrad le porque podeys viuir sin miedo en el reyno; despues desto, ¿no aueys oydo como el rey cerco la ciudad de Roma, e como fue engañado e burlado con los sabios, de manera que perecio con toda su hueste? Desta manera mesma, entienden de hazer con vos los siete sabios y engañar vos con sus cautelas: y a la postre, quitar vos la vida porque pueda vuestro hijo reynar.

Dixo el emperador:

— Certifico te que no sera assi, ca mi hijo morira mañana.

CAPITULO XVII

COMO EL SEXTO SABIO, LLAMADO CLEOPHAS, POR UN EXEMPLO DE UNA MALA MUGER, POR CUYO CONSEJO MURIERON TRES CAUALLEROS, E ALA POSTRE SU MARIDO Y ELLA, ARRASTRADOS, FUERON AFORCADOS, SALUO LA VIDA A SU DISCIPULO EL VI DIA

La mañana venida, mando a sus alguaciles que leuassen a su hijo a la horca por hazer justicia del. E como esto se diuulgo, el sexto maestro, a mas andar, fue al emperador e beso le las manos. Y el emperador, con amenazas, recibio lo, diciendo que, entre ellos, se auia hecho mudo e vellaco su hijo; e que en lo que a su muger acometio, lo auia mostrado.

Respondio el maestro:

— Señor, por cierto no merezco que su señoria me recibiesse de tal manera, mas que me hiciesse muchas mercedes, ca, señor, tu hijo no es mudo, e si Dios le escapa la vida, de aqui a tres dias lo veras hablar; e si por palabras de tu muger le matares, marauillar me he mucho de la prudencia de tu alteza, e quiza te acontecera como en dias passados a un cauallero, que tanto se gouernaua por los dichos de su muger, que fue atado a la cola de un cauallo e por toda la ciudad arrastrado, e leuado a la horca.

Dixo entonces el emperador:

— Cuenta me, por tu vida, esse exemplo, porque deste peligro guardar me pueda.

Respondio el maestro:

— No lo hare sino que por oy escape tu hijo.

Y el emperador otorgolo. Entonce, el maestro, delante de todos, contole este exemplo:

— Fue un emperador que tenia tres caualleros 13
que amaua mucho. E auia en Roma un cauallero viejo que tomo por muger una moza muy hermosa, a quien mas que a todas las cosas del mundo amaua, assi como vos a la emperatriz; y esta señora cantaua muy dulcemente, e con tanta suauidad, que muchos trabajauan de la tener por amiga. E acaecio una vez que, estando sentada en su silla, hazia la calle publica, mirando los que passauan, comenzo de cantar con tanta melodia que todos tomaban deleyte de oyr la; e a caso un cauallero de la corte del emperador yua por aquella plaza e oyo aquella dulce boz, y leuanto sus ojos e miro la muy afincadamente; y enesse punto, muy enamorado della, entro en su casa e requirio la de amores; e dixo le entre las otras cosas:

— ¿Que te dare e que duermas comigo una noche?

Respondio ella:

— Ciento florines.

Dixo el cauallero:

— Pues dime cuando quieres que venga, que yo te traere los cient florines.

Respondio ella:

— Quando yo tuviere manera de lo hazer, yo te lo dire.

E otro dia, canto en el mismo lugar; e acaecio que un otro cauallero del emperador pasaua por la misma calle, e con su dulce cantar enamoro se della, y en fin, le prometio, por lo mesmo que el otro, cient florines; y ella prometio de gelo dezir e hazer saber quando tuuiesse disposicion. Al tercero dia vino otro cauallero, e por esta misma manera, engaño le y el le prometio cient florines. E dixo ella como a los otros; y estos tres caualleros hablauan con ella tan secretamente que el uno del otro, no supo; e como ella era cautelosa e llena de malicia, vino a su marido, e dixole:

— Señor, yo vos tengo de dezir un secreto, e hazed que vos esteys a mi consejo, e si lo hizierdes, remediaremos mucho nuestra pobreza.

E respondio el:

— Yo lo terne muy secreto e hare lo que me dixeres.

Entonce, dixo ella:

— Tres caualleros de la corte del emperador an venido ami, uno empos de otro, de manera que no sabe el uno del otro, e cada qual me ofrece cient florines; e si yo ouiesse aquel dinero sin que ellos llegassen ami, ¿no te parece que nos seria grande descanso?

Respondio el cauallero:

— Por cierto, si; e porende, yo te complire en quanto tu quisieres.

Dixo la muger entonces:

— Faz desta manera: quando el verna con los florines, tu estaras tras la puerta con el espada sacada; quando entrare cada qual dellos, matar los as uno empos de otro, e desta manera auremos el dinero, y ellos no compliran su desseo.

Dixo el caualllero:

— Muger, yo temo que esto no se podra encobrir, e por esto la justicia me podria perseguir.

Respondio ella:

— Yo lo comenzare esto e lo traere a fin e no he miedo.

Oyendo esto el cauallero, e viendo la tan esforzada, tomo mayor osadia, y embio luego por el primero que viniesse luego, e vino e toco ala puerta; e como ella abrio, estaua el marido cerca e preguntole ella:

— ¿Tienes los cient florines?

Dixo el:

— Si.

Entonces, luego, el marido le mato. E por esta manera misma, mato a los otros; y hecho esto dixo el marido:

— Señora, si estos cuerpos fueren hallados en nuestro poder, mala muerte moriremos, porque en la corte del emperador haran pesquisa adonde fueron.

Respondio ella:

— Señor, yo he comenzado esto, yo le dare fin con el ayuda de Dios, e no ayas miedo.

Esta señora tenia un hermano que era vela de la ciudad, e guardaua los adarues; e passando el de noche con sus compañeros por las plazas, ella parose a la puerta e llamo le e dixo:

— Hermano, yo tengo un secreto que te quiero dezir en confession; porende, ruego te que te entres aca. Y el entro e recibio le muy dulcemente el marido della, e mostro le uno de los muertos.

Entonces dixo ella:

— O amado hermano, ruego te que no te espantes, que por este respecto yo te he llamado porque me consejes.

Respondio el:

— ¿Que cosa es?, dime lo sin empacho, y en lo que pudiere ayudar te, como hermano, yo lo hare.

Y entonces dixo ella:

— Ayer entro aqui un cauallero con buena amistad, e despues comenzo de contender con mi señor, tanto, que no pudo mas suffrir sus palabras e matole, e yaze en mi palacio. Assi, hermano, porque ninguno tenemos de quien confiar podamos, saluo de ti, dezimos telo porque nos ayudes, que cierto es que si le hallan aqui, estariamos en gran peligro de muerte; e no le descubrio mas de uno; e respondio el hermano:

— Da mele, puesto en un saco, e yo le lanzare en la mar.

Y ella, oyendo esto, alegrose mucho, e diole el cuerpo del primero cauallero, e tomole acuestas e leuole a mas andar y echo le en la mar. Y fecho esto, el se torno a casa de su hermana, e dixole:

— Dame colacion, pues soys librados del peligro.

Y ella diole muchas gracias por ello, y entro en la camara, en escusa de sacar la colacion; y entrando, dixo a grandes bozes:

— Cata, que el cuerpo del cauallero que vos aueys echado en la mar, es tornado.

Y el hermano dixo:

— Dame le aca, e veremos si resuscitara otra vez.

Assi tomo el cuerpo del segundo, creyendo que fuesse del primero, e corrio a la mar, e pusole una grande piedra e lanzole en la mar e torno a la hermana, e dixo:

— Dame agora mejor colacion, que tan hondo le he lanzado que jamas boluera.

Respondio ella:

— Bendito sea Nuestro Señor. Y entro en la camara otra vez, escusa de la colacion, y entrando, torno a dar un gran grito e dixo:

— Ay de mi, que otra vez ha resuscitado e tornado.

E como oyo esto el hermano dixo: ¿Que diablo es este cauallero que primero le eche en el agua, e despues le ate un canto al cuello e otra ves ha resuscitado?

E dixo:

— Dame lo otra vez, e veremos si resuscitara.

Y ella diole el cuerpo del tercero, el qual creya el ser el primero, e fuese fuera de la ciudad e hizo un gran fuego y echole en el; e como fue medio quemado, dende a poco fuese a hazer su necessidad, e vino entre tanto un cauallero que yua a la ciudad porque el dia siguiente auian de justar; e como hiziese frio e no fuesse amanecido, e viendo el fuego, descaualgo y escalentauase. Y estando assi vino el otro e preguntole quien era.

Respondio:

— Yo soy cauallero de linaje.

E dixo el otro:

— Por cierto, tu no eres sino diablo, ca primero te lance en el agua e despues te puse al pescuezo un gran canto, e a la tercera vez lancete en este fuego, e aun estas aqui; e assi tomo el cauallero e lanzo le en el fuego; e boluio se a casa de su hermana e dixo le:

— Dame agora colacion, ca despues de quemado le he otra vez hallado cabe el fuego con su cauallo e le he lanzado a el e a su cauallo otra vez en el fuego.

E conto le lo que le auia acaecido. La hermana conocio claramente que auia muerto uno de los caualleros que venian a la justa. E leuantose luego ella e diole muy buena colacion. E despues que ouo bien comido e beuido, fuese dende. No mucho

despues, acaescio una grande contienda entre el cauallero e su muger; tanto, que el cauallero le dio una bofetada, y ella tomo desto tan gran saña que lo dixo a muchos, e dixo el marido:

— O desventurada, ¿quieres me matar como mataste a los tres caualleros del emperador?

E oyendo esto, muchos asieron dellos, e leuaron los al emperador; e como fueron delante el, la muger luego otorgo como su marido los auia muerto, e como ouo trescientos florines. E sabida la verdad, ambos fueron arrastrados a la cola de un cauallo e despues ahorcados.

Entonces dixo el maestro:

— Señor, ¿aueys me entendido?

Respondio el emperador:

— Si, muy bien, e conozco por cierto que esta fue la peor muger del mundo, e digna de muerte; que ella mouio a su marido a hazer aquellos homicidios, e despues descubrio lo.

Dixo el maestro:

— Por cierto, de temer es la mala muger. E peor vos acontecera si por el consejo de vuestra muger matardes a vuestro hijo.

Dixo el emperador:

— No morira mi hijo en este dia.

Entonce, el maestro, beso le las manos e despidiose del.

CAPITULO XVIII

COMO LA EMPERATRIZ, PORFIANDO SIEMPRE LA MUERTE DEL HIJO DEL EMPERADOR, SU ANTENADO, CONTOLE AL EMPERADOR, SU MARIDO, LO QUE ACONTECIO A UN REY CON SU CONDESTABLE, E POR ENGAÑO LE LEUO LA MUGER

Cuando la emperatriz oyo que el infante escapado ouiese, como loca fuese al emperador llorando e dando bozes, e diciendo:

— Guay de mi, que me querria matar con mis manos quando me veo tan desdichada.

Dixo el emperador:

— No digays esso, mas aue una poca de paciencia que presto aura el negocio buen fin.

Respondio ella:

— Antes, señor, de ti e de tus hijos acaecera como acaecio en tiempo passado a un rey con su condestable.

Respondio el emperador:

— Ruego te que me digas esse exemplo.

Dixo ella:

— De buen grado lo dire, mas temo que no me creeras ni me oyras mas, ca mañana te hablara el postrero maestro e librara a tu hijo de la muerte como sus compañeros an hecho; y el dia siguiente hablara tu hijo, de cuyas palabras tan gran de-

el castillo, no sabiendo cosa alguna de la reyna que estaua ende encerrada; y estando ella assentada a una ventana a ver los que passaban, vido e conocio el cauallero de que ella auia soñado; y el cauallero, a caso, alzo los ojos e vido la señora assentada a la ventana, y enesse punto le descubrieron sus sentidos que aquella era de quien soñado auia, e comenzo de cantar una cancion, la qual oyendo la reyna, enamorose del mucho. Y dende adelante, este cauallero cada dia yua cabe el castillo mirando en cada parte si en alguna manera podria venir a ella para que le hablar pudiesse. Y la reyna, pensando esto, embio le una carta; y el cauallero, como ouo leydo la carta, entendio la voluntad de la señora reyna; alegrose, e comenzo de fazer tantas justas e tantos torneos, que llegó la fama al rey y el rey mando llamar al cauallero e dixole:

— Cauallero honrado, muchas nobles cosas he yo de vos oydo; e si a vos pluguiesse estar con nos, dar vos hemos gran sueldo.

Respondio el:

— Muy alto e poderoso rey, ved me aqui a vuestro servicio: plega a Dios que pudiesse a vuestra alteza dignamente seruir, que no dudo que no recibiesse de vuestra alteza muchas e grandes mercedes; mas una cosa desseo sobre todo.

Respondio el rey, e dixole:

— Demanda osadamente lo que quieres.

Dixo el cauallero:

leyte recibiras, que el amor entre nos todo se quitara.

E dixo el emperador:

— Impossible seria esto, saluo si la experiencia mostrasse que yo te pudiesse oluidar.

Respondio la emperatriz:

—Señor, si os plaze, yo os dire un exemplo conque vos podreys guardar de muchos males e peligros en lo venidero, y endemas de vuestro maldito hijo, que entiende sacar me del mundo con sus maestros.

E assi, dixo ella este exemplo:

— Ouo en tiempo passado un rey que amo en de- 14
massia a su muger; tanto, que en un muy fuerte castillo la encerro y leuo consigo el mesmo rey las llaues del castillo; e la reyna estaua desto muy mal contenta. Auia en tierra muy lexos un cauallero generoso, que soño una noche que veya una hermosa reyna a quien mas que a todas las mugeres del mundo amaua, e le parecia que, si despierto la viera, que muy bien la conociera; e a la reyna, por otra parte, la misma noche, le aparecio el cauallero. E como el cauallero esto soño, penso entre si e delibero en su corazon de no holgar hasta que viesse a la señora que soñado auia; e con esta deliberacion, caualgo e anduuo muchos reynos e tierras hasta que vino a aquel lugar, donde estaua la reyna encerrada por su marido, y estuuo ende algun tiempo. E acaecio que un dia se anduuo passeando cabe

— Señor, si vos plaze de me tomar por hombre darmas secretamente, tener vos lo he mucho en señalada merced e que tuviesse mi posada cabe el castillo por estar presto quando me llamassedes.

Respondio el rey:

— Faz como quisieres, que assi me plaze.

Assi, luego el cauallero se hizo hazer una posada cabe el castillo; y hecha aquella, hizo con el albañil que la hizo, que le hiziesse una mina secreta por donde pudiesse yr al castillo sin ser visto. E despues de hecha, mato al maestro que la hizo, porque no le descubriesse. E despues, entro a la reyna e hizo le muy gran reuerencia; e despues de muchas razones requirio la de dormir con ella; e luego negogelo, e a la postre, consintio; la reyna penso despues: ¿como hare? Si lo digo al rey, seguir se an dos males, que me porne en verguenza y el rey matara el cauallero, e porende no lo delibero de hazer; mas el cauallero, despues, quantas veces le plugo, entro por aquel caño, e cumplio con la reyna sus desseos, tanto, que la reyna le dio un anillo que el rey le diera. Este cauallero, en cualquier justa e torneo que se hallaua, vencia, e por ello, estaua mucho en gracia del rey; tanto, que le hizo condestable de todo el reyno. E acaecio un dia que el rey delibero de yr a caza e quiso que fuese consigo el condestable; e como entraron el dia de la caza en un monte muy breñoso, hallaron muchos venados e puercos; e tanto fueron tras ellos que estauan cansados; e

assi asentaron se cabe una fuente, y el condestable adormio se cabe el rey; e teniendo el anillo en la mano, conociolo el rey, e como fue despierto, penso en si que el rey auia conocido el anillo, e porende, fingiose de estar muy doliente.

E dixo al rey:

— Señor, yo tengo una dolencia que si luego no remedio a ello soy perdido. Por tanto plega os de me dar licencia que me vaya a mi casa.

E respondio el rey que le plazia. Y el caualgo luego e dio de espuelas al cauallo, e muy presto llego a su casa e fue por el caño a la reyna e boluiole el anillo e dixole como el rey le auia visto en su mano e que gele boluia porque si el rey lo demandasse gelo pudiesse mostrar; e fecho esto, decendio por su entrada. E poco despues vino el rey, y la reyna recibiole con muy gran fiesta, e dende a poco dixo el rey a la reyna:

— Señora, ¿que es del anillo quo vos di quando me despose con vos? Mucho le querria ver.

Respondio ella:

— Señor, ¿para que le quereys ver agora?

Dixo el:

— Si no me lo muestras, luego sera mal para ti.

Y ella leuantose luego e fuese a su arca e truxo la sortija, e diola al rey.

E como el rey la vido, turbado mucho, dixo:

— O quanto parece el anillo de mi condestable a este; por cierto, yo pensaua que era este, e por

esso te pregunte por el con melanconia, e conozco auer te offendido por ello.

Dixo la reyna:

— Señor, no es cosa nueua que una sortija parezca a otra, porque los plateros muy tarde hazen una obra que no hagan muchas; mas Dios vos perdone que aueys de mi tomado mala sospecha, viendo la fortaleza de la torre teniendo siempre las llaues con vos sin las encomendar a hombre del mundo.

Y el cauallero despues desto hizo aparejar un gran combite, e dixo al rey:

— Señor, mi amiga es venida de mi tierra y he fecho aparejar un combite; de grado querria que vos, señor, me hiziessedes honra e comiessedes comigo.

Respondio el rey:

— Essa honra e mayor te quiero yo hazer.

Y el cauallero gozo se desto e por su caño entro a la reyna e dixo le:

— Señora, oy verneys por este caño a mi casa, e vos vestireys de muy ricos vestidos, a fuer de mi tierra, y estareys en la mesa como mi amiga e de mi tierra con el rey.

Respondio ella:

— Yo lo cumplire todo a vuestra voluntad.

E como fue hora de comer, y el rey de su palacio a su posada del cauallero legasse, entrada la reyna por el caño, entro en la casa del cauallero e vistiose ende. E quando el rey entro, salio le a re-

cebir e saludo le segun conuenia. E como el rey la vio dixo al cauallero:

— ¿Quien es esta muger tan hermosa?

Respondio el:

— Señor, mi amiga, que es venida de mi tierra empos de mi, a quien yo mucho tiempo he seruido.

Y el cauallero assento al rey a la mesa como le pertenecia e hizo assentar la reyna cabe el. Y el rey siempre le parecia que aquella fuesse la reyna e dezia entre si: «Quanto parece esta dama a la reyna, mi muger»; mas en ser la torre muy fuerte le engaño, e dio mas fe a las palabras del cauallero que a sus mesmos ojos. E comenzo la reyna de hablar e combidar al rey que comiesse; e oyendo la el rey hablar, dezia entre si: «O quan parecida cosa es esta a mi muger en el gesto, habla e rostro, y en todas las otras cosas.» Y siempre le engañaba el ser la torre muy fuerte. En el fin del yantar, el cauallero rogo a su amiga que cantase; y ella luego dixo una cancion de amores, desque el rey la oyo penso por cierto esta es mi muger; mas ¿como podria ser que yo tengo las llaves de la torre? E assi estuuo en esta contienda consigo mesmo todo el comer. En fin dixo el cauallero que leuantasse la mesa que auia de negociar y estaua ende enojado.

E dixo el cauallero:

— Señor, sino os enojays, tomaremos un poco de mas plazer.

Respondio ella:

— Fagamos le el plazer que podamos, que por auentura la reyna esta agora tomando plazer.

Respondio el rey:

— Quitar la mesa, que no puedo estar mas.

Y luego el cauallero hizo lo assi. Y el rey saludando los fuese a mas andar a su castillo, por saber si estaba ende la reyna o no. Y entre tanto la reyna se desnudo y fuesse por el caño e puso se como de primero la auia el rey dexado. E como el rey entro e la hallo assi, abrazola e dixole:

— Yo he yantado oy con mi cauallero e vino su amiga, e nunca los hombres vieron en todos los gestos muger que tal vos pareciesse; e tantas fantasias me pasaron en el yantar que no pude estar vestido hasta llegar aca por ver si estauades aqui.

Respondio ella:

— O, señor, ¿como podedes pensar cosa alguna de estas, sabiendo que estaua el castillo cerrado e que no podia hombre entrar ni salir, saluo por la puerta cuyas llaves vos siempre teneys? ¿Como podria yo entonce estar ende? La razon bien consiente que un hombre a las vezes parece a otro, e por esso no deuierades tomar sospecha como del anillo hezistes.

Respondio el rey:

— Verdad es, e, por tanto, yo he pecado.

E passado todo esto, el cauallero vino al rey e dixole:

— Señor, mucho tiempo ha que vos he seruido,

ya es tiempo que me buelua a mi casa; e por el servicio que yo os he hecho, sola una cosa os pido: que por quanto yo entiendo de tomar por muger mi amiga, pues me a seguido a tierras muy extrañas, que vos con el clerigo esteys a los desposorios, y esto nos sera muy gran honra en mi tierra.

E dixo el rey:

— Essa e mayor cosa faria por ti.

Assi, el cauallero puso plazo para el dia de los desposorios, e vino el rey a la yglesia; y estaua el clerigo reuestido para que el matrimonio se cumpliesse, y el cauallero ya auia hecho venir a la reyna por el mismo lugar que ya sabia e auia acostumbrado, e trayanla dos caualleros de brazo, pensando que la amiga del cauallero fuesse; e como vinieron a las puertas de la yglesia, e dixo el sacerdote: ¿Quien es el que entregara esta muger al cauallero?

Dixo el rey:

— Yo. E tomo la por la mano e dixole:

— Amiga, tu mucho pareces a la reyna, y por ende mas te amo; e porque eres muger de mi cauallero seras de mi casada.

E puso la mano della con la mano del cauallero, y el sacerdote los desposo. Y hecho esto, dixo el cauallero al rey:

— Señor, aqui esta una gentil naue para partir e quiero me yr en ella para mi tierra, e ruego vos que acompañeys a mi muger hasta la naue, y que la

querays informar como ha de amar ami sobre todos los hombres; y plega a vos de le dezir otras semejantes cosas con que se acuerde ella de vuestra alteza.

Y el rey hizo lo assi como el cauallero le dixo; e assi se fue, y muchedumbre del pueblo conel, hasta la mar, porque amauan mucho al cauallero e se dolian con demasia de su partida. E como llegaron a la naue, dixo el rey a ella:

— Amiga mia, para mientes a mi consejo e no erraras: Este es tu marido, al qual sobre todos los hombres eres tenida de amar, e Dios assi lo manda; sey le en todo y por todo leal y obediente.

Y dicho esto, entrego la al cauallero diziendo:

— Yd ambos con la bendicion de Dios.

Y el cauallero y ella hizieron le muy gran reuerencia de cabeza e de rodillas, y, despedidos del rey, entraron en la nave; y el patron tenia ya su vela tendida e con viento muy prospero partieron muy prestamente dende. Y el rey estuuo tanto ende quanto perdio la naue de vista; e despues boluio se al castillo de dentro. En fin vino a hallar la mina que el cauallero habia fecho, e como el rey la vido, lloro muy crudamente, diziendo:

— Ay de mi, que este cauallero en quien tanto me fiaba me lieua mi muger. ¿No era yo necio que mas creya las palabras suyas que mis propios ojos?

Entonce dixo la emperatriz:

— Señor, ¿aueys me entendido lo que he dicho?

Respondio el:

— Por cierto, si.

E dixo ella:

— Como aquel rey confio en su caualIero e le engaño, assi tu confias de los VII sabios que trabajan en uergonzar me; e tu mas crees a los dichos dellos que a los que has visto con tus propios ojos. Viste de como tu hijo me quiso forzar, y estos trabajan en escaparle e affirmarle mas en su malicia; e por tanto, yo temo que vos acaecera como a este rey que vos he dicho.

Dixo el emperador:

— Por cierto, mas creo a mis ojos que a lo que ellos dizen; e, por tanto, yo te digo que mañana yo fare justicia del.

CAPITULO XIX

COMO EL SETENO SABIO, LLAMADO JOACHIN, ESCAPO EL SEPTIMO DIA AL HIJO DEL EMPERADOR DE LA FORCA, CONTANDO AL EMPERADOR UN EXEMPLO, COMO UNA MUGER DE UN CAUALLERO, EL QUAL POR UNA POCA DE SANGRE QUE A ELLA LE SALIO DE UN DEDO, SE MURIO, Y ELLA LE DESENTERRO E LE PUSO EN LA HORCA

Otro dia, de mañana, manda el emperador que le ahorcassen. E por consiguiente, como las otras vezes, todo el pueblo se mouio e hizo gran quexa de la muerte del unico hijo del emperador. E sintiendo esto el postrimero maestro, salto delante de los que le leuauan e dixo les:

— Amigos, no os deys priessa, que yo espero librar le eneste dia con el ayuda de Dios.

E aquexo el maestro el cauallo e vino al palacio e hizo reuerencia al emperador. Y el emperador respondio le con gran saña, diziendo:

— Mal seas venido, que yo os di a criar mi hijo e aueys melo tornado loco e vellaco, por lo qual vos certifico que todos morireys con el.

Respondio el maestro:

— Señor, poco tiempo queda hasta mañana a hora de tercia en que vereys vuestro hijo hablar muy bien e con gran discrecion, e vos dira verdad

de quanto vos hablara, e a esto me offrezco a pena de perder la vida.

Dixo el emperador:

— Si yo oyesse hablar mi hijo no me daria cosa del mundo, aunque no viuiesse mas de una hora.

Respondio el maestro:

— Vos lo oyreys todo, e vereys si en este poco tiempo aura fin; e si vuestro hijo no perdonays, e le matays por las palabras de vuestra muger, peor os acaecera que aquel cauallero que por una poca de sangre de su muger murio, al qual fue ella muy ingrata.

E dixo el emperador:

— De grado oyria ese exemplo.

Respondio el maestro:

— Escape el mozo, e yo os dire este exemplo que es mucho de notar para que todos los dias de vuestra vida os guardeys de la astucia de las mugeres.

E dixo el emperador:

— Yo dare la vida a mi hijo, si mañana, como prometeys, le oyere hablar.

Dixo el maestro:

— Por cierto, yo vos asseguro dello.

E comenzo de dezir este exemplo:

15 — Auia un cauallero que tenia una muger muy hermosa, la qual mucho amaua; tanto, que no podia estar ausente della; e acaecio una vez que jugauan ambos a los dados, y el cauallero a caso te-

nía el cuchillo en la mano, y ella acaso firio se en el cuchillo, e sacose sangre; e como la vido el caualle-ro, tanto se dolio y espanto de su muger, que, loco hecho, cayo en tierra medio muerto e tornado a pe-nas un poco, dixo:

— Llamad al sacerdote que me venga a con-fessar, que yo muero por la sangre de mi muger.

De cuya muerte hizieron gran llanto. Y des-pues de sepultado, la muger cayo sobre la sepultu-ra llorando; tanto, que ninguno la pudo dende qui-tar, e hizo voto de nunca partirse dende, mas espe-rar ende por amor de su marido como la tortolica su fin. E dixeronle sus parientes:

— Señora, ¿que aprouecha al anima de vuestro marido que vos esteys aqui? Mas torna os a vuestra casa e hazed grandes limosnas, esto sera mejor que estar aqui.

Respondio ella:

— No me aconsejeys, vos ruego: que de aqui no me ire ni de mi marido partire siendo muerto el por mi.

Viendo esto los parientes, hizieron una casilla cabe la sepultura e pusieron le las cosas necessa-rias e fueron se, porque la soledad fuesse causa que boluiese a su casa a estar entre gentes. Y estando esto assi, auia una ley en el reyno que quando ahor-cauan alguno el alguacil le guardaua toda la noche con gente armada; e si contecia quo hurtassen el cuerpo del ahorcado, el alguacil perdia su fazien-

da, e la vida estuviesse en mano del rey. Acaescio aquel dia que fue aquel cauallero sepultado, que el alguazil estaua a caballo cabe la horca, guardando un cuerpo, y estaua la horca fuera de la ciudad; e auia cerca un cementerio, e hazia gran frio, tanto, que al alguazil parecia que sino se escalentasse moriria de frio. E mirando aca e aculla vio fuego en el cimenterio e fue alla. E como llego, toco ala puerta de la casilla. Dixo la muger del cauallero biuda, entresi:

—¿Que cosa es que a esta hora este al lugar do esta una muger tan desamparada como yo?

E dixo el:

—Yo soy el alguazil, que he tanto frio que sino me abres para escalentar me, morire.

Dixo ella:

—He miedo que si te abro diras algunas palabras frias que me entristeceran mucho.

Respondio el alguazil:

—Yo vos prometo de no dezir cosa que os enoje.

Entonce dixo ella:

—Entrad.

E como estuuiesse al fuego assentado e ya caliente, dixole:

—Señora, con licencia, quiero os dezir una palabra.

Dixo ella:

—Di.

Entonce el dixole:

— Señora, vos soys hermosa y de linaje rica e moza; ¿no seria mejor que estuviessedes en vuestra casa e diessedes limosna que estar aqui e consumiros con gemidos e suspiros?

Respondio ella:

— Cauallero, si yo tal supiera no te dexara entrar, ca yo te digo como a otros muchos he dicho: bien sabes que mi marido me amo tanto que por una poca de sangre de mi dedo, murio.

Oydo esto el alguacil, despidiose della e torno a la horca; e como llego no hallo el ahorcado, que se le auia leuado. E como vido esto, torno se tan triste que era cosa de marauilla; e dixo:

— Guay de mi, ¿que hare? Agora todo lo mio es perdido, la vida e la hazienda.

E assi yua triste y no sabia que se hazer. En fin penso tornar a aquella deuota señora por ver si algun remedio auer pudiesse; y como llego, toco a la puerta, y ella preguntole la causa porque tocaua.

Respondio el:

— Señora, yo soy el alguazil que antes vine e quiero os dezir algunos secretos mios; por tanto os ruego por un solo Dios que me abrays.

Entonce ella abrio y el entro e dixole:

— Señora, yo demando vuestro consejo, ca vos sabeys que ay ley del rey que quando algun aforcado hurtan el alguazil cae en pena de la hazienda e

de la vida; e agora, mientra estuue aqui al fuego, me an furtado el cuerpo del ladron que estaua ahorcado; porende, os pido por merced que me querays consejar.

Dixo ella:

— Yo he por cierto muy gran compassion de ti porque segun la ley tu as perdido todo lo tuyo, e la vida tuya esta en lo que el rey querra hazer della; empero, toma mi consejo e seras fuera de todo aquel peligro.

Respondio el alguazil:

— Por esto he venido a vos en esperanza de ser por vos consolado.

E dixo ella:

— ¿Plaze te de me tomar por muger?

Respondio el alguazil:

— Pluguiesse a Dios que vos lo quisiessedes, mas temo que tanto no vos abaxareys.

Y ella dixo:

— Antes, por cierto, me plaze.

Y el dixo entonces:

— Yo, señora, vos tomo por muger para todos los tiempos de mi vida.

E dixo ella entonce:

— Bien sabeys como ayer mi señor fue sepultado, el qual murio por mi amor; sacad le de tierra e poned le en lugar de aquel ladron que an hurtado de la horca.

Dixo el cauallero:

— Por cierto, señora, sano consejo me aueys dado.

E assi abrieron la sepultura e sacaron le. E dixo .el alguazil:

— Señora, mucho temo que el ladron quando fue preso le quebramos dos dientes de los altos y he miedo que si le miran e no le hallan assi que yo quedare muy confuso.

Respondio ella:

— Toma pues una piedra e quiebra le dos dientes.

Dixo el:

— Señora, perdonad me, que este vuestro marido era mucho amigo mio, e parece me fuerte cosa que yo en su cuerpo muerto tal hiziesse.

Dixo ella:

— Yo lo hare por tu amor.

E tomo un canto e derribole dos dientes. Hecho esto, dixo ella:

— Toma le e pon le en la horca.

Respondio el:

— Aun temo de le aforear, porque el otro ladron fue en la frente herido e tenia cortadas las orejas e si le catassen e gelas hallassen, yo quedaria muy confuso.

Dixo ella:

— Saca tu cuchillo e fiere le en la frente e corta le las orejas.

Respondio el:

— Señora, guardeme Dios que tal cosa haga al que en vida tanto ame.

Dixo entonce ella:

— Dame el cuchillo e yo lo hare por amor tuyo.

E tomo el cuchillo e firiole en la frente una gran ferida e cortole las orejas; y hecho esto, dixo ella:

— Aosadas agora seguramente le puedes ahorcar.

Dixo el alguacil:

— Señora, sabete que aun he miedo de ahorcar le porque el ladron no tenia compañones, e si le catan e se los hallan quedare en gran peligro.

Dixo ella:

— Nunca vi hombre tan medroso; empero, con todo, por mayor seguridad, toma el cuchillo e cortaselos.

Respondio el:

— Señora, perdonad me que no lo haria en manera del mundo.

Dixo ella:

— Pues yo lo hare, por amor tuyo.

E assi, tomo el cuchillo e cortole los compañones. Dixo ella entonce:

— Ve que ya puedes seguramente ahorcar este vellaco ensuciado.

E fueron ellos e ahorcaron le e fue librado el alguazil. Entonce dixo ella al cauallero:

— Amor mio, ya eres delibrado de todo cuydado

por mi consejo: tu debes agora desposarte comigo en la faz de la yglesia.

Respondio el alguazil:

— Yo he hecho voto que en tu vida no tomare otra muger, el qual cumplire; mas yo desseo que no me des mucho tiempo empacho, ¿ca no as verguenza tu, mala muger? ¿Quien se casara contigo, quando a un honrado cauallero, que fue tu marido, e por una poquita de sangre que salio de tu dedo, murio, as tu en tanta confusion traydo que le as quebrado los dientes, e le as herido en la frente, e le as cortado las orejas e los compañones? ¿Qual diablo te tomara por muger? Porque dende adelante no hagas esto a hombre del mundo, toma el galardon.

Esto diziendo, arranco su espada e cortole en un golpe la cabeza.

Dixo el maestro entonce:

— Señor, ¿aueys entendido esta hystoria?

Respondio el emperador:

— Si, muy bien.

E dixo:

— Por cierto, esta fue la mas vellaca e mala muger que nunca vi, y el cauallero hizo conella lo que deuia, porque no truxesse a los otros en confusion.

E dixo el emperador:

— Maestro, si una vez sola oyesse hablar a mi hijo, no curaria mas de mi.

Respondio el maestro:

— Señor, mañana oyreys hablar vuestro hijo con gran discrecion delante todos los del consejo de vuestro imperio, e vos mostrara la verdad desta contienda entre vos e la emperatriz. Y el maestro despidio se del emperador.

CAPITULO XX

COMO EL OCTAVO DIA DIOCLECIANO, HIJO DEL EMPERADOR, CON GRAN SOLENNIDAD, FUE LEUADO A PALACIO, E COMO REDARGUYO A SU MADRASTRA, LA EMPERATRIZ, E DESCUBRIO TODA SU MALDAD

Amaneciendo el dia octavo, los maestros se ayuntaron e tuuieron consejo como y en que manera sacassen al mozo de la prision y le leuassen a palacio, sobre lo qual preguntaron al infante quando era hora ya de tercia. Respondio les, lo que a ellos parecia, ternia por bien. E dixo les que tuviessen cuydado, que el responderia e diria, porque el entendia de los saluar a todos con muy gran honra e responder por todos. Los maestros, oyendo esto, alegraron se; e vistieronle de escarlata e brocado, e yuan delante del dos maestros e otros dos le leuauan en medio y los tres le seguian; e yuan delante dellos veynte e quatro personas con diversos instrumentos de musica. E assi, con muy gran honra e melodia, leuaronle a palacio. Y el emperador,

quando oyo tanta musica, pregunto que cosa era. Respondieronle que su hijo venia para hablar delante del, e los maestros con el a escusar se de lo que le diffamauan.

Dixo el emperador:

— Uosotros echays esta fama. Pluguiesse a Dios que yo oyesse hablar a mi hijo.

E como llego el infante a palacio e le saliesse el emperador a recebir, la primera palabra que le dixo fue:

— Padre e señor, salue os Dios.

E como el padre le oyo hablar mouieron se le las entrañas de amor, e de gozo cayo en tierra; y el hijo leuantole, e como se alzo, el hijo prosiguio su habla. E tanto fue el gozo del pueblo, que no le podian oyr. Y emperador, viendo esto, hizo sembrar dineros por las plazas, porque el pueblo se ocupasse en coger e les diesse lugar en el palacio para oyr a su hijo, en lo qual el pueblo no penso; y hecho esto, el emperador mando callar a todo hombre so pena de la vida, e luego callaron; e como todos estuuieron reposados, dixo el infante:

— Serenissimo señor: antes que algo diga te ruego que venga aqui delante la emperatriz con todas sus doncellas.

E luego mando el emperador que assi lo hiziesse; y ella, tremiendo, parecio; y el infante fizo las estar delante de todo el pueblo por orden para que las viesen; entonce el infante dixo:

— Señor, alzad vuestros ojos e mirad aquella donzella vestida de verde, a la qual sabeys que la emperatriz ama sobre quantas ella consigo tiene, e hazed la desnudar delante de todos e vereys que tal es.

Respondio el emperador:

— Hijo, cosa seria muy vergonzosa despojar la delante de todos.

Respondio el infante:

— Si ella fuere muger, sera vergüenza mia; mas sino, toda la confusion sera suya.

Luego mando el emperador que la desnudassen; y ella desnuda, vieron que era hombre, de lo qual todos se marauillaron. Entonce dixo el fijo al padre:

— Cata aquel señor quanto tiempo este vellaco en vuestra camara ha tan gran traycion cometido e no sabiades la razon porque lo amaua tanto la emperatriz. E como vio esto el emperador, ya fuera de si, mando quemar la emperatriz e al vellaco. Dixo el hijo:

— Señor, no mande vuestra alteza sentenciar hasta que haya reprouado la maldad que me leuanto la emperatriz y prueue como ella mintio e me acuso falsamente.

E dixo el padre.

— Hijo amado, todo el juyzio pongo en tus manos.

Respondio el hijo:

— Si se halla falsa y mentirosa sea juzgada por la ley.

E dixo despues:

— Señor, quando embiastes por mi a pedimento suyo, entonce mis maestros e yo miramos las estrellas e fallamos que si dentro en VII dias yo fablaua palabra, que yo moriria vergonzosa muerte, e porende esta fue la causa del callar. En lo que dize que la quise forzar, ella miente, antes ella me requirio quanto ella pudo e me dio una escriuania para que yo que hablar no le queria escriuiesse porque la desechaua, e despues que le oue escripto que no cometeria tan gran aleuosia e no ensuziaria el vaso de mi padre, entonce rasgo se los vestidos e los pechos e la cara e dio grandes bozes, y leuanto me esta diffamacion.

Oydo esto el emperador, miro la con gran sobrecejo e dixo:

— O desuenturada, no bastauamos para remediar a tu encendimiento yo y este vellaco que tienes en la camara, aun requerias a mi hijo.

Y ella entonce cayo en el suelo e pidio perdon.

Dixo el emperador:

— Tu, maldita, ninguna misericordia mereces; ante, por tres razones mereces la muerte: la primera, por hauer cometido aleuosia tanto tiempo; la segunda, porque acometiste a mi hijo de tanta maldad e le diffamaste; e la tercera, porque de contino me importunaste que matasse a mi hijo; por

esso, manda la ley que no ayas mejor pena que muerte.

Entonce dixo el hijo:

— Señor, bien sabeys que por el delicto que me leuanto la emperatriz cada dia me leuauan a la horca; mas Dios, por medio de mis maestros, me libro. Señor, pongamos que fuesse assi lo que la emperatriz dixo, que yo reynasse en lugar vuestro, que en al no trabajamos yo e mis maestros que terniades entonce saluo menos trabajos cuydados que teneys de presente por el gouernar del imperio; ca guarde me Dios que yo no vos tenga siempre como padre de quien he auido el principio de mi vida e como a señor coronado del reyno; e no menos vos obedeceria que aquel hijo a quien el padre echo en la mar porque dixo que habia de ser rey; e quando el hijo, mediante la ayuda de Dios, fue saluo no le vino al padre mal por ello, y esto vereys por la experiencia que mi señorear nunca vos hara mal ni daño, mas ser vos ha aun gran descanso.

Entonces dixo el emperador:

— Amado hijo, sea Dios bendito e la hora en que mereci auer te por hijo, y te veo arreado de sabiduria e mancebo de buena crianza. Ruego te que me cuentes algun exemplo, por el qual mas llanamente yo prueue tu discrecion e mi anima se alegre en ti.

Respondio el hijo:

— Señor, mandad callar a todos hasta que aya

contado el exemplo, e se de sentencia por justa justicia entre mi e la emperatriz.

Y el emperador mando callar, e comenzo el infante de dezir assi:

CAPITULO XXI

DE UN EXEMPLO QUE CONTO EL HIJO DEL EMPERADOR, EN QUE DA A ENTENDER LA FIRME FE E AMISTAD QUE HA DE TENER UN BUEN AMIGO A OTRO

— Era un cauallero que tenia un hijo e no mas, 16
el qual mucho amaua, y encomendo le en tierras lexos a un maestro que le criasse y le enseñasse. Y el niño, como tenia buen ingenio, aprouecho mucho. E desque ouo estado siete años con el maestro, el padre desseaua le ver y embio le cartas como vos fezistes a mi, y el mozo, por obedecer al padre, vino se, de cuya venida se gozo mucho el padre, porque parecia assi en el gesto como en la crianza a todos muy bien. E acaecio un dia que, assentados el padre e la madre a la mesa e siruiendoles el mozo, bolo un ruyseñor a donde estauan assentados, e canto tan dulcemente que se marauillauan, e dezia el cauallero:

— O quan graciosamente canta esta auezilla, e como seria gran cosa si alguno supiesse el canto suyo e lo entendiesse.

E dixo el hijo:

— Señor, bien sabria yo declarar su canto, mas temo de vos offender.

E dixo el padre:

— Ruego te, hijo, que me digas que es lo que quiere dezir, y entonces prouaras si lo tomare por offensa, que yo no se porque me haya de agrauiar dello.

E obedeciendo el hijo al padre, dixo:

— Este ruyseñor dice en su canto que yo tengo de ser tal e tan gran señor que todos me haran muy gran honra, ende mas mi padre, que se combidara a darme agua para lauar me las manos, e mi madre terna la hazaleja.

Respondio el padre:

— Nunca tus ojos veran esse dia ni alcanzaras esse señorio.

E con gran saña, cargo se su hijo acuestas e leuo lo a la mar, e lanzole ende, e dixo:

— Ued aqui el interpretador de las aues.

E sabiendo nadar el mozo, nado hasta la orilla, y ende estuuo quatro dias sin comer e al quinto dia vino una naue la qual, como el niño vido passar, dio una gran boz a los marineros que por un solo Dios le librassen de la muerte. E viendo los marineros un tan gentil mozo, ouieron del compassion, e tomaron le e pusieron le en la naue e leuaron le a tierras muy lexos e vendieron le ende aun duque; e siendo el niño muy hermoso, amaua le mucho el duque. Acaecio que el rey llamo a cortes generales a todos

los grandes caualleros e señores de todo su reyno, e assi fue necessario que aquel duque fuesse a ellas, e leuo consigo aquel tan hermoso mozo e de gran ingenio, e siendo todos ayuntados delante el rey, les dixo:

— Amados e fieles mios: si quereys saber porque vos he llamado, es por deziros que si alguno me dixere un misterio que os dire e melo declarare, le prometo de le dar mi hija por muger e quanto yo viuiere se assentara a mi lado en mi reyno, e despues de mi fin, todo lo posseera; y el misterio es este: Sabed que tres cueruos me siguen siempre e nunca me dexan; do quier que voy van volando e dando grandes bozes e muy espantables, tanto, que me es pena estrema, e temo oyr sus cantos, e ver los; e, por tanto, si alguno supiere declararme la causa porque me siguen e cantan de aquella manera, e me los quitassedes de encima, sin duda que yo cumpliria la promessa.

E dicho esto, no se hallo en todo el consejo quien tal supiesse. Entonce dixo el mozo al duque:

— Señor ¿creeys que el rey me terna lo offrecido si cumplo su desseo?

Dixo el duque:

— Pienso que si; mas si te plaze que yo lo diga al rey mi señor.

Respondio el mozo:

— So pena de la mi vida, yo pongo de complir lo que digo.

E luego el duque fuese al rey e dixole:

— Señor, aqui esta un niño muy entendido e discreto que se offrece a satisfacer a vuestro desseo si le tuuierdes lo que aueys prometido.

Dixo el rey:

— Por mi corona te juro de cumplir lo que he offrecido.

Entonce leuo el duque el niño al rey, e como le vio, dixole:

— Di, buen niño, ¿sabes tu responder a mi pregunta?

Respondio el niño:

—Señor, muy bien; vuestra pregunta es tal porque estos cueruos dan tan terribles bozes, a lo qual respondo que acaecio una vez que dos cueruos macho y hembra engendraron otro cuervo, y entonce auia tan gran hambre que los hombres e aues e bestias morian de hambre; y estaua el cueruo pollo en el nido, e la madre dexole e fuese a buscar de comer, e no curo de boluer al nido; y el padre, viendo esto, con gran trabajo le sostuuo fasta que bolar supiesse; e passada la hambre, torno la madre al pollo, queriendo acompañarse conel, e viendo esto el padre echaua la del diziendo que en la necessidad le auia dexado e que agora deuia ser apartada de su compañia; la madre alegaua que ouiera dolores en el parto, e sostuuo trabajo que, por tanto, deuia mas gozar de su compañia que el padre. E por esto, señor, os siguen tanto estos tres

cueruos pidiendo os que les deys sentencia a quel dellos deue el pollo tomar en su compañia. Y esta es la razon porque dan bozes; e vos, señor, deueys dar buena sentencia, qual dellos debe gozar de la compañia del hijo, y despues de dada la sentencia no lo vereys mas.

Dixo el rey:

— Pues que la madre dexo al pollo en el tiempo de la necessidad, la razon quiere que ella sea priuada de su compañia. Y en lo que dize que sostuuo dolores e trabajos en el parto, aquello se torno en gozo quando le vio nacido. E por quanto el macho es causa de la generacion en qualquier animal, e al tiempo de la necesidad le mantuuo, doy por sentencia que el pollo este en la compañia del padre e no de la madre.

E como los cuervos oyeron este juizio yuan por el ayre volando e dando muy grandes bozes y no los vieron mas en todo el reyno.

E dixo el rey al niño:

— ¿Como te llaman?

Respondio:

— Alexandre.

Dixo el rey:

— Yo quiero recabar de ti que no llames a otro por padre saluo a mi, pues te desposare con mi fija e seras posseedor de mi reyno.

Y el rey amauale mucho, porque yua buscando justas e torneos, e daua se a cosas de la guerra y en

todo ganaua mas fama que hombre de Egypto; tanto, que en el reyno ni fuera del se fallo hombre que vencer le pudiesse, ni proponer tan escuras preguntas que no las soltasse. Auia entonce un emperador, llamado Titos, que a todos los reyes del mundo en linaje e cortesia sobraua; en tal manera, que su fama en todo el mundo volaua; tanto, que qualquier que queria en saber e costumbres aprouechar, e ver poco menos todo el mundo, se yua a la corte de aquel emperador; e como el niño Alexandre supo esto, dixo al rey:

— Señor, vos sabeys como esta el mundo lleno de la fama deste emperador, e por tanto dessea cada qual de estar en su corte; porende, si a vos pluguiesse, de grado me yria a su corte por aprender discrecion e costumbres.

Respondio el rey:

— Plaze me; empero, yo quiero que vayays muy bien proueydo e abundante en dinero, segun que mi honra lo requiere, e tu necessidad. Parece me que deues primero hazer bodas con mi hija.

Dixo Alexandre:

— Señor, perdone me por agora vuestra alteza hasta que buelua; entonce tomare vuestra hija con toda honra.

Respondio el rey:

— Pues tanto te plaze visitar la corte del emperador, que yo te doy licencia, Alexandre.

Entonce, despidiose del rey e partiose para el

emperador muy acompañado; y como llego, fuese al palacio; y como llego al emperador, finco las rodillas por el suelo, y el emperador levanto se de la silla y besole, y dixo:

— Fijo, ¿de donde eres? ¿Que es el negocio porque eres venido?

Respondio Alexandre:

— Yo soy hijo y heredero del rey de Egypto e soy venido por ver si querra vuestra alteza que le sirua.

Y el emperador plugo mucho, e luego encomendole al gran senescal e hizole su maestresala, y el senescal diole una muy buena posada en el palacio, e de todas cosas muy arreada. E Alexandre ouo se tan discretamente, que en breue tiempo fue de todos amado. No mucho despues, vino el hijo del rey de Francia para aprender de aquella corte virtudes e proeza, al qual recibio el emperador muy honradamente e pregunto le de donde era, e como se llamaua e de su linaje; e respondio:

— Fijo soy del rey de Francia e llamo me Luis, e soy venido para seruir a vuestra alteza, si vos pluguiere de me recebir por vuestro. Al qual dixo el emperador:

— Yo he hecho a Alexandre maestresala mio e a ti quiero hazer mi copero, porque vosotros soys de gran linaje quiero que a la mesa de contino me esteys delante e goze de vuestra vista.

Y encomendole al senescal suyo que le diesse honrado aposentamiento. Y el pusole con Alexandre

y estos dos parecianse tanto en el gesto e rostro e costumbres que a mala vez podian el uno del otro, saluo que Alexandre era mayor en saber e mas deligente e desembuelto en lo que auia de hazer, ca Luys era mucho mugeril e medroso; y esta era la differencia de los dos, e amauan se mucho. E tenia el emperador una hija, que llamauan Florentina, la qual mucho amaua, porque era mucho graciosa y heredera de su reyno, la qual tenia corte por si; y el emperador, en señal de amor, le embiaua cada dia de quanto comia, y esto por mano de Alexandre. E desta causa ella amaua mucho a Alexandre, porque le parecia gracioso e discreto. E acaecio un dia que Alexandre estaua en unos muy grandes negocios ocupado, y era ya hora dc comer e no seruia alguno en lugar suyo. Viendo esto Luys suplio en su lugar. E teniendo el emperador la postrera vianda ante si, e siruiendo Luys delante del emperador puesto de rodillas, mandole como acostumbraua que leuasse su escudilla a su hija pensando que fuesse Alexandre: e Luys fizo como el emperador le mando; e como entro por la sala de la fija, saludola, e puso la escudilla segun conuenia delante della. E puesto que no le ouiesse ella visto hasta entonce, empero luego conocio no ser Alexandre, e dixole:

— Hijo, ¿como te llamas e cuyo hijo eres?

Respondio Luys:

— Señora, yo soy hijo del rey de Francia e me llamo Luys.

Entonce dixo ella:

— Sea en buen hora, ve en paz.

Y el humillose e fuese, y enesto vino Alexandre a la mesa e ambos cumplieron su officio, y en acabando el yantar, luego Luys se acosto e comenzo de adolecer. E como lo supo Alexandre, entro en la camara e dixole:

— Luys, hermano, e mas querido de todos mis amigos, ¿que as? ¿Que es la causa de tu dolencia?

Respondio Luys:

— No se; mas tan mal me siento que temo no escapar.

Dixo Alexandre:

— Pues yo tengo bien conocido la causa de tu dolencia. Oy, quando leuaste el escudilla a nuestra señora, le miraste mucho el rostro porque es fermosa; por ende creo que esta todo tu pensamiento agenado e atormentado.

Al qual respondio el:

— Por cierto, Alexandre, todos los phisicos del mundo no podran mas verdaderamente juzgar mi dolencia, e temo que sera causa de mi muerte.

Respondio Alexandre:

— Yo te ayudare quanto podre.

E luego salio a la plaza e merco de su propio dinero un precioso paño todo broslado de aljofar, sin que lo supiese Luys, e presentole a la fija del em perador, en nombre del mesmo Luys.

E dixo la infanta:

— O Alexandre, ¿donde as podido auer tan rico paño?

Dixo Alexandre:

— Señora, sabed que es un hijo de rey muy rico e dessea mucho seruiros, el qual por causa vuestra esta a la muerte, e si le dexarades peligrar, nunca cobrareys vuestra honra.

Dixo la infanta:

— Alexandre, ¿querrias me tu consejar que perdiesse yo desta manera mi fama e mi virginidad? Guarde me Dios de solo pensar tal cosa, e sepas, Alexandre, que de la tal embaxada nunca comigo medraras. Vete delante de mi, e no me hables mas de la tal cosa. E como ouo oydo esto Alexandre, hizo la reuerencia e fuese. Y el dia siguiente entro en la ciudad e merco una corona mucho mas rica al doble que el paño; y entro en la camara de la infanta e presento sela de parte de Luys. Y como ella vido tan rica corona, dixo a Alexandre:

— Marauillo me de ti que me as tantas veces visto e hablado e ninguna cosa por ti nunca me as dicho.

Respondio Alexandre e dixo:

— Señora, no soy tan encendido, e tal cosa no me ha acaecido que mi corazon fuesse tan llagado y el que tiene algun amigo deue mostrar su amistad, e por tanto, señora, mirad toda la dulcedumbre de las mugeres porque remedieys al que aueys mortalmente herido, porque no seays causa de su muerte.

E dixo la infanta:

— Uete en hora buena que al presente yo no te respondere.

Y el oydo esto abaxo la cabeza e fuese. Al tercero dia fuese a la plaza e merco una cinta tres tanto mas rica que las otras joyas primeras, e presentola a la infanta de parte de Luys su amigo. E como ella vido tan rico presente dixo a Alexandre:

— Haz que venga Luys a tres horas de la noche e hallara abierta la puerta.

E como oyo esto Alexandre gozose mucho e fue a su compañero Luys e dixole:

— Amigo, consuela te; ca yo te he ganado a tu amiga, y esta noche te leuare a su camara.

E como oyo esto Luys como de graue sueño desperto e reuiuio un poco e de gran gozo que ouo sano; e la noche siguiente Alexandre se armo muy bien de armas secretas e tomo consigo a Luys e leuole a la puerta que la infanta mostrado le auia, en donde estuuo toda la noche holgando e auiendo plazer con la fija del emperador. E Alexandre estuuo aguardando le toda la noche, y esto hecho ouo entre Luys e su amiga muy gran amor e Luys yua muchas veces a ella, tanto que vino a orejas de algunos caualleros de la corte que auia Luys que hazer con la infanta. Y estos caualleros hizieron entre si monipodio contra Luys e deliberaron de le espiar e prenderle e matarle. Lo qual supo Alexandre e por otra parte armose con los suyos para resistir,

e defender la persona de Luys. Los quales caualleros como lo supieron, temiendo a Alexandre, dexaron su empresa. E Alexandre pusose en muchos e grandes peligros por su compañero Luy; lo qual el no sabia, mas su amiga la infanta muy bien lo sabia todo. E despues de acabado todo esto llegaron a Alexandre cartas de la muerte del rey de Egypto e que viniesse luego e tomasse e gouernasse el reyno con todas sus pertenencias. E Alexandre luego dixo a Luys e a su amiga la infanta su partida. Los quales mas de los que algunos creer podrian se entristecieron. E Alexandre dixo a su señor el emperador como le auian llegado cartas de la muerte de su padre. E que le conuenia dar gran priessa a su partida para yr a tomar possession del reyno. E assi pidio licencia, e ofreciosse mucho al emperador por los beneficios que en su corte receuido auia; e mas dixole:

— Señor, sabed que ante que yo por mi partida vos offendiesse deliberaria de perder todo mi reyno.

E dixole el emperador:

— Alexandre, sabe te que muy mucho me duelo de tu partida, porque me agradauas mucho, tanto como hombre de toda mi corte: mas no conuiene al emperador que de empacho a los que le siruen quando alguna dignidad les viene: antes deue trabajar en los ensalzar. Porende nuestro camarero te dara de nuestro tesoro quanto tu quisieres. E ve con la bendicion de Nuestro Señor.

E Alexandre se despidio del señor emperador e de todos los caualleros de la corte. E muchos ouieron dolor de su partida: por quanto el era de todos muy amado e querido. E Luys e su amiga la infanta salieron con el fuera de la ciudad cerca de tres leguas. E quando Alexandre les dixo que se boluiessen no queriendo que mas le acompañassen: ouieron tan gran dolor que cayeron en el suelo amortecidos. Y estuuieron gran rato sin hablar. Y Alexandre levanto los de tierra con gran manzilla e consolo los con muchas buenas palabras de consuelo e consejo diziendo:

— Luys, amigo entre todos mis amigos, yo te ruego y amonesto que tengas muy encubierto el secreto que está entre ti e nuestra señora la infanta e sey muy astuto e guarda te en quanto hizieres: endemas yendo por camino de la camara de la infanta. Ca yo se que en lugar mio entrara algun otro que te aura grande embidia del amor que la señora Infanta te muestra. E de dia e de noche guardara lo que hazes e por donde vas.

Respondio Luys:

— Alexandre, amigo mio entre todos mis amigos muy amado: sabe te que con todas mis fuerzas me guardare quanto pudiere; mas como me podre guardar no teniendo tu fidelidad. Mas una cosa resta que yo de ti quiero: que recibas esta sortija de mi, e por ella de mi te recuerdes.

Respondió Alexandre:

— Yo de grado por amor tuyo recebire el anillo. Aun que sin el nunca te olvidare, y encomiendo te a Dios.

Y entonces abrazaron se ambos a dos por el cuello, e besaron se y dexole yr. Y luego dende a poco tiempo vino Guido, hijo del rey de España, muy bien acompañado de muchos caualleros e hijos dalgo e presento se al emperador, y el emperador le dixo:

— Hijo, ¿de donde eres e porque eres venido a esta tierra?

Respondio le Guido:

— Señor, las virtudes y nobleza de vuestra alteza buelan y resplandecen por todo el mundo; e porende yo soy venido aqui para seruir a vuestra alteza e deprender virtudes e cauallerias e buena crianza.

E dixo el emperador:

— En buen hora seas venido, e yo quiero que seas en lugar de Alexandre, hijo del rey de Egypto, el qual fué poco tiempo ha.

Y encomendo le a su senescal, el qual le dio el lugar de Alexandre en la camara de Luys, de lo qual se enojo mucho Luys, mas no pudo fazer enello al. E Guido entendiendo que Luys de mala gana le recogia, luego comenzo de le tener gran malicia. E Luys, por miedo de Guido, se detuuo de platicar con la infanta gran tiempo. Empero vencido de grande amor algunas vezes iua a ella; y despues, como de primero, torno muchas vezes a yr a

ella. E Guido, mirando luego, comenzo de assechar e mirar e buscar donde yua, tanto que vino en conocimiento de todo el secreto de Luys, e como la infanta era conocida por Luys, e que enesto le auia mucho ayudado su compañero Alexandre. Y acaecio que una vez el emperador estando en la sala alabando mucho a Alexandre de sus virtudes e bondades e discrecion. A lo qual Guido dixo:

— Señor, no se deue tanto alabar Alexandre, ca sabed que ha sido aleuoso muchos dias en vuestra corte.

Respondio el emperador:

— Como dize esso.

Dixo Guido:

— Una hija teneys que es heredera: sabed que Luys, por medio e ayuda de Alexandre, la ha alcanzado: e cada noche, quando se le antoja, va a ella a tomar su plazer.

El emperador, oyendo esto, fue mouido a gran yra. E acaecio que Luys auia de passar por la sala, e como le uido el emperador, llamole e dixole:

— ¿Que es esto que oyo de ti? Si es verdad, sabete que moriras mala y vergonzada muerte.

Respondio Luys e dixo:

— Señor, ¿que es esto?

Respondio Guido:

— Yo he dicho delante mi señor contra ti que le as desonrrado su hija e cada dia vas a ella, y esto te combatire de tu persona a la mia.

Respondio Luys:

— Por cierto, yo en esto soy inocente y yo lo manterne e lo defendere, e yo espero en Dios que esta mentira quebrantara en tu boca.

Y el emperador oyendo este desafio assignoles el dia del campo, y hecho esto Luys fue a la infanta e contole todo el hecho de como Guido auia dicho al emperador todo quanto entre ellos dos passaua, e como quedauan desafiados, e le auia assignado el dia del campo. E dixole:

— Señora, dad me agora buen consejo, ca en otra manera yo sere fijo de la muerte. E como sabeys yo no he podido escusar el campo saluo si me quisiera dar por culpable. E Guido es muy rezio e valiente en las armas: que ninguno ay en la corte semejante a el saluo Alexandre, el qual no esta aqui; e yo soy flaco, e si entro en la lid con el sin duda sere vencido; e vos, por consiguiente, quedareys en muy gran confussion e desonra.

Al qual respondio la infanta:

— Faz mi consejo, pues estas de ti mesmo desesperado. Vete presto a mi padre e dile que as recebido cartas que tu padre esta mucho mal a la muerte, que dessea mucho verte por hazer contigo su testamento, e pide le licencia por razon de la dolencia de tu padre que le plega alargar te el plazo del campo, tanto que puedas yr para tu padre e boluer aca, y quando ouieres recabado la licencia y el plazo, vete lo mas presto que pudieres al rey

Alexandre secretamente, y dile la causa porque vienes, e ruega le que en esta estrema necessidad te ayude; e yo le escriuire una carta pidiendole por amor mio, pues el fue causa de nuestra amistad, que a ti e a mi quiera socorrer.

E como Luys oyo esto, plugo le mucho el consejo de su amiga e luego pidio licencia al emperador en la forma sobredicha; e alcanzado la licencia y el plazo de la batalla, tomo la carta de la infanta e fuese para Egypto a Alexandre. E no holgo dia ni noche hasta llegar a la ciudad e al palacio del rey Alexandre, e como el rey supo su venida, alegro se e salio le a recebir. E marauillando se mucho pregunto le la causa de su venida.

Respondio Luys:

— Señor e amigo, mi vida e muerte en tus manos esta: ca assi como ante me dexiste que sobreueniendo me otro compañero yo seria perdido sino me guardaua, así ha acaecido: e yo hize como tu me dexiste e quanto pude me guarde de yr a ella; mas despues aquel hijo del rey de España conociendolo, assecho me hasta que supo la verdad, e acuso me al emperador, de manera que me es forzado pelear con el, e como tu bien sabes que es hombre esforzado e yo soy flaco, porende Florentina me aconsejo que yo viniesse a ti para remedio de nuestra angustia: porque sabe que eres verdadero amigo, y me dio esta carta, rogando te que en tanta necessidad no nos desampares.

Dixo Alexandre:

—¿Sabe alguno tu venida a mi por esta razon saluo Florentina?

Respondio Luys:

—Ninguno; ca yo he pedido licencia al emperador para visitar a mi padre que estaua a la muerte.

E dixo Alexandre:

—¿Como te aconsejo Florentina que hiciesses?

Respondio Luys:

—Hermano, ella me aconsejo esto porque mucho nos parecemos e tu entrando en la lid Guido ninguno te conocera saluo Florentina. E acabado el campo, cada qual de nos se boluera a su tierra.

Dixo Alexandre:

—¿Quando sera el dia de la pelea?

Respondio Luys:

—De oy en ocho dias.

E dixo Alexandre:

—Pues si yo no parto luego, no llegare al plazo; pues como haremos que mañana todos mis vassallos vernan al combite ca yo los he combidado, y hare bodas con mi esposa, e si dilato despues no podre, y el negocio se perdera, e si no fuera alla, la pelea sera desamparada; ¿que es lo que mejor te parece?

E como Luys oyo la difficultad, cayo en tierra sospirando e diziendo de cada parte ay trabajo.

Dixo Alexandre:

— No desmayes ni te espantes, ca aun que su piesse perder mi reyno e mi mujer, no te dexare caer. Oye lo que he pensado: pues nos parecemos, e yo no soy tan conocido a los caualleros y el pueblo tomara a ti por mi, queda tu en mi lugar e haras bodas con mi esposa y assentar te as al combite como si fuesses yo; e quando te encierres en la noche guarda me lealtad y lugo yo caualgare e ire a la lid; y si Dios me diere victoria, luego boluere secretamente, e tu esso mesmo bolueras a tu tierra.

Dicho esto despidio se Alexandre de Luys e fue a la corte del emperador a pelear con Guido, e Luys quedo en la boda por Alexandre. El dia siguiente fue Luys en lugar de Alexandre e desposo se en la faz de la yglesia e hizo su combite, e visito sus varones e mostro se muy benigno. E como fue de noche Luys encerrose e acosto se con su esposa e puso su espada desnuda entre el y ella porque no se tocasse la una carne con la otra, de lo qual ella se marauillo mucho, empero ninguna cosa dezia; e assi dormio con ella mientras el rey Alexandre fue ausente; y el rey Alexandre vino al plazo puesto por el emperador e dixole:

— Señor, aunque yo aya dexado mi padre muy doliente, empero soy venido por defender mi honra.

Respondio el emperador, e dixo:

— Bien as hecho, e como la infanta le vido alegrose mucho e pusole los brazos por el cuello e bexole e dixole:

— ¡O, bendita sea la hora en que te he podido ver! Dime en donde as dexado a Luys.

Y Alexandre contole todo el processo como lo dexo en su reyno. E despidiose della y entro en la camara de Luys; e assi no ouo hombre que no creyesse el ser Luys, saluo Florentina la infanta. Y el dia siguiente ante de entrar en la lid dixo Alexandre al emperador en presencia de Guido:

— Señor, este me ha diffamado, e a vuestra señoria e yo vos affirmo e por la cruz e por los sanctos euangelios que nunca yo conocia vuestra hija por essa parte, y esto en este dia con la ayuda de Dios sobre el cuerpo de Guido prouare.

Respondio Guido:

— Por la cruz, e por los sanctos euangelios, tu as desonrado la hija del emperador: lo qual prouare en tu cabeza.

Y hecho esto caualgaron en sus cauallos y encontraronse muy fuertemente e assi estauan peleando con las espadas tanto que Guido cayo del caballo, e Alexandre luego descaualgo e matole, e cortole la cabeza. La qual embio luego a la infanta, de lo qual ella se gozo mucho, e leuola a su padre diziendo:

— Señor, cata aqui la cabeza del traydor que a tu e a mi ha falsamente diffamado.

Y el emperador, como vido la victoria luego embio por Alexandre, el qual creya el ser Luys, e dixole:

— Amigo mio, tu as oy muy bien defendido la honra mia e de mi hija e por tanto dende adelante yo te quiero mucho mas bien que nunca te quise: e quien te de aqui adelante te diffamare caera en mi yra.

Respondio Alexandre:

— Señor, Dios guarde a los que en el tienen confiança, porque venguen la sangre inocente. Mas una cosa te suplico, Señor, pues he dexado a mi padre doliente, plegate de me dar licencia que alla buelua, e como estuuiere mejor boluere.

Respondio el emperador:

— Plazeme en esta manera que no me dexes, ca dende adelante no quiero perderte.

Entonçe Alexandre despidiose del emperador e boluio a su reyno. Al qual como vido Luys. gozose mucho. E Luys recibiole muy amigablemente, diziendo:

— Amigo mio, ¿como te has auido en el campo contra Guido?

Respondiole Alexandre:

— Ue al emperador e siruele segun que as hasta aqui hecho, ca yo te he mayor gracia recabado que antes tenias y he cortado la cabeça de tu enemigo Guido.

Respondio Luys:

— Tu me has saluado la vida, no solo esta vez mas muchas, lo que yo satisffazer no te puedo. Remuneretelo Dios, que a el te encomiendo.

E torno Luys al emperador. E ninguno supo la ausencia de Alexandre saluo Luys. E como anochecio entrose Alexandre en la cama con la reyna e luego ouo con ella muy dulces palabras, e abraçola, y ella dixole:

— Mucho as estado sin mostrarme alguna señal de amor.

Dixo Alexandre:

— ¿Porque dizes esto?

Respondio la reyna:

— Despues que duermo contigo hasta agora siempre has puesto la espada sacada entre nos dos e nunca te me has allegado hasta agora.

E como el rey Alexandre lo oyo, entendio la lealtad de Luys, su amigo, e dixole:

— Amada mia, no lo he hecho por algun mal, mas solo por una prueba de amor grande que yo vos tengo.

Y ella pensaua en su coraçon e dezia entre si: «Tu nunca lo veras ni auras mi amistad.» E luego començo de amar un cauallero que en dias passados mucho le auia agradado. E tanto fue la amistad que entre ellos ouo que pensaron entre ellos dos como auian de matar al rey Alexandre; e assi concertaron entre si de emponçoñar al rey. E como el fuesse de rezia complision, no le pudo la ponçoña matar; mas hizole leproso. E viendo esto los grandes e nobles del reyno, e la reyna con ellos, dixeron:

— No deue el leproso ser nuestro rey, porque no puede engendrar saluo hijos leprosos como el.

E assi lançaronle del reyno. Y entre tanto murio el padre de Luys, y acaecio que Luys juntamente fue rey de Francia y emperador por la muerte del mismo emperador Tito, su señor, el qual quiso que sucediesse en lugar suyo Luys. E mando a todos los grandes e nobles del imperio que le recibiessen por señor, de que la infanta mucho se gozo por ello, porque le amaua. E como el rey Alexandre oyo dezir estas cosas, penso entre si, diziendo:

— Mi compañero Luys, emperador e rey de Francia. ¿A quien podia yo yr mejor que e el, por quien he yo mi vida muchas vezes en grande auentura puesto?

Y de noche levantose solo e tomo un bordon e sus tablillas de madera para pedir por Dios como leproso. E fuese por su camino fasta que llego adonde el emperador estaua. E como fue llegado, el se puso entre los otros leprosos que pedian limosna por amor de Dios cabe la puerta del palacio. E como el emperador salio fuera del palacio, todos sonaron sus tablillas, y el rey Alexandre con ellos; e como no le diessen limosna, estuuo esperando hasta que el emperador se assentasse a la mesa, y entonce fue a la puerta e toco, y el portero pregunto quien estaua ende. Respondio el rey Alexandre e dixo:

— Aqui esta Alexandre, pobre hombre desecha-

do, y ruegote por un solo Dios que no me deseches, mas que lo digas al emperador.

Respondio el portero:

— ¿Que quieres que diga?

Dixo Alexandre:

— Dile que un leproso muy espantable de ver le ruega que por amor de un solo Dios y del rey Alexandre le otorgue oy que coma delante del en el suelo su limosna.

Respondio el portero:

— Marauillome que tales cosas pidas a mi señor el emperador, ca toda la sala esta llena de grandes señores e nobles caualleros, e si te viessen, todos te echarian quanto comen; pero porque tan afincadamente me lo ruegas, yo lo prouare.

Y fuese al emperador e contole la embaxada como un leproso estaua a la puerta que se dezia Alexandre. E como el emperador oyo nombrar Alexandre, rey de Egypto, dixo al portero:

— Faz lo entrar luego, aunque sea hombre desechado y feo.

En esse punto entro, e hizieronle assentar, e dieronle muy bien de comer. E como ouo bien comido, dixo a un paje que le hiziesse tanta merced que dixesse al emperador que le rogaua que por un solo Dios e por amor de Alexandre mandasse que le diessen a beuer en su copa.

Respondio el paje:

— Yo lo hare por amor tuyo e de Dios; mas yo

creo que no lo hara el emperador, porque si una vez beuiesses en ella, nunca jamas el beuera en ella.

Con todo el paje hizo la embaxada como gelo rogo. Y el emperador, oyendo nombrar al rey Alexandre, luego mando henchir la copa del mejor vino que ende auia y embio gela. Y el tomo el vino y pusolo en una calabaça que el traia, e puso en la copa la sortija, y embiosela al emperador. E como el emperador vio la sortija, luego conocio que era la sortija que el diera a Alexandre por gran amistad, quando se despidio de el, e pensaba en su coraçon: «O Alexandre es muerto, o algun misterio deue ser este». E luego el emperador mando al leproso que no se fuesse sin le hablar primero, ca no le conocia ni le tenia por Alexandre. E acabado el yantar, el emperador tomó aparte al leproso e pregunto le como auia auido aquel anillo.

Respondio Alexandre:

— Señor, ¿tu alteza conocio bien el anillo?

Dixo el emperador:

— Si, muy bien.

Dixo Alexandre:

— ¿Pues no me conoceys? Ca yo soy aquel Alexandre a quien lo diste.

E como el emperador esto oyo, cayo en tierra de gran dolor, e rasgose las vestiduras reales con grandes sospiros e quexas, diziendo:

— ¡O Alexandre, remedio de la mi vida! ¿Como

esta de tal manera tratado tu noble y delicado cuerpo?

Respondio Alexandre:

— Por la mucha lealtad vuestra quando posistes vuestra espada en la cama de mi esposa entre vos y ella; ca despues, siendo ella desto muy mal contenta de mi, por consejo de un cauallero enamorado suyo, me emponçoño tanto que, segun veys, soy medio muerto e an me echado del reyno.

Oyendo esto el emperador, abraçole e besole, diziendo:

— Hermano Alexandre, grande dolor he de ti; mas aue paciencia hasta que llamemos a todos los mejores phisicos e mas entendidos que sean en todo el mundo, si te pudieren remediar; e si possible fuere no quedara por thesoro aun que yo en ello supiese gastar todo mi imperio.

Y entre tanto pusole en una camara muy adereçada e mando proueerle de todas las cosas a el necessarias. Y embio a todas las partes del mundo por physicos muy platicos, de los quales vinieron en espacio de un mes muchos e muy sotiles e platicos. E como el emperador los vido, dixoles:

— Amigos, yo tengo un amigo emponçoñado e leproso; e si vosotros os offreceys de sanallo, no hagays estima de oro ni de plata ni de bienes temporales, que no hay cosa que yo mas quiera que a el, e quanto me pidierdes os dare.

Respondieronle ellos:

— Señor, sabed que todo quanto de physica alcançarse pueda, aureys de nosotros.

E como le vieron e trataron de la natura de la dolencia, juzgaron ser la dolencia segun el saber humano incurable. E como el emperador esto oyo, entristecio mucho, y entonce boluio se a pedir la ayuda de Dios, llamando los religiosos pobres e todos los hombres deuotos; e mando hazer ayunos e oraciones porque Dios quisiesse ayudar a su amigo Alexandre. E como estuuiesse un dia el rey Alexandre en su oracion deuotamente, oyo una boz que le dixo: «Si el emperador matare con sus manos dos hijos que ha la emperatriz de una vez parido, e lauares tu cuerpo en la sangre dellos, tu carne sera sana e limpia como la de un niño.» Y el rey Alexandre pensaua entre si diziendo: «No es cosa espediente de reuelar esta visión, porque mucho contrasta a natura la tal cosa que alguno mate sus propios hijos por cobrar la salud ajena.» E no lo quiso dezir. Y el emperador dias y noches rogaua a Dios por la salud de Alexandre. Y en fin vino al emperador una boz que le dixo: «¿Que me pedis? Que Alexandre ha sido ya reuelado como ha de ser sano e limpio.» E como el emperador Luys esto oyó, fuese al rey Alexandre e dixole:

— Hermano, sea Dios bendito alabado, que nunca desampara a los suyos que en el esperança tienen, que te ha reuelado como as de sanar. E por-

ende yo he grande alegria dello, e si has menester quanto yo tengo, todo lo gastare por ti.

Respondio Alexandre e dixo:

—¡Hermano y señor! Yo no osaria dezir vos como tengo de sanar, porque es sobre todos los limites de natura, e no vos osaria dezir de tal cosa puesto que de vos en cosas grandes confio.

Dixo el emperador:

—Alexandre, ten confiança en mi, y en lo que possible me fuere de hazer por cobrar tu salud, que yo todo lo hare; e no me encubras cosa del mundo.

Entonces dixo Alexandre con gran temor e verguença:

—Dios me ha reuelado que si matares ambos tus hijos e fuere yo lavado en la sangre dellos, sere sano y alimpiado. E por ende he callado, porque me parece esto ser mucho contra natura e que el padre aya de matar sus hijos por salud ajena.

Respondio el emperador:

—¡O Alexandre, no digas por salud ajena, que tu no eres ajeno a mi, mas otro yo! ¡E por tanto, si diez hijos touiesse, por tu salud los mataria a todos!

Y de alli adelante el emperador començo de buscar tiempo que la emperatriz fuesse ausente con sus donzellas. E siendo el tiempo conueniente, entro en la camara donde sus hijos estauan durmiendo e con su puñal, llorando, degollos ambos a dos. E cogio la sangre en un vaso de plata muy lim-

piamente e fue al rey Alexandre e bañolo e fregole muy bien; y en ese punto fue sano e limpio como el dia en que nacio, e se torno la carne como de un niño de leche. Y entonces luego el emperador fue muy alegre e dixo:

— ¡O Alexandre! ¡Agora te veo en la manera que muchas vezes te he desseado uer! ¡Bendito sea Dios, que me dio estos hijos por cuyo medio tu sanaste!

E Alexandre dio muchas gracias a Dios e al emperador, e ninguno supo en la corte de la muerte destos niños saluo el mesmo emperador e Alexandre. E como el emperador vio a Alexandre sano, dixolo:

— Yo hare que vayas muy bien acompañado. E apartate de aqui dos o tres leguas e luego embiame a dezir tu venida publicamente e yo salirte he a recebir y estaras conmigo hasta que pensemos mejor en tu estado.

Respondio Alexandre:

— Plazeme.

E hizolo asi, y luego Alexandre embio un mensajero al emperador Luys e denunciole la venida del rey Alexandre. Y como la emperatriz supo esto, gozose mucho e dixo:

— Señor, no tenemos cosa tan gozosa que yr a recebir al rey Alexandre, nuestro tan querido amigo, al qual dias ha que no auemos visto. Por ende, señor, si vos plaze, salidle a recebir con vuestros

caualleros e grandes hombres, e yo con mis damas e donzellas vos acompañare.

Y ella ninguna cosa sabia de la muerte de sus hijos. E con el gozo que auia de la venida del rey Alexandre, nunca se acordo de sus hijos. E assi salieron ambos con gran caualleria a le recebir. E con grande alegria fue recebido Alexandre, e vinieronse juntamente a la ciudad. E quando fue la hora del comer, Alexandre fue sentado en medio del emperador e de la emperatriz, e la emperatriz le hizo quanta fiesta pudo. E viendole el emperador alegrose dello e dixo:

— Florentina, alegrate pues vees aqui a Alexandre, nuestro hermano.

Respondio ella:

— Pues cierto es gran razon, e vos, mucho más, que por causa del soys venido a esta dignidad, e vos ha muchas vezes librado de la muerte.

E dixo el emperador:

— Yo te ruego, Florentina, que me escuches. ¿No viste aquel leproso que el otro dia estaua assentado delante nosotros e me pidio de beuer por amor del rey Alexandre?

Respondio la emperatriz:

— Si por cierto, e nunca vi hombre mas espantable.

Dixo entonce el emperador:

— Pongamos que aquel fuere el rey Alexandre, e que en ninguna manera pudiesse ser curado saluo

por la sangre de tus hijos que en una vez pariste: ¿querrias que se derramasse la sangre dellos e que Alexandre se bañasse en ella porque sanidad perfecta consiguiesse, como le vees tener?

Respondio ella:

— Señor, ¿porque me dezis estas cosas? Certificote que si diez hijos tuviesse, todos diez los degollaria e mataria con mis manos para en que el se bañasse, antes que le dexase en tal peligro; ca bien podia yo cobrar los hijos, mas cobrar tal amigo seria impossible.

Y el emperador, oyendo esto, algun tanto consolado, le dixo:

— Señora, pues ante os ruego que os conorteys de vuestros hijos, que de la dolencia a Alexandre sabed luego todo el caso. E deueys saber que el leproso tan feo, que vistes, fue Alexandre, el que aqui veys assentado e sano segun que parece; e sabed que vuestros fijos son muertos por su salud.

E como ouo oydo esto la emperatriz, estaua muy triste, como era la razon, aunque auia dicho que antes quisiera ver muertos a sus hijos que a Alexandre ver en tal pena. E las amas que los criauan, quando esto entendieron, con gran llanto e lagrimas messandose, fueron a la camara de los niños; e por todo el palacio fue gran llanto e quebranto quanto se pudo hazer. Mas Dios, por su infinita bondad, quiso mostrar gran milagro: que quando fueron a la camara, oyeron cantar a los niños la *Salue*,

Regina. Lo qual oyendo, e viendo esto, vinieron corriendo con gran gozo al emperador e a la emperatriz, e dixeronles como eran los niños viuos. E quando esto oyeron, fueron a la camara e hallaron los cantando e jugando con sendas mançanas en las manos. E tenian en las gargantas donde auian seydo degollados, un cerco de oro. E como las amas diuulgaron este fama, gozaronse mucho quantos en la corte estauan, e dauan loores a Dios de tan gran milagro.

Y despues el emperador y el rey Alexandre recogieron una muy gran hueste por la mar y entraron en Egypto por ganar la tierra. E quando la reyna y el cauallero su enamorado, que se auia alçado por rey en el reyno, lo supieron, llamaron a todos los grandes sus vassallos que viniesen para defender la tierra contra Alexandre. E venidos a el, juntaronse gran número de gentes e vinieron contra Alexandre e contra el emperador Luys, e ouieron una muy fuerte e cruda batalla, en que huyo el cauallero amigo de la reyna e mucha gente suya fue muerta. E despues cercaron la ciudad e tomaron a la reyna e al cauallero que auia con ella cometido la traycion, e mandolos quemar.

Lo qual hecho, tenia Luys una hermosa hermana, la qual caso con el rey Alexandre, su muy amado amigo. E como el rey Alexandre e Luys ouieron conquistado todo el reyno y estuuiessen en paz, torno el emperador Luys a su imperio

Y el rey Alexandre ouose en todos sus negocios muy bien e prudentemente con los del reyno e vencio todos sus enemigos, e como estuuiesse con toda su gloria e poderio, penso en lo de su padre e de su madre, por los quales el fuera tan cruelmente lançado en la mar. Y ellos morauan en tierras muy lexos, y el embioles a dezir que cierto dia vernia a comer el rey Alexandre con ellos. E como vino a ellos el mensajero, recibieronle de muy buen grado, marauillandose mucho que cosa podia ser que el rey quisiesse comer con ellos; empero tornaronle a embiar con grandes dones diziendole que les plazia, e que harian al rey todos quantos seruicios a ellos fuesse possible, e que esta honra no le podrian pagar jamas; que el tuuiesse por bien de hazerles tanta mereed que quisiesse con ellos comer. Y el mensajero, tornando al rey, dixo como le auian muy bien recebido, e le auian empresentado muchos dones, e como se offrecieron muy voluntariamente a su mandamiento. La qual respuesta plugo mucho al rey.

Y el rey Alexandre, al plaço puesto, con una conueniente compañia vino a casa de su padre e de su madre. Lo qual ni el mesmo padre ni la madre sabian que ellos fuessen padre y madre del rey Alexandre. E como el rey Alexandre se allego con su gente al castillo del cauallero de su padre, saliole a recebir el mismo cauallero. E como llego al rey, descaualgo de su cauallo y llego con las rodi-

llas por el suelo al rey. Y el rey, con mucha cortesía, leuantole de la tierra e hizole tornar a subir en su cauallo, e pusole a par de si. E assi juntamente fueronse para el castillo. E como llegaron cabe el castillo, saliolos a recebir la madre, e tendida por el suelo le saludo; la qual fue leuantada por el rey e la abraço. E dixo ella:

— Señor, muy grandissima honra ha hecho vuestra Alteza a personas tan baxas con vuestra presencia.

E como fue adereçado para comer, vino el padre con el plato para dar agua a las manos, e la madre vino con las touajes (*sic*) y dixeronle:

— Señor, todas las cosas estan ya aparejadas; tome vuestra Alteza agua a manos.

E como el rey Alexandre vido esto, sonriose e dixo entre si: «Ya es complido el canto del ruyseñor. Por cierto mi padre e mi madre, si yo les dexasse hazer, bien complirian lo que yo he dicho.» Y entonce el rey no quiso suffrir que le diesen agua, diziendoles:

— Vuestra vejez es honrada, por tanto guardeme Dios que tal cosa consintiere.

Y respondio el cauallero su padre:

— Señor, nos no somos dignos de seruir a vuestra Alteza, e por tanto vos rogamos que vos plega de nos dexar hazer e lo consintays por lo que a nuestra honra toca.

Dixo entonce el rey:

— ¿No vos he dicho que vuestra vejez con gran razon se deue honrar e comportar?

E todo esto hecho, el rey se assento a la mesa, e puso a su padre a la diestra e la madre a la yzquierda. Y ellos dixeron:

— Señor, no somos dignos.

Respondio el rey:

— Haced mi voluntad.

Y ellos assentados, quanto pudieron mostraron alegria en el rostro y estauan muy gozosos. E acabado el yantar, el rey entro en la camara e hizo entrar al cauallero su padre con su mujer, e mandó que todos los otros se saliessen fuera de la camara. Y estando solos, mandoles que se assentassen cabel, e dixoles:

— Amigos, ¿teneys algun hijo?

Respondieron ellos:

— Señor, no.

Dixo entonce el rey:

— ¿Ouistes jamas algunos hijos?

Respondio el cauallero:

— Señor, un hijo(s) tuuimos, empero muerto es.

Dixo entonce el rey:

— ¿De que muerte murio?

Respondio el cauallero:

— De su muerte natural.

Dixo entonce el rey Alexandre:

— Si yo vos mostrare que de otra muerte es fallecido, sereys de mentira vencidos.

Respondio el cauallero e dixo:

— Señor, ¿porque pregunta vuestra Alteza por mi hijo?

Respondio el rey:

— Por cierto no sin causa vos lo pregunto; e por ende yo quiero saber de que es muerto, e si no me lo dixeredes, yo os matare.

Oyendo ellos esto, tendieronse en el suelo e pidieronle misericordia; y el rey leuantolos, diziendo:

— No he venido a vuestra casa porque fuesse traydor; mas dezidme la verdad porque vos salueys. Ca yo he entendido que vosotros le matastes; e si esto viene en juycio, cierto es que sereys a muerte condenados.

Entonce dixo el cauallero:

— Señor, hazednos merced de la vida e yo os dire la verdad.

Respondio el rey:

— No temays cosa alguna.

Dixo el cauallero:

— Señor, nosotros ouimos un hijo muy sabio y entendido. Y como estuuiesse un dia sirviendonos a la mesa, vino un ruyseñor volando; el cual tan dulcemente cantaua; cuyo canto el nos interpreto diziendo: «Esta aue ha cantado que yo tengo de ser tan gran señor que vos os convidareys de seruirme de agua a las manos e que terna mi madre la bazaleja.» E yo, oyendo esto, mouime con grande yra e lancelo en la mar.

— Pues — dixo el rey — ¿que mal vos viniera porque el fuere grande? Ante ouiera sido honra e prouecho vuestro. Por cierto, locura fue contrastar a la voluntad de Dios. Sabed, pues, que yo soy vuestro hijo, el qual lançastes en la mar, e Dios por su misericordia me saluo, e mè ha a este estado traydo.

Y ellos, oyendo esto, de gozo e de miedo fueron llenos y cayeron en el suelo. Y el leuantolos con mucho amor, diziendo:

— No temays, mas alegraos e tomad plazer, que por esto ningun mal avreys, mas mi ensalçamiento sera gloria vuestra e provecho perpetuo.

E besolos. Y la madre començo a llorar de gozo. A la qual dixo el rey:

— No lloreys mas; consolad vos, que en mi reyno aueys de ser mayores que yo, quanto yo viuiere.

E siendo ellos consolados, lleuolos consigo al reyno suyo, a do estuuieron con el rey su hijo mientras viuieron en igual honra y gloria con el. Y fenecieron sus dias con alegria.

CAPITULO XXII

COMO FUE CONDENADA A MUERTE LA EMPERATRIZ, E DE LA MUERTE DEL EMPERADOR, E COMO DIOCLECIANO, SU HIJO, LE SUCEDIO EN EL IMPERIO

Acabado que ouo este razonamiento, dixo al emperador:

— Señor, ¿aueys entendido lo que he dicho?

Respondio el:

— Si, muy bien.

Dixo el hijo al padre:

— Puesto, Señor, que Dios me haya dado sabiduria y entendimiento mas que otros muchos, esto no sera perjuycio de vuestra honra, antes mas para la conseruar, asi como el poderio de aquel rey que fue lançado en la mar; que no redundaua en confusion ni uerguença de su padre, mas en honra grande e prouecho sin fin, ca siempre, mientras viuieron, ouieron mucho bien.

E dixo el emperador:

— Hijo, yo te renuncio del todo el imperio, pues me has claramente enseñado por tu exemplo, por el qual yo puedo entender que es mejor que dende adelante yo te encomiende mi trabajo, pues soy viejo.

Respondio Diocleciano:

— Señor, no sera asi: mas quanto viuierdes, po-

dreys mandar a vuestra voluntad. E quanto a los trabajos e a los otros auctos yo soy presto a vos seruir; e assi prosigamos la sentencia contra la emperatriz.

Y el emperador hizo luego hazer juyzio e assentar los juezes pro tribunal. E hizo llamar la emperatriz con sus damas, e hizo sentar el vellaco su amigo cabe ella, vestido como muger, delante de todos. Y el hijo del emperador pidio sentencia, diziendo:

—Señor, pues soys emperador del mundo e vuestra majestad requiere recto juyzio, yo pido sentencia de la diffamacion que la emperatriz me ha leuantado, por la qual me han siete vezes lleuado a la horca. Y esso mismo, que ha sido aleuosa, como aueys visto. E por ende yo vos requiero que mandeys a vuestros acessores que hagan justicia.

E luego que la emperatriz oyo esto, cayo al suelo amortecida e pidio perdon; mas ninguna cosa le aprouecho, porque el hijo quiso auer justicia. A lo qual dixeron los juezes:

— Su confusion mesma la condena, y la prueua de aquel vellaco que ha seydo cabe ella hallado. Y por ende nos damos por sentencia que sea atada a la cola de un cauallo e leuada por las calles e callejones e por las plazas al juyzio, e sea ende quemada, y el vellaco sea descuartizado.

Y esta sentencia fue por todos aprouada.

E despues desto el emperador en muy breue

tiempo murio. E Diocleciano su hijo en lugar suyo regia el imperio con muy grande prudencia. E tenia consigo sus maestros con muy gran honra y mucha reuerencia; con cuyo consejo assi gouerno el imperio que a todos sus predecessores en prudencia e justicia e juyzio e tesoro e muchas riquezas sobro. E los sus maestros le amaron mucho en demasia, tanto que muchas vezes se pusieron a la muerte por el. E assi feneciendo sus vidas en paz se encomendaron a Dios.

¶ Siete fueron en Grecia los que sobre todos tuuieron excelencia en saber. ¶ Bias Primense. ¶ Tales Milesio. ¶ Solon de Atenas. ¶ Pithagoras Mitileno. ¶ Chilon Lacedemonio. ¶ Periandro Corintio. ¶ Eleobolo Didio. Los que estudiaron philosophia, hasta el tiempo de Pithagoras fueron llamados sabios, y despues an sido dichos philosophos.

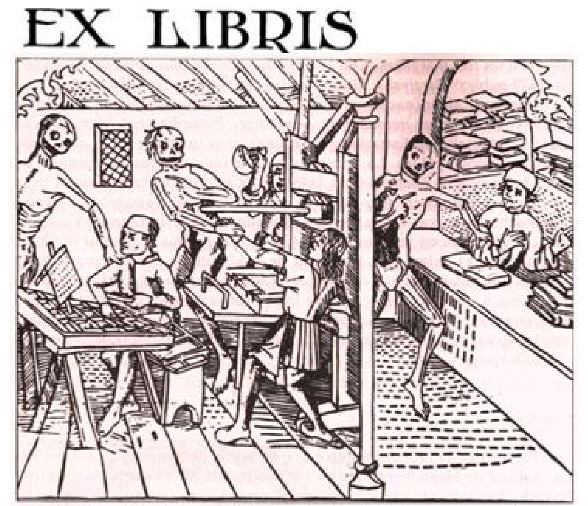
A Dios sean dadas muchas gracias.

Aqui se acaba el *Libro de los Siete Sabios de Roma*, el qual tiene marauillosos exemplos y auisos para todo hombre que en el quisiere mirar. Es impresso en la muy noble y mas leal ciudad de Burgos por Juan de Junta, impressor de libros. Acabose a onze dias del mes de Março, año de mil e quinientos e treynta años.

APÉNDICE

HISTORIA LASTIMOSA DEL PRÍNCIPE ERASTO

[REPRODUCIMOS EL TEXTO DE AQUELLOS CUENTOS QUE NO FIGURAN EN LAS OTRAS VERSIONES DEL «LIBRO DE LOS SIETE SABIOS DE ROMA»]



[LA CRIADA TRAIDORA]

En la ciudad de Padua, por su antigüedad famosa y por el exercicio de las letras, hubo un mancebo, por nombre Cleandro, así por la nobleza de la sangre como por su gran patrimonio, contado entre los principales della. El cual, siendo del padre hecho instruir, tanto en las artes liberales como otras convenientes a caballero, salió tal que no se hablaba en otra cosa en la ciudad con no menos gloria de su padre que loor suyo.

Sucedió, pues, que pagando el padre su deuda a la natura, él tomase el cuidado de gobernar su hacienda; lo que hacía tan diestramente que, no perdiendo punto de sus honestos exercicios, daba de sí mayores esperanzas y parecía naturalmente ser nascido para mandar, siendo por ello no menos estimado que por el resto como ornamento propio y sobre que nadie tiene poder.

Estando las cosas en tales términos, fué aconsejado de sus amigos y parientes a tomar mujer, para perpetuar el nombre y la familia; y, no embargan-

do que estuviese dello algo ajeno, conosciendo ser el consejo razonable y verdadero, se lo acordó, hallándose doncella conforme a él. Ni se pasaron muchos días que su deliberación no hubiese efecto con una, así de nobleza como costumbres y hermosura harto rara, llamada Beatriz.

Celebradas las bodas y llevado para su casa, habiéndose la nueva esposa en ella tan cuerdamente que no había más que desear en todo (pero con tal modestia que no hacía cosa que no comunicase con el marido en señal de verdadera obediencia, de que él se tenía por beato summamente). Con esta concordia y unión perfecta, pasaron muchos días con fama de el más hermoso y más feliz ayuntamiento que hubiese en Padua.

Mas la fortuna, enemiga naturalmente de los buenos, le revolvió de suerte que trocó la mayor felicidad en la mayor miseria y desventura que se pudiera imaginar. Tenía esta gentil dueña, entre las otras, una criada, muy experta en las cosas de la casa, a la cual por la experiencia de su amor y buen servicio, dando un poco más de libertad, acaeció lo que a otras suele (que con el regalo demasiado se olvidan de la honra y de la fe), poniendo los ojos en un mozo de casa, y en efecto su deshonesto pensamiento debaxo de la opinión de virtuosa.

No fueron muy adelante los amores que la honestísima señora, en el vigilante celo que tenía, no los cogiese en ellos, y, alterada de ello, como el

acto requería, estuviese en entregarlos al marido para el castigo de la injuria. Mas, pensando en ello, con temor que con furioso ímpetu los matase y le pudiese venir trabajo de ello, determinó seguir otro consejo. Y fué que, echando de casa al mozo sin estruendo, y llamando a la criada a lo más remoto de su casa, hizo en ella tal labor, que fué menester estarse muchos días en la cama so color de enferma. Y puesto caso que por su deshonestidad debiera de allí en adelante aborrecerla más, todavía con nna piedad muy amorosa curaba de ella y le hacía dar allí cumplidamente lo necesario; que fuera harto para amansar a un tigre a no reinar malicia tan extraña, habiendo tan benignamente puesto en silencio su maldad.

No pudiendo esta fiera comportar serle interrompido su deleite, y por ello maltratada, echando todo a mala parte, determinó vengarse. E imaginando muchas cosas entre sí, concluyó no poder efectuarlo mientras que la señora de ella se dudase y que sería menester contrahacerla, dando a entender que había justamente padecido, y mostrándose muy obediente y al parecer llena de amor, y a la solicitud y cuidado del servicio de la casa más prompta que de principio.

Lo cual enteramente puso por obra, levantada de la cama; de manera que, pensando la señora nascía de limpio corazón, en breve la volvió a su primer lugar y gracia. Lo que alcanzado de ella,

esperaba sólo la ocasión de echar fuera la ponzoña que había concebido. Siendo, pues, un día la gentil dueña ida a una huerta suya fuera de la ciudad con otras, quedando ella sola en guarda de la casa, y el señor en su estudio, no quiso perder tiempo. Porque, entrando, le dixo tenía que hablar con él cosa de importancia.

—¿Qué importancia será esa?—respondió el caballero, maravillado.

—Tanto—dixo ella—que más no puede ser, pero con dos condiciones lo sabrás, si quieres; de otra arte, no: la una del secreto, y que nadie sepa jamás que yo te lo dixe, por no ser justo, por premio de mi lealtad y celo de tu honra, recibir la muerte; la otra de no correr con furia, sino mañosamente, para alcanzar(es) la verdad de lo que tengo que decir.

—Dice—dixo el caballero—que todo se hará como lo pides; que no soy tan liviano como piensas.

Hecha esta salva, empieza otro proemio del desplacer grande que tenía haber de decirle cosa que le diese enojo, añadiendo la experiencia de su lealtad y buen servicio, la diligencia y promptitud de agradar e a él y a la señora, cuyo bien no deseaba menos que la vida propia, principalmente viendo cuánto él la amase, que era bastante oblición, cuando no hubiera la del matrimonio, de persuadirle tener particular cuidado de su honra; lo que pensaba y creía él lo pensare teniéndola por

leal, mas que había alcanzado estar en ambos engañados; pues con tan poca reverencia de las leyes y menos respeto de su honra, se había dado a un criado suyo, con el cual atendía solo a solazarse; cosa que ella no podía soportar y le reventaba el corazón, habiéndola hartas veces reprehendido y con tantas palabras amonestado, no sacando otro fructo de ello que palabras injuriosas y mortales palos; y que oxalá con otros tantos pudiera remediallo; pero era por demás, estando los amores en peores términos que de principio; que esto la movía a darle cuenta de ello, aunque tarde, para que con su saber lo remediase.

— Y quanto a esto — dixo más — no quiero te fíes de mis palabras, sino de lo que vieres y palpares, aunque si en ello miras de aquí en adelante, alguna parte alcanzarás, si callas, y no das muestra de sospecha, parando mientes a cual de tus criados favoresca más.

Fué duro de oír al caballero de la mujer cosa semejante, teniéndola, como en efecto era, por buena y casta; mas entendiendo que fácilmente podría desengañarse, se puso a ello, y avisando a la criada que no hablase con otro que con él, la hizo volver a su labor, quedando solo pensando en ello, y cuál pudiere ser de sus criados con que su mujer le hacía traición.

Tenía el gentilhombre uno entre los otros que había criado de pequeño, dispuesto de cuerpo y

hermoso, y de costumbres mucho más; el cual de su mujer, así por su bondad como por la diligencia del servicio, era amado de limpio y sincero amor, mandándole a menudo uno y otro. Pareció al gentilhombre debía de ser éste; pero la lealtad de ambos de tanto tiempo experimentada se lo hacía difícil de creer. Deliberó, con todo, de andar en ello de sobre aviso, y ver si podía sin otros medios por sí mismo desengañarse; y mirando bien ello, le pareció andar aquél más atildado, lo que era de cierta lozanía natural que en sí tenía; y demás de esto, atendiendo el pobre mozo sólo a bien servir, de contino estaba en la presencia del uno de los dos, y al menor acesso *(sic)* no corría, mas volaba, y que ella de este de mejor gana se servía que de ninguno de los otros.

Lo que mirado con el falso presupuesto acrescentaba la sospecha, como suele acaescer, a quien admite solamente un punto de celos en la cabeza. Porque cualquier acto de la mujer, aunque fuese de los ordinarios con Henrique (que así tenía nombre el mozo) era el retrato de lo que había oído, y tenía en su pensamiento fixo ya. Cresciendo, pues, esta continua con el tiempo, y determinado descortar *(sic)* los cuernos, aunque lo tuviese por averiguado, quiso todavía vello, como la malvada sierva le había prometido, para su disculpa en lo que tenía determinado. Para lo que, llamando la criada aparte, le preguntó si se atrevía a hacelle ver con efecto lo

que con palabras le había descubierto, como se lo había prometido.

— ¿Qué cosa puede ser más fácil? — respondió la venenosa sierpe —. Finge que vas fuera de la ciudad a tu villar; y sea hoy, si quieres, volviendo solo a media noche, y haciendo señas con que te abra, y vete derecho a la cámara de tu mujer, que allí hallarás (como se dice) al cuco en otro nido.

No desplugo al cruel y liviano caballero el partido o consejo; y haciendo aparejar lo necesario y ensillar caballos, despedido de la mujer, volvió a la hora limitada, poniéndose al lado una daga enponzoñada y llevando licor en un vaso, que matase brevemente.

Dada la señal, baxó a abrirle la malvada, que estaba en vela; pero antes, corriendo a la cama de Henrique, dando golpes en la puerta, le dixo fuese apriesa, que le llamaba su señora para enviarle por el médico, a causa de un accidente fiero que le había sobrevenido. De manera que, subiendo el señor, descendía ya el fiel criado de preguntar a su señora lo que quería; habiéndole ella respondido se volviese, que debía estar borracha la criada. El cual, con la gran furia que llevaba, del primer golpe de su daga pasó el corazón; y, entrando donde la mujer yacía, arremetiendo a ella, empezó a herilla ásperamente y decille mil denuestos.

Sobresaltada la inocente dueña de caso tan extraño, llorando amargamente, le demandaba por-

qué lo hacía; trabajando él de herilla con el pomo de la daga en la boca porque no hablase, y magullándole todas las carnes.

Habiéndola, pues, tratado de esta manera, y queriendo despacharse, por no derramar sangre de quien tanto primero había amado, le dió a escoger de dos partidos uno, diciendo así·

— O bebe este brevaje, con que se acaben tus días míseros, o con esta daga (la cual tenía en la otra mano ensangrentada) te pasaré el corazón, como han merecido tus deshonestos actos.

Viendo la gentil dueña al marido deliberado y que no quería altercar razones, tomó la copa y, alzando los ojos al cielo, dixo:

— Yo tomo al cielo y a la tierra con todas las criaturas por testigos de mi inocencia, y ruego a la divina providencia no quede contigo ni con el mundo otra sospecha, y que sea mi limpieza con tan evidentes muestras manifiesta que te pese más de la muerte que de mi propia mano quieres tome, ni de perder la vida, de que hago menos caso que de la infamia; aunque espero que la muerte y daño de quien es causa de tanto mal, me justifique presto; lo que por ti no digo, que puesto sea injustamente, lo haces ciego de calumnia o sospecha falsa, desengañado de ella, no dudo deseares con tu mesma vida emendar el yerro, que por ser menor en ti escojo la ponzoña, antes que dexarte el opprobio de haber derramado con tu mano la sangre de quien

tan encendidamente fuiste amado, y que con fe tan acendrada tanto tiempo guardó el casto vínculo del matrimonio.

Dicho esto, con ánimo constante, llevando la copa a la boca, no descansó hasta la haber bebido toda. Y, volviéndose al marido, le dixo estas palabras:

— Ya que con mi muerte, que tan vecina está, debe ser tu ira algún tanto aplacada del yerro que de mí imaginaste, háceme este placer, que es el postrero, de manifestarme la ocasión que te movió tan cruelmente contra mí, a quien amabas como a tu propia vida.

A lo que, más airado, el caballero respondió:

— ¿Cómo es posible que sea tanta tu desvergüenza, que en lo que con mis ojos vi, con estas manos toqué, me digas ser engañado? Mas si te agrada ver antes de tu muerte la causa de ella, séate concedida esa gracia.

Y, diciendo esto, tomándola por los cabellos, la llevó arrastrando hasta donde estaba el cuerpo del desventurado mozo, y echándola sobre él:

— Hártate — le dixo — desleal, de el desleal, y pues os acordastes en la ruina de mi honra y vuestra fama, acordaos en la muerte en un lugar y tiempo.

La pobre dueña, a quien las fuerzas iban faltando, acercándose la ponzoña al corazón, alzando la cabeza, como mejor pudo:

— ¡O gran Dios! — dice —. Mayor es el engaño de mi marido de lo que yo pensaba, pues ha muerto a dos tan injustamente. Alumbra, te ruego, su ceguedad y aclara nuestra lealtad, manifestando la traición de la malvada sierva.

Y no pudiendo bien pronunciar los últimos acentos, cayó muerta. Porque veniéndole a la memoria que Henrique había subido a su cámara por dicho de la criada, imaginó la trama, pero no tuvo tiempo de poder decillo.

Quedó el desventurado caballero atónito de ver la constancia de su mujer, y aunque diesese a su sospecha con lo que viera, de las últimas palabras quedó confuso y dudándose de traición. Determinado, aunque tarde, de aclararse, llamando la criada, que ya venía, como adevina de su fin, toda temblando (lo que más augmentó aún la sospecha concebida), fingiéndose alegre en el semblante, comenzó a demandarle el modo con que había alcanzado los amores de la mujer con el criado, qué tiempo había y en qué lugar había sido el primer ajuntamiento entre ellos, y muchas otras particularidades.

A las cuales respondiendo desconcertadamente, y contradiciéndose algunas veces, en tanto más firme propósito entró de se aclarar del todo.

— Tú — dice — has alcanzado lo que tanto deseabas: ver quitada tu señora de delante de tus ojos, siendo maltratada de ella, en lo que te quedo también yo en obligación, saliendo so color de celos

del hastío y asco que me causaba, y espero no serte ingrato. Ora a este placer quiero ayuntes otro, que será contarme libremente por extenso cómo ha pasado todo, que yo sé bien no ser de la manera que mostré creerlo, que fué por tener más aparente causa de quitarme de embarazo.

Tomando ella aliento de las palabras del señor, y pensando que, en efecto, le había hecho placer, se aseguró un poco más y le dixo que, si le perdonaba, le contaría cosas que no pudiera imaginar, a que le inclinara deseo de venganza, aunque nunca creyera fuere tan áspera.

— Di — dixo Cleandro — , que ya yo sé gran parte de ello; porque si no lo haces sin faltar nada, será por fuerza, y en vez de galardón ternás castigo.

Comenzando, pues, de sus amores, le contó la malvada y simple hembra el proceso de la tragedia hasta el cabo, añadiendo siempre que no pensaba tan adelante, ni deseaba la venganza para más que ver a la señora maltratada como ella había sido de ella.

Lo que entendido a Cleandro, arremetiendo a ella como un león, rasgándole los pechos con un puñal, le sacó el corazón, del cual hizo muchas partes, maldiciendo su desgracia y desventura en ser tan crédulo y mal mirado. Y habiendo hecho un doloroso llanto sobre los cuerpos de su casta mujer y fiel criado, demandándoles perdón, decía:

— El resto es sin remedio, pero no averná más

que pase sin castigo, para que con él y con mi gravísimo dolor vuestra airada sangre sea aplacada, ruego os no os desdeñéis tenerme en la muerte por compañero como en la vida y amor lo fuimos, hasta que la cruel traición nos apartó, cuya venganza no es algún consuelo, aunque mil muertes a ella no bastaban.

Dicho esto, echando una soga a una viga que respondía a la escalera donde yacían los inocentes muertos, escribiendo primero de su propia sangre con el puñal estos versos en la pared, se ahorcó:

Por engaño de una sierva traidora
maté con hierro a mi fiel criado,
con ponzoña a su castísima señora.
Mas tarde de mi mal desengañado,
el corazón de la fiera causadora
saqué en vida, pero no estoy pagado,
si de mi yerro grave y gran fatiga
no son testigos la soga y esta viga.

Así acabó el mísero Cleandro, por haberse creído de ligero y dar demasiada fe a sus propios ojos. (Fº 45 *v*-52.)

[AMANTES ASESINOS, DESCUBIERTOS POR UN PERRO FIEL]

En la ciudad de Modona *(sic)* hubo en nuestros días un caballero principal, el cual en su vejez, habiendo gastado la juventud en letras y otros honestos exercicios, dexó persuadirse de los amigos y del deseo de haber hijos a tomar mujer; y fué una tanto en nobleza como de facultad igual a él, aunque en los años no lo fuese, siendo él ya muy entrado en la edad, apenas ella comenzando.

Pasados, pues, algunos años, considerando que aunque todo le sobrase, lo que más quería le faltaba, no pudiendo habello del marido, sino mal y por mal cabo, deliberó buscallo de otra parte; lo que hizo por medio de una criada suya, tomando la conversación de un gentilhombre de la misma tierra y gozándose de sus amores e a menudo. Pero como la carne no pare en desear, no se contentando de lo hurtado o escondido, imaginaba cómo pudiese ser públicamente, deseando sobre todas las cosas que el viejo se muriese, con esperanza no tardase mucho seguir el curso natural.

Hablando, pues, en ello algunas veces con el mancebo, le dixo un día que no lo podía más sufrir, y sería bueno anticiparse. Respondió él que no le pesaría, con condición que el acelerallo no fuese impedillo para siempre; porque siendo súpita su

muerte, podría sospecharse y seguirse de ello inconveniente que les privase de lo presente y de lo por venir.

Con esto se aquietó la dama un poco, no olvidando con todo de revolver sus libros y los ajenos para el remedio. De suerte que por medio de una vejezuela, que so especie de devoción, como otras muchas, conocía diversas yerbas, hubo una que, tomándose, causaba cierta fiebre lenta, para que, juzgado por los médicos proceder de replectión sobrada, procurasen evacualle, como suelen, y que no podiendo resistir por la vejez, fuese de los humores y del ánima juntamente.

Dada la yerba y siguiéndose el efecto, envió el caballero por un médico experimentado y que de muchos días conoscía; el cual, no hallando la ocasión del mal, después de bien examinado, viendo viejo a él y moza a ella, juzgó podía nascer de trabajarse más de lo que convenía a su edad. Por cuya causa, dexando la evacuación así de humores como de sangre, entendió en dalle lectuarios y medicinas apropiadas a entretener la natural virtud, y rehacer lo que los años y la mujer habrían destruído.

Perseverando en esto, con conoscida mejoría, no dexaba la señora de cuando en cuando de adobarle la vianda con sus especies para ganar al médico; pero viendo ser grande su saber y la fuerza de los restaurativos, determinó de abreviallo.

Y teniendo ya la fiebre por ocasión de una muer

te subitánea, preparó otro brevaje, como por orden del mesmo médico, y, llevándoselo, quiso la suerte cayese de la mano al viejo y se derramase, doliéndose ella mucho de la pérdida de tan preciosa medicina y necesaria a su salud, cuyo olor solo bastaba para matalle.

Así, que, errando el golpe, y de la otra parte faltándole los polvos de la fiebre, y la natural virtud del viejo con la de los lectuarios y otros remedios, empezar a rehacerse, enloquecía la perversa hembra de despecho; y no sabiendo qué hacerse, o con qué armas acometer de nuevo al enemigo, pensó otra peor de todas, y fué dalle algo para dormir. Lo que hizo una noche a la cena, de tal vigor, que cayendo en un sueño pesadísimo, como movida de compasión, aderezada la cama y desnudándole de su propia mano, para dormir sueño perpetuo, hizo venir, como solía, a su amigo a otra camera cerca de aquélla, y solazándose con él un rato y regalándole por encenderle más y inclinar a su propósito, no siendo a él menos enojosa la vida ya del pobre viejo, le dixo que si el ánimo no le faltaba a una lid harto sin peligro, presto gozaría del despojo de ella.

Respondiendo él que todo lo haría, porque así fuese, de más de ella se lo mandar, no pensando fuera tan lexos; haciéndoselo prometer con juramento, lo lleva donde yacía el viejo, medio sepultado, y poniéndole en las manos un cuchillo muy agudo:

— Cata aquí — dice — quien nos impide nuestro deseo ha tanto tiempo, parado tal con cierto brevaje que le di, que en cuatro horas no despertará. En la mano tienes el aparejo. Despáchate para que salgamos de embarazo, y cumple tu promesa.

Fué el terror tanto y compasión del bueno del mancebo, con todo su deseo, de el fiero presupuesto, que, turbado de todo punto, se le cae de las manos el cuchillo. Reprehendido de ella ásperamente por su pusilanimidad, le dice:

— Pues que teniendo tan cerca la ocasión de alcanzar lo que deseas, la pierdes, y te vences de necia piedad, yo te amostraré cuánto más firme sea el amor y ánimo en mí que en ti.

Dicho esto, tomado su cuchillo, se llegó a la cama y degüella al desventurado viejo; y no se contentando de esto, le saca el corazón, diciendo en él tantos denuestos, que estaba el otro fuera de sí.

Esta obra hecha, toda ensangrentada:

— No perdamos tiempo — dice —; entendamos en lo que falta, que será tomar el cuerpo con las sábanas y llevarlo a enterrar fuera de la ciudad en lugar secreto, y después yo con mi criada nos iremos a nuestra casería, fingiendo estar allí también el viejo por recrearse y que le dió un súpito desmayo que le acabó; mandando esta fama a la ciudad, y buscar un ataúd en que lo lleve para enterralle y hacelle las exequias. No pareciendo la traza mala,

así como lo decía lo puso en obra, porque enterrado el cuerpo, se partió para el villar con su litera.

Tenía el viejo caballero un perro que había criado en casa, que jamás se apartaba dél; el cual, al partir della, siguió la litera, pensando iba el señor en ella; mas no lo viendo en ella, se volvió a casa; y no lo hallando allí, por el olor o natural (d)istinto, da consigo hacia aquella parte, y tanto anduvo oliendo acá y allá que paró allí; y descubriendo algo de la sábana, con las uñas haciendo della con los dientes, fueron tantos los ladridos y muestras de sentimiento que cuanto menos el lugar por remoto era menos frecuentado tanto más los que pasaban por el camino no muy lexos, deseaban saber la causa. Acercándose, pues, a él y viéndole con aquel lienzo ensangrentado, y los gemidos y agonía suya, y que miraba para ellos como pidiéndoles socorro; sospechando lo que era, como mejor pudieron en lo que el tiempo y el lugar daba, descubrieron el muerto cuerpo envuelto en las sábanas; que, sacado, se puso el perro a lamello todo hasta que lo limpió de aquella sangre.

Llegada la fama a la ciudad, concurriendo cuasi todo el pueblo, y de envuelta los parientes del caballero, que por el perro lo conoscieron, aunque estaba muy desafigurado. El gobernador, que era hombre harto entendido, viendo un caso tan extraño, enviando luego los ministros de la justicia al villar por ella, no fué menester nueva pesquisa o tor-

mento alguno; porque, siendo presa, tanto en absencia como en presencia de él, confesó todo; por más que él, en las preguntas y modo de proceder con ella, trabajase de la salvar, teniendo lástima de que mujer tan moza y noble hubiese caído en yerro tan grave; afirmando ella con una pertinacia infernal que mil veces lo hiciera si tantas estuviera por hacer.

Queriendo, pues, cumplir con la justicia y satisfacer al pueblo, sentenció fuese quemada viva y con ella su criada, como compañera y secretaria del delito, en medio de la plaza de la ciudad. Lo que se efectuó al siguiente día, sin que paresciese en ella muestra alguna de arrepentimiento. (Fº 75-78.)

EL NIÑO MUERTO POR NO COMER CEBOLLA

En la ciudad de Milán, poco antes de nuestro tiempo, hubo un médico, por nombre Policleto, muy afamado y harto rico, por su mesma profesión, habiendo hecho en ella muchas experiencias raras. Tenía éste una mujer muy principal, llamada Flaminia, y un hijo de ella solamente, habido en los primeros años; pero esta avaricia recompensó naturaleza, haciéndole hermoso y dotado de otras gracias que puede recibir aquella edad; con que llegando a los siete años, no sólo al padre, sino a

toda la ciudad daba esperanza de salir hombre valeroso, y era amado de todos igualmente.

Quiso, pues, la suerte, envidiosa de esto, que sobrevino al mozo a los nueve años cierta indisposición, liviana al parecer en el principio, mas grave con el tiempo; en la cual el padre, como sabio, no quiso ser a la cura solo, recelando no le engañase en cosa tan propria la razón. Llamando, pues, otros dos médicos experimentados, se lo entregó, entendiendo pero siempre lo que se hacía.

Tentados muchos remedios, no sólo no menguaba el mal, antes crescía de contino lentamente. De manera que procediendo así algunos meses, y probando muchas cosas según el arte, quasi del todo desesperados, se resolvieron dexar obrar a la natura, procurando todavía de entretenelle la virtud con cosas substanciales. Llegado a la postre el extremo, y siendo tanto el mal que parescía no poder vivir, comenzó a demandar el mozo una cebolla blanca para comer, que le fué de los médicos negada como cosa dañosísima a la fiebre que tenía; pero perseverando en la demanda y diciendo moriría si no se la otorgaban; viéndole en lo último, por contentalle, lo consintieron, si la madre no llegara, que como loca lo estorbó con lágrimas y alaridos, diciendo querían matar su hijo. De lo que el niño mal contento, no cesando de su demanda, acabó con ella también la vida, con dolor incomportable del padre y de la madre.

Deseoso el padre de saber la ocasión de tan incógnita enfermedad, haciendo abrir el cuerpo, en el hondo del estómago, hacia la parte del corazón, halló un pedazo de cristal, tan transparente y duro que a todos hizo maravillar; concluyendo haber sido sin remedio el mal por no haber medicina que pudiese darse que bastase a resolver cosa tan dura. Guardando el padre este cristal o piedra, hizo en memoria de su hijo hacer de él el cabo de un cuchillo, que jamás de sí partía, y se servía de él a la mesa, besándolo tantas veces cuantas en las manos lo tomaba.

Pasando un año, o fuese acaso, o porque la natura quería descubrir sus maravillas o secretos, estando él comiendo, en el proprio día que se le había muerto el hijo, le vino gana de comer una cebolla blanca; haciéndola traer y cortando de ella con su cuchillo, comiendo algo, demandó a beber, dexándolo sobre la cebolla. Bebido que hubo, queriéndolo tomar, le halló sin cabo. Espantado de esto, mirando bien en ello, conosció habello derretido y deshecho la cebolla; y que por (d)instincto secreto de natura pedía el hijo en su enfermedad el único remedio a su salud.

Por lo cual, dándose la culpa de su muerte en hacer cuenta de la mujer ni de sus lágrimas locas, y dexar de dar al hijo lo que pedía en tal extremo, tomó en la una mano el cuchillo y en la otra la cebolla, diciendo con muchas lágrimas tales palabras:

—Ve aquí, mal afortunado padre, de cuánto mal fueste ocasión. Este es el mesmo día en que fuí privado del único refrigerio de esta vida por mi culpa; y para más lástima me muestra el cielo en él mi poco seso siguiendo la opinión de una mujer, habiendo tan poco en todas ellas. Ahora veo, aunque tarde, cuán benigna me era la natura, queriendo conservarme lo que liberalmente me había concedido. He aquí la piedra o la muerte, muerta por la cebolla, tantas veces en vano demandada del pobre niño. Ensañada la natura de mi poca obediencia y gratitud, me desengaña ahora, para vengarse, dando en mí exemplo a otros de no creerse de mujeres. Muerto mi hijo, que con razón vivir debiera, ¿yo, la causa de su muerte, que quede vivo? No por cierto, ni tampoco por castigar esta injuria y homicidio.

Dicho esto, pasando con el cuchillo a la mujer (que del gran dolor estaba atónita) el corazón, hizo lo mesmo a sí con tal presteza, que los presentes, que lloraban de lástima que tenían, no tuvieron tiempo ni sentido de lo impedir.

Y así acabó su vida desastradamente el infelice Policleto, enseñado a tan gran costa de cuán mal hiciera en creer a la mujer; cuyo consejo, aunque fuese buena la intención, salió malo y pernicioso. (Fos 88-90.)

EL HIJASTRO PERVERSO

Fué, pues, así que hubo en Francia en otro tiempo un caballero principalísimo, Archelao por nombre, de tierras y haber en demasía rico. Este, entre las más posesiones y castillos, tenía uno, así por el sitio natural como fábrica de él tan fuerte, que todos los vecinos le temían y tenían más respecto que a ningún caballero otro de aquel reino.

Siendo, pues, casado éste con una señora principal, y viviendo largo tiempo con mucho amor y concordia, sin haber hijo que les heredase, de igual consentimiento se determinan en hacello adoptivo, y fué un mozo de su mesma sangre, por nombre Philemón; criándolo con el cuidado y solicitud de verdadero, demás de ser naturalmente ingenioso y inclinado a la virtud, como mostraba. De manera que no solamente del caballero y su mujer era amado, mas, en general, de todos sus criados y vasallos, esperando tener en él el más sabio y mejor señor que desear pudieran. Por la cual causa Archelao, alegre de ello, comenzó a entremetelle en su tierna edad en el gobierno, en el cual daba muestras de hombre valeroso.

Acaesció en este medio tiempo que la madre cayese enferma, y conforme al curso humano se acabase el de su vida con gran dolor de sus vasallos, y de el marido sobre todos, sin admitir con-

suelo alguno, y retirándose a un lugar muy apartado, para tenello de llorar su soledad entre los árboles y libros, dexando en el suyo a Philemón, que no menos mostraba sentir la pérdida, y se le hacía su absencia grave; pero sufríala por complacelle, dándose con toda solicitud al cargo que tenía, de que todos se tenían por contentos; no enbargante que después, o fuese por vicio natural escondido en él, o que el ímpeto de la juventud con la riqueza y libertad le transportase, enpezase a variar y hacer cosas mal honestas.

Es bien verdad que con su ingenio y discreción (que aplicados bien bastaban hacelle un hombre raro) se había tan mañosamente que no llegase querella al padre. El cual, habiendo dado un tiempo a la tristeza, enfadado de la soledad, volvió para los suyos, siendo recebido de ellos con grandísimo placer, y del hijo no menor, al parecer.

Dándole, pues, éste de lo pasado buena cuenta; remetiendo en lo presente todo a él, era absolutamente el que regía. Perseverando en esto, modesto en público, vicioso en lo secreto, pareciendo al padre era tiempo de tomar mujer, comenzó a procurársela. Lo que entendido de él, recelando el juego, porque sería menester dexar con él la libertad, so especie de celo de sus estudios y de los negocios del gobierno, con palabras halagueras y razones coloradas, rogó al padre se dexase de ello por entonces. Y aunque él lo desease mucho, viendo des-

pués de algunas réplicas que estaba firme en su propósito, lo hizo por no descontentalle, pensando efectuallo por otra vía, que fué dar a entender a sus criados que le sería fuerza casarse, pues su hijo no quería, y procurar generación en que quedase la posse *(sic)* y nombre de tan antigua y famosa casa, por ver si la codicia o ambición le hacía otro estómago; mas ni por eso fué, quizá pensando que la edad le aseguraba de otros hermanos, o cuando no, se habría de quedar un tiempo con el cargo de ellos y del estado.

Sospechando Archelao que lo entendía, para dalle color más fixa, determinó herille de otra espuela, tratando de lo poner en obra, y que se nombrase la persona; mas tampoco aprovechó. Por lo cual, a la postre, se dispuso hacer de veras lo que de burlas había comenzado por las mesmas causas: tomando por mujer una doncella, por nombre Euphrosine, noble y bien acostumbrada, con alegría singular, tanto de los suyos como de Philemón, paresciéndole verse quitado un gran peso de las espaldas.

Celebradas, pues, las bodas, y llevada la novia para casa, confirmándose de día en día con la conversación y experiencia, en lo que por fama alcanzara de sus virtudes y alto ingenio, quiso también pusiese mano en el gobierno de sus tierras, no lo quitando pero a Philemón, más declarando que de lo más importante se le diese parte, o con ella se con-

sultase; habiéndose tan sabia y discretamente en todo, que poco a poco se pasó a ella lo que quedaba, especialmente queriendo reposarse el viejo por la edad y entendiendo el loco de Philemón en sus viciosos pasatiempos; los cuales (no pudiendo ser algunas veces sin ofender a otros), la gentil dueña con industria maravillosa remediaba, no como estraña, sino madre propia; amonestándole con amor sincero y poniéndole delante muchas cosas verdaderas, mayormente: dándole él por ello infinitas gracias y prometiendo serle en todo obediente; però sucedió muy al contrario, teniendo ya por hábito la maldad, aunque trabajase de la esconder; mas era por demás, así por la vigilancia que traía, como por quexarse ya cada uno libremente y procurar desagraviarse, por la fama de su justicia y equidad.

Visto por ella su trabajo ser vano y mal agradecido la benevolencia y piedad, habiendo disimulado muchas faltas y encubrido *(sic)* más, comenzó a reprehendelle más libremente, amenazándole, si no dexaba su mala vida, hacello saber al padre para proveer en ello, declarándole con todo blandamente la vergüenza y vituperio si fuese a sus orejas. Volviendo él a sus promesas y halagos, no sacando otro fructo que hacello cada vez peor, no pudo la virtuosa gentil dueña hacer de menos que dar cuenta de ello a su marido, rogándole trabajase desvialle del mal camino mientras la edad lo permitía.

Espantado de esto el caballero y de que en él

hubiese cosa mala, teniendo de él otro concepto, con las pasadas experiencias, llamándolo a sí, con muchas reprensiones y amenazas, le mandó que se avisase de agraviar a nadie, si no quería pagar de la primera nuevo y viejo y ser exemplo a otros de ingratitud y de justicia, pues en las dos había pecado gravemente.

Mostrándose Philemón triste y muy arrepentido, rogó al padre le perdonase y prometió hacer en todo lo que mandaba. Pero a cabo de pocos días, enamorado de una doncella, hija de un gentilhombre principal, no viendo modo de alcanzalla, entrándose un día de súpito en su casa, la forzó. Llegada al padre esta querella, haciéndole prender, mandó fuese llevado a una torre de aquella su famosa fortaleza, y estrecha comisión al castellano de lo tener a buen recaudo.

Puesto allí, y muy airado contra Euphrosine, de la cual imaginaba haber nascido, se dispuso de probar lo que valía su perverso ingenio, pensando en la ruina de la gentil dama; y con toda su industria procuró hacerse familiar al castellano, que no le fué difícil, siendo él de su natural alegre y donoso de explicar a todos (y tanto más a éste, que era adoptivo del Señor, y lo sería con el tiempo), entreteniéndole con varios pasatiempos; de manera que de la libertad afuera, nada le faltaba.

Tenía el castellano una hija sola muy hermosa, y en edad ya de haber marido, que, amada del pa-

dre como la propia vida, juzgó Philemón ser medio conveniente a su propósito. Siendo, pues, ya tanta la amistad entrambos, que confiaba de él manifestárselo sin algún recelo, tomando un día aparte, haciéndole primero un gran prohemio, saltó en las ofensas que de la madrastra había recebido, por cuya culpa de señor estaba hecho prisionero, con intención que la tristeza y mala vida le allegase al último de sus días, lo que pudiera livianamente acaescer, si con su bondad y cortesía no le proveyere la fortuna, teniéndole allí tan regalado y a su placer (de libre en fuera) como en la mayor cumbre de su felicidad; cosa de que tan obligado se sentía, que en ningún tiempo la olvidaría; por premio de la cual y principio de reconoscimiento, siendo cierto que le ayudase en su diseño, que luego allí le declaró, tomaría su hija por mujer.

Tuvo tanta fuerza la ambición con el maldito castellano de ver la hija en tal estado y ser suegro de su señor, que pervertiendo súpitamente el amor y lealtad que le tenía, y su natural inclinación, que no era mala, se dispuso con solemne juramento darle su fe de seguir la orden que le diese.

Celebrado en esta condición el matrimonio, queriendo poner en obra la promesa, llamó a siete de sus soldados, de que sabía cierto poder fiarse, y haciéndoles jurar secreto, con muchos dones y no menos promesas, les descubrió su presupuesto y ordenó lo que había de hacer.

Esto hecho, despide uno de ellos a Archelao con aviso que para cosa que importaba la vida y el estado, y no se podía fiar en carta, se llegase a la Rocafuerte sin dilación. Mientras éste hacía su viaje, el perverso de Philemón, habiendo hallado una carta de Euphrosina para el castellano, en que le ordenaba algunas cosas, contrahecha la letra y el estilo, hizo otra sin firma, que le dió, estando entre ellos acordado ya lo que había de hacer.

Oída por Archelao esta embajada, teniendo por hombre cuerdo al castellano y que no se alteraba livianamente, sin pensar en ello más, se pone con algunos de sus criados al camino: y arribado, sin repostarse mucho, llamado el castellano a su aposento para entender aquel misterio, el traidor, con pies de lana, tomando la cosa de más lexos, empieza primeramente a resumir los muchos beneficios y buenas obras que de él había recebido, haciéndole de soldado pobre o privado gentilhombre superior o capitán del mayor castillo o fortaleza que en Francia hubiese; lo que no embargante fuese su vasallo, le obligaba a morir en su servicio si compliese, y que por esto tomara la osadía de hacelle venir allí, estando ya tan adelante la traición que si su lealtad no lo estorbara, y de algunos de los suyos, no pudiere escapar de ella; especialmente siendo tramada de quien él menos pensaba, que era su mujer, tenida en general de todos por una de las más honestas y virtuosas dueñas que se hallasen.

Mas que en efecto aquel sexo era frágil y mudable, como se veía por exemplos antiguos y modernos, aunque no sabía si de otro se leyese semejante.

— Porque de algunos días a esta parte — dice — o sea por odio que tenga, o amor secreto con alguno, que le haya trastornado el seso, o otra causa que no sabría imaginar, en grandes dones y ofertas me granjea. Maravillado yo de principio, pero atribuyéndolo a su natural benevolencia, trabajaba no ser ingrato; afirmándole no haber cosa que desease más que complacerte y a ella por tu causa con otros cumplimientos de esta suerte. Pensando ella que del todo me tenía, mirando sólo a su apetito abominable, me escribió esta carta de su propia mano, según me dixo el portador, en que puedes ver a qué banquete me convida, que es matarte la primera vez que aquí vengas, teniendo por ella la fortaleza para entregársela, echando fama haya sido súpito accidente. Porque quedando absoluta señora de tu estado (como espera), me promete por galardón de mi servicio una de las mejores tierras tuyas, a mi escoja *(sic)*.

Dicho esto, con el debido acatamiento le pone en las manos esta carta.

Estaba Archelao a esta plática el más confuso y triste hombre de todo el mundo, porque, conoscida la bondad de su mujer, no le podía entrar en la cabeza que hubiese pensado, cuanto más acometido cosa tan grave; pero, vista la carta, reconoscida la

mano, quedó como hombre que sueña dormir y está en duda; sin saber qué partido siguiría, representándole la virtud y lealtad de la castísima matrona, de que tenía harta experiencia.

Viéndole en esta confusión, el traidor le dijo:

— Yo he estado en duda si sería la carta de Euphrosine.

— Pues no la tengas — respondió el mísero de Archelao con un gran suspiro.

— Y demás — replicó él — si quiso experimentarme, porque yo no puedo acabar de creer maldad tan grande de quien mostraba quererte tanto y serte tan obligada. Mas otro indicio hay mayor que me certifica de ello, y es haber corrompido a algunos de mis soldados con gran suma de dineros para que, siendo tu muerte efectuada, me matasen, haciéndoselo jurar, y de tener por ella la fortaleza; y ellos, o de miedo de lo que podría suceder, o remordidos de sus conciencias (pidiéndome perdón), me lo confesaron en gran secreto.

Y hecho venir a los soldados, que no estaban de allí lexos, hincados ellos de rodillas, contestaron con su noble capitán.

Todo esto eran lanzadas al pobre viejo, que estaba más suspenso que de principio. Paresce que la inocencia de ella, por permisión divina, le daba golpes en el entendimiento para abrir los ojos y mirar por sí; porque, aunque creyese la traición y desease la venganza, no se podía inclinar a ella.

Pero el castellano, que había bien decorado su lección, habiendo callado un rato, le dixo así:

— Señor, los casos en que el hombre está con su propia razón interesado, o sea odio o amor, no me parece ajeno de razón el aceptar consejo de los libros de ella, aunque menos sabios. Sería yo de opinión que hicieses venir aquí a tu mujer, so color alguna; y llegada, sin esperar más, en delicto tan manifiesto, se le cortase la cabeza, porque usar de piedad en semejantes cosas, es ser cruel y injusto.

— Sea así, pues — dixo Archelao, escribiendo luego a la mujer.

La cual, vista la carta y puesta al camino, en pasando los dos puentes de la primera entrada de Roca, sin tener tiempo de dicir nada, fué degollada por aquellos siete conjurados; a cuyo espectáculo no quiso estar presente Archelao, dando cargo de ello al traidor. El cual, muerta la inocente y virtuosa dama, para que menos se arrepentiese de lo hecho y más encaxquetado le quedase, le lleva nuevas del gran plancto y lloro de ella, no por su muerte, sino por la traición que pretendiera contra su señor, de que se acusaba y confesaba merecer cien mil; pidiéndole humilmente perdón de ello; añadiendo no saber cuál desventura o desgracia le moviera a inclinarse a tan feo y disforme pensamiento; y sospechaba ser juicio justo del cielo por las ofensas contra la razón que había procurado contra su hijo, calumniándole falsamente y incitan-

do con dones y promesas al gentilhombre a quexarse de la fuerza, siendo mentira, para quitárselo de delante y quedar sola en el gobierno.

Persuadido Archelao de esto y contento de lo hecho, hizo soltar luego al malvado de Philemón y volver a su primer lugar de gracia y de dominio; en el cual un tiempo procuró mostrarse valeroso y desmentir a lo pasado, atrayendo con nuevas artes a sí el pueblo. Pero como lo malo en él era natural, lo bueno contrahecho, deseoso de su primera libertad, aunque no temiese de casamiento nuevo, determinó con todo de quitarse de embarazo viejo, no esperando peor suceso que en lo pasado.

Comunicado, pues, con su maldito suegro, que estaba ya hinchado de la codicia, y concluyendo ambos matar al viejo, le dió el cargo de ello la primera vez que allí viniese, con que Philemón de muchos días antes fuese absente, por evitar inconvenientes o sospechas de personas maliciosas.

Partido, pues, de allí y no pasando mucho tienpo que el viejo no volviese, paseándose el mesquino una mañana en lugar remoto del castillo, por dos de aquellos siete traidores, siéndole echada una tovaja al cuello, fué ahogado sin poder dar voces o hacer el rumor que alterase a nadie.

Llorando el castellano y mesándose las barbas, a cuyo estrépito corrieron muchos, hallándole abrazado con el cuerpo muerto del señor, que él decía con muchas lágrimas haber caído de su estado sú-

pitamente y temía fuese muerto. Desnudado, pues, y puesto en la cama, tentó muchos remedios para hacelle volver del otro mundo, donde había trabajado tanto de envialle. Pero averiguada ya su muerte, despacha un mensajero a Philemón, que haciendo no menos diligencia en venir, después de muchas lágrimas, en él tan falsas, como en todos sus vasallos verdaderas, se dió a entender en las exequias, que fueron en gran manera sumptuosas; apoderándose después de aquella fuerza y de las otras y de las más tierras de Archelao, sin haber quien se lo estorbase.

Celebradas sus bodas públicamente con la hija de el traidor mayor, y hechas largas mercedes a los menores, se las remató según sus obras haciéndoles matar a todos, uno a uno, secretamente, y gozando él del despojo de la victoria con su suegro. Aunque no quiso Dios durase mucho, o parase sin castigo tan gran traición.

Porque, moviendo guerra contra él un gran señor Inglés, por ocasión de cierta injuria, no siendo bien quisto de los vecinos y vasallos por sus muchas insolencias, atajándole el camino de poder entrarse en su Rocafuerte, lo encerró adonde, tomándole las manos, le hizo quemar públicamente, confesando el primero junto al fuego que merecía mucho más, no por el agravio hecho al Inglés, sino por la traición acometida contra aquellos a que en este mundo más debía. — F° 93 *r*-100 *v*.

INDICE

Págs.

El «Sendebar» y su transmisión........................ VII
Versiones castellanas....... XIII
Cuadro comparativo de los cuentos..................... XXIII
Suerte de estos cuentos............................... XXIX
Nuestra edición....................................... XXXI

LIBRO DE LOS ENGAÑOS E LOS ASAYAMIENTOS DE LAS MUGERES...... 1

Enxenplo del consejo de su muger...................... 5
Enxenplo de la muger en como aparto al ynfante en el palacio e como, por lo que ella le dixo, oluido lo que le castigara su maestro 14
Enxenplo del omme, e de la muger, e del papagayo e de su moça.. 18
Enxenplo de commo vino la muger al segundo dia ante el rrey llorando, e dixo que matase su fijo............. 20
De commo vino el segundo priuado ante el rrey por escusar al ynfante de muerte 21
Enxenplo del señor, e del omme, e de la muger, e el marido de la muger commo se ayuntaron todos 23
Enxenplo de commo vino la muger el rrey el terçero dia disiendole que matase su fijo.......................... 24
Enxenplo del terçero priuado, del caçador e de las aldeas. 27
Enxenplo de commo vino la muger e dixo que matase el rrey a su fijo, e diole enxemplo de vn fijo de vn rrey e de vn su priuado commo lo engaño.................. 28
Enxenplo del quarto priuado, e del bañador, e de su muger.. 30

Págs.

Enxenplo del omme e de la muger, e de la vieja e de la perrilla. 31
Enxenplo de commo vino al quinto dia la muger, e dio enxemplo del puerco e del ximio 34
Enxenplo del quinto pryuado, e del perro, e de la culebra, e del niño 36
Enxenplo de la muger e del alcaueta, del omme, e del mercader, e de la muger que vendio el paño 37
Enxenplo de commo vino la muger al seseno dia, e diol enxenplo del ladron, e del leon e commo caualgo en el 40
Enxenplo del seteno priuado, del palomo, e de la paloma que ayuntaron en vno el trigo en su nido.......... 42
Enxenplo del marido e del segador, e de la muger, e de los ladrones que la tomaron a trayçion.......... 43
Enxenplo de commo vino la muger al seteno dia antel rrey, e dixo que se queria quemar, e el rrey mando matar su fijo apriesa antes quella se quemase 44
Del enxenplo de la diablesa, e del omme, e de la muger e de commo el omme demando los tres dones.......... 44
Enxenplo del mançebo que non queria casar fasta que sopiese las maldades de las mugeres 46
De commo al otauo dia fablo el ynfante e fue antel rrey. 49
Exenplo del omme e de los que convido, e de la mançeba que enbio por la leche, e de la culebra que cayo la ponçoña 53
Enxenplo de los dos niños sabios, e de su madre, e del mançebo.......... 55
Enxenplo del niño de los çinco años, e de los compañeros quel dieron el aver a la vieja.......... 57
Enxenplo del mercador del sandalo, e del otro mercador. 59
Enxenplo de la muger, e del clerigo, e del frayle 65

Págs.

NOUELLA QUE DIEGO DE CAÑIZARES DE LATYN EN ROMANCE DECLARÓ Y TRASLADÓ DE UN LIBRO LLAMADO «SCALA ÇELI» 67

Dictum imperatricis.. 74
Primus sapiens ait 76
Dictum imperatricis.. 78
Secundus sapiens loquitur 80
Dictum imperatricis.. 83
Tertius sapiens predicat 85
Dictum imperatricis.. 88
Quartus sapiens refert.. 90
Dictum imperatricis.. 92
Quintus sapiens fatur.. 96
Imperatrix.. 97
Sextus sapiens loquitur.. 103
Imperatrix inquit.. 106
Septimus sapiens dicit.. 109
Dictum infantis.. 112

COMIENÇA LA HYSTORIA DE LOS SIETE SABIOS DE ROMA... 117

CAP. I. — Como el emperador Ponciano encomendo a su hijo a los siete sabios que le enseñassen y de la experiencia que del hizieron.. 119
— II. — Como el emperador Ponciano caso otra vez, e como, a ruego de su muger, embio por su hijo.. 124
— III. — Del recebimiento que hizo el enperador a su hijo, y de como la emperatriz, su madrastra, le requirio de illicitos amores 128

Págs.

Cap. IV. — Como Diocleciano, por no querer consentir en el deseo de la emperatriz, fue por el emperador, su padre, sentenciado para ser enforcado 131

— V. -- Como la emperatriz por enxemplo de vn pino induzia al emperador que matasse su hijo 133

— VI. — Como lenaron al hijo del emperador a enforcar e como el emperador reuoco la sentencia 136

— VII. — Como por exemplo de vn cauallero e vn lebrel suyo, libro el primer sabio al hijo del emperador el primero dia de muerte 138

— VIII. — Como por enxenplo de vn puerco montes y de vn pastor. persuadio la emperatriz al emperador que matasse a su hijo 142

— IX. — Como el segundo sabio, por un exenplo de como una mala muger engaño a su marido e le hizo poner en vna picota, libro al hijo del emperador el segundo dia de la horca.. 144

— X. —Como la emperatriz, por el exemplo de un hijo que corto la cabeza a su padre, conmouio al emperador a que mandasse enforcar a su hijo 151

— XI. — Como por un exemplo que acontecio a un cauallero con su muger e una picaza que el mucho amaua, libro el tercero sabio al hijo del emperador 156

— XII. — Como por un exemplo de un emperador e de siete sabios suyos, porfió la em-

Págs.

peratriz de aconsejar a su marido que matasse a su hijo 163
Cap. XIII. — Como el cuarto sabio, por exemplo de una muger de un cauallero que quería amar a un clerigo, escapo al hijo del emperador 170
— XIIII. — Como la emperatriz, por exemplo de como acontecio al emperador Octauiano por su codicia con la torre de las ymagines, prouoco al emperador que mandasse ahorcar a su hijo 183
— XV. — Como el quinto sabio, llamado Joseph, por exemplo de lo que acontecio a Ypocras con su sobrino Galieno, escapo el hijo del emperador el quinto dia de la muerte 191
— XVI. — Como por exemplo de un rey e su senescal, enduzia la emperatriz a su marido a que hiziesse matar a su hijo prestamente 197
— XVII. — Como el sexto sabio, llamado Cleophas, por un exemplo de una mala muger, por cuyo consejo murieron tres caualleros, e ala postre su marido y ella, arrastrados, fueron aforcados, salno la vida a su discipulo el VI dia....... 204
— XVIII. — Como la emperatriz, porfiando siempre la muerte del hijo del emperador, su antenado, contole al emperador, su marido, lo que acontecio a un rey con su condestable, e por engaño le leuo la muger 212

Págs.

Cap. XIX. — Como el seteno sabio, llamado Joachin, escapo el septimo dia al hijo del emperador de la forca, contando al emperador un exemplo, como una muger de cauallero, el qual por una poca de sangre que a ella le salio de un dedo, se murio, y ella le desenterro e le puso en la horca........................ 223
— XX. — Como el octavo dia Diocleciano, hijo del emperador, con gran solennidad, fue leuado a palacio, e como redarguyo a su madrastra, la emperatriz, e descubrio toda su maldad................ 232
— XXI. — De un exemplo que conto el hijo del emperador, en que da a entender la firme fe e amistad que ha de tener un buen amigo a otro....................... 237
— XXII. — Como fue condenada a muerte la emperatriz, e de la muerte del emperador, e como Diocleciano, su hijo, le sucedio en el imperio.................. 274

APÉNDICE

Historia lastimosa del príncipe Erasto............. 277
La criada traidora................................ 279
Amantes asesinos, descubiertos por un perro fiel........ 291
El niño muerto por no comer cebolla................. 296
El hijastro perverso 300